



MARIONETAS
DE LA

SOMBRA

Lectulandia

Ender y su equipo de niños precoces, convertidos en brillantes estrategias militares, han logrado que la humanidad venciera en la guerra contra los insectores. El enemigo exterior ha quedado destruido, la especie humana se ha salvado y, ahora que la amenaza externa ha desaparecido, los viejos problemas provocados por la ambición, la política y la guerra vuelven a convertir la Tierra en la habitual campo de batalla entre humanos.

Los niños formados en la Escuela de Batalla son ahora los mejores estrategias de la humanidad y lideran sus respectivos países en el nuevo conflicto mundial. Un enfrentamiento de alcance planetario que involucra diversas culturas humanas, como la china y la del islam en este caso, bajo la siempre atenta mirada del Hegemón, Peter Wiggin (el genial hermano mayor de Ender), ayudado por Bean, el antiguo lugarteniente de Ender.

Bean, Petra, Aquiles, el Hegemón y, curiosamente, los padres de Ender Wiggin son los nuevos protagonistas de la última y tal vez definitiva entrega de la saga.

Card, la gran revelación en la literatura fantástica de los últimos años, ha obtenido por dos veces consecutivas los premios Hugo y Nebula con la famosa y popular Saga de Ender. También ha obtenido el premio mundial de fantasía con las emotivas historias de Alvin Maker, el Hacedor.

Lectulandia

Orson Scott Card

Marionetas de la sombra

(Saga de la Sombra - 3)

ePUB r1.1

jtv_30 31.08.13

Título original: *Shadow Puppets*
Orson Scott Card, 2002
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: jtv_30
Corrección de erratas: Rubirpg
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Presentación

Poco voy a decirles de *MARIONETAS DE LA SOMBRA*. El mismo Card presentaba la anterior novela de esta ya dilatada serie de Ender y su Sombra como «un descomunal juego de Risk: se trata de recurrir a la política y la diplomacia tanto para alcanzar el poder y mantenerlo como para garantizarse un lugar donde reposar en caso de perderlo».

Eso es, en definitiva, el presente libro: un impresionante juego de estrategia de alcance mundial, bajo el supuesto, un tanto insólito, de que hay personas inteligentes gobernando las grandes potencias.

Esas personas son, no podía ser de otra manera, los niños forjados en la Escuela de Batalla, los precoces genios militares que formaron, en su momento, el ejército de Ender. Ahora son los mejores estrategas de la humanidad y lideran sus respectivos países en el nuevo conflicto mundial. Un enfrentamiento planetario que involucra diversas culturas humanas, como la de China y la del islam, en este caso, bajo la siempre atenta mirada del Hegemón, Peter Wiggin (el genial hermano mayor de Ender), ayudado por Bean, el antiguo lugarteniente de Ender.

Casi quince años después del extraordinario éxito de *EL JUEGO DE ENDER*, Card se atrevió a contar la misma historia (la guerra contra los insectores en la Escuela de Batalla), pero desde un nuevo punto de vista: el de Bean, el lugarteniente de Ender. Un personaje si cabe más interesante que el mismo Ender y al que Card está dedicando esta nueva serie que empezó con gran éxito, después de que *LA SOMBRA DE ENDER* se convirtiera en Estados Unidos en un gran best seller de la prestigiosa lista del New York Times y, en España, alcanzara un nuevo éxito de ventas. Algo parecido ocurría después con su continuación, *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, y es de augurar que suceda lo mismo con esta nueva entrega de la saga.

Al final de *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, el mismo Card contaba el posible esquema de la obra completa:

Primero: una historia entrañable sobre la formación de un líder militar, Ender, en la Escuela de Batalla en una Tierra atacada por los insectores (que con el tiempo han devenido en «fórmicos» según la nueva denominación que el mismo Card les está dando). Ésa es la historia de *EL JUEGO DE ENDER*.

A esa novela sigue una primera y compleja trilogía, que transcurre unos tres mil años en el futuro y está protagonizada por Ender y su hermana Valentine, todavía jóvenes por los efectos relativistas. A ellos se une, casi como protagonista, la consciente red de ordenadores que compone la inteligencia artificial Jane, puesta seriamente en peligro por las averiguaciones de Qing-Jao en el planeta Sendero.

Esta trilogía está formada por *LA VOZ DE LOS MUERTOS*, *ENDER EL*

XENOCIDA e *HIJOS DE LA MENTE*, publicadas en los números 1, 50 y 100 de nuestra colección. (*EL JUEGO DE ENDER*, aparecida originalmente en la colección de bolsillo Libro Amigo de Ediciones B, tiene en su reedición en *NOVA* un curioso número 0...).

Tras varios años resistiéndose a las muchas peticiones de lectores y editores para que siguiera narrando historias sobre Ender, Card ha acabado haciéndolo de forma un tanto tangencial. Primero contó la historia de Ender y sus comandantes en *LA SOMBRA DE ENDER* (número 137 en nuestra colección) introduciendo con gran detalle a un nuevo personaje, Bean, que se convertirá en el eje de la nueva serie. Pero Bean no está solo. Ender partió tras la derrota de los insectores en la guerra Fórmica, pero en la Tierra quedaron tanto sus compañeros de la Escuela de Batalla como su hermano mayor, Peter. Y ellos, junto a Bean y su némesis, Aquiles, van a ser los protagonistas principales de la nueva serie, inevitablemente ligada al recuerdo y la omnipresente imagen de Ender.

Prevista inicialmente como trilogía, esta serie de Bean, el que maneja en la sombra, se anunciaba (por parte del mismo Card al final de *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*) como una tetralogía que ya no parece vaya a ser tal. Los títulos allí anunciados por el autor: *LA SOMBRA DE LA MUERTE* y *LA SOMBRA DEL GIGANTE* parecen haberse convertido en este *MARIONETAS DE LA SOMBRA* que, como siempre es posible en el caso de Card, podría ser el último de la nueva serie o tener continuación.

Será imprescindible tener paciencia y ver qué ocurre, aunque Card ya nos tiene acostumbrados a series iniciadas y pendientes de conclusión: la del hacedor Alvin Maker, la trilogía del Mayflower iniciada con *LOVELOCK*, la posible serie sobre los observadores del pasado iniciada con la novela sobre Colón, y otras series actualmente en marcha, como *Mujeres del Génesis*.

La nueva serie sobre Bean, la sombra de Ender y del Hegemón, trata básicamente de geopolítica y de temas político-militares en la Tierra tras la victoria sobre los insectores, un período no demasiado alejado de nuestra actualidad en donde los dos siglos transcurridos pueden haber cambiado algunas cosas, pero no demasiadas. Aunque no hay que olvidar que, incluso la guerra y la geopolítica ha de adquirir, a manos de Card, un tono intimista que se centra en las motivaciones últimas de las acciones y las decisiones que toman los principales protagonistas.

Ya he dicho otras veces que Ender no era el único niño en la Escuela de Batalla, sólo el mejor entre los mejores. Bean, un ser prácticamente tan superdotado como Ender, verá en éste a un rival, pero también a un líder irreplicable. Con su prodigiosa inteligencia obtenida por manipulación genética, Bean ve y deduce incluso lo que Ender no llega a captar. Lugarteniente, amigo, tal vez posible suplente, Bean nos mostró en *LA SOMBRA DE ENDER* el trasfondo de lo que ocurría en la Escuela de

Batalla y que, tal vez, el mismo Ender nunca llegó a saber. En *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, y ahora en *MARIONETAS DE LA SOMBRA*, Bean continúa su tradicional enfrentamiento con Aquiles, ahora en el marco de un conflicto geoestratégico de alto nivel, concebido como resulta ya evidente y confiesa su autor como un gran juego de Risk.

Pero Bean es también un ser humano, casi un adolescente que sabe que su modificación genética comporta un gigantismo que le ha de llevar a la muerte muy temprana, quizás antes de los veinte años. El amor por Petra y la preocupación por su descendencia son nuevos elementos que Card, tan hábil en el tratamiento de personajes juveniles, incorpora en esta nueva novela de la saga. Y ello sin olvidar que el mismo Ender tiene unos padres que cobran un curioso protagonismo en *Marionetas de la sombra*.

Por el momento, aún en la duda de si la serie de la Sombra se ha terminado ya o va a continuar algún día, lo cierto es que leer cualquier libro de Card es siempre una gozada (y se lo dice un agnóstico que está disfrutando de lo lindo con las nuevas novelas históricas de Card sobre las mujeres del Génesis, ¿quién me lo iba a decir?).

MIQUEL BARCELÓ

A James y Renée Alien,
siempre entrelazados con nosotros,
en la gran red de la vida

1

Crecer

De: *SinDirección@Ilocalizable.com#14h9ccO/ FIRMA HASTA AHORA Y CONTINÚA ANÓNIMO!*

Para: *Trirreme%Salamina@Attica-vs-Esparta.hst*

Sobre: *Decisión final*

Wiggin:

Sujeto no ha de morir. Sujeto será transportado según plan 2, ruta 1. Partida Mar. 4.00, punto de encuentro #3 a las 6.00, que es al alba. Por favor sé lo bastante listo para acordarte de la fecha internacional. Es tuyo si lo quieres.

Si tu inteligencia sobrepasa tu ambición lo matarás. Si viceversa, intentarás utilizarlo. No pediste mi consejo, pero lo he visto en acción: Mátalo.

Cierto, sin un antagonista para asustar al mundo nunca recuperarás el poder que el cargo de Hegemón tuvo en su día. Seria el final de tu carrera.

Déjalo vivir, y será el fin de tu vida, y dejarás el mundo en su poder cuando mueras. ¿Quién es el monstruo? ¿O al menos el monstruo número 2?

Y te he dicho cómo capturarlo. ¿Soy el monstruo número 3? ¿O simplemente el tonto número 1?

Tu fiel servidor en la diversidad

A Bean le gustaba ser alto, aunque eso fuera a matarlo.

Y al ritmo que estaba creciendo, sería más pronto que tarde. ¿Cuánto tiempo tenía? ¿Un año? ¿Tres? ¿Cinco? Los extremos de sus huesos eran todavía como los de un niño, madurando, estirándose; incluso su *cabeza* estaba creciendo y, como un bebé, tenía una suave fontanela en la parte superior de su cráneo.

Eso implicaba ajustes constantes, ya que semana tras semana sus brazos llegaban más lejos cuando los extendía, sus pies eran más largos y tropezaban con escaleras y alféizares, sus piernas eran más largas y al caminar cubría el terreno con más rapidez, y sus compañeros tenían que apresurarse para seguirle el ritmo. Cuando entrenaba con sus soldados, la compañía de élite de hombres que constituían toda la fuerza militar de la Hegemonía, ahora podía correr ante ellos, pues sus zancadas eran más largas que las suyas.

Hacía tiempo que se había ganado el respeto de sus hombres. Pero ahora, gracias a su altura, ellos por fin, literalmente, lo miraban desde abajo.

Bean se encontraba en el prado donde dos helicópteros de asalto esperaban a que sus hombres los abordaran. Hoy la misión era peligrosa: penetrar en el espacio aéreo

chino e interceptar un pequeño convoy que transportaba a un prisionero desde Beijing hasta el interior. Todo dependía del secreto, la sorpresa, y la información extraordinariamente precisa que el Hegemón, Peter Wiggin, había estado recibiendo desde el interior de China en los últimos meses.

Bean deseaba conocer la fuente de inteligencia, porque su vida y las vidas de sus hombres dependían de ello. La precisión lograda hasta ahora bien podría ser fácilmente una trampa. A pesar de que el título de Hegemón era ahora esencialmente algo vacío, ya que la mayor parte de la población mundial residía en países que habían dejado de reconocer la autoridad del cargo, Peter Wiggin había estado usando bien a los soldados de Bean. Eran una molestia constante al nuevo afán expansionista de China, capaces de aparecer aquí y allá exactamente en el momento mejor calculado para perturbar la confianza de los líderes chinos.

La patrullera que desaparece de repente, el helicóptero que cae, la operación de espionaje que es reventada bruscamente cegando al servicio de inteligencia chino en otro país más..., oficialmente los chinos ni siquiera habían acusado al Hegemón de tener ninguna relación con esos incidentes, pero eso sólo significaba que no querían dar ninguna publicidad al Hegemón, no querían potenciar su reputación ni su prestigio entre aquellos que temían a China en los años transcurridos desde la conquista de la India e Indochina. Casi con toda seguridad sabían quién era la fuente de sus preocupaciones.

De hecho, probablemente achacaban al pequeño ejército de Bean la creación de problemas que eran accidentes corrientes de la vida. La muerte del ministro de Asuntos Exteriores de un ataque al corazón en Washington, D.C., sólo minutos antes de su reunión con el presidente norteamericano. Puede que de verdad creyeran que el alcance de Peter Wiggin era tan largo, o que pensaran que el ministro de Exteriores chino, un segundón del partido, merecía la pena ser asesinado.

Y el hecho de que una devastadora sequía llevara ya dos años vigente en la India, obligando a los chinos a comprar comida en el mercado libre o permitir la entrada de trabajadores de equipos de ayuda de Europa y las Américas al subcontinente recién capturado y todavía rebelde... tal vez incluso imaginaban que Peter Wiggin podía controlar las lluvias monzónicas.

Bean no se hacía ese tipo de ilusiones. Peter Wiggin tenía muchos contactos por todo el mundo, una colección de informadores que se convertía gradualmente en una seria red de espías pero, por lo que Bean podía decir, Peter tan sólo estaba jugando. Oh, Peter pensaba que era bastante real, pero nunca había visto lo que sucedía en el mundo real. Nunca había visto a la gente morir como resultado de sus órdenes.

Bean sí, y no se trataba de ningún juego.

Oyó acercarse a sus hombres. Supo sin mirar que estaban muy cerca, pues incluso aquí, en territorio supuestamente seguro (una zona aventajada en las montañas de

Mindanao en las Filipinas) se movían lo más silenciosamente posible. Pero también sabía que los había oído antes de que ellos esperaran que lo hiciera, pues sus sentidos siempre habían sido inusitadamente agudos. No los órganos auditivos físicos (su oído era bastante corriente), sino la habilidad de su cerebro para reconocer incluso la más leve variación en el sonido ambiental. Por eso alzó una mano como saludo hacia los hombres que acababan de emerger del bosque tras él.

Pudo oír los cambios en su respiración —suspiros, risitas casi silenciosas—, que le decían que reconocían que los había vuelto a pillar. Como si fuera un juego adulto del escondite, y Bean siempre pareciera tener ojos en la nuca.

Suriyawong se acercó a él mientras los hombres se disponían en fila de a dos para subir a los helicópteros, ya preparados para la misión que les esperaba.

—Señor —dijo Suriyawong.

Eso hizo que Bean se volviera. Suriyawong nunca lo llamaba «señor».

Suriyawong, el segundo al mando, un tailandés sólo unos pocos años mayor que Bean, era ahora media cabeza más bajo. Saludó a Bean, y entonces se volvió hacia el bosque del que acababa de surgir.

Cuando Bean se volvió para mirar en la misma dirección, vio a Peter Wiggin, el Hegemón de la Tierra, el hermano de Ender Wiggin, que había salvado al mundo de la invasión fórmica tan sólo unos cuantos años antes. Peter Wiggin, el consentidor y jugador. ¿A qué está jugando ahora?

—Espero que no estés tan loco como para venir en esta misión —dijo Bean.

—Qué saludo tan alegre —dijo Peter—. Lo que llevas en el bolsillo es una pistola, así que supongo que no te alegras de verme.

Bean odiaba a Peter cuando intentaba bromear. Así que no dijo nada. Esperó.

—Julian Delphiki, hay un cambio de planes.

Lo llamaba por su nombre completo, como si fuera el padre de Bean. Bueno, Bean tenía un padre... aunque no hubiera sabido que tenía uno hasta después de que terminara la guerra, cuando le dijeron que Nikolai Delphiki no era sólo su amigo, sino su hermano. Pero tener de pronto un padre y una madre cuando ya cuentas con once años no es igual que crecer con ellos. Nadie había llamado a Bean «Julian Delphiki» cuando era pequeño. Nadie lo había llamado de ninguna manera, hasta que se burlaron de él y le pusieron por mote Bean, habichuela, en las calles de Rotterdam.

Peter nunca parecía ver el absurdo que era tratar así a Bean. Luché en la guerra contra los insectores, quiso decir Bean. Luché junto a tu hermano Ender, mientras tú aún estabas jugando a agitador en las redes. Y mientras estabas llenando tu vacío papel de Hegemón, yo lideraba a estos hombres a la batalla que logró cambiar el mundo. ¿Y ahora me dices que ha habido un cambio de planes?

—Anulemos la misión —dijo Bean—. Los cambios de último minuto en los planes conducen a pérdidas innecesarias en el combate.

—En este caso no será así —respondió Peter—. Porque el único cambio es que tú no vas a ir.

—¿Vas a ir tú en mi lugar?

Bean no tuvo que mostrar desprecio en su voz ni en su rostro. Peter era lo bastante inteligente como para saber que la idea era un chiste. Peter no estaba entrenado para nada más que para escribir ensayos, darle la de cal a los políticos, y jugar a geopolítica.

—Suriyawong irá al mando de esta misión —dijo Peter. Suriyawong cogió el sobre sellado que le tendió Peter, pero luego se volvió hacia Bean en busca de confirmación.

Peter advirtió sin duda que Suriyawong no pretendía seguir esas órdenes a menos que Bean se lo dijera. Como era mayormente humano, Peter no pudo resistir la tentación de devolver el golpe.

—A menos que pienses que Suriyawong no está preparado para dirigir la misión —dijo.

Bean miró a Suriyawong, quien le sonrió.

—Su excelencia, las tropas son tuyas —dijo Bean—. Suriyawong siempre dirige a los hombres a la batalla, así que no habrá ningún cambio de importancia.

Cosa que no era cierta del todo: Bean y Suriyawong a menudo tenían que cambiar de planes en el último minuto, y Bean acababa dirigiendo una misión entera o parcialmente, o no, dependiendo de cuál de los dos tuviera que lidiar con la emergencia. Con todo, por difícil que fuera esta misión, no era demasiado complicada. El convoy estaría donde se suponía que tendría que estar, o no estaría. Si lo estaba, la misión probablemente tendría éxito. Si no estaba, o si se trataba de una emboscada, la misión sería abortada y ellos regresarían a casa. Suriyawong y los otros oficiales y soldados podrían tratar sin problemas con cualquier cambio menor.

A menos, por supuesto, que el cambio en la misión fuera porque Peter Wiggin supiera que iba a fracasar y no quisiera arriesgarse a perder a Bean. O porque Peter los estuviera traicionando por algún arcano motivo propio.

—Por favor, no lo abras hasta que estés en el aire —le dijo Peter a Suriyawong.

Suriyawong saludó.

—Hora de partir —dijo.

—La misión nos acercará significativamente a lograr impedir el expansionismo chino —dijo Peter.

Bean ni siquiera suspiró. Pero esta tendencia de Peter para decir lo que sucedería siempre le cansaba un poco.

—Ve con Dios —le dijo Bean a Suriyawong. A veces, cuando decía esto, Bean recordaba a sor Carlotta y se preguntaba si ahora estaría con Dios, y tal vez le oía decir lo más cercano a una oración que jamás había pasado por sus labios.

Suriyawong corrió hacia el helicóptero. Al contrario que sus hombres, no llevaba ningún equipo aparte de una pequeña mochila y su pistola. No tenía ninguna necesidad de armamento pesado, porque esperaba quedarse en el helicóptero durante la operación. Había momentos en que el comandante tenía que dirigir el combate, pero no en una ocasión como ésta, donde la comunicación lo era todo y tenía que poder tomar decisiones instantáneas que serían comunicadas a todos de inmediato. Por eso se quedaría con los e-mapas que controlaban la posición de cada soldado, y hablaría con ellos por el enlace satélite codificado.

No estaría a salvo en el helicóptero. Al contrario. Si los chinos fueran conscientes de lo que se les avecinaba, o si pudieran responder a tiempo, Suriyawong estaría sentado en uno de los dos blancos más grandes y fáciles de alcanzar.

Ese es mi lugar, pensó Bean mientras veía cómo Suriyawong saltaba al helicóptero, ayudado por la mano extendida de uno de los soldados.

La puerta del helicóptero se cerró. Los dos aparatos se alzaron levantando una tormenta de viento y polvo y hojas, aplanando la hierba bajo ellos.

Sólo entonces emergió otra figura del bosque. Una joven. Petra.

Bean la vio e inmediatamente se llenó de furia.

—¿En qué estás pensando? —le gritó a Peter por encima del fragor de los helicópteros—. ¿Dónde están sus guardaespaldas? ¿No sabes que corre peligro cada vez que abandona la seguridad del complejo?

—La verdad —dijo Peter, y ahora los helicópteros estaban ya tan altos que podían hablar con voz normal— es que probablemente no ha estado más a salvo en toda su vida.

—Si piensas así, eres un idiota.

—Pues pienso así, y no soy ningún idiota. —Peter sonrió—. Siempre me subestimas.

—Siempre te sobrestimas.

—Hola, Bean.

Bean se volvió hacia Petra.

—Hola, Petra.

La había visto hacía tan sólo tres días, justo antes de que partieran para esta misión. Ella lo había ayudado a planearla; se la sabía al dedillo, igual que él.

—¿Qué está haciendo este capullo con nuestra misión? —le preguntó Bean.

Petra se encogió de hombros.

—¿No te lo imaginas?

Bean pensó un instante. Como de costumbre, su mente inconsciente había estado procesando la información de fondo, muy por detrás de lo que era consciente. En la superficie, estaba pensando en Peter y en Petra y en la misión que acababa de ponerse en marcha. Pero, por debajo, su mente ya había advertido las anomalías y estaba

dispuesta a enumerarlas.

Peter había apartado a Bean de la misión y le había dado a Suriyawong órdenes selladas. Obviamente, pues, había algún cambio que no quería que él supiera. Peter también había sacado a Petra de su escondite y sin embargo sostenía que nunca había estado más a salvo. Eso debía significar que por algún motivo estaba seguro de que Aquiles no podía alcanzarla aquí.

Aquiles era la única persona del mundo cuya red personal rivalizaba con la de Peter por su capacidad de extenderse más allá de cualquier frontera nacional. La única manera de que Peter pudiera estar seguro de que Aquiles no podía alcanzar a Petra, ni siquiera aquí, era que Aquiles no estuviera libre para actuar.

Aquiles estaba prisionero, y llevaba prisionero algún tiempo. Lo que significaba que los chinos, tras haberlo utilizado para preparar su conquista de la India, Birmania, Tailandia, Vietnam, Laos y Camboya, y su alianza con Rusia y el Pacto de Varsovia, finalmente había advertido que era un psicópata y lo habían encerrado.

Aquiles estaba prisionero en China. El mensaje que contenía el sobre de Suriyawong sin duda le revelaba la identidad del prisionero que tenían que rescatar de la custodia china. Esa información no podía haber sido comunicada antes de que partiera la misión, porque Bean no habría permitido que ésta continuara si hubiera sabido que llevaría a la liberación de Aquiles.

Bean se volvió hacia Peter.

—Eres tan estúpido como los políticos alemanes que conspiraron para llevar a Hitler al poder, pensando que podrían utilizarlo.

—Sabía que te molestarías —dijo Peter tranquilamente.

—A menos que las nuevas órdenes que le diste a Suriyawong fueran matar al prisionero después de todo.

—Comprenderás que eres demasiado impredecible cuando se trata de ese tipo. Sólo mencionar su nombre te pone a cien. Es tu talón de Aquiles. Perdona el chiste.

Bean lo ignoró. En cambio, cogió a Petra de la mano.

—Si ya sabías lo que estaba haciendo, ¿por qué has venido con él?

—Porque ya no estaba a salvo en Brasil, y por eso prefiero estar contigo —respondió Petra.

—El que ambos estemos juntos sólo duplica la motivación de Aquiles.

—Pero tú eres el que sobrevive, no importa lo que te arroje Aquiles —dijo Petra—. Ahí es donde quiero estar.

Bean sacudió la cabeza.

—La gente que está cerca de mí muere.

—Al contrario. La gente sólo muere cuando no está cerca de ti.

Bueno, eso era bastante cierto, pero irrelevante. A la larga, Poke y sor Carlotta murieron por causa de Bean. Porque cometieron el error de amarle y serle leales.

—No voy a apartarme de tu vera —dijo Petra.

—¿Nunca?

Antes de que ella pudiera contestar, Peter los interrumpió.

—Todo esto es muy enternecedor, pero tenemos que repasar qué vamos a hacer con Aquiles después de que lo recuperemos.

Petra lo miró como si fuera un niño molesto.

—Sí que eres obtuso —dijo.

—Sé que es peligroso —respondió Peter—. Por eso debemos tener mucho cuidado con la manera de manejar este asunto.

—Escúchale —dijo Petra—. Habla en primera persona de plural.

—No cuentes con nosotros —dijo Bean—. Buena suerte.

Todavía cogido de la mano de Petra, Bean se encaminó hacia el bosque. Petra sólo tuvo un momento para despedirse alegremente de Peter y luego corrió junto a Bean hacia los árboles.

—¿Vais a dimitir? —gritó Peter tras ellos—. ¿Así, sin más? ¿Cuando por fin estamos a punto de conseguir que las cosas se muevan como queremos?

Ellos no se pararon a discutir.

Más tarde, en el avión privado que Bean contrató para que los llevara de Mindanao a las Célebes, Petra se burló de las palabras de Peter.

—«¿Cuando por fin estamos a punto de conseguir que las cosas se muevan como queremos?»

Bean se echó a reír.

—¿Cuándo hemos querido nada? —continuó ella, sin reírse ahora—. Sólo se trata de aumentar la influencia de Peter, de aumentar su poder y su prestigio. Nada que ver con nosotros.

—No quiero que muera —dijo Bean.

—¿Quién, Aquiles?

—¡No! A ése lo quiero muerto. Es a Peter a quien tenemos que mantener con vida. Es el único equilibrio.

—Ahora ha perdido el equilibrio —dijo Petra—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Aquiles se las arregle para hacerlo matar?

—Lo que me preocupa es cuánto tiempo pasará antes de que Aquiles penetre y se adueñe de toda su red.

—Tal vez estamos asignando a Aquiles poderes sobrenaturales —dijo Petra—. No es ningún dios. Ni siquiera un héroe. Sólo un chico enfermo.

—No —dijo Bean—. Yo soy un chico enfermo. Él es el diablo.

—Bueno, pues tal vez el diablo sea un chico enfermo.

—Así que estás diciendo que deberíamos tratar de ayudar a Peter.

—Estoy diciendo que si Peter sobrevive a su pequeño encuentro con Aquiles,

puede que esté más dispuesto a escucharnos.

—No es probable —dijo Bean—. Porque si sobrevive, pensará que eso demuestra que es más listo que nosotros, así que será menos probable que nos quiera escuchar.

—Sí —dijo Petra—. No es que vaya a aprender nada.

—Lo primero que tenemos que hacer es dividirnos.

—No.

—He hecho esto antes, Petra. Esconderme. Impedir que me atrapen.

—Y si estamos juntos somos demasiado identificables, bla bla bla —dijo ella.

—Decir «bla bla bla» no significa que no sea cierto.

—Pero no me importa —dijo Petra—. Ésa es la parte que dejas fuera de tus cálculos.

—Pero a mí sí que me importa la parte que dejas fuera de los tuyos.

—Déjame expresarlo así: si nos separamos, y Aquiles me encuentra y me mata primero, entonces tendrás a otra mujer que te ama profundamente muerta porque no la protegiste.

—Juegas sucio.

—Combato como una chica.

—Y si te quedas conmigo, probablemente acabaremos muriendo juntos.

—Nada de eso —dijo Petra.

—No soy inmortal, como bien sabes.

—Pero eres más listo que Aquiles. Y más afortunado. Y más alto. Y más simpático.

—El nuevo ser humano mejorado.

Ella lo miró, pensativa.

—Sabes, ahora que eres alto, probablemente podríamos viajar como marido y mujer.

Bean suspiró.

—No voy a casarme contigo.

—Sólo como camuflaje.

Su deseo de casarse con él había empezado como insinuaciones pero ahora era bastante descarado.

—No voy a tener hijos —dijo él—. Mi especie se acaba conmigo.

—Creo que eso es muy egoísta por tu parte. ¿Y si el primer homo sapiens hubiera pensado lo mismo? Todavía seríamos neandertales, y cuando llegaron los insectores nos habrían reducido a cenizas y sanseacabó.

—No evolucionamos a partir de los neandertales —dijo Bean.

—Bueno, menos mal que al menos hemos resuelto eso.

—Y yo no he evolucionado. Me crearon genéticamente.

—Pero a imagen y semejanza de Dios —dijo Petra.

—Sor Carlotta podía decir esas cosas, pero no tienen gracia viniendo de ti.

—Sí que la tienen.

—No para mí.

—Creo que no quiero tener tus bebés, si van a heredar tu sentido del humor.

—Es un alivio.

Pero no lo era. Porque se sentía atraído hacia ella y Petra lo sabía. Más que eso. La amaba de verdad, le gustaba estar con ella. Era su amiga. Si no fuera a morir, si quisiera formar una familia, si tuviera algún interés en casarse, ella era la única mujer humana que tendría en cuenta. Pero ése era el problema: ella era humana, y él no.

Después de unos instantes de silencio, Petra apoyó la cabeza en su hombro y lo cogió de la mano.

—Gracias —murmuró.

—No sé por qué.

—Por dejarme salvarte la vida.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Mientras tengas que cuidar de mí, no morirás.

—¿Así que vas a venir conmigo, aumentando el riesgo de ser identificada y permitir que Aquiles elimine a sus dos enemigos jurados con una bomba bien colocada, sólo para salvarme la vida?

—Eso es, chico genio.

—Ni siquiera me caes bien, ¿sabes?

En ese momento, estaba tan molesto que era casi cierto.

—Mientras me ames, no me importa.

Y él sospechó que también la mentiría de ella era casi verdad.

El cuchillo de Suriyawong

De: *Salaam%Spaceboy@Inshallah.com*

Para: *Vigilante%DeGuardia@International.net*

Sobre: *Lo que pediste*

Mi querido señor Wiggin/Locke:

Filosóficamente hablando, todos los invitados en un hogar musulmán son tratados como visitantes sagrados enviados por Dios y bajo su cuidado. En la práctica, para dos personas extremadamente dotadas de talento, famosas e impredecibles que son odiadas por una poderosa figura no musulmana y ayudados por otra, ésta es una parte del mundo muy peligrosa, sobre todo si pretenden permanecer ocultos y libres. No creo que sean tan tontos como para buscar refugio en un país musulmán.

Lamento decirle, no obstante, que su interés y el mío no coinciden en este asunto, así que, a pesar de nuestra ocasional cooperación en el pasado, no le diré si los encuentro o tengo noticias de ellos.

Sus logros son muchos, y le he ayudado en el pasado y lo haré en el futuro. Pero cuando Ender nos guió en la lucha contra los fórmicos estos amigos estaban a mi lado. ¿Dónde estaba usted?

Respetuosamente suyo,

Alai

Suriyawong abrió sus órdenes y no se sorprendió. Había dirigido misiones al interior de China con anterioridad, pero siempre para realizar actos de sabotaje o de recopilación de inteligencia, o de «reducción involuntaria por la fuerza de altos oficiales», el irónico eufemismo que Peter empleaba por asesinato. El hecho de que esta misión fuera de captura y no de muerte sugería que se trataba de una persona que no era originaria de China. Suriyawong esperaba que pudiera ser uno de los líderes de un país conquistado: el depuesto primer ministro de la India, por ejemplo, o el cautivo primer ministro de su Tailandia natal.

Incluso había acariciado, brevemente, la posibilidad de que se tratara de un miembro de su propia familia.

Pero lo que tenía sentido era que Peter corriera este riesgo, no por alguien que tuviera un mero valor político o simbólico, sino por el enemigo que había puesto al mundo en esta extraña y desesperada situación.

Aquiles. Antiguo lisiado, asesino frecuente, psicópata a tiempo completo, y

extraordinario propagador de odios, Aquiles tenía el don de descubrir a qué aspiraban los líderes de las naciones y les prometía un modo de conseguirlo. Hasta ahora había convencido a una facción del gobierno ruso, los jefes de los gobiernos indio y paquistaní, y varios líderes de otras tierras para que cumplieran sus órdenes. Cuando Rusia descubrió que era un peligro, huyó a la India, donde ya tenía a sus amigos esperándole. Cuando la India y Pakistán estaban haciendo exactamente lo que él había dispuesto que hicieran, los traicionó utilizando sus conexiones dentro de China.

El siguiente movimiento, por supuesto, habría sido traicionar a sus amigos de China y saltar a un puesto de poder aún mayor. Pero el grupo gobernante en China era tan cínico como Aquiles y reconoció la pauta de su conducta, así que poco después de que convirtiera a China en la única superpotencia efectiva del mundo, lo arrestaron.

Si los chinos eran tan listos, ¿por qué no lo era Peter? ¿No había dicho el propio Peter: «Cuando Aquiles te es más útil y leal, es cuando sin duda ya te ha traicionado»? ¿Entonces por qué pensaba que podía utilizar a este muchacho monstruoso?

¿O había conseguido Aquiles convencer a Peter, a pesar de todas las pruebas que existían de que Aquiles no cumplía sus promesas, de que esta vez sería leal a un aliado?

Debería matarlo, pensó Suriyawong. De hecho, lo haré. Informaré a Peter que Aquiles murió en el caos del rescate. Entonces el mundo será un lugar más seguro.

No es que Suriyawong no hubiera matado a enemigos peligrosos con anterioridad. Y por lo que Bean y Petra le habían dicho, Aquiles era por definición un enemigo peligroso, sobre todo hacia todo aquel que alguna vez hubiera sido amable con él.

—Si alguna vez lo has visto en estado de debilidad o indefensión o derrota —había dicho Bean—, no puede soportar que sigas con vida. No creo que sea algo personal. No tiene que matarte con sus propias manos o ver cómo mueres ni nada de eso. Sólo tiene que saber que ya no vives en el mismo mundo que él.

—Así que lo más peligroso que puedes hacer —había dicho Petra—, es salvarlo, porque el mismo hecho de que haya visto que necesitaba ser salvado es, para él, tu sentencia de muerte.

¿Nunca le habían explicado esto a Peter?

Claro que sí. De manera que al enviar a Suriyawong al rescate de Aquiles, Peter sabía que estaba, de hecho, firmando su sentencia de muerte.

Sin duda Peter imaginaba que iba a controlar a Aquiles, y por tanto Suriyawong no correría peligro.

Pero Aquiles había asesinado a la cirujana que había curado su pierna lisiada, y a la niña que una vez se negó a matarlo cuando lo tuvo a su merced. Había matado a la monja que lo encontró en las calles de Rotterdam y le proporcionó una educación y

un puesto en la Escuela de Batalla.

Conseguir la gratitud de Aquiles era claramente una enfermedad terminal. Peter no tenía ningún poder para inmunizar a Suriyawong. Aquiles nunca dejaba sin castigar una buena acción, por mucho tiempo que hiciera falta, por muy revuelto que pudiera ser el camino de la venganza.

Debería matarlo, pensó Suriyawong, o sin duda él me matará a mi.

No es un soldado, es un prisionero. Matarlo sería un asesinato, incluso en tiempo de guerra.

Pero si no lo mato, él *acabará* por matarme a mí. ¿Es que un hombre no puede defenderse?

Además, es el que ideó el plan que sometió a mi pueblo al yugo de China, destruyendo a una nación que nunca había sido conquistada, ni por los birmanos, ni por los colonizadores europeos, ni por los japoneses en la Segunda Guerra Mundial, ni por los comunistas en su época. Sólo por Tailandia ya merece la muerte, por no mencionar todos sus otros asesinatos y traiciones.

Pero si un soldado no obedece las órdenes, matando sólo cuando se le ordena matar, ¿entonces de qué le vale a su comandante? ¿A qué causa sirve? Ni siquiera a su propia supervivencia, pues en un ejército semejante ningún oficial podría contar con sus hombres, con ningún soldado de sus compañías.

Tal vez tenga suerte y el vehículo estalle con él dentro. Suriyawong sopesaba estos pensamientos mientras volaban bajo el radar, rozando las crestas de las olas del Mar de China.

Sobrevolaron la playa tan rápidamente que apenas hubo tiempo para darse cuenta, mientras los ordenadores de a bordo hacían que la nave de asalto se sacudiera a diestra y siniestra, se abalanzara hacia arriba y luego otra vez hacia abajo, evitando obstáculos del terreno mientras permanecía siempre por debajo del radar. Los helicópteros estaban perfectamente enmascarados, y la desinformación de a bordo comunicaba a todos los satélites de vigilancia que eran algo distinto a lo que en realidad eran.

Poco después llegaron a una carretera y viraron al norte, luego al oeste, hasta llegar a lo que las fuentes de inteligencia de Peter habían llamado punto de comprobación número tres. Los hombres en el punto de control enviarían una advertencia por radio al convoy que transportaba a Aquiles, naturalmente, pero no habrían terminado la frase antes...

El piloto de Suriyawong divisó al convoy.

—Transportes blindados a proa —dijo.

—Atacad todos los vehículos de apoyo.

—¿Y si han puesto al prisionero en uno de los vehículos de apoyo?

—Entonces habrá una muerte trágica que achacar al fuego amigo —dijo

Suriyawong.

Los soldados comprendieron, o al menos eso pensaron. Suriyawong ejecutaría las maniobras para rescatar al prisionero, pero si éste moría no le importaba.

Esto no era cierto, estrictamente hablando, o al menos no en este momento. Suriyawong simplemente confiaba que los soldados chinos siguieran las reglas. El convoy no era más que un despliegue de fuerzas para impedir que muchedumbres locales, rebeldes o grupos militares guerrilleros intentaran interferir. No habían contemplado la posibilidad (ni siquiera un motivo) para que se produjera un rescate por parte de una fuerza externa. Desde luego, no por parte de la diminuta fuerza de choque del Hegemón.

Sólo media docena de soldados chinos pudieron salir de los vehículos antes de que los misiles de la Hegemonía los hicieran volar por los aires. Los soldados de Suriyawong ya estaban disparando antes de saltar de los helicópteros que se posaban en tierra, y sabían que en unos instantes toda resistencia habría acabado.

Pero la furgoneta prisión que llevaba a Aquiles no fue molestada. Nadie salió de ella, ni siquiera los conductores.

Violando el protocolo, Suriyawong saltó del helicóptero de mando y caminó hacia la parte trasera de la furgoneta prisión. Permaneció cerca mientras el soldado asignado para volar la puerta colocaba la carga y la detonaba. Hubo un fuerte pop, pero ningún estallido cuando el explosivo saltó el cerrojo.

La puerta se abrió un par de centímetros. Suriyawong extendió un brazo para impedir que los soldados entraran en la furgoneta para rescatar al prisionero.

En cambio, abrió la puerta sólo lo suficiente para lanzar su cuchillo de combate al suelo de la furgoneta. Entonces colocó la puerta en su sitio y retrocedió, indicando a sus hombres que hicieran lo mismo.

La furgoneta se agitó indicando alguna actividad violenta en su interior. Sonaron dos disparos. La puerta se abrió cuando un cuerpo se desplomó hacia atrás y cayó al suelo a sus pies.

Que sea Aquiles, pensó Suriyawong, contemplando al oficial chino que intentaba sujetarse las entrañas con las manos. Suriyawong tuvo la irracional idea de que el hombre debería lavarse los órganos antes de volver a metérselos en el abdomen. Era muy poco higiénico.

Un joven alto con uniforme carcelario apareció en la puerta de la furgoneta, empuñando un cuchillo de combate ensangrentado en la mano.

No pareces gran cosa, Aquiles, pensó Suriyawong. Pero claro, no tienes que parecer muy impresionante cuando acabas de matar a tus guardias con un cuchillo que no esperabas que te arrojaran a los pies.

—¿Todos muertos dentro? —preguntó Suriyawong.

Un soldado habría contestado sí o no, junto con un recuento de los vivos y los

muertos. Pero Aquiles no había sido soldado en la Escuela de Batalla más que unos pocos días. No tenía los reflejos de la disciplina militar.

—Casi todos —dijo Aquiles—. ¿De quién fue la estúpida idea de arrojarme un cuchillo en vez de abrir la jodida puerta y acribillar a esos tíos?

—Comprobad si están muertos —les dijo Suriyawong a sus hombres más cercanos.

Momentos después le informaron que todo el personal del convoy había muerto. Eso era esencial si el Hegemón quería conservar la ficción de que no eran las fuerzas de la Hegemonía las que habían llevado a cabo esta incursión.

—A los helicópteros, en veinte segundos —dijo Suriyawong.

De inmediato, sus hombres corrieron hacia los aparatos.

Suriyawong se volvió hacia Aquiles.

—Mi comandante respetuosamente le invita a permitirnos que lo saquemos de China.

—¿Y si me niego?

—Si tiene sus propios recursos en el país, entonces le digo adiós con los cumplidos de mi comandante.

Esto no era lo que decían las órdenes de Peter, pero Suriyawong sabía lo que estaba haciendo.

—Muy bien —dijo Aquiles—. Márchense y déjenme aquí.

Suriyawong corrió inmediatamente hacia el helicóptero de mando.

—Espere —llamó Aquiles.

—Diez segundos —dijo Suriyawong por encima del hombro.

Saltó al interior y se dio la vuelta. En efecto, Aquiles estaba cerca, extendiendo una mano para que lo auparan al pájaro.

—Me alegra que eligiera venir con nosotros —dijo Suriyawong.

Aquiles encontró un asiento y se sentó, ajustándose las correas de seguridad.

—Supongo que tu comandante es Bean y que eres Suriyawong —dijo Aquiles.

El helicóptero despegó y empezó a volar hacia la costa siguiendo una ruta diferente.

—Mi comandante es el Hegemón —respondió Suriyawong—. Usted es su invitado.

Aquiles sonrió plácidamente y contempló en silencio a los soldados que acababan de llevar a cabo su rescate.

—¿Y si hubiera estado en uno de los otros vehículos? —preguntó—. Si yo hubiera estado al mando de ese convoy, el prisionero no habría estado en el lugar obvio.

—Pero no estaba usted al mando del convoy —dijo Suriyawong.

La sonrisa de Aquiles se amplió un poco.

—¿Y qué es eso de lanzarme un cuchillo? ¿Cómo sabías que tendría las manos libres para recogerlo?

—Supuse que habría conseguido tener las manos libres —contestó Suriyawong.

—¿Por qué? No sabía que iban a venir.

—Perdone, señor —dijo Suriyawong—. Pero viniéramos o no, se las habría arreglado para tener las manos libres.

—¿Ésas fueron las órdenes que te dio Peter Wiggin?

—No, señor, fue mi juicio en la batalla —dijo Suriyawong. Le amargaba dirigirse a Aquiles como «señor», pero si este jueguito iba a tener un final feliz, éste era el papel de Suriyawong por el momento.

—¿Qué clase de rescate es éste, donde le arrojas un cuchillo a un prisionero y esperas a ver qué pasa?

—Había demasiadas variables si abríamos la puerta de golpe —replicó Suriyawong—. Demasiado peligro de que lo mataran en fuego cruzado.

Aquiles no dijo nada. Sólo se quedó mirando la pared opuesta del helicóptero.

—Además —dijo Suriyawong—. No era una operación de rescate.

—¿Qué era entonces, prácticas de tiro? ¿Bolos chinos?

—Una oferta de transporte a un invitado del Hegemón —dijo Suriyawong—. Y el préstamo de un cuchillo.

Aquiles alzó el cuchillo ensangrentado, sujetándolo por la punta.

—¿Es tuyo?

—A menos que usted quiera limpiarlo.

Aquiles se lo tendió. Suriyawong sacó su bayeta y limpió la hoja, y luego empezó a pulirla.

—Querías que muriera —dijo Aquiles tranquilamente.

—Esperaba que resolviera sus propios problemas sin que muriera ninguno de mis hombres —dijo Suriyawong—. Y ya que lo ha conseguido, creo que mi decisión ha resultado ser, si no el mejor rumbo de acción, al menos un rumbo válido.

—Nunca creí que me fueran a rescatar los tailandeses —dijo Aquiles—. Que me matarían sí, pero que me salvarían no.

—Se salvó usted solo —dijo Suriyawong fríamente—. Nadie de aquí lo salvó. Abrimos una puerta para usted y le presté mi cuchillo. Supuse que tal vez no tendría uno, y que el préstamo del mío aceleraría su victoria para que no tuviéramos que retrasar nuestro vuelo de regreso.

—Eres un chico extraño.

—No me hicieron un test de normalidad cuando me confiaron esta misión. Pero no tengo ninguna duda de que suspendería un examen semejante.

Aquiles se echó a reír. Suriyawong se permitió una ligera sonrisa.

Trató de no imaginar qué pensamientos podían estar ocultando los inescrutables

rostros de sus soldados. Sus familias también habían quedado atrapadas por la conquista china de Tailandia. También ellos tenían motivos para odiar a Aquiles, y tenía que mortificarlos ver cómo Suriyawong le hacía la pelota.

Por una buena causa, hombres: estoy salvando nuestras vidas lo mejor que puedo haciendo que Aquiles no nos considere sus rescatadores, asegurándome de que cree que ninguno de nosotros lo vio indefenso ni llegó a considerar que estaba indefenso.

—¿Bien? —dijo Aquiles—. ¿No tienes ninguna pregunta?

—Sí —contestó Suriyawong—. ¿Ha desayunado ya o tiene hambre?

—Yo nunca desayuno.

—Matar gente me da hambre —dijo Suriyawong—. Pensé que tal vez querría algún tipo de tentempié.

Ahora vio que un par de hombres lo miraban, sin apenas mover los ojos, pero fue suficiente para que Suriyawong supiera que sabían que reaccionaban a sus palabras. ¿Matar le da hambre? Absurdo. Ahora debían de saber que le estaba mintiendo a Aquiles. Para Suriyawong era importante que sus hombres supieran que estaba mintiendo sin tener que decírselo. De lo contrario, perdería su confianza. Podrían creer que de verdad se había entregado al servicio de este monstruo.

Aquiles comió, después de un rato. Luego se durmió.

Suriyawong no se fió de su sueño. Sin duda que Aquiles había dominado el arte de parecer dormido para así poder oír conversaciones ajenas. Así que Suriyawong no habló más de lo necesario para recibir los informes de sus hombres y obtener los datos completos del personal del convoy que habían eliminado.

Sólo cuando Aquiles se bajó del helicóptero para orinar en el aeródromo de Guam Suriyawong se arriesgó a enviar un rápido mensaje a Ribeirao Preto. Había una persona que tenía que saber que Aquiles iba a instalarse con el Hegemón: Virlomi, la chica india de la Escuela de Batalla que había escapado de Aquiles en Hyderabad y se había convertido en la diosa que vigilaba un puente al este de la India hasta que Suriyawong la rescató. Si estaba en Ribeirao Preto cuando Aquiles llegara allí, su vida correría peligro.

Y eso era muy triste para Suriyawong, porque significaría que no vería a Virlomi en mucho tiempo, y recientemente había decidido que la amaba y que quería casarse con ella cuando ambos crecieran.

3

Madres y padres

*clave codificación ******

*clave decodificación ******

Para: *Graff%peregrinación@colmin.gov*

De: *Locke%erasmus@polnet.gov*

Sobre: *Petición no oficial*

Agradezco su advertencia, pero le aseguro que no subestimo el peligro de tener a X en RP. De hecho, es un asunto en el que me vendría bien su ayuda, si quiere dármela.

Con JD y PA ocultos, y S comprometido al haber rescatado a X, las personas cercanas a él corren peligro, bien directamente o porque puedan ser usadas como rehenes por X. Necesitamos ponerlos fuera del alcance de X, y su situación para ello es única. Los padres de JD están acostumbrados a permanecer ocultos, y han tenido algunos incidentes de los que se han librado por poco; los padres de PA, al haber sufrido ya un secuestro, se sentirán también inclinados a cooperar.

La dificultad vendrá por parte de mis padres.

No hay ninguna posibilidad de que acepten ser escondidos como medida de protección si yo lo propongo. Si lo propone usted, podrían aceptarlo. No necesito que mis padres estén aquí, expuestos al peligro, donde podrían ser utilizados como medio de coacción o para distraerme de lo que hay que conseguir.

¿Puede ir a RP y reunirse con ellos antes de que yo regrese con X? Tendría unas treinta horas para conseguirlo. Pido disculpas por las molestias, pero una vez más tendría mi gratitud y seguiría contando con mi apoyo, cosas que espero sean algún día más valiosas de lo que son ahora, dadas las actuales circunstancias.

PW

Theresa Wiggin sabía que Graff iba a venir desde que Elena Delphiki la llamó a toda prisa después de que saliera de su casa. Pero no cambió sus planes en lo más mínimo. No porque esperara engañarlo, sino porque había muchas papayas en los árboles del huerto que tenía que cosechar antes de que se cayeran de puro maduras al suelo.

No tenía ninguna intención de dejar que Graff interfiriera con algo realmente importante.

Así que cuando oyó a Graff dando palmadas amablemente en la puerta principal,

estaba en lo alto de una escalera arrancando papayas y metiéndolas en la bolsita que llevaba al costado. Aparecida, la criada, tenía sus instrucciones, y por eso Theresa oyó pronto los pasos de Graff en las baldosas de la terraza.

—Señora Wiggin —dijo.

—Ya se ha llevado a dos de mis hijos —dijo ella sin mirarlo—. Supongo que ahora quiere a mi primogénito.

—No —respondió Graff—. Ahora vengo por usted y su marido.

—¿Para convencernos de que nos reunamos con Ender y Valentine?

Aunque estaba siendo deliberadamente obtusa, la idea tuvo no obstante un momentáneo atractivo. Ender y Valentine habían dejado atrás todo este lío.

—Me temo que no podré permitirme una nave para visitar su colonia hasta dentro de varios años —dijo Graff.

—Entonces me temo que no tiene nada que ofrecernos que nos interese.

—Estoy seguro de que es así —dijo Graff—. Es lo que Peter necesita. Una mano libre.

—No interferimos en su trabajo.

—Va a traer a una persona peligrosa —dijo Graff—. Pero creo que ya lo sabe.

—Los chismorreos abundan por aquí, ya que los padres de los genios no pueden hacer otra cosa que cotillear sobre los hechos de sus brillantes hijos e hijas. Los Arkanian y los Delphiki casi tienen casados a sus hijos. Y nosotros recibimos visitas fascinantes del espacio exterior. Como usted.

—Vaya, sí que estamos quisquillosos hoy —dijo Graff.

—Estoy segura de que los padres de Bean y Petra han accedido a abandonar Ribeirao Preto para que sus hijos no tengan que preocuparse de que Aquiles los tome como rehenes. Y algún día Nikolai Delphiki y Stefan Arkanian se recuperarán de haber sido meros actores secundarios en las vidas de sus hermanos. Pero la situación de John Paul y la mía no es igual. Nuestro hijo es el idiota que ha decidido traer a Aquiles aquí.

—Sí, debe de dolerle tener al único hijo que simplemente no está al mismo nivel intelectual que los demás.

Theresa lo miró, vio el brillo de sus ojos, y se rió a su pesar.

—Muy bien, no es estúpido, es tan arrogante que no puede concebir que ningún plan suyo fracase. Pero el resultado es el mismo. Y no tengo ninguna intención de enterarme de su muerte a través de un horrible mensaje por e-mail. O, peor aún, por un noticiario que diga cómo «el hermano del gran Ender Wiggin ha fracasado en su intento de revivir el cargo de Hegemón», y ver luego cómo en el obituario de Peter aparecen más imágenes de Ender tras su victoria sobre los fórmicos.

—Parece tener una visión muy clara de todas las posibilidades futuras —dijo Graff.

—No, sólo de las soportables. Voy a quedarme, señor ministro de la Colonización. Tendrá que encontrar sus inadecuados reclutas de mediana edad en otra parte.

—La verdad es que no son inadecuados. Usted todavía puede tener hijos.

—Tener hijos me ha proporcionado tanta alegría que la idea de tener más resulta maravillosa —dijo Theresa.

—Sé perfectamente bien cuánto ha sacrificado por sus hijos, y cuánto los ama. Y sabía al venir aquí que no querría marcharse.

—¿Entonces va a hacer que sus soldados me lleven con usted a la fuerza? ¿Tiene ya a mi esposo bajo custodia?

—No, no —dijo Graff—. Creo que hace usted bien al no marcharse.

—Oh.

—Pero Peter me pidió que la protegiera, así que tuve que ofrecérselo. No, creo que es bueno que se quede.

—¿Y por qué?

—Peter tiene muchos aliados. Pero ningún amigo.

—¿Ni siquiera usted?

—Me temo que lo estudié demasiado de cerca durante su infancia para apreciar su carisma.

—Lo tiene, ¿verdad? Carisma. O al menos encanto.

—Al menos tanto como Ender, cuando se decide a usarlo.

Oír a Graff hablar de Ender, de la clase de joven en el que Ender se había convertido antes de salir del sistema solar en una nave colonial tras salvar a la raza humana, llenó a Theresa de pesares familiares, pero no por ello menos amargos. Graff conoció a Ender Wiggin a los siete años y a los diez y a los doce, años en los que los únicos lazos de Theresa con su hijo más joven y vulnerable fueron unas cuantas fotografías y unos pocos recuerdos y el dolor en los brazos al recordar cuando lo acunaba, y la sensación acuciante de sus bracitos alrededor de su cuello.

—Ni siquiera cuando lo trajeron de vuelta a la Tierra nos dejaron verlo —le dijo a Graff—. Le llevaron a Val, pero no a su padre, ni a mí.

—Lo siento —respondió Graff—. No sabía que nunca regresaría a casa tras el final de la guerra. Verla a usted le habría recordado que había alguien en el mundo que tendría que protegerlo y cuidar de él.

—¿Y eso habría sido malo?

—La dureza que necesitábamos de Ender no era la persona que él quería ser. Teníamos que proteger esa dureza. Dejarle ver a Valentine ya fue bastante peligroso.

—¿Está seguro de que hicieron bien?

—Para nada. Pero Ender ganó la guerra, y nunca podremos volver atrás e intentarlo de otra manera para ver si habría funcionado igual de bien.

—Y yo nunca podré volver atrás y tratar de encontrar una manera que no acabe llenándome de resentimiento y pesar cada vez que lo veo o pienso en usted.

Graff no dijo nada durante un largo rato.

—Si está esperando que me disculpe... —empezó a decir Theresa.

—No, no —dijo Graff—. Estaba intentando pensar en una disculpa por mi parte que no resultara inadecuadamente ridícula. No disparé un solo tiro en la guerra, pero sí causé bajas, y aunque sé que no es ningún consuelo, cada vez que pienso en usted y en su marido también me lleno de pesar.

—No el suficiente.

—No, estoy seguro que no. Pero me temo que mis mayores pesares van dirigidos a los padres de Bonzo Madrid, que pusieron a su hijo en mis manos y lo recuperaron en un ataúd.

Theresa quiso lanzarle una papaya y estrujársela por toda la cara.

—¿Me está recordando que soy la madre de un asesino?

—El asesino era Bonzo, señora —dijo Graff—. Ender se defendió. Me ha malinterpretado. Yo soy quien permitió que Bonzo estuviera a solas con Ender. Soy yo, no Ender, quien es el responsable de su muerte. Por eso siento más pesar hacia la familia Madrid que hacia ustedes. He cometido un montón de errores. Y nunca podré estar seguro de cuáles fueron necesarios o inofensivos, ni si estaríamos mejor si no los hubiera cometido.

—¿Cómo sabe que no va a cometer un error ahora, dejando que John Paul y yo nos quedemos?

—Como le decía, Peter necesita amigos.

—¿Pero necesita el mundo a Peter? —preguntó Theresa.

—No siempre conseguimos el líder que queremos —dijo Graff—. Pero a veces podemos elegir entre los líderes que tenemos.

—¿Y cómo se hará la elección? ¿En el campo de batalla o en las urnas de votaciones?

—Tal vez con un higo envenenado o con un coche sabotado —dijo Graff.

Theresa comprendió de inmediato lo que quería decir.

—Puede estar seguro de que vigilaremos la comida y el transporte de Peter.

—¿Sí? ¿Y le llevarán la comida en persona, comprada en distintas tiendas cada día, y su marido vivirá en su coche, sin dormir nunca?

—Nos jubilamos jóvenes. Hay que llenar las horas vacías.

Graff se echó a reír.

—Buena suerte, entonces. Estoy seguro de que harán todo lo que sea necesario. Gracias por hablar conmigo.

—Volvamos a hacerlo dentro de otros veinte o treinta años —dijo Theresa.

—Lo anotaré en mi agenda.

Y con un saludo (que fue bastante más solemne de lo que ella habría esperado), él volvió a entrar en la casa y, presumiblemente, salió a la calle por el jardín delantero.

Theresa estuvo un rato dándole vueltas a lo que Graff y la Flota Internacional y los fórmicos y el destino y Dios le habían hecho a ella y a su familia. Y entonces pensó en Ender y Valentine y derramó unas cuantas lágrimas sobre las papayas. Y entonces pensó en ella misma y en John Paul, esperando y vigilando, tratando de proteger a Peter. Graff tenía razón. No podrían vigilarlo perfectamente.

Se dormirían. Pasarían algo por alto. Aquiles tendría una oportunidad, muchas oportunidades, y justo cuando estuvieran más confiados golpearía y Peter estaría muerto y el mundo quedaría a merced de Aquiles, porque ¿quién más era lo bastante listo e implacable para luchar contra él? ¿Bean? ¿Petra? ¿Suriyawong? ¿Nikolai? ¿Alguno de los otros niños de la Escuela de Batalla que había dispersos por la superficie de la Tierra? Si hubiera alguien que fuese lo bastante ambicioso como para detener a Aquiles, ya habría salido a la superficie.

Estaba llevando la pesada bolsa de papayas a la casa (entrando de lado por la puerta, intentando no dar ningún golpe a la fruta para no estropearla), cuando comprendió para qué había venido realmente Graff.

Peter necesita un amigo, había dicho. El asunto entre Peter y Aquiles podría resolverse con veneno o sabotaje, había dicho. Pero ella y John Paul no podrían vigilar a Peter lo suficientemente bien como para protegerlo de ser asesinado, había dicho. Por tanto, ¿de qué manera podrían ellos ser los amigos que Peter necesitaba?

La competición entre Aquiles y Peter podía resolverse tan fácilmente con la muerte de Aquiles como con la de Peter.

De inmediato en su memoria destellaron los recuerdos de las historias de algunas de las grandes envenenadoras de la historia, de rumores aunque no de hecho. Lucrecia Borgia. Cleopatra. Esa que envenenó a todo el mundo del entorno del emperador Claudio y probablemente acabó también con él al final.

En la época antigua no había pruebas químicas para determinar de modo concluyente si se había empleado veneno o no. Los envenenadores recogían sus propias hierbas, sin dejar rastros de compras, ni colaboradores que pudieran confesar o acusar. Si algo le sucedía a Aquiles antes de que Peter decidiera que el chico monstruo tenía que morir, Peter iniciaría sin duda una investigación... y cuando la pista llevara inevitablemente hasta sus padres, ¿cómo respondería Peter? ¿Daría ejemplo con ellos, llevándolos a juicio? ¿O los protegería, intentando encubrir el resultado de la investigación, dejando que su reinado como Hegemón quedara manchado por los rumores de la inoportuna muerte de Aquiles? Sin duda todos los oponentes de Peter resucitarían a Aquiles como mártir, un muchacho malogrado que suponía la mejor esperanza para la humanidad, muerto en su juventud por el vil y repulsivo Peter Wiggin, o su madre la bruja o su padre el reptil.

No bastaba con matar a Aquiles. Había que hacerlo adecuadamente, de un modo que no dañara a Peter a la larga.

Aunque sería mejor para Peter soportar los rumores y leyendas sobre la muerte de Aquiles que morir él mismo. Ella no se atrevía a esperar demasiado tiempo.

La misión que me ha encomendado Graff, pensó Theresa, es convertirme en asesina para proteger a mi hijo.

Y lo verdaderamente horrible es que no me estoy cuestionando si hacerlo o no, sino cómo. Y cuándo.

4 Chopin

clave codificación *****

clave decodificación *****

De: Graff%peregrinación@colmin.gov

Sobre: ¿No somos listos?

Supongo que se te puede permitir que des rienda suelta a tu humor adolescente al usar seudónimos tan obvios como legumbre%pitia, y sé que se trata de una identidad de un solo uso, pero la verdad es que evidencia un descuido que me preocupa. No podemos permitirnos perderte a ti ni a tu acompañante porque tengas que hacer un chiste.

Se acabó el imaginar que podría influir en tus decisiones. Las primeras semanas transcurridas desde la llegada del belga a RP han sido anodinas. Tus padres y los de tu acompañante están en entrenamiento y cuarentena, preparándose para subir a una de las naves coloniales. No los dejaré marchar sin tu aprobación a menos que se produzca una emergencia. Sin embargo, en el momento en que sobrepasen la fecha de embarque de su grupo de entrenamiento, llamarán la atención y los rumores empezarán a correr. Es peligroso mantenerlos demasiado tiempo en la Tierra. Y una vez que estén fuera, será aún más difícil hacerlos, regresar. No quiero presionarte, pero el futuro de vuestras familias está en juego, y hasta ahora ni siquiera lo habéis consultado directamente con ellos.

En cuanto al belga, PW le ha dado un trabajo: ayudante del Hegemón. Tiene su propio membrete e identidad e-mail, una especie de ministerio sin portafolio, sin ninguna burocracia a sus órdenes ni ningún dinero que manejar. Sin embargo, está ocupado todo el día. Me pregunto qué hace.

Tendría que haber dicho que el belga no tiene ningún personal oficial. De manera no oficial, Suri parece estar a su servicio. He oído por varios observadores que el cambio en él es sorprendente. Nunca te mostró ese exagerado respeto a ti ni a PW como hace con el belga. Cenar juntos a menudo, y aunque el belga nunca ha llegado a visitar los barracones y los grupos de entrenamiento o acompañado a tu pequeño ejército a las misiones o maniobras, es inevitable deducir que el belga está cultivando algún grado de influencia e incluso control sobre la pequeña fuerza de choque de la Hegemonía. ¿Estás en contacto con Suri? Cuando intenté tratar el tema con él, ni siquiera me contestó.

En cuanto a ti, mi brillante amiguito, espero que te des cuenta de que todas las falsas identidades de sor Carlotta fueron proporcionadas por el Vaticano, y que al utilizarlas por tu cuenta las paredes del Vaticano resuenan como si sonara una trompeta.

Me han pedido que te asegure que Aquiles no tiene ningún apoyo dentro de sus filas, y que no lo ha tenido nunca, ni siquiera antes de que asesinara a Carlotta, pero si ellos pueden seguirte con esa facilidad, quizás otra persona pueda hacerlo también. Como dicen, para el sabio una palabra es suficiente. Y yo he escrito ya cinco párrafos.

Graff

Petra y Bean viajaron juntos durante un mes antes de que las cosas llegaran a un estancamiento. Al principio Petra se contentaba con dejar que Bean tomara todas las decisiones. Después de todo, ella nunca había tenido que viajar así antes, bajo identidades falsas. Él parecía tener todo tipo de documentos, algunos de los cuales lo acompañaron en las Filipinas, mientras que otros estaban repartidos por varios escondites de todo el mundo.

El problema era que todas las identidades de ella estaban diseñadas para una mujer de sesenta años que hablaba unos idiomas que Petra no había aprendido jamás.

—Esto es absurdo —le dijo a Bean cuando él le tendió la cuarta de esas identidades—. Nadie se lo creerá ni por un momento.

—Sin embargo, lo hacen.

—Y me gustaría saber por qué —replicó ella—. Creo que hay algo más que papeleo. Creo que recibimos ayuda cada vez que pasamos por una comprobación de identidades.

—A veces sí, a veces no —dijo Bean.

—Pero cada vez que utilizas una conexión de las tuyas para que un guardia de seguridad ignore el hecho de que no parezco lo bastante vieja para ser esta persona...

—A veces, cuando no has dormido lo suficiente...

—Eres demasiado alto para dártelas de santito. Así que déjalo estar.

—Petra, estoy de acuerdo contigo —dijo Bean por fin—. Todas estas identidades eran para sor Carlotta, y no te pareces a ella, y es verdad que estamos dejando un rastro de favores pedidos y favores hechos. Así que necesitamos separarnos.

—Dos razones por las que eso no sucederá —dijo Petra.

—¿Quieres decir además del hecho de que viajar juntos fue idea tuya desde el principio? ¿Que me chantajeaste porque ambos sabemos que te matarían sin mí?... Cosa que, ya veo, no te ha impedido criticar la forma en que te sigo manteniendo viva.

—La segunda razón —dijo Petra, ignorando sus esfuerzos por iniciar una pelea —, es que mientras estemos huyendo no puedes hacer nada. Y no hacer nada te vuelve loco.

—Estoy haciendo un montón de cosas —dijo Bean.

—¿Además de conseguir que pasemos ante estúpidos guardias de seguridad con malos documentos de identidad?

—Ya he iniciado dos guerras, curado tres enfermedades, y escrito un poema épico. Si no fueras tan centrada en ti misma te habrías dado cuenta.

—Eres tonto de la haba, Julian.

—Permanecer vivo no es hacer nada.

—Pero no es lo que quieres hacer con tu vida —dijo Petra.

—Permanecer vivo es todo lo que siempre he querido de mi vida, niña querida.

—Pero al final, fracasarás en eso —dijo Petra.

—Nos pasa a la mayoría. A todos, en realidad, a menos que sor Carlotta y los cristianos tengan razón.

—Quieres conseguir algo antes de morir.

Bean suspiró.

—Porque tú quieres eso, crees que lo quiere todo el mundo.

—La necesidad humana de dejar algo detrás es universal.

—Pero yo no soy humano.

—No, eres sobrehumano —dijo ella, disgustada—. No se puede hablar contigo, Bean.

—Y sin embargo insistes.

Pero Petra sabía perfectamente bien que Bean pensaba igual que ella: que no era suficiente permanecer escondidos, yendo de un sitio a otro, tomando un autobús aquí, un tren allá, un avión hacia alguna ciudad lejana, sólo para empezar de nuevo unos cuantos días después.

El único motivo que exigía que permanecieran vivos era poder conservar su independencia el tiempo suficiente para trabajar contra Aquiles. Pero Bean seguía negando que tuviera ese motivo, y por eso no hacían nada.

Bean se había portado de manera enloquecedora desde que Petra lo conoció por primera vez en la Escuela de Batalla. Entonces era poco menos que un mocosito diminuto, tan precoz que parecía pedante incluso cuando daba los buenos días, e incluso después de haber trabajado con él durante años y haber llegado a advertir su verdadera medida en la Escuela de Mando, Petra seguía siendo la única miembro del grupo de Ender que apreciaba a Bean.

Le gustaba, y no de la manera condescendiente en que los chicos mayores toman bajo su protección a los más pequeños. Nunca había habido ilusión alguna de que Bean necesitara ningún tipo de protección. Llegó a la Escuela de Batalla como un superviviente consumado y, en cuestión de días (quizás en cuestión de horas), sabía más sobre el funcionamiento interno de la escuela que nadie más. Lo mismo se cumplió en la Escuela de Táctica y la Escuela de Mando, y durante aquellas cruciales semanas antes de que Ender se reuniera con ellos en Eros, cuando Bean dirigió al

grupo en las maniobras de prácticas.

Los otros se picaron con Bean entonces, por el hecho de que hubieran elegido al más joven de todos para dirigirlos en lugar de Ender y porque temían que fuera su comandante para siempre. Se sintieron aliviados cuando Ender llegó, y no trataron de ocultarlo. Eso tuvo que herir a Bean, pero Petra parecía ser la única que pensaba en sus sentimientos. Para lo que le servía. La persona que menos parecía pensar en los sentimientos de Bean era el propio Bean.

Sin embargo, valoraba su amistad, aunque rara vez lo demostraba. Y cuando ella fue dominada por el cansancio durante una batalla, él fue el único que la cubrió, y fue el único que demostró que seguía creyendo en ella con tanta firmeza como siempre. Ni siquiera Ender confió en ella del todo con el mismo nivel que antes. Pero Bean continuó siendo su amigo, aunque obedeció las órdenes de Ender y la vigiló en todas las batallas restantes, dispuesto a cubrirla si volvía a venirse abajo.

Bean fue el único con quien ella contó cuando los rusos la secuestraron, el único que sabía que recibiría el mensaje que ocultó en un gráfico de e-mail. Y cuando estuvo en poder de Aquiles, fue Bean quien consideró su única esperanza de rescate. Y él recibió su mensaje, y la salvó de la bestia.

Bean podía fingir, incluso ante sí mismo, que lo único que le importaba era su propia supervivencia, pero de hecho era el más leal de los amigos. Lejos de actuar de manera egoísta, se comportaba intrépidamente con respecto a su propia vida cuando tenía una causa en la que creía. Pero él mismo no lo comprendía. Como se consideraba completamente indigno de amor, tardó mucho tiempo en saber que alguien lo amaba. Por fin comprendió a sor Carlotta, mucho antes de que muriera. Pero daba pocas muestras de reconocer los sentimientos que Petra albergaba hacia él. De hecho, ahora que era más alto que ella, actuaba como si la considerara una hermana pequeña molesta.

Y eso la fastidiaba.

Sin embargo, estaba decidida a no abandonarlo. Y no porque dependiera de él para su supervivencia. Temía que en el momento en que Bean estuviera solo, se embarcara en algún plan arriesgado para sacrificar su vida y poner fin a la de Aquiles, y eso sería un resultado insoportable, al menos para Petra.

Porque ella ya había decidido que Bean se equivocaba en su creencia de que no debería tener hijos nunca, que las alteraciones genéticas que lo habían convertido en un genio semejante morirían con él cuando su crecimiento incontrolado acabara por matarlo.

Al contrario, Petra tenía todas las intenciones de engendrar a sus hijos.

Y en esa situación, al verlo comportarse de manera alocada con sus constantes ocupaciones que no conseguían nada importante pero que hacían que cada vez estuviera más irritado y fuera más irritable, Petra no tenía tanta capacidad de control

para replicarle. Se gustaban genuinamente el uno al otro, y hasta ahora habían mantenido sus discusiones a un nivel que ambos podían pretender como simple broma, pero algo tenía que cambiar, y pronto, o realmente tendrían una pelea que haría imposible que estuvieran juntos... ¿y qué sucedería entonces con sus planes para tener hijos de Bean?

Lo que finalmente hizo que Bean cambiara fue el hecho de que Petra sacara el tema de Ender Wiggin.

—¿Para qué salvó a la raza humana? —dijo un día, exasperada, en el aeropuerto de Danvin.

—Para poder dejar de jugar a ese estúpido juego.

—No fue para que Aquiles pudiera gobernar.

—Algún día Aquiles morirá. Calígula lo hizo.

—Con ayuda de sus amigos —señaló Petra.

—Y cuando se muera, alguien mejor le sucederá. Después de Stalin estuvo Kruschev. Y después de Calígula, Marco Aurelio.

—No justo después. Y treinta millones de personas murieron cuando gobernaba Stalin.

—Eso representa treinta millones de personas sobre las que ya no gobernó —dijo Bean.

A veces podía decir las cosas más terribles. Pero ella lo conocía lo suficientemente bien para saber que hablaba con tanta dureza cuando se sentía deprimido. En ocasiones como ésa decía que no era miembro de la especie humana y que la diferencia lo estaba matando. No era lo que realmente sentía.

—No eres tan frío —dijo ella.

Él solía discutir cuando ella trataba de reafirmarlo en su humanidad. A Petra le gustaba pensar que tal vez estaba consiguiendo algo, pero temía que él hubiera dejado de responder porque ya no le preocupaba lo que ella pensara.

—Si me quedo en un sitio, mis posibilidades de sobrevivir son nulas —dijo.

A ella le molestó que hablara de sus posibilidades y no de las de ambos.

—Odias a Aquiles y no quieres que gobierne el mundo y, si quieres tener una oportunidad de detenerlo, tienes que establecerte en un sitio y ponerte a trabajar.

—Muy bien, ya que eres tan lista, dime un sitio donde pueda estar a salvo.

—El Vaticano —dijo Petra.

—¿Cuántos acres en ese reino concreto? ¿Tan ansiosos están todos esos cardenales de tener a un monaguillo?

—Muy bien, pues entonces dentro de las fronteras de la Liga Musulmana.

—Somos infieles.

—Y ellos son gente que está decidida a no caer bajo el dominio de los chinos ni del Hegemón ni de nadie más.

—Mi argumento es que no nos querrán.

—El mío es que nos quieran o no, somos el enemigo de su enemigo.

—Somos dos niños, sin ningún ejército y sin ninguna información que vender. No valemos nada para ellos.

Eso era tan ridículo que Petra no se molestó en responder. Además, había ganado por fin: él estaba hablando finalmente de dónde, no de si se asentaría y se pondría a trabajar.

Llegaron a Polonia, y después de coger el tren desde Katowice a Varsovia, pasearon juntos por el Lazienki, uno de los grandes parques de Europa, con senderos de siglos de antigüedad que serpenteaban entre los árboles gigantes los retoños ya plantados para que los sustituyeran algún día.

—¿Viniste aquí con sor Carlotta? —le preguntó Petra.

—Una vez —respondió Bean—. Ender es en parte polaco, ¿lo sabías?

—Debe de ser por parte de madre —dijo Petra—. Wiggin no es un apellido polaco.

—Lo es cuando lo cambias a partir de Wieczorek —dijo Bean—. ¿No te parece que el señor Wiggin parece polaco? ¿No encajaría aquí? Pero no es que la nacionalidad signifique ya gran cosa.

Petra se echó a reír.

—¿Nacionalidad? ¿Eso por lo que la gente muere y mata desde hace siglos?

—No, me refiero a los antepasados, supongo. Tanta gente es en parte esto y en parte lo otro. Supuestamente soy griego, pero la madre de mi madre era una diplomática ibo, así que... cuando estoy en África parezco griego, y cuando voy a Grecia parezco bastante africano. En el fondo de mi corazón no me puede importar menos.

—Tú eres un caso especial, Bean —dijo Petra—. Nunca tuviste una patria.

—Ni una infancia, supongo.

—En la Escuela de Batalla, ninguno de nosotros tuvo mucha experiencia con eso —dijo Petra.

—Y por eso, tal vez, tantos niños de la Escuela de Batalla están tan desesperados por mostrar su lealtad a su nación natal.

Eso tenía sentido.

—Como tenemos pocas raíces, nos aferramos a las que encontramos —dijo ella. Pensó en Vlad, que era tan fanáticamente ruso, y en Hot Soup (Han Tzu), tan fanáticamente chino.

Ambos habían ayudado voluntariamente a Aquiles cuando parecía estar trabajando por la causa de su nación.

—Y nadie se fía por completo de nosotros —dijo Bean—, porque saben que nuestra verdadera nacionalidad está en el espacio. Nuestras lealtades más fuertes se

dirigen hacia nuestros camaradas.

—O hacia nosotros mismos —dijo Petra, pensando en Aquiles.

—Pero nunca he pretendido lo contrario —dijo Bean. Al parecer, pensaba que Petra se refería a él.

—Te sientes tan orgulloso de estar completamente centrado en ti mismo —dijo Petra—. Y ni siquiera es cierto.

Él tan sólo se rió de ella y siguió caminando.

Familias y hombres de negocios y ancianos y parejas de jóvenes enamorados paseaban por el parque en esta soleada tarde de otoño, y en el atril de conciertos un pianista tocaba una obra de Chopin, como se había hecho cada día desde hacía siglos. Mientras caminaban, Petra extendió atrevida la mano y cogió la mano de Bean como si también ellos fueran enamorados, o al menos amigos que se apreciaban lo suficiente para tocarse. Para su sorpresa, él no retiró la mano. De hecho, la apretó, pero si ella albergaba alguna idea de que Bean fuera capaz de dejarse llevar por el romance, él la dispersó al instante.

—Te echo una carrera hasta el estanque —dijo, y así lo hicieron.

¿Pero qué clase de carrera era, cuando los corredores no se soltaban de la mano, y el ganador arrastraba riendo al perdedor a la línea de meta?

No, Bean se comportaba de una manera infantil porque no tenía ni idea de cómo comportarse como un hombre, y por eso la labor de Petra era ayudarle a descubrirlo. Extendió la mano y le cogió la otra y la hizo abrazarla, y luego se puso de puntillas y le besó. Principalmente en la barbilla, porque él retrocedió un poco, pero fue un beso de todas formas y, después de un instante de consternación, los brazos de Bean la atrajeron un poco más y sus labios consiguieron encontrar los suyos mientras sufrían tan sólo unas pocas colisiones nasales de carácter menor.

Ninguno de ellos tenía gran experiencia en esto, y Petra no podía decir que se hubieran besado particularmente bien. El otro único beso que había conocido fue de Aquiles, y ese beso había tenido lugar con una pistola apretada contra su abdomen. Todo lo que podía decir con certeza era que un beso de Bean era mejor que un beso de Aquiles.

—Así que me amas —dijo Petra en voz baja cuando el beso terminó.

—Soy una masa de hormonas en plena danza que no puedo comprender porque soy demasiado joven —dijo Bean—. Tú eres una hembra de una especie cercana. Según los mejores especialistas en primates, no tengo otra elección.

—Qué agradable —dijo ella, acariciándole la espalda.

—No es nada agradable —dijo Bean—. No tengo derecho a besar a nadie.

—Yo lo pedí.

—No voy a tener hijos.

—Ése es el mejor plan —dijo ella—. Yo los tendré por ti.

—Sabes a qué me refiero.

—No se hacen besándose, así que por el momento estás a salvo.

Él gruñó impaciente y se separó de ella, caminó irritado en círculo, y luego volvió y la besó de nuevo.

—He querido hacer esto prácticamente todo el tiempo que llevamos viajando juntos.

—Ya lo sabía —dijo ella—. Por la forma en que nunca dabas a entender que supieras que existía, excepto como molestia.

—Siempre he tenido problemas de efusividad.

La *abrazó* otra vez. Una pareja mayor pasó junto a ellos. El hombre los miró con desagrado, como si pensara que estos jóvenes alocados deberían buscar un sitio más privado para sus besos y abrazos. Pero la anciana, el pelo blanco sujeto severamente por un pañuelo, le hizo un guiño a Bean, como diciendo: «Bien por ti, jovencito, a las jóvenes hay que besarlas con profusión y con frecuencia».

De hecho, estaba tan seguro de que eso era lo que la anciana quería decir que le citó las palabras a Petra.

—Así que estás realizando un servicio público —dijo Petra.

—Para gran diversión del público —repuso Bean.

Una voz sonó tras ellos.

—Y os aseguro que el público se divierte.

Petra y Bean se volvieron para ver quién era.

Un joven, pero decididamente no era polaco. Por su aspecto, debía de ser birmano o tal vez tailandés; desde luego, de algún lugar cercano al Mar del Sur de China. Tenía que ser más joven que Petra, incluso teniendo en cuenta la manera en que la gente del sudeste asiático siempre parecía tener muchos menos años de los que en realidad tenían. Sin embargo, iba vestido con traje de chaqueta y corbata, como un anticuado hombre de negocios.

Había algo en él... Algo en la arrogancia de su pose, la manera divertida en que daba por hecho que tenía derecho a estar en el círculo de su compañía y burlarse de ellos por algo tan privado como un beso en público, le dijo a Petra que tenía que ser de la Escuela de Batalla.

Pero Bean sabía más cosas.

—Ambul —dijo.

Ambul lo saludó con el estilo medio laxo medio exagerado de los mocosos de la Escuela de Batalla.

—Señor —respondió.

—Una vez te encomendé una misión —dijo Bean—. Que te encargaras de un recluta y lo ayudaras a manejar su traje.

—Cosa que llevé a cabo a la perfección —respondió Ambul—. Estaba tan

gracioso la primera vez que lo congelé en la sala de batalla, que me tuve que reír.

—No puedo creer que no te haya matado todavía.

—Mi inutilidad para el gobierno tailandés me salvó.

—Culpa mía, me temo —dijo Bean.

—Hola, soy Petra —dijo Petra, irritada.

Ambul se echó a reír y le estrechó la mano.

—Lo siento. Me llamo Ambul. Sé quién eres, y supuse que Bean te habría dicho quién soy.

—No creí que fueras a venir —dijo Bean.

—No respondo a los e-mails —contestó Ambul—. Excepto apareciendo y viendo si el e-mail era de verdad de la persona que se supone que es.

—Oh —dijo Petra, sumando dos y dos—. Debes de ser el soldado del ejército de Bean a quien le asignaron la labor de enseñar las instalaciones a Aquiles.

—Sólo que no tuvo la previsión de empujar a Aquiles sin traje por una compuerta —dijo Bean—. Cosa que considero demuestra una vergonzosa falta de iniciativa por su parte.

—Bean me informó en cuanto descubrió que Aquiles andaba por ahí suelto. Comprendió que era imposible que no estuviera en su lista. Eso me salvó la vida.

—Entonces ¿Aquiles lo intentó? —preguntó Bean.

Ahora estaban lejos del camino, al aire libre, de pie en un amplio prado lejos del estanque donde tocaba el pianista. Sólo un leve eco amplificado de Chopin llegaba hasta aquí.

—Digamos que tuve que mantenerme en movimiento —dijo Ambul.

—¿Por eso no estabas en Tailandia cuando los chinos la invadieron? —preguntó Petra.

—No —dijo Ambul—. Dejé Tailandia casi en cuanto regresé a casa. Verás, yo no era como la mayoría de los graduados de la Escuela de Batalla. Estaba en el peor escuadrón de la historia de la sala de batalla.

—Mi escuadrón —dijo Bean.

—Oh, vamos —dijo Petra—. Sólo tuvisteis, ¿cuánto, cinco encuentros?

—No ganamos ni uno —dijo Bean—. Trabajaba para entrenar a mis hombres y experimentaba con técnicas de combate y... oh, sí, intentaba seguir vivo mientras Aquiles estaba con nosotros en la Escuela de Batalla.

—Así que cancelaron la Escuela de Batalla, Bean fue ascendido al grupo de Ender, y sus soldados fueron enviados de vuelta a la Tierra con el único récord perfecto de falta de victorias en la historia de la escuela. Todos los otros tailandeses de la escuela consiguieron puestos importantes en el estamento militar. Pero, extrañamente, para mí no pudieron encontrar otra cosa sino enviarme a la escuela pública.

—Pero eso es una estupidez —dijo Petra—. ¿En qué estaban pensando?

—Era algo que me mantenía apartado —respondió Ambul—. Y dio a mi familia libertad para salir del país y llevarme consigo... hay ventajas en no ser percibido como un valioso bien nacional.

—Así que no estabas en Tailandia cuando cayó.

—Estudiaba en Londres —dijo Ambul—. Lo cual me facilitó enormemente tener que saltar el Mar del Norte para venir a Varsovia a esta reunión clandestina.

—Lo siento —dijo Bean—. Me ofrecí a pagarte el viaje.

—La carta podía no haber sido tuya. Y quienquiera que la envió, si le dejaba comprarme los billetes, sabría en qué avión vendría.

—Parece tan paranoico como nosotros —dijo Petra.

—El mismo enemigo —repuso Ambul—. Así que, Bean, señor, me mandaste llamar, y aquí estoy. ¿Necesitas un testigo para tu boda? ¿O un adulto que te firme los permisos?

—Lo que necesito es una base de operaciones segura, independiente de cualquier nación, bloque o alianza.

—Sugiero que busques un bonito asteroide en alguna parte —dijo Ambul—. El mundo está bastante dividido hoy en día.

—Necesito gente en quien pueda confiar absolutamente. Porque podemos encontrarnos luchando contra la Hegemonía en cualquier momento.

Ambul lo miró, sorprendido.

—Creí que eras comandante del pequeño ejército de Peter Wiggin.

—Lo era. Ahora no tengo nada.

—Tiene un oficial ejecutivo de primera clase —dijo Petra—. Yo.

—Ah —dijo Ambul—. Ahora comprendo por qué me llamaste. Como sois dos oficiales, necesitáis a alguien que os salude.

Bean suspiró.

—Te nombraría rey de Caledonia si pudiera, pero el único puesto que puedo ofrecerle a nadie es el de amigo. Y hoy día soy un amigo peligroso.

—Así que los rumores son ciertos —dijo Ambul. Petra dedujo que era momento de reagrupar la información que estaba deduciendo de esta conversación—. Aquiles está con la Hegemonía.

—Peter lo sacó de China, cuando lo llevaban a un campamento de prisioneros —dijo Bean.

—Hay que reconocer que los chinos no son tontos. Sabían cuándo deshacerse de él.

—No del todo —dijo Petra—. Sólo lo enviaban al exilio interno, y en una caravana de baja seguridad. Prácticamente, invitaban al rescate.

—¿Y no quisiste hacerlo? ¿Por eso te despidieron?

—No —respondió Bean—. Wiggin me apartó de la misión en el último minuto. Le dio órdenes selladas a Suriyawong y no me dijo qué eran hasta que hubieron partido. Entonces dimití y pasé a ocultarme.

—Llevándote a tu novia —dijo Ambul.

—La verdad, Peter me envió con él para que lo vigilara de cerca.

—Pareces la persona adecuada para el trabajo.

—No es tan buena —dijo Bean—. La he visto un par de veces.

—Bien —dijo Ambul—. Así que Suri fue y sacó a Aquiles de China.

—De todas las misiones que ejecutar a la perfección —dijo Bean—, Suri tuvo que escoger ésa.

—Yo, por otro lado —dijo Ambul—, nunca fui de los que obedecían una orden si la consideraba estúpida.

—Por eso quiero que te unas a mi operación completamente sin esperanzas —dijo Bean—. Si te matan, sabré que es por culpa tuya, y no porque estuvieras obedeciendo mis órdenes.

—Necesitaré pasta —dijo Ambul—. Mi familia no es rica. Y técnicamente todavía soy un chaval. Y hablando de eso, ¿cómo demonios has conseguido ser mucho más alto que yo?

—Esteroides.

—Y yo lo estiro sobre una plancha todas las noches —dijo Petra.

—Por su propio bien, estoy seguro.

—Mi madre me dijo que Bean es el tipo de chico que va creciendo en tu apreciación —dijo Petra.

Bean le cubrió la boca con la mano.

—No le prestes atención, está ciega de amor.

—Deberíais casaros —dijo Ambul.

—Cuando cumpla los treinta —contestó Bean.

Petra sabía que eso significaba nunca.

Ya llevaban más tiempo al descubierto del que Bean había permitido jamás desde que comenzaron a ocultarse. Mientras empezaba a decirle a Ambul lo que quería que hiciera, echaron a andar hacia la salida más próxima.

Era una misión bastante simple: ir a Damasco, a la sede de la Liga Musulmana, y reunirse con Alai, uno de los miembros del grupo de Ender y amigo íntimo suyo.

—Oh —dijo Ambul—. Creí que querías que hiciera algo posible.

—No puedo enviarle ningún e-mail —dijo Bean.

—Porque, por lo que yo sé, ha estado completamente incomunicado desde que los rusos lo liberaron, aquella vez que Aquiles secuestró a todo el mundo.

Bean pareció sorprendido.

—Y lo sabes porque...

—Desde que mis padres me escondieron, he estado sondeando todas las conexiones posibles, tratando de obtener información de lo que estaba pasando. Tengo una buena red. Crea y mantiene amigos. Habría sido un buen comandante, si no hubieran cancelado la Escuela de Batalla ante mis narices.

—¿Entonces ya conoces a Alai? —dijo Petra—. Impresionante.

—Pero, como ya he dicho —repitió Ambul—, está completamente incomunicado.

—Ambul, necesito esta ayuda —dijo Bean—. Necesito el refugio de la Liga Musulmana. Es uno de los pocos lugares de la Tierra que no es susceptible a las presiones de China ni a los tejemanajes de la Hegemonía.

—Ya, y lo consiguen no permitiendo que nadie que no sea musulmán entre en el círculo.

—No quiero entrar en el círculo. No quiero conocer sus secretos.

—Sí que quieres —dijo Ambul—. Porque si no lo haces, si no obtienes su total confianza, no tendrás ningún poder para hacer nada dentro de sus fronteras. Los no musulmanes son oficialmente libres, pero en la práctica no pueden hacer más que ir de compras y practicar el turismo.

—Entonces me convertiré —dijo Bean.

—No bromees con esas cosas. Se toman la religión muy en serio, y hablar de convertirte como broma...

—Ambul, lo sabemos —dijo Petra—. Yo también soy amiga de Alai, pero ya te habrás dado cuenta de que Bean no me envía a mí.

Ambul se echó a reír.

—¡No querrás decir que los musulmanes perderían el respeto hacia Alai si dejara que una mujer lo influyera! La plena igualdad de sexos es uno de los seis puntos que pusieron fin a la Tercera Gran Jihad.

—¿Te refieres a la Quinta Guerra Mundial? —preguntó Bean.

—La Guerra por la Libertad Universal —dijo Petra—. Así la llamaban en las escuelas armenias.

—Eso es porque en Armenia son unos fanáticos en contra de los musulmanes —dijo Ambul.

—La única nación de fanáticos que queda en la Tierra —dijo Petra con tristeza.

—Escucha, Ambul, si te es imposible contactar con Alai, tendré que encontrar a otro.

—No he dicho que fuera imposible —dijo Ambul.

—Lo cierto es que es justo lo que has dicho.

—Pero pertenezco a la Escuela de Batalla —dijo Ambul—. Teníamos clases para hacer lo imposible. Sacaba sobresaliente.

Bean sonrió.

—Sí, pero no te graduaste en la escuela, ¿no? Así que, ¿qué posibilidades tienes?

—¿Quién podía saber que ser asignado a tu escuadrón en la escuela me arruinaría la vida entera?

—Oh, deja de quejarte —dijo Petra—. Si hubieras sido uno de los graduados destacados, ahora estarías en un campamento de reeducación chino.

—¿Ves? —dijo Ambul—. Me estoy perdiendo todas las experiencias que construyen el carácter.

Bean le tendió un trozo de papel.

—Ve a este sitio y encontrarás el material identificativo que necesites.

—¿Completo con tarjeta holográfica? —preguntó Ambul, dubitativo.

—Se ajustará a ti la primera vez que la utilices. Lleva las instrucciones dentro. Las he usado antes.

—¿Quién fabrica estas cosas? —preguntó Ambul—. ¿La Hegemonía?

—El Vaticano —dijo Bean—. Son restos de mis días con uno de sus agentes.

—Muy bien —dijo Ambul.

—Te permitirá llegar a Damasco, pero no contactar con Alai. Para eso necesitarás tu verdadera identidad.

—No, necesitaré un ángel que camine por delante y una carta de presentación del propio Mahoma.

—El Vaticano tiene de eso —dijo Petra—. Pero sólo se lo dan a sus enchufados.

Ambul se echó a reír, y Bean también, pero el aire estaba cargado de tensión.

—Te estoy pidiendo mucho —dijo Bean.

—Y yo no te debo tanto —respondió Ambul.

—No me debes nada, y si lo hicieras, no intentarías cobrarlo. Sabes por qué te lo pido, y yo sé por qué lo haces.

Petra lo sabía también. Bean se lo pedía porque sabía que si alguien podía hacerlo, ése era Ambul. Y Ambul lo hacía porque sabía que si existía alguna posibilidad de impedir que Aquiles uniera al mundo bajo su férula, probablemente dependía de Bean.

—Me alegro mucho de haber venido a este parque —le dijo Petra a Bean—. Es tan romántico.

—Bean sabe cómo hacer que una chica se lo pase bien —dijo Ambul. Extendió los brazos—. Echad un buen vistazo. Me voy.

Y entonces se marchó. Petra cogió de nuevo a Bean de la mano.

—¿Satisfecha?

—Más o menos —dijo Petra—. Al menos has hecho algo.

—He estado haciendo algo todo el tiempo.

—Lo sé.

—De hecho —dijo Bean—, tú eres la que sólo entra *on line* para comprar.

Ella se echó a reír.

—Estamos en este precioso parque donde mantienen viva la memoria de un gran hombre. Un hombre que dio al mundo una música inolvidable. ¿Cuál será tu memorial?

—Tal vez dos estatuas. Antes y después. El Pequeño Bean que luchó en el grupo de Ender. El Gran Julian que derrotó a Aquiles.

—Eso me gusta —dijo ella—. Pero tengo una idea mejor.

—¿Ponerle mi nombre a un planeta colonial?

—¿Qué tal... un planeta entero poblado por tus descendientes? La expresión de Bean se agrió, y sacudió la cabeza.

—¿Por qué? ¿Para hacer la guerra contra ellos? Una raza de personas brillantes que se reproducen lo más rápido que pueden porque van a morir antes de cumplir los veinte años. Y todos maldiciendo el nombre de su antepasado porque no acabó esa farsa con su propia muerte.

—No es una farsa —dijo Petra—. ¿Y qué te hace pensar que tu... diferencia se transmitirá a tu progenie?

—Tienes razón. Si me caso con una chica estúpida de vida larga como tú, mi progenie será un puñado de mentes medianas que vivirán hasta los setenta años y crecerá hasta el metro ochenta.

—¿Quieres saber qué he estado haciendo?

—Comprando no.

—He estado hablando con sor Carlotta.

Él se envaró, y apartó la mirada.

—He estado recorriendo los caminos de su vida —dijo Petra—. Hablando con gente que conoció. Viendo lo que ella vio. Aprendiendo lo que ella aprendió.

—No quiero saberlo.

—¿Por qué no? Ella te amaba. Desde que te encontró, vivió para ti.

—Lo sé. Y murió por mí. Porque fui estúpido y descuidado. Ni siquiera necesitaba que viniera, sólo pensé que sí durante un tiempo y cuando descubrí que no, ella ya estaba en el aire, dirigiéndose hacia el misil que la mató.

—Hay un sitio al que quiero que vayamos —dijo Petra—. Mientras esperamos a que Ambul realice su milagro.

—Escucha —dijo Bean—, sor Carlotta ya me dijo cómo ponerme en contacto con los científicos que me estaban estudiando. De vez en cuando les escribo y ellos me dicen cuándo calculan que será mi muerte y lo excitante que es, todo el progreso que están haciendo para comprender el desarrollo humano y toda clase de chorradas por causa de mi cuerpo y de los pequeños cultivos que tienen, manteniendo mis tejidos con vida. Petra, cuando piensas en ellos, soy inmortal. Esos tejidos vivirán en laboratorios de todo el mundo mil años después de que yo haya muerto. Es uno de los beneficios de ser una rareza absoluta.

—No me refiero a ellos —dijo Petra.

—¿A qué, entonces? ¿Adonde quieres ir?

—Anton —dijo ella—. El que encontró la clave, la Clave de Anton. El cambio genético que te produjo.

—¿Sigue vivo?

—No sólo está vivo, sino libre. La guerra ha terminado. No es que pueda hacer investigación seria ahora. Los bloqueos psicológicos no pueden eliminarse. Ha tenido problemas para hablar..., bueno, al menos para escribir sobre lo que te pasó.

—¿Entonces por qué molestarlo?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Siempre tengo algo mejor que hacer que ir a Rumania.

—Pero no vive allí. Está en Cataluña.

—Estás bromeando.

—La tierra natal de sor Carlotta. La ciudad de Mataró.

—¿Por qué se fue allí?

—Un clima excelente —dijo Petra—. Noches en la rambla. Tapas con los amigos. El mar lamiendo suavemente la orilla. El cálido viento africano. Los rompientes del mar. El recuerdo de Colón al visitar al rey de Aragón.

—Eso fue en Barcelona.

—Bueno, dijo que había visto el lugar. Y un jardín diseñado por Gaudí. Cosas que le gusta mirar. Creo que va de sitio en sitio. Me parece que siente mucha curiosidad hacia ti.

—Igual que Aquiles —dijo Bean.

—Creo que aunque ya no esté en primera línea de las investigaciones científicas, hay cosas que sabe que nunca pudo decir.

—Y sigue sin poder.

—Le duele decirlo. Pero eso no significa que no pudiera decirlo, una vez, a la persona que más necesita saberlo.

—¿Y es...?

—Yo —dijo Petra.

Bean se echó a reír.

—¿Yo no?

—Tú no necesitas saberlo. Has decidido morir. Pero yo necesito saberlo, porque quiero que nuestros hijos vivan.

—Petra, no voy a tener hijos. Nunca.

—Por fortuna, el hombre nunca los tiene.

Ella dudaba de poder persuadir jamás a Bean para que cambiara de opinión. Sin embargo, con suerte, los incontrolables deseos del varón adolescente podrían conseguir lo que una discusión razonable no podría nunca. A pesar de lo que pensaba,

Bean era humano; y no importaba a qué especie perteneciera, era decididamente mamífero. Su mente podría decir que no, pero su cuerpo gritaría que sí mucho más fuerte.

Naturalmente, si había un varón adolescente que podía resistir su necesidad de aparearse, ése era Bean. Era uno de los motivos por los que ella lo amaba, porque era el hombre más fuerte que había conocido jamás. Con la posible excepción de Ender Wiggin, y Ender se había marchado para siempre.

Volvió a besar a Bean, y esta vez los dos lo hicieron un poco mejor.

Piedras en el camino

De: PW

Para: TW

Sobre: ¿Qué estás haciendo?

¿Qué es eso de ama de llaves? No voy a dejar que trabajes para la Hegemonía, y desde luego no como ama de llaves. ¿Intentas avergonzarme, haciendo que parezca que (a) tengo a mi madre en nómina y (b) hago que mi madre trabaje para mí como criada? Ya rechazaste la oportunidad que quería que tomaras.

De: TW

Para: PW

Sobre: Un colmillo de serpiente

Siempre has sido tan atento, dándome cosas tan interesantes que hacer. Viajar por los mundos coloniales. Contemplar las paredes de mi bonito apartamento amueblado. Recuerda que tu nacimiento no fue partenogenético. Eres la única persona del mundo que piensa que soy demasiado estúpida para ser algo más que una carga colgada de tu cuello. Pero, por favor, no imagines que te estoy criticando. Soy la imagen de una perfecta madre chocha. Sé lo bien que eso queda en los vids.

Cuando Virlomi recibió el mensaje de Suriyawong, comprendió de inmediato el peligro que corría. Pero casi se alegró de tener un motivo para abandonar el complejo del Hegemón.

Llevaba algún tiempo pensándolo, y el propio Suriyawong era el motivo. No podía soportar sus atenciones más tiempo.

Le gustaba, claro, y se sentía agradecida hacia él: fue el único que había comprendido de verdad, sin que se lo dijeran, cómo representar la escena para que ella pudiera escapar de la India ante las armas de los soldados que sin duda habrían abatido a los helicópteros de la Hegemonía. Era listo y gracioso y bueno, y ella admiraba la manera en que había trabajado con Bean para comandar a sus leales tropas, dirigiendo incursión tras incursión con pocas bajas y, hasta ahora, ninguna pérdida de vidas.

Suriyawong tenía todo lo que la Escuela de Batalla proporcionaba a sus estudiantes. Era atrevido, lleno de recursos, rápido, valiente, listo, implacable y a la vez compasivo. Y veía el mundo de manera similar, comparado con los occidentales

que, por otra parte, parecían tener la atención del Hegemón.

Pero de algún modo se había enamorado de ella. Virlomi lo apreciaba demasiado para avergonzarlo rebatiendo avances que él nunca había hecho, pero no podía amarlo. Era demasiado joven para ella, demasiado... ¿qué? Demasiado intenso en sus tareas. Demasiado ansioso por complacer. Demasiado...

Molesto. Eso era. Su devoción la irritaba. Su constante atención. Sus ojos fijos en cada movimiento suyo. Sus alabanzas por los logros más triviales.

No, ella tenía que ser justa. Estaba molesta con todo el mundo, y no porque hicieran nada malo, sino porque se hallaba fuera de lugar. No era soldado. Estratega sí, incluso líder, pero no en combate. No había nadie en Ribeirao Preto que fuera a seguirla, y ningún sitio adonde ella quisiera liderarlos.

¿Cómo podía enamorarse de Suriyawong? Él era feliz con la vida que tenía, y ella se sentía triste. Cualquier cosa que la hiciera a ella más feliz lo haría menos feliz a él. ¿Qué futuro había en eso?

Él la amaba, y por eso pensó en ella cuando volvía de China con Aquiles y la advirtió para que se marchara antes de su regreso. Fue un noble gesto por su parte, y por eso se sentía de nuevo agradecida. Porque posiblemente le había salvado la vida.

Y porque no tendría que volver a verlo.

Para cuando Graff llegó para evacuar a la gente de Ribeirao Preto ella se había marchado ya. Nunca se enteró de la oferta de recibir protección del Ministerio de Colonización. Pero tampoco la habría aceptado de todas formas.

De hecho, sólo había un sitio al que se le ocurría ir. Llevaba meses ansiándolo. La Hegemonía combatía a China desde fuera, pero no tenía ninguna utilidad para ella. Así que iría a la India, y haría lo que pudiera desde dentro del país ocupado.

Su rumbo fue bastante directo. Desde Brasil a Indonesia, donde contactó con expatriados indios y obtuvo una nueva identidad y papeles de Shri Lanka. Luego a la propia Shri Lanka, donde convenció al capitán de un barco pesquero para que la dejara en la orilla de la costa sudeste de la India. Los chinos no tenían suficiente flota para patrullar las costas de la India, así que las costas eran un coladero en ambas direcciones.

Virlomi tenía antepasados davridianos, de piel más oscura que los arios del norte. Encajó bien en este ambiente. Llevaba ropas que eran sencillas y pobres, iguales que las de todo el mundo; pero también las mantenía limpias, para no parecer una vagabunda o una mendiga.

No obstante, era una mendiga, pues no tenía ninguna vasta reserva de fondos y tampoco le habría servido de mucho. En las grandes ciudades de la India había millones de conexiones a las redes, miles de quioscos desde donde se podía acceder a las cuentas bancarias. Pero en el campo, en las aldeas (en otras palabras, en la India), esas cosas eran raras. Si una chica de aspecto simple las utilizaba, llamaría la

atención, y pronto los soldados chinos empezarían a buscarla y a hacer preguntas.

Así que se dirigía al pozo o al mercado de cada aldea a la que llegaba, charlaba con otras mujeres, y pronto encontraba amistad y cobijo. En las ciudades habría tenido que estar alerta ante los fisgones y los delatores, pero aquí confiaba libremente en la gente sencilla, pues no sabían nada de valor estratégico, y por tanto los chinos no se molestaban en sobornarlos.

Sin embargo, tampoco sentían hacia los chinos el tipo de odio que Virlomi habría esperado. Aquí en el sur de la India, al menos, los chinos gobernaban con suavidad sobre la gente común. No era como en el Tíbet, donde habían tratado de aniquilar una identidad nacional y las persecuciones habían alcanzado todos los niveles de la sociedad. La India era simplemente demasiado grande para digerirla de una sola vez, y al igual que los ingleses antes que ellos, a los chinos les resultaba más fácil gobernar la India dominando a la clase burocrática y dejando tranquila a la gente corriente.

En cuestión de días, Virlomi advirtió que ésta era precisamente la situación que ella tenía que cambiar.

En Tailandia, en Birmania, en Vietnam, los chinos trataban implacablemente a las tropas insurgentes, y sin embargo la guerra de guerrillas continuaba.

Pero la India dormitaba, como si a la gente no le importase quién los gobernaba. De hecho, naturalmente, los chinos eran aún más despiadados en la India que en ninguna otra parte, pero como sus víctimas pertenecían todas a la élite urbana, las zonas rurales sólo sentían el dolor ordinario de un gobierno corrupto, un clima inestable, mercados inquietos, y demasiado trabajo para demasiada poca recompensa.

Había guerrillas e insurgentes, desde luego, y la gente no los traicionaba. Pero tampoco se unían a ellos, y no los alimentaban voluntariamente con sus escasos suministros de comida, y los insurgentes seguían siendo tímidos y poco efectivos. Y los que recurrían a la fuerza descubrían que la gente se volvía instantáneamente hostil y los entregaba a los chinos de inmediato.

No había solidaridad ninguna. Como siempre antes, los conquistadores podían gobernar la India porque la mayoría de los indios no sabía lo que significaba vivir en «la India». Pensaban que vivían en esta aldea o en aquélla, y les preocupaban poco los grandes temas que creaban tumultos en las ciudades.

No tengo ningún ejército, pensó Virlomi. Pero no tenía ningún ejército tampoco cuando huí de Hyderabad para escapar de Aquiles. No tenía ningún plan, excepto la necesidad de informar a los amigos de Petra sobre su paradero. Sin embargo, llegué a un sitio donde había una oportunidad, la vi, la aproveché, y gané. Ése es el plan que tengo ahora. Observar, advertir, actuar.

Deambuló durante días, durante semanas, observándolo todo, amando a la gente de cada aldea en la que se detenía, pues eran amables con esta extranjera, generosos

con la miseria que tenía. ¿Cómo puedo hacer planes para llevar la guerra a su nivel, para perturbar sus vidas? ¿No es suficiente que estén contentos? Si los chinos los dejan en paz, ¿por qué yo no puedo?

Porque sabía que los chinos no los dejarían en paz eternamente. El Reino Medio no creía en la tolerancia. Fuera lo que fuese lo poseían, lo hacían chino o lo destruían. Ahora mismo estaban demasiado ocupados para molestarse con la gente corriente. Pero si los chinos vencían en todas partes, entonces serían libres para volver su atención hacia la India. Entonces la bota apretaría con fuerza los cuellos de la gente corriente. Entonces habría revuelta tras revuelta, tumulto tras tumulto, pero ninguno de ellos tendría éxito. La resistencia pacífica de Ghandi sólo funcionaba contra un opresor con prensa libre. No, la India se revolvería con sangre y terror, y con sangre y horror suprimiría China las revueltas, una a una.

Los indios tenían que despertar de su modorra ahora, mientras aún había aliados fuera de sus fronteras que pudieran ayudarlos, mientras los chinos estaban todavía demasiado desperdigados y no se atrevían a dedicar demasiados recursos a la ocupación.

Les traeré la guerra para salvarlos como nación, como pueblo, como cultura. Les traeré la guerra mientras aún exista una posibilidad de victoria, para salvarlos de la guerra cuando no haya otro resultado posible que la desesperación.

Sin embargo, no tenía sentido preguntarse por la moralidad de lo que pretendía hacer, cuando aún no había pensado en la manera de hacerlo.

Fue un niño quien le dio la idea.

Lo vio con un puñado de otros niños, jugando al atardecer en el lecho de un río seco. Durante la estación del monzón, este arroyo sería un torrente: ahora no era más que una hilera de piedras en una zanja.

Este niño, quizá de unos siete u ocho años, aunque podría haber sido mayor, pues su crecimiento quedaba lastrado por el hambre, no era como los otros niños. No corría y gritaba con los demás, empujando y persiguiendo y arrojando cualquier cosa que encontrara. Al principio Virlomi pensó que podría estar lisiado, pero no, su paso vacilante se debía a que caminaba entre las piedras del lecho del río, y tenía que ajustar los pasos para no resbalar.

De vez en cuando se inclinaba y recogía algo. Un poco después lo soltaba.

Ella se acercó, y vio que lo que cogía era una piedra, y cuando la depositaba era sólo una piedra entre otras piedras.

¿Cuál era el significado de su tarea, en la que trabajaba con tanta intensidad, y con tan pobres resultados?

Virlomi se acercó al arroyo, muy por detrás de él, y observó su espalda mientras se perdía en el crepúsculo, agachándose y levantándose, agachándose y levantándose.

Está representando mi vida, pensó ella. Trabaja en su tarea, concentrándose,

dándolo todo, perdiéndose los juegos de sus compañeros. Y sin embargo no crea ninguna diferencia en el mundo.

Entonces, cuando contemplaba el lecho del río por donde él había pasado, vio que podía encontrar con facilidad su rumbo, no porque hubiera dejado huellas, sino porque las piedras que recogía eran más claras que las otras, y al dejarlas en lo alto, marcaba una ondulante línea de luz por el medio del arroyo.

Eso no hizo que ella dejara de pensar que carecía de sentido: si acaso, era una nueva prueba. ¿Qué podía conseguir una línea así? El hecho de que hubiera un resultado visible hacía que su trabajo fuera aún más patético, porque cuando llegaran las lluvias sería barrido, las piedras amontonadas unas encima de otras, ¿y qué diferencia habría si, durante un tiempo al menos, había una línea de piedras más claras por el centro del lecho de un río?

Entonces, de repente, su punto de vista cambió. El niño no estaba marcando una línea. Estaba construyendo una muralla de piedra.

No, eso era absurdo. ¿Una muralla cuyas piedras estaban separadas más de un metro? ¿Una muralla que no tenía nunca más de una piedra de altura?

Una muralla, hecha con piedras de la India. Recogidas y colocadas casi donde habían sido encontradas. Pero el arroyo era diferente porque la muralla había sido construida.

¿Es así como comenzó la Gran Muralla de China? ¿Con un niño marcando los límites de su mundo?

Regresó a la aldea y volvió a la casa donde le habían dado de comer y donde pasaría la noche.

No habló con nadie del niño y de las piedras; de hecho, pronto pensó en otras cosas y no le preguntó a nadie por el extraño chiquillo. Ni soñó con piedras esa noche.

Pero por la mañana, cuando despertó con la madre y llevó sus dos cántaros de agua a la fuente pública, para que no tuviera que hacer esa tarea ese día, vio las piedras que habían sido apartadas a los lados del camino y recordó al niño.

Depositó los cántaros al borde del camino, recogió unas pocas piedras, y las llevó al centro del camino.

Allí las dejó y regresó por más, colocándolas en una línea cruzando el camino.

Sólo unas pocas docenas de piedras, cuando terminó. No era una barrera de ninguna clase. Y sin embargo era una muralla. Era tan obvia como un monumento.

Recogió los cántaros y continuó hacia la fuente.

Mientras esperaba su turno, charló con las otras mujeres, y unos pocos hombres, que habían venido a recoger el agua del día.

—He aumentado vuestra muralla —dijo después de un rato.

—¿Qué muralla? —le preguntaron.

—La que cruza el camino.

—¿Quién construiría una muralla cruzando un camino? —le preguntaron.

—Como las que he visto en otras aldeas. No es una muralla real. Sólo una línea de piedras. ¿No la habéis visto?

—Te he visto a ti poniendo piedras en el camino. ¿Sabes lo mucho que trabajamos para mantenerlo despejado? —dijo uno de los hombres.

—Por supuesto. Si no lo mantenéis despejado en todas las demás partes —dijo Virlomi—, nadie vería dónde está la muralla.

Hablaba como si lo que decía fuera obvio, sin duda, como si se lo hubieran explicado antes.

—Las murallas mantienen las cosas fuera —dijo una mujer—. O dentro. Los caminos dejan pasar las cosas. Si construyes una muralla que cruza un camino, ya no es un camino.

—Sí, tú al menos lo entiendes —dijo Virlomi, aunque sabía perfectamente bien que la mujer no entendía nada. La propia Virlomi apenas lo entendía, aunque sabía que le parecía adecuado, que en algún nivel profundo tenía perfecto sentido.

—¿Ah, sí? —preguntó la mujer.

Virlomi miró en derredor, contemplando a los demás.

—Es lo que me dijeron en las otras aldeas que tenían una muralla. Es la Gran Muralla de la India. Demasiado tarde para impedir que los bárbaros entren. Pero en todas las aldeas, dejan caer piedras una o dos cada vez, para construir la muralla que dice: No os queremos aquí, ésta es nuestra tierra, somos libres. Porque todavía podemos construir nuestra muralla.

—Pero... ¡no son más que un puñado de piedras! —chilló exasperado el hombre que la había visto colocándolas—. ¡Dispersé a patadas unas cuantas mientras venía, pero aunque no lo hubiera hecho, la muralla no habría detenido a un escarabajo, mucho menos a uno de los camiones chinos!

—No es la muralla —contestó Virlomi—. No son las piedras. Es quién las coloca, quién la construye, y por qué. Es un mensaje. Es... es la nueva bandera de la India.

Ella vio comprensión en algunos de los ojos que la miraban.

—¿Quién puede construir una muralla así? —preguntó una de las mujeres.

—¿No añadís piedras todos vosotros? Se construye una piedra o dos cada vez. Cada vez que pasáis, traéis una piedra, y la dejáis caer. —Ella estaba ya llenando sus cántaros—. Antes de volver con estos cántaros, recogeré una piedra pequeña con cada mano. Cuando pase sobre la muralla, dejaré caer las piedras. Así es como lo he visto hacer en las otras aldeas que tienen murallas.

—¿Qué otras aldeas? —exigió el hombre.

—No recuerdo los nombres. Sólo sé que tenían Murallas de la India. Pero puedo ver que ninguno de vosotros sabía esto, así que tal vez sólo fuera algún niño gastando

una broma, y no una muralla después de todo.

—No —dijo una de las mujeres—. He visto a la gente hacerlo antes.

Asintió firmemente. Aunque Virlomi se había inventado la historia de la muralla esta misma mañana, y nadie más que ella había colocado piedras, comprendió lo que la mujer pretendía con la mentira. Quería ser parte de ella. Quería ayudar a crear esta nueva bandera de la India.

—¿Está bien, entonces, que las mujeres lo hagamos? —preguntó una de las mujeres, vacilante.

—Oh, por supuesto —dijo Virlomi—. Los hombres son guerreros. Las mujeres construyen las murallas.

Recogió las piedras y las colocó entre las palmas de sus manos las asas de los cántaros. No miró hacia atrás para ver si alguno de los otros recogía también piedras. Supo, por sus pisadas, que muchos de ellos (quizá todos) la estaban siguiendo, pero no miró atrás.

Cuando llegó a lo que quedaba de su muralla, no intentó restaurar ninguna de las piedras que el hombre había dispersado a patadas.

En cambio, simplemente, dejó caer sus dos piedras en el centro de la brecha más grande en la línea. Luego siguió caminando, todavía sin mirar atrás.

Pero oyó el golpe de unas cuantas piedras al caer sobre el camino polvoriento.

Dos veces más durante el día, encontró ocasión de volver a por más agua, y cada vez encontró a más mujeres en el pozo, y representó el mismo teatro.

Al día siguiente, cuando dejó la aldea, vio que la muralla ya no eran unas pocas piedras marcando una línea rota. Cruzaba sólidamente el camino de un lado a otro, y tenía en muchos lugares más de dos palmos de altura. La gente se esforzaba por pasar por encima, sin rodearla nunca, sin dispersarla. Y la mayoría colocaba una piedra o dos mientras pasaba.

Virlomi fue de aldea en aldea, fingiendo cada vez que sólo estaba transmitiendo una costumbre que había visto en otros lugares.

En unos cuantos sitios, hombres furiosos dispersaron las piedras, demasiado orgullosos de sus cuidados caminos para captar la visión que ella ofrecía. Pero en esos sitios simplemente hacía no una muralla, sino una pila de piedras a ambos lados del camino, y pronto las mujeres de la aldea empezaban a aumentar las pilas para que crecieran en montones apreciables, estrechando el camino, demasiado numerosas las piedras para que fueran dispersadas a patadas o barridas. Con el tiempo, también estas pilas se convirtieron en murallas.

A la tercera semana llegó a una aldea que sí tenía una muralla. No les explicó nada, pues ya lo sabían: la noticia se extendía sin su intervención. Sólo añadió piedras a la muralla y continuó rápidamente su camino.

Sabía que era sólo un rinconcito en el sur de la India. Pero se estaba extendiendo.

Tenía vida propia. Pronto los chinos se darían cuenta. Pronto empezarían a derribar las murallas, enviando excavadoras para despejar los caminos... o forzando a los indios a quitar las piedras ellos mismos.

Y cuando las murallas hubieran sido derribadas, o la gente fuera obligada a desmantelar sus murallas, comenzaría la verdadera pugna. Pues ahora los chinos irrumpirían en todas las aldeas, destruyendo algo que la gente quería tener. Algo que significaba «la India» para ellos. Eso es lo que había sido el significado secreto de la muralla desde el momento en que empezó a dejar caer piedras para crear la primera.

Las murallas existían precisamente para que los chinos las derribaran. Y le había puesto precisamente el nombre de «bandera de la India» para que cuando la gente viera sus murallas destruidas, vieran y sintieran la destrucción de la India. Su nación. Una nación de constructores de murallas.

Y así, en cuanto los chinos volvieran la espalda, los indios que caminaban de un sitio a otro llevarían piedras y las dejarían caer en el camino, y la muralla volvería a crecer.

¿Qué harían los chinos al respecto? ¿Arrestar a todo el mundo que llevara piedras? ¿Declarar las piedras ilegales? Las piedras no eran una rebelión. Las piedras no amenazaban a los soldados. Las piedras no eran sabotaje. Las piedras no eran ningún boicot. Las murallas se superaban fácilmente o se apartaban. No causaban ningún daño a los chinos.

Sin embargo los provocaban para que hicieran que los indios sintieran la bota de su opresor.

Las murallas eran como una picadura de mosquito que hacía que los chinos se rascaran pero no sangraran. No eran ninguna herida, sino una molestia. Pero infectaba al nuevo imperio chino con una enfermedad. Una enfermedad fatal, según esperaba Virlomi.

Continuó caminando bajo el calor de la estación seca, de un lado a otro, evitando las grandes ciudades y las carreteras importantes, zigzagueando en su camino hacia el norte. En ninguna parte la identificaron como la inventora de las murallas. Ni siquiera oyó rumores sobre su existencia. Todas las historias hablaban de la construcción de las murallas como algo que había empezado en algún otro lugar.

Las llamaban por muchos nombres. La Bandera de la India. La Gran Muralla India. La Muralla de las Mujeres. Incluso nombres que Virlomi nunca había imaginado. La Muralla de la Paz. El Taj Mahal. Los Hijos de la India. La Cosecha India.

Todos los nombres eran poesía para ella. Todos los nombres decían libertad.

6

Hospitalidad

De: *Flandes%A-Heg@ldi.gov*

Para: *mpp@administrador@prision.hs.ru*

Sobre: *Fondos para prisioneros ldi*

La oficina del Hegemón agradece que continúen reteniendo a los prisioneros acusados de crímenes contra la Liga para la Defensa Internacional, a pesar de la falta de presupuesto. Las personas peligrosas deben continuar retenidas durante todo el período de sus sentencias. Ya que la política de la LDI fue distribuir a los prisioneros según el tamaño y los medios de los países guardianes, además del origen nacional de los prisioneros, pueden estar seguros de que Rumania no tiene más que la parte de prisioneros que le corresponde. A medida que vayamos disponiendo de fondos, el coste del mantenimiento de los prisioneros será reembolsado por prorrateo.

Sin embargo, puesto que la emergencia internacional original ha terminado, los tribunales o supervisores de prisiones de cada nación guardiana pueden decidir si la(s) ley(es) internacional(es) que cada prisionero de la LDI violó sigue(n) en vigor según las leyes locales. Los prisioneros no deben ser retenidos por delitos que ya no son delito, aunque la sentencia original no se haya cumplido.

Las categorías de leyes que no pueden aplicarse incluyen restricciones de investigación cuyo propósito fuera político en vez de defensivo. En particular, la restricción contra la modificación genética de embriones humanos fue diseñada para mantener a la liga unida frente a la oposición de naciones musulmanas, católicas y otras tendencias de «respeto-a-la-vida» ,y como quid pro quo para aceptar las restricciones familiares. Los prisioneros convictos bajo esas leyes deben ser liberados sin prejuicios. No obstante, no tienen derecho a recibir compensaciones por el tiempo cumplido, ya que fueron encontrados legítimamente culpables de delitos y su condena no se revoca.

Si tienen alguna duda, no duden en preguntar.

Sinceramente,

*Aquiles de Flandes,
Ayudante del Hegemón*

Cuando Suriyawong sacó a Aquiles de China, Peter sabía exactamente qué pretendía hacer con él.

Lo estudiaría mientras lo considerara inofensivo, y luego lo entregaría a, digamos,

Pakistán para que lo juzgaran.

Peter se había preparado muy cuidadosamente para la llegada de Aquiles. Todos los terminales informáticos de la Hegemonía tenían ya rastreadores instalados, registrando cada golpe de tecla y tomando fotos de cada página de texto e imagen desplegada. La mayoría era descartada después de un breve período de tiempo, pero todo lo que Aquiles hiciera era conservado y estudiado, como medio para seguir todas sus conexiones e identificar a sus redes.

Mientras tanto, Peter le ofrecería encargos y vería qué hacía con ellos. No había ninguna posibilidad de que, ni siquiera por un instante, Aquiles actuara en beneficio de la Hegemonía, pero podría ser útil si Peter lo sujetaba en corto. El truco sería sacarle la máxima utilidad posible, aprender cuanto fuera posible, pero luego neutralizarlo antes de que pudiera ejecutar la traición que, sin duda, estaría preparando.

Peter había jugueteado con la idea de mantener a Aquiles encerrado durante algún tiempo antes de dejarlo formar parte de las operaciones de la Hegemonía. Pero esas cosas sólo eran efectivas si el sujeto era susceptible a emociones humanas como el miedo y la gratitud. Sería inútil con Aquiles.

Así que en cuanto tuvo oportunidad de lavarse después de volar a través del Pacífico y los Andes, Peter lo invitó a almorzar.

Aquiles aceptó, por supuesto, y sorprendió a Peter al no hacer ningún tipo de comentario. Le dio las gracias por haberlo rescatado y por el almuerzo virtualmente en el mismo tono: de manera sincera pero no extravagantemente agradecida. Su conversación fue informal, agradable, a veces divertida pero sin buscar nunca a propósito el humor. No mencionó los asuntos mundiales, las guerras recientes, por qué lo habían detenido en China, ni siquiera una sola pregunta sobre por qué Peter lo había rescatado o qué planeaba hacer ahora con él.

No le preguntó a Peter si iban a juzgarlo por crímenes de guerra.

Y sin embargo no parecía evadir nada. Parecía como si Peter sólo tuviera que preguntarle cómo fue traicionar a la India y subvertir Tailandia para que todo el sur de Asia cayera en sus manos como una papaya, y Aquiles contara varias anécdotas interesantes al respecto y luego pasara a discutir sobre el secuestro de los niños del grupo de Ender en la Escuela de Mando.

Pero como Peter no sacó el tema, Aquiles modestamente se abstuvo de comentar sus logros.

—Me preguntaba —dijo Peter—, si querrías tomarte un descanso en el trabajo por la paz mundial, o si te gustaría echar una mano aquí.

Aquiles no pestañeó ante la amarga ironía, pero en cambio pareció aceptar literalmente las palabras de Peter.

—No sé de qué valdría —dijo—. Últimamente he sido algo así como un

orientalista, pero tendría que decir que la posición en que tus soldados me encontraron demuestra que no fui muy bueno.

—Tonterías —respondió Peter—, todo el mundo comete un error de vez en cuando. Sospecho que tu único error fue tener demasiado éxito. ¿Es el budismo, el taoísmo o el confucianismo el que enseña que es un error hacer algo a la perfección, porque provocaría resentimiento, y por tanto no sería perfecto después de todo?

—Creo que fueron los griegos —dijo Aquiles—. La perfección provoca la envidia de los dioses.

—O los comunistas —dijo Peter—. Corta la cabeza de cualquier hoja de hierba que sobresalga del resto del césped.

—Si crees que tengo algún valor, me gustaría hacer lo que esté dentro de mis habilidades.

—Gracias por no decir «mis pobres habilidades» —dijo Peter—. Los dos sabemos que eres un maestro en el gran juego, y yo, para empezar, nunca he pretendido enfrentarme a ti en ese juego.

—Estoy seguro de que ganarías de calle.

—¿Por qué piensas eso? —dijo Peter, decepcionado ante lo que parecía, por primera vez, un halago.

—Porque —dijo Aquiles—, es difícil ganar cuando tu oponente tiene todas las cartas.

No era ningún halago, sino una evaluación realista de la situación.

O... tal vez era adulación después de todo, porque naturalmente que Peter no tenía todas las cartas. Aquiles casi con toda seguridad tenía montones de ellas esperando el momento de cogerlas.

Peter encontró que Aquiles podía ser muy encantador. Había en él algo parecido a la reticencia. Caminaba bastante despacio (quizás una costumbre originada antes de que la cirugía arreglara su pierna lisiada), y no hacía ningún esfuerzo por dominar una conversación, aunque tampoco era incómodamente silencioso. Era casi inclasificable. Encantadoramente inclasificable, ¿era posible algo así?

Peter almorzaba con él tres veces a la semana y le hacía diversos encargos. Le dio un membrete y una identidad en la red que le nombraba «Ayudante del Hegemón», pero naturalmente eso sólo significaba que, en un mundo donde el poder del Hegemón consistía en los pocos restos de unidad que había obligado al mundo durante las Guerras Fórmicas, a Aquiles le habían otorgado la sombra de una sombra de poder.

—Nuestra autoridad —le recalcó Peter en su segundo almuerzo— se encuentra muy levemente en las riendas del gobierno mundial.

—Los caballos parecen tan cómodos que parece como si nadie los estuviera guiando —dijo Aquiles, entrando en el chiste sin sonreír.

—Gobernamos con tanta habilidad que nunca necesitamos espuelas.

—Lo cual es buena cosa. Las espuelas andan escasas hoy en día.

Pero el hecho de que la Hegemonía fuera casi un cascarón vacío en términos de poder real no significaba que no hubiera trabajo real que hacer. Al contrario. Peter sabía que cuando uno no tiene ningún poder, entonces la única influencia que uno tiene procede no del miedo, sino de la percepción que tiene sobre los favores útiles que puede ofrecer. Quedaban bastantes instituciones y costumbres de las décadas en que el Triunvirato del Hegemón, el Polemarca y el Estrategos habían gobernado a la raza humana.

Los gobiernos recién instaurados en varios países se formaban sobre frágiles terrenos legales; una visita de Peter era a menudo bastante útil para producir la ilusión de legitimidad. Había países que debían dinero a la Hegemonía, y como no había ninguna posibilidad de recuperarlo, el Hegemón podía ganar favores perdonando los acuciantes intereses a cambio de varias nobles acciones por parte del gobierno. Así, cuando Eslovenia, Croacia y Bosnia corrieron en ayuda de Italia, enviando una flota cuando Venecia sufrió una riada y un terremoto al mismo tiempo, a todos se les perdonaron los intereses.

—Vuestro generoso auxilio ayuda al mundo a unirse, que es lo que la Hegemonía espera conseguir.

Era una oportunidad para que los jefes de gobierno consiguieran cobertura positiva y buen metraje en los vids.

Y también sabían que, mientras no les costara mucho, conservar a la Hegemonía era buena idea, ya que ella y los musulmanes eran los únicos grupos que se oponían abiertamente al expansionismo chino. ¿Y si resultaba que China tenía ambiciones más allá del imperio que ya había conquistado? ¿Y si el mundo más allá de la Gran Muralla se uniera de pronto sólo para sobrevivir? ¿No sería bueno tener a un Hegemón viable dispuesto a asumir el liderazgo? Y el Hegemón, por joven que fuera, era el hermano del gran Ender Wiggin, ¿no?

Había también tareas menores que cumplir. Bibliotecas de la Hegemonía que necesitaban intentar asegurar fondos locales. Comisarías de Policía de la Hegemonía por todo el mundo cuyos archivos de los viejos tiempos necesitaban estar bajo el control de la Hegemonía aunque todos los presupuestos procedieran de fuentes locales. Algunas cosas desagradables se habían hecho como parte del esfuerzo bélico, y todavía había un montón de gente viva que quería sellar esos archivos. Sin embargo, había también gente poderosa que quería asegurarse de que no fueran destruidos. Peter tenía mucho cuidado para que no saliera a la luz nada incómodo que hubiera en los archivos..., pero no estaba en contra de permitir que un gobierno que no cooperara supiera que, aunque se apoderaran de los archivos que estaban dentro de sus límites, había otros archivos con registros duplicados bajo el control de naciones

rivales. Ah, el equilibrio. Y en cada negociación, cada intercambio, cada favor hecho y cada favor pedido, Peter actuaba con mucho cuidado, pues era vital que siempre recibiera más de lo que daba, creando la ilusión en otras naciones de más influencia y poder de lo que realmente tenía.

Cuanta más influencia y poder creyeran que tenía, más influencia y poder tendría en realidad. La realidad se ocultaba muy por detrás de la ilusión, pero por eso era tanto más importante mantener la ilusión perfectamente.

Aquiles podía ser muy valioso en eso.

Y como casi sin duda utilizaría sus oportunidades en provecho propio, permitirle que tuviera una amplia capacidad de acción sería invitarle a descubrir sus planes de formas que los sistemas espía de Peter captarían sin duda. «No se atrapa a un pez si tienes el anzuelo en una mano y el cebo en la otra. Hay que ponerlos juntos, y darles un montón de cuerda», solía decir el padre de Peter, y más de una vez, lo que implicaba que el pobre hombre pensaba que era algo inteligente en vez de obvio. Pero era obvio porque era cierto. Para conseguir que Aquiles revelara sus secretos, Peter tenía que darle la habilidad de comunicarse a voluntad con el mundo exterior.

Pero no podía hacerlo demasiado fácilmente tampoco, o Aquiles descubriría lo que Peter quería. Por tanto, Peter, haciendo grandes aspavientos avergonzados, puso severas restricciones al acceso de Aquiles a las redes.

—Espero que te des cuenta de que tienes un historial que no me permite darte carta blanca —explicó—. Con el tiempo, naturalmente, estas restricciones podrían ser levantadas, pero por ahora escribe sólo mensajes que se refieran directamente a tus tareas asignadas, y todas tus peticiones para enviar e-mails tendrán que ser autorizadas por mi oficina.

Aquiles sonrió.

—Estoy seguro de que tu sentido de la seguridad compensará con creces los retrasos en lo que consiga.

—Espero que todos estemos a salvo —dijo Peter.

Esto fue lo más cerca que estuvieron Peter y Aquiles de admitir que su relación era la de carcelero y prisionero, o quizá la de monarca y cortesano triplemente traidor.

Pero para desazón de Peter, sus sistemas espías encontraron... nada. Si Aquiles enviaba mensajes en código a antiguos aliados, Peter no pudo detectar cómo. El complejo de la Hegemonía estaba dentro de una burbuja de transmisión, por lo que ninguna señal electrónica podía entrar o salir excepto a través de los instrumentos controlados y monitorizados por Peter.

¿Era posible que Aquiles ni siquiera estuviera intentando contactar con la red que había empleado durante su sorprendente (y, con suerte, permanentemente terminada) carrera?

Tal vez todos sus contactos se habían quemado con una traición tras otra. Desde

luego, la red rusa de Aquiles había tenido que renunciar a él, disgustada. Sus contactos indios y tailandeses eran obviamente inútiles ahora. ¿Pero no tendría algún tipo de red en Europa y las Américas?

¿Tenía ya a alguien dentro de la Hegemonía que fuera su aliado? ¿Alguien que estuviera enviando mensajes por él, trayéndole información, realizando sus encargos?

En este punto Peter no podía dejar de recordar las acciones de su madre cuando llegó Aquiles. Comenzó durante la primera reunión de Peter con él, cuando el custodio jefe del complejo de edificios le informó de que la señora Wiggin había intentado hacerse con una llave de la habitación de Aquiles, y cuando la pillaron, la pidió y finalmente la exigió. Su excusa, dijo, era que tenía que asegurarse de que las *emplegadas* hubieran hecho un trabajo perfecto limpiando la habitación de un huésped tan importante como si fuera su propia casa.

Cuando Peter le mandó un e-mail preguntándole por su conducta, ella se picó. Su madre llevaba mucho tiempo frustrada por el hecho de que era incapaz de hacer ningún trabajo importante. En vano recalaba que podría continuar con sus investigaciones y escritos, y consultar con sus colegas por correo electrónico, como solían hacer muchos de su especialidad. No dejaba de insistir que quería implicarse en los asuntos de la Hegemonía. «Lo está haciendo todo el mundo», dijo. Peter había interpretado su aventura como criada como más de lo mismo.

Ahora sus acciones ofrecían un posible significado distinto. ¿Estaba intentando dejar un mensaje para Aquiles? ¿Planeaba hacer algo más concreto, como buscar micros ocultos en la habitación? Eso era absurdo: ¿qué sabía su madre de vigilancia electrónica?

Peter observó el vid del intento de su madre por robar la llave, y su actitud durante la confrontación con la *emplegada* que la pilló, y después de un rato, con el ama de llaves. Su madre se mostró imperiosa, exigente, impaciente. Nunca la había visto así.

Sin embargo, la segunda vez que observó la escena, advirtió que desde el principio ella estaba tensa. Inquieta. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, no estaba acostumbrada a hacerlo. Se mostraba reacia a hacerlo. Y cuando la pillaron, no reaccionó con sinceridad, como habría hecho normalmente. En cambio, se había convertido en otra persona. El tópico de la madre de un gobernante, vanagloriándose de su íntima relación con el poder. Estaba actuando.

Y actuaba bastante bien, ya que el ama de llaves y la *emplegada* creyeron su actuación, y Peter la creyó también en su primer visionado.

Nunca se le había ocurrido que su madre pudiera ser buena actuando.

Tan buena que la única forma de saber que era una actuación era porque nunca había mostrado la más mínima señal de que le impresionara su poder, ni de que lo disfrutara de alguna manera. Siempre le habían irritado las cosas que su posición

exigía de ella y de su padre.

¿Y si la Theresa Wiggin de este vid fuera la Theresa Wiggin real y la que él había visto en casa durante todos estos años la que actuaba... la que hacía, literalmente, la actuación de toda una vida?

¿Era posible que su madre estuviera de algún modo relacionada con Aquiles? ¿La había corrompido de alguna manera? Podía haber sucedido hacía un año, o incluso antes. Desde luego, no habría sido un soborno. Pero tal vez lo que la movía era la extorsión. Una amenaza por parte de Aquiles: puedo matar a tu hijo en cualquier momento, así que será mejor que cooperes conmigo.

Pero eso era absurdo también. Ahora que Aquiles estaba en poder de Peter, ¿por qué debería continuar ella temiendo esa amenaza? Se trataba de otra cosa.

O de nada. Era impensable que su madre pudiera traicionarlo por ningún motivo. Se lo habría dicho. Su madre era en ese aspecto como una niña, y lo mostraba todo (nerviosismo, desazón, furia, decepción, sorpresa) en el momento en que lo sentía, diciendo lo que se le pasaba por la cabeza. Nunca podría mantener un secreto semejante. Peter y Valentine solían reírse por lo obvia que era su madre en todo lo que hacía: nunca los había sorprendido con sus regalos de Navidad o de cumpleaños, no con el regalo principal, al menos, porque su madre nunca podía guardar un secreto, y dejaba que las pistas se le escaparan.

¿O también eso fue una actuación?

No, no, eso sería una locura, eso implicaría que su madre había estado actuando toda la vida, ¿y por qué haría una cosa así?

No tenía sentido, y él tenía que encontrar el sentido. Por eso invitó a su padre a su despacho.

—¿Para qué querías verme, Peter? —preguntó su padre, de pie junto a la puerta.

—Siéntate, papá, por el amor de Dios. Estás ahí de pie como un empleado que espera que lo despidan.

—O que me rebajen de categoría al menos —respondió su padre con una débil sonrisa—. Tu presupuesto se encoge de un mes a otro.

—Pensé que podríamos resolver eso imprimiendo nuestro propio dinero.

—Buena idea —dijo su padre—. Una especie de dinero internacional que pudiera ser igualmente carente de valor en todos los países, de manera que se convierta en el baremo contra el que se midan todas las demás monedas. El dólar vale cien mil millones de «heges» (es un buen nombre, ¿no te parece?, el «hege»), y el yen vale veinte billones, y así sucesivamente.

—Eso, suponiendo que pudiéramos mantener el valor por encima de cero —dijo Peter—. Los ordenadores se estropearían todos si alguna vez perdiera todo el valor.

—Pero ahí está el peligro —dijo el padre—. ¿Y si accidentalmente llegara a valer algo? Podría causar una depresión cuando las otras monedas caigan contra el hege.

Peter se echó a reír.

—Los dos estamos ocupados —dijo el padre—. ¿Para qué querías verme?

Peter le mostró el vid.

Su padre sacudió la cabeza mientras lo contemplaba.

—Theresa, Theresa —murmuró al final.

—¿Qué está intentando hacer? —preguntó Peter.

—Bueno, obviamente, ha pensado en una manera de matar a Aquiles y requiere entrar en su habitación. Ahora tendrá que pensar en otra manera.

Peter se quedó de una pieza.

—¿Matar a Aquiles? No puedes hablar en serio.

—Bueno, no se me ocurre otro motivo para que esté haciendo esto. No creerás que le importa de verdad que la habitación esté limpia o sucia, ¿no? Sería más probable que llevara una cesta llena de cucarachas y piojos y la vaciara en su habitación.

—¿Le odia? Nunca dijo nada.

—A ti.

—¿Entonces te ha dicho que quiere matarlo?

—Por supuesto que no. Si lo hubiera hecho, no te lo habría mencionado. No traiciono su confianza. Pero como no me ha considerado adecuado para contarme lo que está pasando, soy perfectamente libre para especular, y mi mejor suposición es que Theresa ha decidido que Aquiles supone un peligro para ti... por no mencionar a toda la raza humana... y por eso ha decidido matarlo. Tiene sentido, una vez que sabes cómo piensa tu madre.

—Mamá ni siquiera es capaz de dañar a una araña.

—Oh, las mata bien muertas cuando tú y yo no estamos delante. No creerás que se plantaría en medio de la habitación y se pondría a dar grititos hasta que volvamos a casa, ¿no?

—¿Me estás diciendo que mi madre es capaz de asesinar?

—Asesinato preventivo —dijo el padre—. Y no, no creo que sea capaz de hacerlo. Pero creo que ella sí cree que es capaz. —Pensó durante un instante—. Y puede que tenga razón. La hembra de la especie es más mortífera que el macho, como dicen.

—Eso no tiene sentido —dijo Peter.

—Bueno, pues entonces parece que has malgastado tu tiempo y, el mío al hacerme venir aquí. Probablemente estoy equivocado de todas formas. Probablemente habrá una explicación mucho más racional. Como... como que se preocupa mucho de cómo hacen su trabajo las doncellas. O... que espera tener un lío amoroso con un asesino en serie que quiere gobernar el mundo.

—Gracias, papá —dijo Peter—. Has sido de gran ayuda. Ahora sé que fui

educado por una loca y no me di cuenta.

—Peter, muchacho, no nos conoces a ninguno de los dos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Estudias a todo el mundo, pero tu madre y yo somos como aire para ti: nos respiras sin advertir que estamos allí. Pero eso está bien, es como se supone que deben ser los padres en las vidas de sus hijos. Amor incondicional, ¿no? ¿No crees que ésa es la diferencia entre Aquiles y tú? ¿Que tú tuviste padres que te amaban, y él no?

—Amabais a Ender y Valentine —dijo Peter. Se le escapó antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Y a ti no? Oh. Qué error. Supongo que entonces no hay ninguna diferencia entre tu educación y la de Aquiles. Es una lástima. ¡Que tengas un buen día, hijo!

Peter intentó llamarlo, pero su padre fingió no oírlo y continuó su camino, silbando *La Marsellesa*, nada menos.

Muy bien, de modo que sus celos hacia su madre eran absurdos, aunque su padre tenía una forma retorcida de decírselo. Qué familia tan lista tenía, todo el mundo haciendo un rompecabezas o un drama de cualquier cosa. O una comedia. Eso era lo que acababa de representar con su padre, ¿no? Una farsa. Un absurdo.

Si Aquiles tenía un colaborador aquí, probablemente no eran los padres de Peter. ¿Quién más, entonces? ¿Debería recelar algo de la manera en que hablaban Aquiles y Suriyawong? Pero había visto los vids de sus almuerzos ocasionales y no decían nada más allá de charlas corrientes sobre las cosas en las que estaban trabajando. Si había un código, era muy sutil. No es que fueran amigos: la conversación era bastante envarada y formal, y si algo molestaba a Peter de ellos, era la forma en que Suriyawong siempre parecía decir las cosas de manera servil.

Desde luego, nunca actuaba con servilismo con Bean o con Peter.

Era algo en lo que pensar, también. ¿Qué había ocurrido realmente entre Suri y Aquiles durante el rescate y el regreso a Brasil?

Qué tontería, se dijo Peter. Si Aquiles tiene un cómplice, sin duda se comunican a través de envíos casuales o mensajes codificados en los e-mails o algo así. Cosas de espías.

No con intentos estúpidos por irrumpir en la habitación de Aquiles... Aquiles sin duda no arriesgaría su vida con cómplices tan tontos. Y Suriyawong... ¿cómo podía esperar Aquiles corromperlo? No es que tuviera ahora ninguna influencia sobre el Imperio chino, para poder usar a la familia de Suri como rehenes.

No, Peter tendría que seguir buscando, continuar con la vigilancia electrónica, hasta descubrir qué estaba haciendo Aquiles para subvertir su trabajo... o apoderarse de él.

Lo que no era posible era que Aquiles hubiera renunciado sin más a sus

ambiciones y estuviera intentando hacerse un sitio en el brillante futuro de un mundo unido bajo el gobierno de Peter Wiggin.

Pero no sería agradable si lo hiciera.

Tal vez era hora de dejar de intentar descubrir cosas sobre Aquiles, y empezar a planear su destrucción.

La raza humana

De: *nopreparado%cincinatus@anon.set*

Para: *Demostenes%Tecumshe@freeamerica.org*

Sobre: *Si te ayudo*

Bien, Míster Chico Maravilla Hegemón, ahora que ya no eres Demóstenes de «freeamerica.org», ¿hay algún motivo para que te diga que lo que veo desde el cielo no sería traición?

De: *Demostenes%Tecumshe@freeamerica.org*

Para: *nopreparado%cincinatus@anon.set*

Sobre: *Porque...*

Porque sólo el Hegemón está haciendo algo respecto a China, o intentando activamente conseguir que Rusia y el Pacto de Varsovia dejen de coquetear con Beijing.

De: *nopreparado%cincinatus@anon.set*

Para: *Demostenes%Tecumshe@freeamerica.org*

Sobre: *Chorradas*

Vimos a tu pequeño ejército liberar a un prisionero en una carretera de China. Si era quien creemos que era, no volverás a saber de mí. Mi información no cuenta con megalomaniacos psicóticos excepto contigo, por supuesto.

De: *Demostenes%Tecumshe@freeamerica.org*

Para: *nopreparado%cincinatus@anon.set*

Sobre: *Buena llamada*

Buena llamada. No es segura. Eso es. Si hay algo que deba saber porque no puedes actuar y yo sí, envíalo a mi antiguo cinc en un enlace que te llegará de IComeAnon. Él sabrá qué hacer. Ya no trabaja para mí por el mismo motivo que tú no ayudas. Pero sigue de nuestro lado... y, tu, yo estoy también de nuestro lado.

El profesor Anton no tenía ni laboratorio ni biblioteca. No había en su casa

ninguna revista profesional, nada que indicara que una vez había sido un científico. Bean no se sorprendió. Cuando la LDI perseguía a todo aquel que investigara para alterar el genoma humano, Anton estaba considerado el hombre más peligroso del mundo. Lo habían condenado con una orden de inhibición, lo cual significaba que durante muchos años llevó dentro de su cerebro un aparato que, cuanto intentaba concentrarse en su área de estudios, sufría un ataque de pánico. Tuvo la fuerza, una vez, de dar a entender a sor Carlotta más de lo que debería haber podido sobre el estado de Bean. Pero, por lo demás, había sido desconectado en el cenit de su carrera.

Ahora la orden de inhibición había sido retirada, pero demasiado tarde. Su cerebro había sido entrenado para evitar que pensara profundamente en su especialidad. No había vuelta atrás para él.

—No es ningún problema —dijo Anton—. La ciencia continúa sin mí. Por ejemplo, hay una nueva bacteria en mi pulmón que deshace mi cáncer, poco a poco. Ya no puedo fumar, o el cáncer crecerá más rápido de lo que la bacteria pueda deshacerlo. Pero estoy mejorando, y no tendrán que quitarme los pulmones. Acompañadme a dar un paseo... ahora me gusta caminar.

Lo siguieron a través del jardín hasta la puerta principal. En Brasil, los jardines estaban en la parte delantera de la casa, de modo los transeúntes podían verlos por encima de las paredes delanteras, y los árboles y las flores podían decorar la calle. En Cataluña, como en Italia, los jardines estaban ocultos en el patio central, y la calle no recibía ningún regalo más que los muros de yeso y las pesadas puertas de madera. Bean no se había dado cuenta de cuánto había llegado a considerar que Ribeirao Preto era su hogar, pero ahora lo echaba de menos, mientras paseaba por la calle, bonita pero carente de vida.

Pronto llegaron a la rambla, la ancha avenida central que en las ciudades costeras lleva al mar. Era casi mediodía, y la rambla estaba llena de gente. Anton fue señalando tiendas y otros edificios, hablándoles sobre sus propietarios o sobre quién trabajaba o vivía allí.

—Veo que está muy implicado en la vida de esta ciudad —dijo Petra.

—Superficialmente —respondió Anton—. Soy un viejo ruso, exiliado mucho tiempo en Rumania, y por tanto soy una curiosidad. Hablan conmigo, pero no sobre cosas importantes.

—¿Entonces por qué no regresa a Rusia? —preguntó Bean.

—Ah, Rusia. Tantas cosas en Rusia. Sólo recordarlas me lleva de vuelta a los días gloriosos de mi carrera, cuando husmeaba en el interior del núcleo de la célula humana como un corderillo feliz. Pero verás, esos pensamientos hacen que empiece a sentir un poco de pánico. Así que... no voy a donde recuerdo.

—Está pensando en eso ahora mismo —dijo Bean.

—No, estoy diciendo palabras sobre ello. Y además, si no pretendiera pensar en

eso, no habría consentido en veros.

—Y sin embargo —dijo Bean—, no parece querer mirarme.

—Ah, bueno. Si te mantengo en mi visión periférica, no pienso en pensar en ti... Eres el único fruto que dio mi árbol teórico.

—Éramos más de una docena —dijo Bean—. Pero los otros fueron asesinados.

—Tú sobreviviste —dijo Anton—. Los otros no. ¿Por qué crees que fue?

—Me escondí en la cisterna.

—Sí, sí, eso me contó sor Carlotta, Dios bendiga su alma. ¿Pero por qué tú, y sólo tú, te escapaste de la cama y entraste en el cuarto de baño y te escondiste en un lugar tan peligroso y difícil? Apenas tenías un año. Tan precoz. Tan desesperado por sobrevivir. Sin embargo, eras genéticamente idéntico a todos tus hermanos, ¿da?

—Clonado —dijo Bean—, sí.

—No todo es genética, ¿no? No es nada de eso. Queda tanto por aprender. Y tú eres el único maestro.

—No sé mucho al respecto. Soy soldado.

—Es tu cuerpo el que nos enseñaría. Y cada célula de su interior.

—Lo siento, pero todavía las estoy utilizando —dijo Bean.

—Como yo sigo utilizando mi mente —dijo Anton—, aunque no vaya a donde quiero que me lleve.

Bean se volvió hacia Petra.

—¿Para eso me has traído aquí? ¿Para que el profesor Anton pueda ver en qué chico tan grande me convertí?

—No —contestó Petra.

—Te ha traído aquí —dijo Anton—, para que yo pueda convencerte de que eres humano.

Bean suspiró, aunque lo que quería hacer era marcharse, coger un taxi hasta el aeropuerto, huir a otro país, y estar solo. Lejos de Petra y sus exigencias.

—Profesor Anton —dijo—, soy bien consciente de que la alteración genética que produjo mis talentos y mis defectos está dentro de la gama de las variaciones normales de la especie humana. Sé que no hay ningún motivo para suponer que no podría procrear hijos viables si me apareara con una mujer humana. Ni es mi tendencia necesariamente dominante: podría tener hijos con ella, podría tenerlos sin ella. ¿Podemos disfrutar ahora de un paseo hasta el mar?

—La ignorancia no es una tragedia —dijo Anton—, sólo una oportunidad. Saber y negarse a saber lo que sabes es una tontería.

Bean miró a Petra. Ella esquivó su mirada. Sabía lo molesto que estaba, pero se negaba a cooperar con él para salir de la situación.

Debo amarla, pensó Bean. De lo contrario no tendría nada que hacer con ella, la manera en que cree saber mejor que yo lo que es bueno para mí. Lo tenemos

comprobado: soy la persona más inteligente del mundo. ¿Entonces por qué hay tanta gente ansiosa por darme consejos?

—Tu vida va a ser corta —dijo Anton—. Y al final, habrá dolor, físico y emocional. Te harás demasiado grande para este mundo, demasiado grande para tu corazón. Pero siempre has tenido una mente demasiado grande para una vida corriente, ¿da? Siempre has estado apartado. Un extraño. Humano de nombre, pero no un auténtico miembro de la especie, excluido de todos los clubes.

Hasta ahora, las palabras de Anton habían sido simplemente irritantes, y pasaban flotando junto a él. Ahora le golpearon con fuerza con un súbito arrebató de pesar y lamento que lo dejaron boquiabierto. No pudo evitar la vacilación, el cambio de ritmo que mostraba a los demás que estas palabras habían empezado a afectarlo. ¿Qué línea había cruzado Anton? Sin embargo, lo había hecho.

—Estás solo —dijo Anton—. Y los humanos no están diseñados para estar solos. Está en nuestros genes. Somos seres sociales. Incluso la persona más introvertida anhela constantemente una asociación humana. Tú no eres ninguna excepción, Bean.

Había lágrimas en sus ojos, pero Bean se negó a reconocerlas. Odiaba las emociones. Se apoderaban de él, lo debilitaban.

—Déjame que te diga lo que sé —dijo Anton—. No como científico... Ese camino puede no estar completamente cerrado para mí, pero está casi todo arrasado, y lleno de surcos, y no lo utilizo. Pero mi vida como hombre, esa puerta está todavía abierta.

—Estoy escuchando —dijo Bean.

—Siempre he sido tan solitario como tú. Nunca tan inteligente, pero tampoco era tonto. Dedicué mi mente a mi trabajo, y dejé que fuera mi vida. Me contenté con eso, en parte porque tuve tanto éxito que mi trabajo me produjo gran satisfacción, y en parte porque no estaba en disposición de mirar a las mujeres con deseo. —Sonrió tristemente—. En esa época, la de mi juventud, los gobiernos de la mayoría de los países animaban activamente a aquellos de nosotros cuyos instintos de apareamiento habían sido cortocircuitados a potenciar esos deseos y no tomar ninguna compañera, a no tener ningún hijo. Parte del esfuerzo de canalizar toda empresa humana hacia la gran lucha con el invasor alienígena. Así que fue casi patriótico por mi parte enzarzarme en asuntos efímeros que no significaban nada, que no llevaban a ninguna parte. ¿Adónde podrían conducir?

Esto es más de lo que quiero saber de ti, pensó Bean. No tiene nada que ver conmigo.

—Te cuento esto —dijo Anton—, para que comprendas que también sé algo sobre la soledad. Porque de repente me quitaron mi trabajo. De mi mente, no sólo de mis actividades diarias. Ni siquiera podía pensar en ello. Y rápidamente descubrí que mis amistades no eran... trascendentes. Todas estaban relacionadas con mi trabajo, y

cuando mi trabajo desapareció, también desaparecieron esos amigos. No fueron desagradables, todavía preguntaban por mí, hacían avances, pero no había nada que decir, nuestras mentes y corazones no se tocaban en ningún punto. Descubrí que no conocía a nadie, y que nadie me conocía a mí.

Una vez más, aquella puñalada de angustia en el corazón de Bean. Esta vez, sin embargo, estaba preparado, y respiró un poco más profundamente y se la tragó de golpe.

—Me sentí furioso, por supuesto, ¿quién podría no estarlo? —dijo Anton—. ¿Y sabes qué quise?

Bean no quiso decir lo que pensó inmediatamente: la muerte.

—El suicidio no, eso nunca. Mi deseo de vivir es demasiado fuerte, y no estaba deprimido, estaba furioso. Bueno, no, sí que estaba deprimido, pero sabía que matarme sólo ayudaría a que mis enemigos, el gobierno, consiguieran su verdadero propósito sin tener que ensuciarse las manos. No, no deseaba morir. Lo que quería, con todo mi corazón, era... empezar a vivir.

—¿Por qué me parece que se avecina una canción? —dijo Bean. Las sarcásticas palabras brotaron de él sin control.

Para su sorpresa, Anton se echó a reír.

—Sí, sí, es un tópico tan grande que debería seguirle una canción de amor, ¿verdad? Una cancioncilla sentimental que diga cómo no estuve vivo hasta que encontré a mi amada, y ahora que la luna es nueva, el mar es azul, y estamos en junio, nuestro amor es verdadero.

Petra soltó una carcajada.

—Dejó pasar usted su vocación. El Cole Porter ruso.

—Pero mi argumento era serio —dijo Anton—. Cuando la vida de un hombre se deforma tanto que su deseo no va dirigido a las mujeres, su deseo de hallar significado a su vida no cambia. El hombre busca algo que supere su vida. Una especie de inmortalidad. Una forma de cambiar el mundo, de hacer que su vida importe. Pero todo es en vano. Me anularon hasta que no fui más que notas al pie en los artículos de otros hombres. Todo se redujo a esto, como siempre pasa. Puedes cambiar el mundo... como has hecho tú, Bean; Julian Delphiki, tú y Petra Arnakian, ambos, todos esos niños que lucharon, y los que no lucharon, todos vosotros... cambiasteis el mundo. Salvasteis el mundo. Toda la humanidad es vuestra progenie. Y sin embargo... es algo vacío, ¿verdad? No os lo quitaron como me quitaron mi trabajo a mí. Pero el tiempo lo ha borrado. Está en el pasado, y vosotros seguís con vida, así que ¿para qué sirve vuestra vida?

Se encontraban en los escalones de piedra que conducían al agua. Bean quería simplemente continuar andando, entrar en el Mediterráneo, hasta el fondo, hasta encontrar el viejo *Poseidón* en el fondo del mar, y más profundo, hasta el trono de

Hades. ¿Para qué sirve mi vida?

—Encontraste un propósito en Tailandia —continuó Anton—. Y luego, salvar a Petra, eso fue un propósito. ¿Pero para qué la salvaste? Has entrado en el cubil del dragón y has rescatado a la hija del dragón... pues eso es siempre lo que significa el mito, cuando no es la esposa del dragón, y ahora la tienes, y... te niegas a ver lo que debes hacer, no a ella, sino con ella.

Bean se volvió hacia Petra, con cansada resignación.

—Petra, ¿cuántas cartas hicieron falta para dejarle claro a Anton exactamente lo que querías que me dijera?

—No te precipites en tus conclusiones, muchacho alocado —dijo Anton—. Ella sólo quería descubrir si había algún modo de corregir tu problema genético. No me habló de tu dilema personal. Me enteré en parte por mi viejo amigo Hyrum Graff. Y en parte por sor Carlotta. Y otra parte simplemente la vi al veros a los dos juntos. Desprendéis suficientes feromonas para fertilizar los huevos de los pájaros que pasan.

—No le cuento a nadie nuestras cosas —dijo Petra.

—Escuchadme, vosotros dos. Aquí está el significado de la vida: que un hombre encuentre a una mujer, que una mujer encuentre a un hombre, la criatura más distinta a ti, y luego procrea hijos con ella, con él, o que los encuentre de otro modo, pero que los críe luego, y los vea hacer lo mismo, generación tras generación, de modo que cuando muráis sepáis que sois permanentemente una parte de la gran red de la vida. Que no sois un hilo suelto, cortado.

—Ése no es el único significado de la vida —dijo Petra, un poco molesta.

«Bueno —pensó Bean—, nos trajiste aquí, así que prueba también tu medicina».

—Sí que lo es —dijo Anton—. ¿Crees que no he tenido tiempo para pensarlo? Soy el mismo hombre, con la misma mente, soy el hombre que encontró la Clave de Anton. He encontrado también muchas otras claves, pero me quitaron mi trabajo, y tuve que encontrar otro. Bueno, aquí está. Os lo doy, el resultado de todo mi estudio. Por poco profundo que sea, sigue siendo lo más auténtico que he encontrado jamás. Ni siquiera los hombres que no desean a las mujeres, las mujeres que no desean a los hombres, quedan exentos del mayor deseo de todos, el deseo de ser una parte inextricable de la especie humana.

—Todos somos parte de ella, no importa lo que hagamos —dijo Bean—. Incluso aquellos de nosotros que no somos realmente humanos.

—Está soldado en todos nosotros. No sólo el deseo sexual... eso puede retorcerse de muchas formas, y a menudo es lo que pasa. Y no sólo el deseo de tener hijos, porque mucha gente nunca lo consigue, y sin embargo pueden seguir formando parte del tejido. No, es un ansia profunda por encontrar a una persona de ese extraño y aterrador sexo opuesto y forjar una vida juntos. Incluso los ancianos que ya no pueden aparearse, incluso la gente que sabe que no puede tener hijos, sigue sintiendo

esa ansia. La de casarse y convertirse lo mejor posible, dos criaturas distintas, en una sola.

—Conozco unas cuantas excepciones —dijo Petra amargamente—. He conocido a unas pocas personas que nunca se dejarán persuadir.

—No estoy hablando de política ni de sentimientos heridos. Estoy hablando de una tendencia que la especie humana necesita absolutamente para tener éxito. Lo que hace que no seamos animales de rebaño ni solitarios, sino algo intermedio. Lo que nos convierte en civilizados o al menos en civilizables. Y aquellos que son apartados por sus propios deseos, por aquellos quiebros y curvas que los vuelven hacia otro lado... como tú, Bean, tan decidido a que no nazcan más niños con tu defecto, y que no haya niños huérfanos con tu muerte... esos que son apartados porque piensan que quieren ser apartados, todavía están ansiosos de ello, más ansiosos que nunca, sobre todo si lo niegan. Eso hace que estén furiosos, amargados, tristes, y no saben por qué, o si lo saben, no pueden soportar enfrentarse al conocimiento.

Bean no sabía ni le importaba si Anton tenía razón, si su deseo era inevitable para todos los seres humanos, aunque sospechaba que sí, que este deseo vital tenía que estar presente en todos los seres vivos para que todas las especies continuaran mientras se esforzaban desesperadamente por hacerlo. No es deseo de sobrevivir: eso es egoísta, y ese egoísmo debe ser insignificante, no debe conducir a nada. Es el deseo de que la especie sobreviva, con tu esencia dentro, parte de ella, atado a ella, para siempre uno de los hilos de la red... Bean pudo verlo ahora.

—Aunque tenga usted razón —dijo—, eso sólo hace que esté aún más decidido a superar ese deseo y no tener nunca hijos. Por los motivos que acaba de mencionar. Crecí entre huérfanos. No voy a dejar ninguno tras de mí.

—No serían huérfanos —repuso Petra—. Me tendrían a mí.

—¿Y cuando Aquiles te encuentre y te mate? —dijo Bean roncamente—. ¿Cuentas con que sea lo bastante piadoso para hacer lo que Volescu hizo con mis hermanos? ¿De lo que escapé al ser tan condenadamente listo?

Los ojos de Petra se llenaron de lágrimas y se dio la vuelta.

—Eres un mentiroso cuando hablas así —dijo Anton en voz baja—. Y eres cruel al decirle esas cosas.

—He dicho la verdad.

—Eres un mentiroso —dijo Anton—, pero crees que necesitas la mentira para no dejarte llevar. Sé qué son esas mentiras: conservé mi cordura engañándome con mentiras, y creyéndolas. Pero tú sabes la verdad. Si dejas este mundo sin tus hijos en él, sin haber creado ese lazo con esa criatura extraña que es la mujer, entonces tu vida no habrá significado nada, y morirás lleno de soledad y de amargura.

—Como usted —dijo Bean.

—No. Como yo no.

—¿Qué, no se va a morir? El que haya invertido el cáncer no significa que otra cosa no acabe por llevarse al final.

—No, me malinterpretas. Voy a casarme.

Bean se echó a reír.

—Oh, ya veo. Es tan feliz que quiere que todo el mundo comparta su felicidad.

—La mujer con la que voy a casarme es una buena mujer, una mujer amable. Con niños pequeños que no tienen padre. Ahora tengo una pensión, y generosa, y con mi ayuda esos niños tendrán un hogar. Mis tendencias no han cambiado, pero ella es todavía joven, y tal vez encontremos un modo de que engendre un hijo que sea mío propio. Y si no, adoptaré sus hijos en mi corazón. Volveré a unirme a la red. Mi hilo suelto será zurcido, atado a la especie humana. No moriré solo.

—Me alegro por usted —dijo Bean, sorprendido por lo amargado y falto de sinceridad que parecía.

—Sí —dijo Anton—. Estoy feliz por mí. Eso hará que me sienta fatal, por supuesto. Me preocuparé por los niños todo el tiempo... ya lo estoy. Y llevarse bien con una mujer es difícil incluso para los hombres que las desean. O tal vez sobre todo para ellos. Pero verás, todo significará algo.

—Tengo trabajo que hacer —dijo Bean—. La especie humana se enfrenta a un enemigo casi tan terrible, a su modo, como los fórmicos. Y no creo que Peter Wiggin esté preparado para detenerlo. De hecho, me parece que Peter Wiggin está a punto de perderlo todo ante él, ¿y entonces quién quedará para oponerse? Ése es mi trabajo. Y si fuera lo bastante estúpido y egoísta para casarme con mi viuda y engendrar huérfanos con ella, eso tan sólo me distraería de ese trabajo. Si fracaso, bueno, ¿cuántos millones de vidas han nacido y muerto ya como hilos sueltos con sus vidas rotas? Dadas las tasas históricas de mortalidad infantil, deben de ser casi la mitad, desde luego al menos un cuarto de los humanos nacidos. Todas esas vidas sin significado. Yo seré una de ellas. Seré sólo una que hizo lo mejor para salvar el mundo antes de morir.

Para sorpresa (y horror) de Bean, Anton lo rodeó con uno de esos aterradores abrazos rusos de los que el confiado occidental suele pensar que no va a salir con vida.

—¡Muchacho, eres tan noble!

Anton lo soltó, riendo.

—¡Escucha lo que dices! ¡Tan lleno del romanticismo de la juventud! ¡Salvarás al mundo!

—Yo no me he burlado de su sueño —dijo Bean.

—¡Pero si no me estoy burlando de ti! —exclamó Anton—. ¡Lo celebro! Porque eres, en cierta manera, de una manera muy pequeña, mi hijo. O al menos mi sobrino. ¡Y mírate! ¡Vives una vida enteramente para los demás!

—¡Soy completamente egoísta! —protestó Bean.

—¡Entonces acuéstate con esta chica, sabes que te dejará! O cástate con ella y acuéstate con otra, ten hijos o no, ¿por qué debería importarte? Nada que suceda fuera de tu cuerpo importa. ¡Tus hijos no te importarán! ¡Eres completamente egoísta!

Bean se quedó sin nada que decir.

—Es difícil acabar con los autoengaños —dijo Petra en voz baja cogiendo su mano en la suya.

—No amo a nadie —dijo Bean.

—Sigues rompiéndote el corazón con la gente que amas —dijo Petra—. Pero no puedes admitirlo hasta que han muerto.

Bean pensó en Poke. En sor Carlotta.

Pensó en los niños que no pretendía tener jamás. Los niños que engendraría con Petra, esta chica que había sido una amiga sabia y leal, esta mujer a la que, cuando pensó que podría perderla ante Aquiles, advirtió que la amaba más que a nadie en la Tierra. Los niños que seguía negando, rehusando a dejarlos existir porque...

Porque los amaba demasiado, incluso ahora, cuando no existían, los amaba demasiado para causarles el dolor de perder a su padre, de arriesgarse a que sufrieran el dolor de morir jóvenes cuando no hubiera nadie que pudiera salvarlos.

El dolor que él podía soportar se negaba a dejar que lo soportaran ellos, de tanto como los amaba.

Y ahora tenía que mirar la verdad cara a cara: ¿de qué servía amar a estos niños tanto como lo hacía, si no los tenía nunca?

Lloró, y por un momento se dejó ir, derramando lágrimas por las mujeres muertas que tanto había amado, y por su propia muerte, por la que nunca vería crecer a sus hijos, por la que nunca vería a Petra envejecer a su lado, como los hombres y mujeres tenían que hacer.

Entonces se controló, y dijo lo que había decidido, no con su mente, sino con su corazón.

—Si hay alguna manera de asegurarse de que ellos no tendrán... de que no tendrán la Clave de Anton, entonces tendré hijos. Entonces me casaré con Petra.

Ella sintió su mano tensarse en la suya. Comprendió. Había ganado.

—Fácil —dijo Anton—. Sigue siendo un poquito ilegal, pero puede hacerse.

Petra había ganado, pero Bean comprendió que él no había perdido. No, su victoria era suya también.

—Dolerá —dijo Petra—. Pero disfrutemos de lo que tenemos y no dejemos que el dolor futuro estropee la felicidad actual.

—Eres toda una poetisa —murmuró Bean. Pero pasó un brazo por encima de los hombros de Anton, y otro por la espalda de Petra, y los abrazó a ambos mientras sus

ojos nublados contemplaban el mar chispeante.

Horas más tarde, después de cenar en un pequeño restaurante italiano con un viejo jardín, después de un paseo por la rambla entre las ruidosas multitudes de personas que disfrutaban de su pertenencia a la especie humana y celebraban o buscaban sus parejas, Bean y Petra se sentaron en el saloncito de la antigua casa de Anton, con su prometida sentada tímidamente a su lado, los niños dormidos en los dormitorios traseros.

—Dijo usted que no sería fácil asegurarse de que mis hijos no serían como yo —comenzó Bean.

Anton lo miró, reflexivo.

—Sí —dijo por fin—. Hay un hombre que no sólo sabe la teoría, sino que ha hecho el trabajo. Pruebas no destructivas con embriones recién formados. Implicaría fertilización in vitro.

—Oh, magnífico —dijo Petra—. Un nacimiento virgen.

—Implicaría embriones que podrían ser implantados incluso después de que el padre haya muerto.

—Ha pensado en todo, qué atento —dijo Bean.

—Estoy seguro de que querréis conocerlo.

—Sí queremos —dijo Petra—. Pronto.

—Tienes un poco de historia con él, Julian Delphiki.

—¿Yo?

—Te secuestró una vez —dijo Anton—. Junto con casi dos docenas de gemelos. Es el que conectó esa pequeña llave genética a la que le pusieron mi nombre. Es el que te habría matado si no te hubieras escondido en la cisterna.

—Volescu —dijo Petra, como si el nombre fuera una bala que hubiera que extraer de su cuerpo.

Bean se rió, sombrío.

—¿Todavía está vivo?

—Acaban de liberarlo de la cárcel. Las leyes han cambiado. La alteración genética ya no es un crimen contra la humanidad.

—El infanticidio sí lo es, ¿no?

—Técnicamente, según la ley no puede haber asesinato cuando la víctima no tenía ningún derecho legal a existir. Creo que la acusación fue «manipulación de pruebas». Porque los cadáveres fueron quemados.

—Por favor, dígame que no es perfectamente legal asesinar a Bean —dijo Petra.

—Ayudaste a salvar el mundo entre entonces y ahora —dijo Anton—. Creo que la política de la situación sería un poco diferente ahora.

—Qué alivio —dijo Bean.

—No sabía que conociera usted a ese no-asesino, a ese manipulador de pruebas —dijo Petra.

—No lo conocía... no lo conozco. Nunca lo he visto en persona, pero me ha escrito. Justo un día antes de que Petra lo hiciera, por cierto. No sé dónde está. Pero puedo ponerlos en contacto con él. Tendréis que partir de ahí.

—Así que por fin podré conocer al legendario tío Constantine —dijo Bean.

—O, como lo llama mi padre cuando quiere irritar a mi madre, «mi hermano bastardo».

—¿Cómo salió de la cárcel? —preguntó Petra.

Sólo sé lo que me ha contado él. Pero como decía sor Carlotta, el hombre es un mentiroso hasta las trancas. Se cree sus propias mentiras. En ese caso, Bean, puede que piense que es tu padre. Le dijo a ella que te clonó a ti y a tus hermanos a partir de sí mismo.

—¿Y cree que debería ayudarnos a tener hijos? —preguntó Petra.

—Creo que si queréis tener hijos sin el pequeño problema de Bean, es el único que puede ayudaros. Naturalmente, muchos médicos pueden destruir los embriones y deciros si habrían tenido tus talentos y tu maldición o no. Pero como mi pequeña llave nunca ha sido conectada por la naturaleza, no hay ningún test no-destructivo para ella. Y para conseguir que alguien desarrolle una prueba tendrías que someterte a examen por parte de unos médicos que verían en ti una oportunidad para hacer carrera. La mayor ventaja de Volescu es que ya sabe de ti, y no está en posición de alardear por haberte encontrado.

—Entonces denos su e-mail —dijo Bean—. Empezaremos por ahí.

8 Objetivos

De: *Betterman%CroMagnon@HomeAddress.com [¡Correo electrónico GRATIS!
¡Conecta a un amigo!]*

Para: *Humilde%Ayudante@HomeAddress.com [¡JESÚS te ama! Elegidos.org]*

Sobre: *Gracias por su ayuda*

Querido benefactor anónimo:

Puede que haya estado en la cárcel, pero no estaba escondido bajo una roca.

Sé quién es usted, y lo que ha hecho. Así que cuando se ofreció a ayudarme a continuar la investigación que quedó interrumpida por mi condena a cadena perpetua, y dio a entender que era responsable de haber reducido mis cargos y conseguido conmutar mi sentencia, he de sospechar de un motivo ulterior.

Creo que planea utilizar mi supuesto encuentro con esas supuestas personas como medio para matarlos. Más o menos como Herodes hizo con los Reyes Magos cuando les pidió que le dijeran dónde estaba el rey recién nacido, para poder ir y adorarlo también.

De: *Humilde%Ayudante@HomeAddress.com [¡No te vayas a SOLO!
CorazonesSolitarios]*

Para: *Betterman%CroMagnon@HomeAddress.com [¡Tu ADS se ve! ¡Correo electrónico GRATIS!]*

Sobre: *Me ha juzgado mal*

Querido doctor:

Me ha juzgado mal. No tengo interés ninguno en la muerte de nadie. Quiero que los ayude a crear más bebés que no tengan ninguno de los dones ni los problemas del padre. Hágales una docena.

Por cierto, si obtiene algún embrión que contenga los dones del padre, no los destruya, por favor. Manténgalos a salvo y bien cuidados. Para mí. Hay personas a quienes les gustaría mucho cultivar un jardincillo lleno de habichuelas.

John Paul Wiggin había advertido hacía unos años que todo esto de los niños no era para tanto. Supuestamente en algún lugar había algo parecido a un niño normal, pero ninguno de ellos se había acercado jamás a su casa.

No es que no amara a los niños. Lo hacía. Más de lo que ellos sabían; más, sospechaba, de lo que sabía él mismo. Después de todo, nunca sabes cuánto amas a

nadie hasta que llega la verdadera prueba. ¿Morirías por esta persona? ¿Te arrojarías sobre la granada, te plantarías delante del coche a toda velocidad, mantendrías un secreto bajo tortura, para salvarle la vida? La mayoría de la gente nunca sabrá la respuesta a esa pregunta. E incluso aquellos que la saben no están seguros de si fue amor o sentido del deber o autorespeto o condicionamiento cultural o cualquier otra posible explicación.

John Paul Wiggin amaba a sus hijos. Pero o bien no tenía suficiente de ellos, o tenía demasiado. Si hubiera tenido más, entonces perder a dos de ellos en un lejano planeta colonial del que nunca podrían regresar mientras viviera no habría sido tan malo, porque todavía quedarían varios en casa para que disfrutara, para ayudarlos, admirarlos como quieren los padres admirar a sus hijos.

Y si hubiera habido uno menos. Si el gobierno no les hubiera exigido un tercer hijo. Si Andrew no hubiera nacido nunca, si nunca hubiera sido aceptado en el programa para el que rechazaron a Peter entonces tal vez la ambición patológica de Peter se habría mantenido dentro de límites normales. Tal vez su envidia y resentimiento, su necesidad de demostrar que era digno, no habrían manchado su vida, oscureciendo incluso momentos brillantes.

Naturalmente, si Andrew no hubiera nacido, el mundo estaría ahora cubierto de nidos fórmicos, y la especie humana no sería más que un puñado de bandas harapientas sobreviviendo en entornos hostiles como la Tierra del Fuego, Groenlandia o la Luna.

No fue tampoco la solicitud del gobierno. Era un hecho poco conocido, pero Andrew casi con toda certeza había sido concebido antes de que llegara la orden. John Paul Wiggin no era tan buen católico hasta que advirtió que las leyes de control de población le prohibían serlo. Entonces, porque era un polaco testarudo o un rebelde norteamericano o simplemente porque era esa peculiar mezcla de genes y memoria llamada John Paul Wiggin, no hubo nada más importante para él que ser un buen católico, sobre todo cuando se trataba de desobedecer las leyes de población.

Fue la base de su matrimonio con Theresa. Ella no era católica (lo cual demostraba que John Paul no era tan estricto en lo referente a obedecer todas las reglas), pero procedía de una tradición de familia numerosa y estuvo de acuerdo con él antes de casarse en que tendrían más de dos hijos, no importaba lo que fuera a costarles.

Al final, no les costó nada. No hubo pérdida de empleos. Ni pérdida de prestigio. De hecho, acabaron siendo honrados como los padres del salvador de la especie humana.

Sólo que nunca llegarían a ver a Valentine o Andrew casarse, nunca verían a sus hijos. Probablemente no vivirían lo suficiente para saber que habían llegado a su mundo colonial.

Y ahora eran meras rémoras atadas a la vida del hijo que menos les gustaba. Aunque para decir la verdad, a John Paul no le disgustaba tanto Peter como a su madre. Peter no le molestaba tanto como irritaba a Theresa. Tal vez porque John Paul era un buen contrapeso para Peter: podía serle útil. Mientras que Peter se enzarzaba en cien cosas al mismo tiempo, haciendo juegos malabares con todos sus proyectos y realizándolos a la perfección, John Paul era un hombre que tenía que puntuar cada I, poner el palito a cada T. Por eso, sin decirle exactamente a nadie cuál era su trabajo, John Paul vigilaba de cerca todo lo que hacía Peter y se encargaba de las cosas para que fueran hechas. Mientras que Peter asumía que sus subordinados comprendían sus propósitos y actuaban, John Paul sabía que lo malinterpretarían todo, y se lo dejaba mascadito, y los seguía con atención para asegurarse de que todo se hacía bien.

Por supuesto, para poder hacer esto John Paul tenía que fingir que actuaba a las órdenes de Peter. Por fortuna, las personas a las que controlaba no tenían motivos para acudir a Peter y explicar las tonterías que habían estado haciendo antes de que apareciera John Paul con sus preguntas, sus comprobaciones, sus alegres charlas que no eran del todo amistosas y admitir que acaban siendo indicaciones.

¿Pero qué podría hacer John Paul cuando el proyecto de Peter avanzaba de manera tan profundamente peligrosa y, sí, estúpida que lo último que quería era ayudarlo?

La posición de John Paul en esta pequeña comunidad de hegemóniacos no le permitía obstruir el trabajo de Peter. Era un facilitador, no un burócrata: cortaba la cinta roja, no la tejía como una tela de araña.

En el pasado, lo más que podía hacer Peter para obstruir las cosas era no hacer nada. Sin él allí empujando, corriendo, las cosas perdían el ritmo, y a menudo un proyecto moría sin su ayuda.

Pero con Aquiles no había posibilidad ninguna. La Bestia, como lo llamaban Theresa y John Paul, era tan metódico como Peter falto de método. Parecía no dejar nada al azar. Y si John Paul lo dejaba en paz, conseguiría todo lo que quisiera.

—Peter, no estás en posición para ver lo que está haciendo —le dijo John Paul.

—Padre, sé lo que estoy haciendo.

—Tiene tiempo para todo el mundo. Es amigo de cada empleado, cada conserje, cada secretario, cada burócrata. Con la gente que tú pasas de largo sin verlas, él se sienta y charla, hace que se sientan importantes.

—Sí, es encantador, de acuerdo.

—Peter...

—Esto no es un concurso de popularidad, padre.

—No, es un concurso de lealtad. Consigues exactamente lo que la gente que te sirve decide que consigas, y nada más. Ellos son poder, esos funcionarios a tus órdenes, y él te está robando su lealtad.

—Superficialmente, tal vez —dijo Peter.

—Para la mayoría de la gente, lo superficial es todo lo que hay.

—Actúan con los sentimientos del momento. Aquiles les gusta más que tú.

—Siempre hay alguien que les gusta más —dijo Peter con una sonrisita perversa.

John Paul se abstuvo de replicar con una sola palabra, porque aquello demolería a Peter. La palabra habría sido «sí».

—Peter —dijo John Paul—, cuando la Bestia se marche de aquí ¿quién sabe a cuánta gente dejará atrás que lo aprecie tanto como para darle de vez en cuando un poco de información chismosa? ¿O un documento secreto?

—Padre, aprecio tu preocupación. Y, una vez más, sólo puedo decirte que tengo las cosas bajo control.

—Pareces pensar que todo aquello que no sabes es porque no merece la pena de ser sabido —dijo John Paul, no por primera vez.

—Y tú parece pensar que todo lo que estoy haciendo no se está haciendo lo bastante bien —dijo Peter por enésima vez también.

Así eran siempre las discusiones. John Paul no presionaba más: sabía que si era demasiado molesto, si Peter se sentía demasiado oprimido por tener a sus padres cerca, los apartaría de cualquier posición de influencia.

Eso sería insoportable. Significaría perder al último de sus hijos.

—La verdad es que deberíamos tener otro hijo o dos —dijo Theresa un día—. Todavía soy joven, y siempre quisimos tener más de los tres hijos que nos concedió el gobierno.

—No es probable —dijo John Paul.

—¿Por qué no? ¿No sigues siendo un buen católico, o eso sólo servía mientras ser católico significaba ser rebelde?

A John Paul no le gustaron las implicaciones de aquello, sobre todo porque podrían contener parte de verdad.

—No, Theresa, querida. No podemos tener más hijos porque nunca nos permitirían conservarlos.

—¿Quién? Al gobierno ya no le importa cuántos hijos tengamos. Todos serán futuros contribuyentes o fabricantes de bebés o carne de cañón.

—Somos los padres de Ender Wiggin, de Demóstenes, de Locke. Tener otro niño sería una noticia internacional. Es algo que temía incluso antes de que los compañeros de batalla de Andrew fueran secuestrados, pero después ya no hubo duda.

—¿De verdad crees que la gente asumiría que porque nuestros tres primeros hijos fueron tan...?

—Querida —dijo John Paul, sabiendo que ella odiaba que la llamara así porque no podía evitar el sarcasmo del término—, nos robarían a los bebés de la cuna, así de

rápido. Serían unos objetivos seguros desde el momento de su concepción, esperando a que alguien viniera para convertirlos en marionetas de un régimen u otro. Y aunque pudiéramos protegerlos, cada momento de sus vidas sería deformado por la prensa de la curiosidad pública. Si pensamos que Peter se fastidió por estar a la sombra de Andrew, piensa en lo que sería para ellos.

—Podría resultarles más fácil —dijo Theresa—. Nunca recordarían no haber estado a la sombra de sus hermanos.

—Eso sólo lo empeoraría. No tendrán ni idea de quiénes son, aparte de ser hermanos de alguien.

—Era sólo una idea.

—Ojalá pudiéramos hacerlo —dijo John Paul. Era fácil ser generoso después de que ella hubiera cedido.

—Es que... echo de menos tener niños cerca.

—Y yo. Y si pensara que pudieran ser niños...

—Ninguno de nuestros hijos fue jamás un niño —dijo Theresa tristemente—. Ninguno fue realmente libre.

John Paul se echó a reír.

—Los únicos que creen que los niños son libres y carecen de preocupaciones son aquellos que han olvidado su propia infancia.

Theresa lo pensó por un instante y luego se rió.

—Tienes razón. Todo es el cielo en la tierra o el fin del mundo.

Esa conversación había tenido lugar en Greensboro, después de que Peter hiciera pública su identidad y antes de que le concediera el título casi hueco de Hegemón. Raramente volvían a mencionarla.

Pero la idea parecía más atractiva ahora. Había días en que John Paul quería llegar a casa, acunar a Theresa entre sus brazos y decir:

—Querida —y no habría ni el más leve tono sarcástico—, tengo los billetes para el espacio. Vamos a unirnos a una colonia. Vamos a dejar este mundo y todas sus preocupaciones detrás, y engendremos nuevos hijos en el espacio, donde no puedan salvar el mundo ni apoderarse de él.

Entonces Theresa intentó entrar en la habitación de Aquiles y John Paul sinceramente se preguntó si la tensión bajo la que se hallaba su esposa había afectado sus procesos mentales.

Precisamente porque estaba tan preocupado por lo que ella hizo, no discutió el tema durante un par de días, esperando a ver si ella lo mencionaba.

No lo hizo. Pero en realidad él no esperaba que lo hiciera.

Cuando juzgó que el primer sonrojo avergonzado había pasado y que ella podría discutir del asunto sin tratar de protegerse, abordó el tema una noche, a los postres.

—Así que quieres ser criada —dijo él.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en mencionarlo —dijo Theresa con una sonrisa.

—Y yo me preguntaba cuánto tardarías tú —respondió John Paul, con una sonrisa tan cargada de ironía como la de ella.

—Ahora nunca lo sabrás.

—Creo que planeabas matarlo.

Theresa se echó a reír.

—Oh, desde luego, estaba cumpliendo órdenes de mi controlador.

—Eso supuse.

—Estaba bromeando —dijo Theresa de inmediato.

—Yo no. ¿Fue algo que dijo Graff? ¿O sólo una novela de espías?

—No leo novelas de espías.

—Lo sé.

—No fue una misión —dijo Theresa—. Pero sí, él me hizo pensar. Lo mejor para todos sería que la Bestia no saliera de Brasil con vida.

—La verdad es que yo no lo veo así.

—¿Por qué no? No creerás que tiene ningún valor para el mundo.

—Hizo que todo el mundo saliera de su escondite, ¿no? —dijo John Paul—. Todo el mundo mostró sus verdaderas intenciones.

—No todo el mundo. Todavía no.

—Las cosas están en el aire. El mundo está dividido en campos. Las ambiciones están expuestas. Los traidores están revelados.

—Entonces el trabajo está hecho —dijo Theresa—, y Aquiles ya no tiene ninguna utilidad.

—Nunca creí que fueras una asesina.

—No lo soy.

—Pero tenías un plan, ¿no?

—Estaba probando a ver si era posible forjar uno... si podía entrar en su habitación. La respuesta fue no.

—Ah. Entonces el objetivo sigue siendo el mismo. Sólo ha cambiado el método.

—Probablemente no lo haré.

—Me pregunto cuántos asesinos se habrán dicho eso a sí mismos... justo hasta el momento en que disparaban el gatillo o clavaban el cuchillo o servían los dátiles envenenados.

—Puedes dejar de burlarte de mí —dijo Theresa—. No me importa la política ni las repercusiones. Si matar a la Bestia le costara a Peter la Hegemonía, no me importaría. No voy a quedarme cruzada de brazos viendo cómo la Bestia devora a mi hijo.

—Pero hay un modo mejor —dijo John Paul.

—¿Además de matarlo?

—Apartarlo del lugar donde pueda matar a Peter. Ése es nuestro objetivo real, ¿verdad? No salvar al mundo de la Bestia, sino salvar a Peter. Si matamos a Aquiles...

—No recuerdo haberte invitado a mi maligna conspiración.

—Entonces sí, la Bestia habrá muerto, pero también la credibilidad de Peter como Hegemón. Quedará manchado para siempre como Macbeth.

—Lo sé, lo sé.

—Lo que necesitamos es manchar a la Bestia, no a Peter.

—Matar es más definitivo.

—Matar crea mártires, leyendas, víctimas. Al final acabas con un santo Tomás Becket. Con peregrinos a Canterbury.

—Entonces ¿cuál es tu plan mejor?

—Conseguiremos que la Bestia intente matarnos a nosotros.

Theresa lo miró, aturdida.

—No dejaremos que tenga éxito —dijo John Paul.

—Y yo que pensaba que Peter era al que le gustaba caminar por la cuerda floja. Santo cielo, Johnny P., acabas de explicarme de dónde viene su locura. ¿Cómo demonios puedes conseguir que alguien intente matarte de una forma tan pública que se descubra... y al mismo tiempo estar tan absolutamente seguro de que fracase?

—No le dejaremos disparar la bala —dijo John Paul, un poco impaciente—. Lo único que haremos será recopilar pruebas de que está preparando el atentado. Peter no tendrá más remedio que enviarlo lejos... y entonces nos aseguraremos de que la gente sepa por qué. Puede que yo moleste un poco a la gente, pero tú les caes bien. No les gustará la Bestia después de saber que ha intentado hacerle daño a su «Dóce Theresa».

—Pero tú no le gustas a nadie —dijo Theresa—. ¿Y si va a por ti primero?

—Ya se verá.

—¿Y cómo sabremos qué está planeando él?

—Porque he puesto programas de lectura de teclado en todos los ordenadores del sistema y todo el software para analizar sus acciones y estar informado de todo lo que hace. No hay manera de que pueda crear un plan sin enviar un e-mail a alguien sobre ello.

—Puedo pensar centenares de formas, una de las cuales es... que lo hace sin decírselo a nadie.

—Tendrá que mirar entonces nuestros horarios, ¿no? O algo. Algo que levantará sospechas. Algo que yo pueda mostrarle a Peter y obligarle a deshacerse del muchacho.

—Así que la forma de abatir a la Bestia es pintar grandes blancos en nuestras frentes —dijo Theresa.

—¿No es un plan maravilloso? —dijo John Paul, riéndose ante el absurdo de todo aquello—. Pero no se me ocurre nada mejor. Y no es tan malo como el tuyo. ¿De verdad crees que podrías matar a alguien?

—La madre oso protege a los oseznos —dijo Theresa.

—¿Estás conmigo? ¿Me prometes que no le echarás un laxante letal en la sopa?

—Veré cuál es tu plan, cuando hayas elaborado algo que parezca que pueda tener éxito.

—Expulsaremos a la Bestia de aquí —dijo John Paul—. De un modo u otro.

Ése fue el plan... aunque John Paul sabía que no era un plan en absoluto, porque Theresa no había llegado a prometerle que renunciaría a su empeño de convertirse en asesina a hurtadillas.

El problema era que cuando accedía a los programas que monitorizaban el uso que Aquiles hacía del ordenador, el informe decía: «No se ha usado el ordenador».

Eso era absurdo. John Paul sabía que el muchacho había utilizado el ordenador porque él mismo había recibido unos cuantos mensajes: solicitudes inocentes, pero llevaban en la pantalla el nombre que Peter le había dado a la Bestia. Pero no podía hablar con nadie para que le ayudara a descubrir por qué sus programas espía no estaban captando las conexiones de Aquiles y leyendo sus teclados. La voz se correría, y entonces John Paul no parecería una víctima tan inocente cuando el plan de Aquiles (fuera cual fuese) saliera a la luz. Ni siquiera cuando vio a Aquiles con sus propios ojos, conectándose y tecleando un mensaje, el informe de esa noche (que afirmaba que el monitor de teclado estaba funcionando en todas las máquinas) mostró actividad alguna por parte de Aquiles.

John Paul pensó en esto durante largo rato, tratando de imaginar cómo había esquivado Aquiles su software sin conectarse al menos una vez.

Hasta que por fin se le ocurrió hacerle a su software una pregunta distinta.

«Dame la lista de todas las conexiones desde ese ordenador de hoy», tecleó.

Tras unos instantes, llegó el informe: «Ninguna conexión». Ninguna conexión en ninguno de los ordenadores cercanos. Ninguna conexión en ninguno de los ordenadores lejanos. Ninguna conexión, aparentemente, en todo el sistema informático de la Hegemonía.

Y como la gente se conectaba constantemente, incluyendo el propio John Paul, este resultado era imposible.

Encontró a Peter reunido con Ferreira, el experto en ordenadores brasileño que estaba a cargo de la seguridad del sistema.

—Lamento interrumpir —dijo—, pero me alegro de encontraros a los dos juntos.

Peter se irritó, pero respondió con bastante amabilidad.

—Adelante.

John Paul trató de pensar en una explicación benigna a su intento de montar una operación espía en la red informática de la Hegemonía, pero no pudo. Así que dijo la verdad, que estaba intentando espiar a Aquiles... pero no dijo nada de lo que pretendía hacer con la información.

Para cuando terminó, Peter y Ferreira se estaban riendo. Amarga e irónicamente, pero riéndose.

—¿Dónde está la gracia?

—Padre —dijo Peter—, ¿no se te ha ocurrido pensar que nosotros teníamos software en el sistema haciendo exactamente el mismo trabajo?

—¿Qué software ha utilizado usted? —preguntó Ferreira.

John Paul se lo dijo y Ferreira suspiró.

—Normalmente mi software lo habría detectado y borrado —dijo—. Pero su padre tiene acceso muy privilegiado a la red. Tan privilegiado que mi programa espía tuvo que dejarlo pasar.

—¿Pero no se lo dijo su software al menos? —preguntó Peter, molesto.

—El suyo implica interrupciones, el mío es nativo del sistema operativo —dijo Ferreira—. Cuando su programa espía pasa la barrera inicial y reside en el sistema, no hay nada de que informar. Ambos programas hacen el mismo trabajo, pero en momentos distintos del ciclo de la máquina. Leen la presión de las teclas y pasan la información al sistema operativo, que a su vez la pasa al programa. También la pasan a su propio archivo de teclado. Pero ambos teclados despejan la zona para que el teclado no sea leído dos veces. Peter y John Paul hicieron el mismo gesto, llevándose las manos a la frente y cubriéndose los ojos. Comprendieron de inmediato) por supuesto.

Los golpes de teclado eran detectados y procesados por el programa espía de Ferreira y por el de John Paul... pero nunca por ambos. Así que ambos archivos no mostrarían más que letras al azar ninguna de las cuales implicaría nada significativo. Ninguno parecería una conexión, aunque hubiera conexiones en todo el sistema todo el tiempo.

—¿Podemos combinar los archivos? —preguntó John Paul—. Tenemos todos los golpes de teclado, después de todo.

—También tenemos el alfabeto —dijo Ferreira—, y si encontramos el orden adecuado, esas letras indicarán todo lo que se ha escrito.

—No es tan malo entonces —dijo Peter—. Las letras están en orden. No debería ser tan difícil unir las de un modo que tenga sentido.

—Pero tendríamos que unir las todas para encontrar las conexiones de Aquiles.

—Escribe un programa —dijo Peter—. Un programa que encuentre todo lo que

podiera ser una conexión suya, y luego podrás trabajar en el material que siga inmediatamente esas posibilidades.

—Que escriba un programa —murmuró Ferreira.

—O lo haré yo —dijo Peter—. No tengo nada más que hacer.

Ese sarcasmo no hace que la gente te ame, Peter, dijo John Paul en silencio.

Una vez más, no hubo ninguna posibilidad, siendo como eran los padres de Peter, de que el sarcasmo no acudiera rápidamente a sus labios.

—Lo resolveré —dijo Ferreira.

—Lo siento —dijo John Paul.

Ferreira tan sólo suspiró.

—¿No se le pasó por la cabeza que hubiéramos colocado ya un software para hacer el mismo trabajo?

—¿Se refiere a un programa espía que me informara regularmente a mí de lo que estaba escribiendo Aquiles? —preguntó John Paul. Oops. Peter no es el único sarcástico. Pero claro, yo no estoy intentando unir al mundo.

—No hay ningún motivo para que lo sepas —dijo Peter. Hora de morder la bala.

—Creo que Aquiles planea matar a tu madre.

—Papá —dijo Peter, impaciente—. Ni siquiera la conoce.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que no se haya enterado de que ella intentó entrar en su habitación?

—Pero... ¿matarla? —preguntó Ferreira.

—Aquiles no hace las cosas a medias —dijo John Paul—. Y nadie es más leal a Peter que ella.

—¿Ni siquiera tú, papá? —preguntó Peter dulcemente.

—Ella no ve tus defectos. Sus instintos maternos la ciegan.

—Pero tú no tienes ese *handicap*.

—Ni soy tu madre.

—Mi programa espía lo habría captado de todas formas —dijo Ferreira—. Yo soy el único responsable. El sistema no tendría que haber tenido ese tipo de puerta trasera.

—Los sistemas siempre los tienen —dijo John Paul.

Después de que Ferreira se marchara, Peter dijo unas cuantas palabras en tono muy frío.

—Sé cómo mantener a mamá completamente a salvo. Llévatela de aquí. Id a un mundo colonial. Id a alguna parte y haced algo, pero dejad de intentar protegerme.

—¿Protegerte?

—¿Crees que soy tan estúpido que voy a creerme toda esa chorrada de que Aquiles quiere matar a mamá?

—Ah. Tú eres la única persona aquí que merece la pena matar.

—Soy la única persona cuya muerte apartaría un obstáculo importante en el camino de Aquiles.

John Paul tan sólo pudo menear la cabeza.

—¿Quién más, entonces? —exigió Peter.

—Nadie más, Peter —dijo John Paul—. Ni un alma. Todo el mundo está a salvo porque, después de todo, Aquiles ha demostrado que es un chico perfectamente racional que nunca, nunca mataría a nadie sin un propósito perfectamente racional a la vista.

—Bueno, sí, por supuesto, es un psicótico —dijo Peter—. No he dicho que no lo sea.

—Tantos psicóticos, tantos fármacos realmente efectivos —dijo John Paul mientras salía de la habitación.

Esa noche, cuando se lo contó a Theresa, ella gruñó.

—Así que está confiado.

—Sí. Lo resolveremos pronto —dijo John Paul.

—No, Johnny P. No estamos seguros de que vaya a ser pronto. Por lo que sabemos, ya es demasiado tarde.

Concepción

Para: Piedra%Fria@IComeAnon.com

De: Tercer%Grupo@OrienteMisterioso.org

Sobre: Decididamente no vichyssoise

No sé quién es usted, y no sé qué significa este mensaje. Él está en China. Fui de turismo allí, y paseaba por una acera pública. Me dio un papelito doblado y me pidió que enviara un mensaje a este sitio de reenvío, con el tema del encabezamiento. Es éste:

«Él cree que yo le dije dónde debería estar Calígula pero no lo hice».

Espero que eso signifique algo y que lo entienda, porque parecía muy serio al respecto. En cuanto a mí, usted no sabe quién soy, ni él tampoco, y así es como me gusta.

—No es la misma ciudad —dijo Bean.

—Bueno, por supuesto que no —respondió Petra—. Eres más alto.

Era la primera vez que Bean regresaba a Rotterdam desde que se marchó al espacio para aprender a ser soldado siendo un niño muy pequeño. En todos sus vagabundeos con sor Carlotta después de la guerra, ella nunca sugirió venir aquí, y a él tampoco se le ocurrió jamás.

Pero aquí era donde estaba Volescu: había tenido el valor de volver a establecerse en la ciudad donde lo habían detenido. Ahora, naturalmente, no llamaba investigación a su trabajo: aunque había sido ilegal durante muchos años, otros científicos lo habían continuado en secreto y cuando, después de la guerra, pudieron volver a publicar, dejaron todos los logros de Volescu a la altura del betún.

Por eso sus oficinas, en un edificio viejo pero encantador en el centro de la ciudad, tenían una modesta etiqueta, en común, que decía: «Servicios reproductores seguros».

—Seguridad —dijo Petra—. Extraña palabra, teniendo en cuenta a cuántos bebés mató.

—Bebés no —dijo Bean—. Los experimentos ilegales fueron eliminados, pero ningún bebé legal estuvo implicado.

—Eso te parte por la mitad, ¿eh?

—Ves demasiados vids. Estás empezando a hablar como en las películas norteamericanas.

—¿Qué más puedo hacer, si tú te pasas todo el tiempo conectado, salvando el mundo?

—Estoy a punto de conocer a mi hacedor —dijo Bean—. Y tú te quejas de que paso mucho tiempo dedicado al más puro altruismo.

—No es tu hacedor.

—¿Quién lo es, entonces? ¿Mis padres biológicos? Ellos engendraron a Nikolai. Yo fui las sobras del frigorífico.

—Me estaba refiriendo a Dios.

—Ya lo sé —dijo Bean, sonriendo—. Pero no puedo dejar de pensar que existo porque Dios parpadeó. Si hubiera estado prestando atención, yo podría no haber sucedido nunca.

—No me piques con la religión —dijo Petra—. No jugaré.

—Tú empezaste.

—No soy sor Carlotta.

—No podría haberme casado contigo si lo fueras. ¿Ésa fue tu elección? ¿Yo o meterte a monja?

Petra se echó a reír y le dio un empujoncito. Pero no fue gran cosa. Principalmente fue una excusa para tocarlo. Para demostrarse que él era suyo, que podía tocarlo cuando quisiera, y era verdad.

Incluso ante Dios, pues ahora estaban legalmente casados. Una necesidad antes de la fertilización in vitro, para que no hubiera ninguna cuestión sobre la paternidad o la propiedad conjunta de los embriones.

Una necesidad, pero también lo que ella quería.

¿Cuándo había empezado ella a querer esto? En la Escuela de Batalla, si alguien le hubiera preguntado con quién acabaría casándose, habría dicho:

—Con un tonto, porque nadie más listo me querría.

Pero si la hubieran presionado, y si hubiera confiado en su interlocutor para no divagar, habría dicho que Dink Meeker. Era su amigo más íntimo en la Escuela de Batalla.

Dink incluso era holandés. Sin embargo, no estaba en Holanda hoy en día. Holanda no tenía ejército. Dink había sido cedido a Inglaterra, como si fuera un jugador de fútbol de élite, y estaba cooperando en una planificación conjunta anglo-americana, lo cual era un desperdicio de su talento, ya que en ningún lado del Atlántico había el menor deseo de implicarse en los acontecimientos que estaban sacudiendo al resto del mundo.

Ella ni siquiera lamentó su ausencia. Todavía se preocupaba por él, tenía buenos recuerdos suyos, incluso, tal vez, lo apreciaba de una manera vagamente más que platónica. Pero después de la Escuela de Batalla, donde había sido un bravo rebelde enfrentado al sistema, negándose a dirigir una escuadra en la sala de batalla y uniéndose a ella para ayudar a Ender en su pugna contra los profesores... después de la Escuela de Batalla habían trabajado juntos casi de manera continuada, y quizás

habían llegado a conocerse mutuamente demasiado bien. La pose rebelde había desaparecido, y él se reveló como un comandante brillante pero fanfarrón. Y cuando Petra quedó en evidencia delante de Dink, cuando la fatiga la superó durante un juego que resultó ser real, una barrera se alzó entre ella y los demás, pero entre ella y Dink fue un muro infranqueable. Cuando el grupo de Ender fue secuestrado y confinado en Rusia, Dink y ella se comportaron como en los viejos tiempos, pero ella no sintió ninguna chispa.

Durante todo ese tiempo, se habría echado a reír si alguien le hubiera insinuado que se enamoraría de Bean, y que apenas tres años más tarde se casaría con él. Porque si Dink fue el candidato más probable para su corazón en la Escuela de Batalla, Bean tuvo que ser el menos probable. Ella lo había ayudado un poco, sí, como había ayudado a Ender cuando empezó, pero era un tipo de ayuda condescendiente, echarle una mano a un novato.

En la Escuela de Mando, había aprendido a respetar a Bean ver parte de su lucha, cómo nunca hacía nada para ganar la aprobación de los demás, sino que daba siempre lo que hacía falta para ayudar a sus amigos. Llegó a entenderlo como una de las personas más profundamente altruistas y leales que había conocido jamás: aunque él no veía en sí mismo ninguna de esas tendencias, siempre encontraba algún motivo por el que todo lo que hacía era enteramente para su propio beneficio.

Cuando Bean fue el único que no fue secuestrado, ella supo de inmediato que intentaría cualquier cosa para salvarlos. Los otros hablaban de cómo intentar contactar con él en el exterior, pero renunciaron en cuanto se enteraron de que lo habían matado. Petra nunca renunció. Sabía que Aquiles no podría haberlo matado tan fácilmente. Sabía que él encontraría un modo de liberarla. Y lo hizo.

Ella no lo amaba porque la hubiera salvado. Lo amaba porque, durante todos sus meses en cautiverio, mientras tenía que soportar constantemente la presencia acechante de Aquiles con su amenaza de muerte entrelazada de lujuria hacia ella, Bean fue su sueño de libertad. Cuando se imaginaba la vida fuera del cautiverio, no dejaba de pensar en una vida con él. No como hombre y mujer, sino simplemente: «Cuando esté libre, encontraremos un modo de combatir a Aquiles». Nosotros. Y el «nosotros» siempre eran ella y Bean. Entonces descubrió su diferencia genética. La muerte que le esperaba cuando su crecimiento superara la habilidad de su cuerpo para nutrirse. Y supo de inmediato que quería engendrar a sus hijos. No porque quisiera tener hijos que sufrieran una extraña aflicción que los convirtiera en brillantes y efímeras mariposas que capturaran la luz del sol durante un solo día, sino porque no quería que la vida de Bean no dejara ningún hijo detrás. No podía soportar perderlo, y quería desesperadamente que algo de él se quedara con ella cuando Bean hubiera muerto.

Nunca podría explicárselo a él. Apenas podía explicárselo a sí misma.

Pero de algún modo las cosas habían salido mejor de lo que esperaba. Su maniobra para que él viera a Anton lo había convencido más rápidamente de lo que creía posible.

Eso la hizo creer que también él, sin darse cuenta, había llegado a amarla a cambio. Que igual que ella quería vivir con sus hijos, él quería que fuera la madre que los cuidara después de su muerte.

Si no era amor, valdría.

Se casaron en España, con Anton y su nueva esposa como testigos. Fue peligroso quedarse tanto como lo hicieron, aunque trataron de romper su pista marchándose frecuentemente con todas las maletas y luego regresando para quedarse en una ciudad distinta cada vez. Su ciudad favorita era Barcelona, que era una tierra de hadas de edificios que parecían haber sido diseñados todos por Gaudí o, tal vez, habían brotado de los sueños de Gaudí. Se casaron en la catedral de la Sagrada Familia. Era uno de los pocos auténticos edificios diseñados por Gaudí que todavía estaba en pie, y el nombre la convertía en un lugar perfecto para una boda, pues se refería oficialmente a la sagrada familia de Jesús. Pero eso no significaba que pudiera aplicarse a todas las familias. Además, ¿no iban a ser sus hijos inmaculadamente concebidos?

La luna de miel (una semana juntos, saltando de isla en isla por las Baleares, disfrutando del Mediterráneo y las brisas africanas) fue una semana más de lo que ella había esperado. Después de conocer el carácter de Bean como nadie mejor que ella podría hacerlo, Petra sintió timidez al conocer su cuerpo, y al dejar que él conociera el suyo. Pero aquí Darwin los ayudó, pues las pasiones que hacían que las especies sobrevivieran los ayudaron a perdonar la torpeza y la estupidez y la ignorancia y el ansia mutuas.

Ella estaba ya tomando píldoras para regular su ovulación y más píldoras para estimular tantos óvulos como fuera posible. No había ninguna posibilidad de que concibieran un hijo de manera natural antes de que comenzaran el proceso de fertilización in vitro. Pero ella lo deseaba igualmente, y dos veces soñó que un amable médico le decía: «Lo siento, no puedo implantar los embriones, porque ya estás embarazada».

Pero se negó a dejar que eso la preocupara. Tendría a su bebé pronto.

Ahora estaban aquí en Rotterdam, trabajando. Buscaban no al amable médico de su sueño, sino al asesino de masas que sólo por accidente causó la vida de Bean, para que les proporcionara un niño que no muriera como un gigante a los veinte años de edad.

—Si esperamos mucho —dijo Bean—, cerrarán la consulta.

—No —dijo Petra—. Volescu esperará toda la noche para verte. Eres el experimento suyo que tuvo éxito a pesar de su cobardía.

—Creí que el éxito era mío, no suyo.

Ella se apretujó contra su brazo.

—El éxito fue mío —dijo.

—¿Tuyo? ¿Cómo?

—Tiene que haberlo sido. Soy yo la que se quedó con todos los premios.

—Si hubieras dicho cosas como ésta en la Escuela de Batalla, habrías sido el hazmerrerir de las escuadras.

—Eso es porque las escuadras estaban todas compuestas por niños prepúberes. Los adultos no creen que esas cosas sean embarazosas.

—La verdad es que sí —dijo Bean—. Sólo hay un breve interludio en la adolescencia donde las observaciones románticas extravagantes son consideradas poesía.

—El poder de las hormonas es tan grande que comprendemos completamente las causas biológicas de nuestros sentimientos, pero seguimos sintiéndolos.

—No entremos —dijo Bean—. Volvamos al hotel y tengamos más sentimientos.

Ella lo besó.

—Entremos y engendremos a un bebé.

—Intentemos engendrar un bebé —corrigió Bean—. Porque no te dejaré tener uno donde la Clave de Anton esté operativa.

—Lo sé.

—Y tengo tu promesa de que los embriones con la Clave de Anton serán descartados.

—Por supuesto —dijo ella. Eso lo satisfizo, aunque ella estaba segura de que se daba cuenta de que nunca había llegado a decir esas palabras. Tal vez él lo hizo, inconscientemente, y por eso no dejaba de pedirlo.

Era hipócrita y falso por parte de ella, por supuesto, y casi se sentía mal en ocasiones, pero lo que sucediera después de la muerte de Bean no sería asunto suyo.

—Muy bien, pues —dijo él.

—Muy bien —respondió ella—. Es hora de conocer al asesino de niños, ¿no?

—Supongo que no deberíamos llamarlo así en su cara, ¿no es cierto?

—¿Desde cuándo eres tú el que se preocupa por los buenos modales?

Volescu era una comadreja, tal como Petra sabía. Era pura fachada, interpretando el papel de Míster Científico, pero Petra sabía bien lo que había tras la máscara.

Podía ver la forma en que no apartaba los ojos de Bean, las medidas mentales que estaba tomando. Quiso hacer alguna observación capciosa sobre cómo la prisión parecía haberle hecho bien, pues había ganado peso y tenía que rebajarlo... Pero estaban aquí para hacer que el hombre les procurara un bebé, y no serviría de nada irritarlo.

—No pude creer que iba a conocerte —dijo Volescu—. Supe por aquella monja

que me visitó una vez que estabas vivo, y me alegré. Ya estaba en la cárcel, aquello que había intentado impedir al destruir las pruebas. Así que no necesité destruirlas después de todo. Ojalá no lo hubiera hecho. Y entonces llega ella y me dice que el que se perdió vivía. Fue un rayito de esperanza en una larga noche de desesperación. Y aquí estás.

Una vez más miró a Bean de cabo a rabo.

—Sí —dijo Bean—, aquí estoy, y soy muy alto para mi edad, como parece intentar verificar.

—Lo siento —dijo Volescu—. Sé qué otro asunto te ha traído aquí. Un asunto muy importante.

—¿Está seguro de que su test para la Clave de Anton es absolutamente preciso y no destructivo?

—Tú existes, ¿no? Eres lo que eres, ¿no? No habríamos conservado ninguno donde el gen no hubiera prendido. Teníamos una prueba segura y digna de confianza.

—Se hizo nacer a todos los clones embrionados —dijo Bean—. ¿Funcionó en todos ellos?

—En esa época yo era un gran plantador de virus. Una habilidad que incluso ahora no es muy necesaria en los procedimientos con los humanos, ya que las alteraciones siguen siendo ilegales.

Se echó a reír, porque todo el mundo sabía que había un próspero negocio para crear a la carta bebés humanos en diversos lugares del mundo, y que la habilidad para alterar genes estaba en más alza que nunca. Ése era casi con toda seguridad el verdadero negocio de Volescu, y Holanda era uno de los lugares más seguros para practicarlo.

Pero a medida que Petra lo escuchaba, se iba sintiendo más y más inquieta. Volescu mentía en algo. El cambio en sus modales había sido leve, pero después de pasarse meses observando cada diminuto matiz en la conducta de Aquiles, simplemente como cuestión de supervivencia, ella se había convertido en una observadora muy precisa de los demás. Los signos del engaño estaban allí. Habla enérgica, rítmica, demasiado jovial. Ojos que esquivaban los de ellos. Manos que no dejaban de tocarse la chaqueta, el lápiz.

¿En qué estaba mintiendo?

Una vez que lo pensó, Petra vio que era obvio.

No había ninguna prueba. Cuando creó a Bean, Volescu simplemente introdujo el virus plantador que se suponía que alteraba las células de los embriones, y luego esperó a ver si algún embrión vivía, y cuáles de los supervivientes habían sido alterados con éxito. Dio la casualidad de que todos sobrevivieron. Pero no todos tenían necesariamente la Clave de Anton.

Tal vez por eso, de las casi dos docenas de bebés, sólo escapó Bean.

Tal vez Bean fue el único donde la alteración tuvo éxito. El único con la Clave de Anton. El único que era tan preternaturalmente inteligente que pudo, con un año de edad, advertir que corría peligro, escapar de su cuna, meterse dentro de una cisterna, y permanecer con vida hasta que pasó el peligro.

Ésa tenía que ser la mentira de Volescu. Tal vez había desarrollado una prueba desde entonces, pero era improbable. ¿Por qué imaginaría que iba a necesitarla? Pero había dicho que tenía la prueba para poder... ¿para poder hacer qué?

Empezar de nuevo su experimento. Coger sus embriones restantes, y en vez de destruir los que tenían la Clave de Anton, conservarlos y criarlos y educarlos. Esta vez no sería uno solo entre dos docenas quien tendría la inteligencia ampliada y el lapso de vida acertado. Esta vez, las probabilidades genéticas sugerían una distribución al cincuenta por ciento de la Clave de Anton entre los embriones.

Así que ahora Petra tenía que tomar una decisión. Si decía en alta aquello de lo que en su interior estaba tan segura, Bean probablemente se daría cuenta de que tenía razón y todo el trato desaparecería. Si Volescu no tenía la prueba, era seguro que no la tenía nadie. Bean se negaría a tener hijos.

Así que si ella quería tener al hijo de Bean, Volescu tenía que ser quien lo hiciera, no porque tuviera una prueba para la Clave de Anton, sino porque Bean creía que la tenía.

¿Pero qué pasaría con los otros embriones? Serían sus hijos también, y crecerían como esclavos, los sujetos experimentales de un hombre como éste, completamente sin moral.

—Naturalmente, sabe usted que no se encargará de la implantación efectiva —dijo Petra.

Como Bean nunca había oído este cambio en sus planes, sin duda se sorprendió. Pero, siendo Bean, no mostró nada, simplemente sonrió un poco como para demostrar que ella hablaba por los dos. Qué confianza. Petra ni siquiera se sintió culpable porque él confiara tanto en ella en el momento en que intentaba engañarlo con todas sus fuerzas. Tal vez no estuviera haciendo lo que él creía que quería, pero sabía que estaba haciendo lo que realmente deseaba, en lo más profundo de sus genes.

Volescu, sin embargo, mostró sorpresa.

—Pero... ¿qué quieres decir?

—Perdóneme —dijo Petra—, pero nos quedaremos con usted durante todo el proceso de fertilización, y vigilaremos que todo embrión fertilizado sea llevado al Hospital Femenino, donde quedaran bajo la seguridad del hospital hasta que la implantación tenga lugar.

El rostro de Volescu se puso rojo.

—¿De qué me acusas?

—De ser el hombre que ya ha demostrado ser.

—Hace muchos años, y pagué mi deuda.

Bean comprendió ahora... lo suficiente, al menos, para unirse a la conversación, con un tono de voz tan ligero y alegre como el de Petra.

—No tenemos ninguna duda de eso, pero naturalmente queremos asegurarnos de que ninguno de nuestros pequeños embriones con la Clave de Anton se despierte y se lleve una desagradable sorpresa en una habitación llena de niños, como yo hice una vez.

Volescu se puso en pie.

—La entrevista se ha acabado.

El corazón de Petra dio un vuelco. No tendría que haber dicho nada. Ahora no habría implantación y Bean descubriría...

—Entonces ¿procedemos a extraer los óvulos? —preguntó Bean—. El momento es adecuado, creo. Por eso pedimos la cita para este día.

Volescu lo miró bruscamente.

—¿Después de haberme insultado?

—Vamos, doctor. Usted le extrae los óvulos, y luego yo hago mi donación. Así es como lo hacen los salmones. Es bastante natural. Aunque me gustaría evitar lo de nadar corriente arriba, si es posible.

Volescu lo miró durante un largo instante, y luego sonrió, tenso.

—Mi pequeño medio-sobrino Julian tiene un curioso sentido del humor.

Petra esperó, casi sin atreverse a respirar, deseando no hablar, aunque un millar de palabras le corrían por la cabeza.

—Muy bien, sí, claro que podéis proteger los embriones fertilizados como queráis. Comprendo vuestra... falta de confianza. Aunque sé que es un error.

—Entonces mientras Petra y usted hacen lo que haya que hacer —dijo Bean—, yo llamaré a un par de mensajeros del centro de fertilidad del Hospital Femenino para que vengán y esperen los embriones y se los lleven a congelar.

—Pasarán unas cuantas horas antes de que llegemos a esa etapa —dijo Volescu.

—Podemos permitirnos pagarles el tiempo —respondió Petra—. Y no queremos que se produzcan errores ni retrasos.

—Tendré que tener acceso de nuevo a los embriones durante unas cuantas horas, por supuesto —dijo Volescu—. Para separarlos y hacerles la prueba.

—En nuestra presencia —contestó Petra—. Y el especialista en fertilidad que vaya a implantar al primero.

—Por supuesto —dijo Volescu con una sonrisa tensa—. Los escogeré para vosotros y descartaré los...

—Nosotros descartaremos y destruiremos cualquiera que tenga la Clave de Anton —dijo Bean.

—Eso no hace falta decirlo —replicó Volescu, envarado.

Odia las reglas que le hemos impuesto, pensó Petra. Podía verlo en sus ojos, a pesar del aspecto tranquilo. Está furioso. Está incluso... cohibido, sí. Bueno, ya que esto es probablemente lo más cerca que estará jamás de sentir vergüenza, es bueno para él.

Mientras el personal médico que haría la implantación examinaba a Petra, Bean se encargó de contratar un servicio de seguridad. Un guardia estaría de servicio en la «guardería» de los embriones, como la llamaba afectuosamente el personal del hospital, todo el día, todos los días.

—Ya que eres la primera que empezó con la paranoia —le dijo Bean a Petra—, no tengo más remedio que ser más paranoico que tú.

En realidad, fue un alivio. Durante los días anteriores a que los embriones estuvieran preparados para ser implantados, mientras Volescu sin duda intentaba frenéticamente diseñar un procedimiento no destructivo que pudiera hacer pasar por un examen genético, Petra se alegró de no tener que quedarse personalmente en el hospital vigilando a los embriones todo el tiempo.

Eso le dio una oportunidad para explorar la ciudad de la infancia de Bean. Él, sin embargo, parecía decidido a visitar sólo los lugares turísticos y volver luego a su ordenador. Petra sabía que permanecer demasiado tiempo en una ciudad lo ponía nervioso, sobre todo porque por primera vez su paradero era conocido por otra persona en quien no confiaban. Era dudoso que Volescu conociera a alguno de sus enemigos. Pero Bean insistía en cambiar de hotel cada día, y se apartaba varias manzanas del hotel de turno para llamar a un taxi, para que ningún enemigo pudiera ponerles una trampa fácilmente.

Sin embargo, estaba evadiendo a algo más que a sus enemigos. Estaba evadiendo su pasado en esta ciudad. Ella estudió un plano de la ciudad y encontró la zona que Bean evitaba claramente. Y a la mañana siguiente, después de que Bean hubiera elegido el primer taxi del día, se inclinó hacia delante y le dio la dirección al conductor.

Bean tardó sólo unos segundos en advertir adonde iba el taxi. Ella lo vio tensarse. Pero no se negó a ir ni se quejó de que ella lo hubiera obligado. ¿Cómo podía hacerlo? Sería admitir que evitaba los lugares que había conocido de niño. Una confesión de dolor y miedo.

No obstante, ella no iba a dejarle pasar el día en silencio.

—Recuerdo las historias que me contaste —le dijo, amablemente—. No hay muchas, pero quería verlo con mis propios ojos. Espero que no sea demasiado doloroso para ti. Pero aunque lo sea espero que lo soportes. Porque algún día querré hablarle a nuestros hijos de su padre. ¿Y cómo puedo contarle las historias si no sé dónde tuvieron lugar?

Después de una brevísima pausa, Bean asintió.

Dejaron el taxi y él la llevó a través de las calles de su infancia, que ya entonces eran viejas y desastradas.

—Ha cambiado muy poco —dijo Bean—. En realidad sólo hay una diferencia. No hay miles de niños abandonados por todas partes. Al parecer, alguien encontró el presupuesto necesario para tratar con los huérfanos.

Ella siguió haciendo preguntas, prestando mucha atención a las respuestas, y finalmente él comprendió lo serias que eran sus intenciones, cuánto significaban para ella. Bean empezó a desviarla de las calles principales.

—Yo vivía en los callejones —explicó—. En las sombras. Como un buitre, esperando a que las cosas murieran. Tenía que buscar los restos que otros niños no veían. Cosas eliminadas de noche. Restos de basura. Cualquier cosa que pudiera tener unas cuantas calorías. Se acercó a un contenedor y apoyó la mano en él.

—Éste. Éste me salvó la vida. Había un restaurante entonces, donde ahora está la tienda de música. Creo que el empleado que sacaba la basura sabía que yo estaba acechando. Siempre sacaba la mayoría de la basura de la cocina a últimas horas de la tarde, a plena luz. Los niños mayores se lo llevaban todo. Y los restos de las cenas los tiraban por la mañana, otra vez a plena luz, y los otros niños se las llevaban también. Pero él normalmente salía una vez en la oscuridad. Para fumar aquí, junto al contenedor. Y después de su cigarrito, en la oscuridad, había un resto de algo, aquí mismo.

Bean colocó la mano sobre un estrecho saliente formado por el armazón que permitía que el camión de la basura levantara el contenedor.

—Una mesa muy pequeñita —dijo Petra.

—Creo que debía de ser un superviviente de las calles él mismo —dijo Bean—, porque nunca era algo demasiado grande para llamar la atención. Siempre era algo que me podía meter en la boca de una vez, para que nadie me viera con comida en la mano. Me habría muerto sin él. Sólo fueron un par de meses y entonces se acabó... probablemente perdió el empleo o se mudó o algo más, y no tengo ni idea de quién era. Pero me mantuvo con vida.

—Qué cosa tan hermosa, pensar que una persona pudo haber salido de las calles —dijo Petra.

—Bueno, sí, ahora lo comprendo. Pero en esa época no pensaba esas cosas. Estaba... concentrado. Sabía que él lo hacía deliberadamente, pero no me molesté en preguntarme por qué, excepto para eliminar la posibilidad de que fuera una trampa, o de que la hubiera drogado o envenenado de algún modo.

—¿Cómo eliminaste esa posibilidad?

—Comí lo primero que puso aquí y no me morí, ni me desmayé ni me desperté en una casa de prostitución infantil ni nada de eso.

—¿Había sitios así?

—Había rumores de que eso era lo que les ocurría a los niños que desaparecían de la calle. Junto con los rumores de que los cocinaban en los guisos picantes en los barrios de emigrantes de la ciudad. Esas historias no me las creía.

Ella se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Oh, Bean, qué lugar tan infernal.

—Aquiles también surgió de aquí.

—Nunca fue tan pequeño como tú.

—Pero estaba lisiado. Esa pierna mala. Tuvo que ser listo para permanecer vivo. Tenía que impedir que los demás lo aplastaran por ningún otro motivo mejor que el hecho de que podían hacerlo. Tal vez esa tendencia a tener que eliminar a todo aquel que lo ve indefenso... tal vez sea un mecanismo de supervivencia para él, dadas las circunstancias.

—Eres todo un cristiano —dijo Petra—. Tan lleno de caridad.

—Hablando de lo cual —repuso Bean—, supongo que educarás a nuestro hijo como católico armenio, ¿no?

—Eso haría feliz a sor Carlotta, ¿no crees?

—Ella estaba feliz hiciera lo que hiciese yo —dijo Bean—. Dios la hizo feliz. Es feliz ahora, si está en algún sitio. Era una persona feliz.

—Haces que parezca... no sé, mentalmente deficiente.

—Sí. Era incapaz de tener malicia. Un grave defecto.

—Me pregunto si hay una prueba genética para eso —dijo Petra. Entonces lo lamentó inmediatamente. Lo último que quería era que Bean pensara demasiado en las pruebas genéticas y se diera cuenta de lo que a ella le parecía tan obvio, que Volescu no tenía ninguna.

Visitaron muchos otros lugares, y más y más de ellos hicieron que él le contara pequeñas historias. Aquí es donde Poke solía esconder un poco de comida para recompensar a los chicos que lo hacían bien. Aquí es donde sor Carlotta se sentó por primera vez para enseñarnos a leer. Éste era el sitio donde dormíamos durante el invierno, hasta que los chicos mayores lo encontraron y nos echaron.

—Aquí es donde Poke se alzó contra Aquiles con un ladrillo en la mano —dijo Bean—, dispuesta a saltarle los sesos.

—Ojalá lo hubiera hecho.

—Era demasiado buena persona. No podía imaginar el mal que podía haber en él. Yo tampoco, hasta que lo vi aquí tendido, lo que había en sus ojos cuando miró aquel ladrillo. Nunca he visto tanto odio. Eso fue todo: ningún temor. Vi la muerte de Poke en sus ojos en ese momento. Le dije que tenía que hacerlo. Tenía que matarlo. Ella no pudo. Pero sucedió, aunque se lo advertí. Si lo dejas vivir, te matará, le dije, y él lo hizo.

—¿Dónde fue el lugar donde Aquiles la mató? —preguntó Petra—. ¿Puedes llevarme allí?

Él reflexionó unos instantes, y luego la llevó a los muelles. Encontraron un lugar despejado desde donde podían ver, entre botes y barcos y barcazas, cómo el gran Rin pasaba camino del Mar del Norte.

—Qué lugar tan poderoso —dijo Petra.

—¿Qué quieres decir?

—Es que... el río, es tan fuerte. Y sin embargo los seres humanos pudieron construir en sus riberas. Esta bahía. La naturaleza es fuerte, pero la mente humana es más fuerte.

—Excepto cuando no lo es.

—Él le entregó el cuerpo de ella al río, ¿verdad?

—La arrojó al agua, sí.

—Pero la manera en que Aquiles vio lo que hizo. La entregó al agua. Tal vez de manera romántica.

—La estranguló —dijo Bean—. No me importa lo que pensaba mientras lo hacía, o después. La besó y luego la estranguló.

—¡No verías el asesinato! —dijo Petra. Sería demasiado terrible que Bean hubiera llevado una imagen semejante en su mente durante todos estos años.

—Vi el beso —dijo Bean—. Fui demasiado egoísta y estúpido para comprender qué significaba.

Petra recordó el beso que le dio Aquiles, y se estremeció.

—Pensaste lo que cualquiera habría pensado. Pensaste que su beso significaba lo que significa el mío.

Y lo besó.

Él le devolvió el beso. Ansiosamente.

Pero cuando el beso terminó, su rostro volvió a entristecerse.

—Desharía todo, todo lo que he hecho con mi vida desde entonces, si pudiera volver atrás y deshacer ese momento.

—¿Crees que podrías haber luchado con él? ¿Has olvidado lo pequeño que eras entonces?

—Si hubiera estado aquí, él habría sabido que yo estaba vigilando, y no lo habría hecho. Aquiles nunca se arriesgaba a ser descubierto si podía evitarlo.

—O podría haberte matado a ti también.

—No podía matarnos a los dos a la vez. No con una pierna lisiada. Mientras atacaba a uno, el otro habría gritado en busca de ayuda.

—O le habría golpeado en la cabeza con un ladrillo.

—Sí, bueno, Poke podría haberlo hecho pero yo no lo podría haber levantado por encima de su cabeza. Y no creo que pegarle con un pedrusco en el pie hubiera servido

de mucho.

Permanecieron un ratito junto al muelle, y luego regresaron al hospital.

El guardia de seguridad estaba de servicio. Todo iba bien.

Todo. Bean había vuelto al lugar de su infancia y no había llorado mucho, no se había dado la vuelta, no había huido a algún otro lugar seguro.

O eso pensaba ella, hasta que dejaron el hospital, regresaron al hotel, y él se acostó en la cama, jadeando en busca de aire hasta que Petra se dio cuenta de que estaba sollozando. Grandes sollozos sin lágrimas que estremecían todo su cuerpo.

Se acostó junto a él y lo abrazó hasta que se quedó dormido.

La falsificación de Volescu fue tan buena que durante unos instantes Petra se preguntó si podría tener realmente la habilidad de poner a prueba los embriones. Pero no, era todo palabrería: simplemente era lo bastante listo, lo bastante científico, para encontrar una jerga convincente que pareciera lo bastante realista para engañar a profanos extremadamente inteligentes como ellos, e incluso al médico especializado en fertilización que llevaron consigo. Debió de hacer que se pareciera a las pruebas que esos médicos realizaban para determinar el sexo de un niño o cualquier defecto genético importante.

O tal vez el médico sabía perfectamente bien que era un timo, pero no dijo nada porque todos los arreglabebés jugaban al mismo juego, fingiendo comprobar defectos que no podían ser comprobados, sabiendo que, para cuando la falsificación fuera descubierta, los padres ya estarían cargando con el niño... y aunque no lo hicieran, ¿cómo podrían demandar a nadie por realizar un procedimiento ilegal como pretender agilidad atlética o un gran intelecto? Tal vez todas esas *boutiques* de bebés eran un fraude.

El único motivo por el que Petra no se dejó engañar es porque no observó el procedimiento, sino a Volescu, y al final supo que estaba demasiado relajado. Él sabía que nada de lo que estaba haciendo importaba en lo más mínimo. No había nada en juego. La prueba no significaba nada.

Había nueve embriones. Fingió identificar tres de ellos como portadores de la Clave de Anton. Intentó pasarle los contenedores a uno de sus ayudantes para que los eliminara, pero Bean insistió en que se los entregara a su médico para destruirlos.

—No quiero que ninguno de estos embriones se convierta accidentalmente en un bebé —dijo Bean con una sonrisa.

Pero para Petra ya eran bebés, y le dolió ver cómo Bean supervisaba que arrojaran los tres embriones por el fregadero y luego limpiaran los contenedores para asegurarse de que ningún embrión hubiera conseguido sobrevivir en alguna gotita restante.

Me estoy imaginando esto, pensó Petra. Por lo que sabía, los contenedores que él

había vaciado nunca habían contenido ningún embrión. ¿Por qué iba Volescu a sacrificar ninguno, cuando todo lo que tenía que hacer era mentir y decir simplemente que esos tres contenían embriones con la Clave de Anton?

Así, autoconvencida de que no se estaba haciendo ningún daño a un hijo suyo, le dio las gracias a Volescu por su ayuda y esperaron a que se marchara antes de hacer nada más.

Volescu salió de la habitación sin llevarse nada que no hubiera traído.

Entonces Bean y Petra vieron cómo los seis embriones restantes eran congelados, sus contenedores etiquetados, y todos quedaban asegurados contra cualquier manipulación.

La mañana de la implantación, los dos despertaron casi al alba, demasiado ansiosos, demasiado nerviosos para dormir. Ella se quedó leyendo en la cama, intentando tranquilizarse; él se sentó ante la mesa de la habitación del hotel, trabajando con los e-mails, escrutando las redes.

Pero su mente estaba centrada obviamente en el procedimiento de la mañana.

—Va a ser caro —dijo—. Guardar los que no implantemos.

Ella sabía adonde quería ir a parar.

—Sabes que tenemos que mantenerlos congelados hasta que sepamos si el primer implante funciona. No siempre agarran.

Bean asintió.

—Pero no soy idiota, lo sabes. Soy perfectamente consciente de que pretendes quedarte con todos los embriones e implantarlos uno a uno hasta que tengas el mayor número de hijos míos posible.

—Bueno, pues claro —dijo Petra—. ¿Y si nuestro primogénito es tan desagradable como Peter Wiggin?

—Imposible. ¿Cómo podría un hijo mío no tener la más dulce de las disposiciones?

—Impensable, lo sé —dijo Petra—. Y sin embargo he llegado pensarlos.

—Entonces la seguridad tiene que continuar durante años.

—¿Por qué? —dijo Petra—. Nadie quiere los bebés que sobran. Destruimos los que tenían la Clave de Anton.

—Eso lo sabemos nosotros. Pero siguen siendo los hijos de dos miembros del grupo de Ender. Incluso sin mi maldición particular merecerá la pena robarlos.

—Pero no serán lo bastante mayores para servir de nada, durante años y años —dijo Petra.

—No tantos años. ¿Qué edad teníamos nosotros? ¿Qué edad tenemos ahora? Hay gente de sobra dispuesta a apoderarse de los niños e invertir no muchos años en entrenarlos y luego ponerlos a trabajar. Jugando juegos y ganando guerras.

—Nunca dejaré que ninguno de ellos reciba entrenamiento militar —dijo Petra.

—No podrás detenerlos.

—Tenemos dinero de sobra, gracias a las pensiones que nos consiguió Graff —dijo Petra—. Me aseguraré de que los vigilen intensamente.

—No, me refiero a que nunca podrás detener a los niños de que quieran recibir formación militar.

Tenía razón, desde luego. Las pruebas para la Escuela de Batalla incluían la predilección del niño por el mando militar, por la competición de la batalla. Por la guerra. Bean y Petra habían demostrado lo fuerte que era esa pasión en ellos. Sería improbable que un hijo suyo fuera feliz sin probar la vida militar.

—Al menos no tendrán que destruir a un invasor alienígena antes de cumplir los quince años —dijo Petra.

Pero Bean no la estaba escuchando. Su cuerpo se había puesto alerta al comprobar el mensaje de su mesa.

—¿Qué pasa?

—Creo que es de Hot Soup —dijo Bean.

Ella se levantó y se acercó a mirar.

Era un e-mail enviado a través de uno de los servicios anónimos, en este caso una compañía con base asiática llamada Oriente Misterioso. El encabezado del mensaje era «decididamente no *vichyssoise*». No era sopa fría, entonces. El mote en la Escuela de Batalla de Han Tzu, que había estado en el grupo de Ender y ahora, según veían, estaba profundamente implicado en los estamentos más altos de la estrategia en China.

Un mensaje suyo para Bean, hasta hacía poco el comandante militar de las fuerzas del Hegemón, sería alta traición. Este mensaje había sido entregado a un desconocido en una calle de China. Probablemente a un turista de aspecto europeo o africano. Y el mensaje no era difícil de comprender:

Él cree que yo le dije dónde debería estar Calígula pero no lo hice.

«Calígula» sólo podía referirse a Aquiles. «Él» tenía que referirse a Peter.

Han Tzu estaba diciendo que Peter pensaba que él era la fuente de la información sobre el paradero del convoy militar el día en que Suriyawong liberó a Aquiles.

No era extraño que Peter considerara que su fuente era digna de crédito: ¡el propio Han Tzu! Como Han Tzu había sido uno de los niños secuestrados por Aquiles, tendría motivos más que sobrados para odiarlo. Motivos suficientes para que Peter creyera que Han Tzu le diría dónde iba a estar Aquiles.

Pero no fue Han Tzu.

Y si no fue Han Tzu, ¿entonces quién más pudo enviar un mensaje semejante,

fingiendo que venía de él? ¿Un mensaje que resultó ser correcto?

—Tendríamos que haber sabido que no era de Han Tzu todo el tiempo —dijo Bean.

—No sabíamos que se suponía que la fuente era él —dijo Petra razonablemente.

—Han Tzu nunca daría información que provocara la muerte de soldados chinos inocentes. Peter tendría que haberlo sabido.

—Nosotros lo habríamos sabido —dijo Petra—, pero Peter no conoce a Hot Soup. Y no nos dijo que Hot Soup era la fuente.

—Así que por supuesto sabemos quién fue esa fuente —dijo Bean.

—Tenemos que comunicárselo de inmediato.

Bean estaba ya tecleando.

—Esto quiere decir que Aquiles fue allí completamente preparado —dijo Petra—. Me sorprendería que no haya encontrado ya un medio de leer el correo de Peter.

—No le estoy escribiendo a Peter —dijo Bean.

—¿A quién, entonces?

—A sus padres. Dos mensajes separados. Piezas de un puzzle. Es posible que Aquiles no esté vigilando su correo, o al menos no con la suficiente atención como para darse cuenta de que hay que unirlos.

—No —dijo Petra—. Nada de puzzles. Esté vigilando o no, no hay tiempo que perder. Ya lleva allí meses.

—Si ve un mensaje abierto podría precipitar su acción. Puede convertirse en la sentencia de muerte de Peter.

—Entonces notifícaselo a Graff, envíalo para allí.

—Aquiles sin duda sabe que Graff ya fue una vez a rescatar a nuestros padres —dijo Bean—. Y su llegada podría una vez más disparar los acontecimientos.

—Vale —dijo Petra, pensando—. Vale. Ya está. Suriyawong.

—No.

—Entenderá un mensaje codificado instantáneamente. Piensa así.

—Pero no sé si es de fiar —dijo Bean.

—Claro que sí —dijo Petra—. Tan sólo está fingiendo ser amigo de Aquiles.

—Ya. ¿Y si no está fingiendo?

—¡Pero es Suriyawong!

—Lo sé. Pero no puedo estar seguro.

—Muy bien —dijo Petra—. A los padres de Peter, entonces. Pero no seas demasiado sutil.

—No son estúpidos. No conozco demasiado bien al señor Wiggin, pero su esposa es... bueno, es muy sutil. Sabe más de lo que deja entrever.

—Eso no significa que esté alerta. Eso no significa que entienda el código o que hable con su marido inmediatamente para que puedan unir los mensajes.

—Confía en mí.

—No, lo comprobaré antes de que lo envíes —dijo Petra—. Primera regla de la supervivencia, ¿recuerdas? El hecho de que confíes en los motivos de alguien no significa que no puedas fiarte de que vayan a hacerlo bien.

—Eres una mujer muy fría.

—Es uno de mis mejores atributos.

Media hora más tarde, los dos acordaron que los mensajes deberían funcionar. Bean los envió. Era unas pocas horas más temprano Ribeirao Preto. No sucedería nada hasta que los Wiggin despertaran.

—Tendremos que estar preparados para marcharnos inmediatamente después de la implantación —dijo Petra. Si Aquiles estaba controlando las cosas desde el principio, era muy posible que toda su red estuviera ya colocada y supiera exactamente dónde se hallaban y qué estaban haciendo ellos.

—No iré contigo —dijo Bean—. Iré a sacar los billetes. Que los guardias entren en la habitación contigo.

—No —dijo Petra—. Pero esperarán fuera.

Petra se duchó primero, y había terminado de hacer las maletas cuando Bean salió del cuarto de baño.

—Una cosa —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó Bean, mientras metía sus pocas pertenencias en la única bolsa que llevaba.

—Nuestros billetes... deberían ser a destinos separados.

Él dejó de hacer la maleta y la miró.

—Comprendo. Obtienes lo que quieres de mí, y luego te marchas.

Ella se rió, nerviosa.

—Bueno, sí —dijo—. Llevas desde el principio diciendo que es más peligroso que viajemos juntos.

—Y ahora que tendrás a mi bebé dentro de ti, ya no me necesitas a tu lado —dijo Bean. Todavía estaba sonriendo, pero ella sabía que por debajo de todo aquello había auténtico recelo.

—Hagan lo que hagan los Wiggin, va a desencadenarse el infierno —dijo Petra—. He memorizado todos tus puntos de contacto y tú has memorizado todos los míos.

—Yo te di los tuyos.

—Reunámonos dentro de una semana o así. Si soy como mi madre, para entonces estaré vomitando a todas horas.

—Si la implantación tiene éxito.

—Te echaré de menos a cada instante.

—Que Dios me ayude, yo te echaré de menos a ti también.

Ella sabía lo doloroso y aterrador que era aquello para Bean. Permitirse estar tan

enamorado de alguien como para echarla de menos no era poca cosa para él. Las otras dos mujeres a las que se había permitido amar con todo su corazón habían sido asesinadas.

—No dejaré que nadie haga daño a nuestro bebé —dijo ella.

Él pensó un instante, y entonces su rostro se suavizó.

—Ese bebé es probablemente la mejor protección que podrías tener.

Ella comprendió y sonrió.

—No, no me matarán hasta ver cómo resulta nuestro bebé. Pero eso no impide que me secuestren y me tengan prisionera hasta que nazca el niño.

—Mientras el niño y tú estéis vivos, iré a rescataros.

—Eso es lo que me da miedo —dijo Petra—. Que podamos ser el cebo que usen para tenderte una trampa.

—Estamos mirando con demasiada antelación. No van a capturarnos. Ni a ti ni a mí. Y si lo hacen, ya trataremos con eso.

Terminaron de hacer las maletas. Los dos repasaron la habitación una vez más para asegurarse de que no dejaban nada detrás, ningún rastro de que hubieran estado aquí. Luego se dirigieron al Hospital Femenino y el niño que los esperaba allí, un puñado de genes envuelto en unas pocas células no diferenciadas, ansiosos por ser implantados en un vientre, por empezar a atraer nutrientes del vientre de una madre, por empezar a dividirse y distinguirse en corazón y entrañas, manos y pies, ojos y oídos, boca y cerebro.

Izquierda y derecha

De: PW

Para: TW, JPW

Sobre: Reconciliación de archivos de teclado

Os alegrará saber que pudimos combinar los archivos. Hemos rastreado todas las entradas informáticas de la persona en cuestión. Todas tratan de asuntos oficiales y encargos encomendados por mí. No se hizo nada que fuera impropio.

Personalmente, me parece preocupante. O bien ha encontrado un modo de engañar a nuestros dos programas (no muy probable), o no está haciendo más que lo que debería hacer (aún menos probable), o está jugando un juego muy profundo del que no tenemos ni idea (extremadamente probable).

Hablaremos mañana.

Theresa despertó cuando John Paul se levantó de la cama para orinar a las cuatro de la madrugada. Le preocupaba que no pudiera aguantar toda la noche. Todavía era joven para tener problemas de próstata.

Pero no era la capacidad de la vejiga de su marido lo que la mantenía despierta. Era el mensaje de Peter informándoles que Aquiles no había hecho absolutamente nada de lo que se suponía que estaba haciendo.

Eso era imposible. Nadie hace exactamente lo que se supone que tiene que hacer y nada más. Aquiles debería de tener algún amigo, algún aliado, algún contacto a quien necesitara notificar que había escapado de China y estaba a salvo. Tenía una red de informadores y agentes, y como demostró cuando saltó de Rusia a la India y China, siempre iba un paso por delante de todo el mundo. Los chinos captaron finalmente su pauta y la cortocircuitaron, pero eso no significaba que Aquiles no tuviera planeado su próximo movimiento. Pero entonces ¿por qué no había hecho nada para ponerlo en marcha?

Había más posibilidades que las imaginadas por Peter, por supuesto. Tal vez Aquiles tenía un medio para evitar el escudo electromagnético que rodeaba el complejo de Ribeirao Preto. Naturalmente, no podía haber traído consigo ese aparato cuando lo rescataron, o habría aparecido en el registro que llevaron a cabo durante su primer baño en Ribeirao. Así que alguien tenía que habérselo traído. Y Peter estaba convencido de que no podía existir un aparato semejante. Tal vez tuviera razón.

Tal vez el siguiente movimiento de Aquiles era algo que planeaba hacer completamente solo.

Tal vez era algo que había podido introducir subrepticamente en Brasil dentro de

su cuerpo. ¿Lo mostraron quizá las cámaras de vigilancia, tal vez hurgando entre sus excrementos? Sin duda que Peter habría comprobado eso.

Mientras ella seguía pensando, John Paul volvió del cuarto de baño. Pero ahora ella advirtió que no continuaba roncando.

—¿Estás despierto?

—Siento haberte despertado.

—No puedo dormir de todas formas —dijo ella.

—¿La Bestia?

—Hemos pasado algo por alto —dijo Theresa—. No se puede haber convertido de repente en un leal servidor de la Hegemonía.

—No voy a conseguir dormir de nuevo —dijo John Paul. Se levantó y caminó descalzo hasta el ordenador. Ella lo oyó teclear y supo que estaba comprobando su correo.

Era un trabajo pesado, pero resultaba mejor que quedarse aquí tumbada mirando el techo oscuro. Ella se levantó también, cogió el portátil y se lo llevó a la cama, donde empezó a comprobar su propio correo electrónico.

Uno de los beneficios de ser la madre del Hegemón era que no tenía que responder al tedioso correo: podía enviárselo a uno de los secretarios de Peter para que se encargara, ya que casi todo eran tediosos intentos de gente que intentaba utilizar su supuesta influencia sobre Peter para que les hiciera conseguir algo que no estaba a su alcance, era ilegal aunque pudiera hacerlo y, de todas maneras, él no lo habría hecho aunque fuese legal.

Eso la dejaba con sólo unas pocas notas de correo que tratar personalmente.

Podía responder a la mayoría con unas pocas frases y lo hizo rápidamente, aunque un poco adormilada.

Estaba a punto de desconectar el portátil para intentar conciliar de nuevo el sueño cuando llegó un nuevo correo.

Para: T%Hegmon@Hegemonia.gov

De: Rock%HardPlace@IComeAnon.com

Sobre: Y cuando hagas algo, no dejes que tu mano izquierda sepa qué hace tu mano derecha.

¿Qué era esto? ¿Algún fanático religioso? Pero su dirección era la más privada que tenía, y la utilizaban sólo John Paul, Peter, y un puñado de personas que apreciaba y conocía bien.

¿Quién lo enviaba entonces?

Pasó al final del mensaje. No había firma. El mensaje era breve.

No te lo vas a creer. Allí estaba yo en una fiesta, aburrida pero peligrosa, con fina porcelana china que sabes que vas a romper, y un mantel en el que sabes que vas a derramar tinta india, ¿y sabes qué pasa? Llega el mismo tipo con el que yo quería atar el lazo. ¡Cree que me está rescatando de la fiesta! Pero de hecho, era el motivo por el que vine a la fiesta en primer lugar. ¡Y no es que se lo dijera! ESTALLARÍA si lo supiera. Y entonces, por supuesto, me puse tan nerviosa que choqué con el servicio y derramé sopa caliente por todos lados. Pero... ya me conoces. Soy grande y tontorróna.

Ése era el texto completo del mensaje. Era realmente molesto, porque no parecía de nadie que conociera. Ella no tenía ninguna amiga que enviara cartas tan vacías y carentes de sentido como ésta. Chismes sobre una fiesta. Alguien que esperaba casarse.

Pero antes de que pudiera pensar nada más al respecto, llegó otro mensaje.

Para: *T%Hegmon@Hegemonia.gov*

De: *Cordero&NoCabras@IComeAnon.com*

Re: *Lo que hagáis al menor de éstos...*

Otra cita bíblica. ¿La misma persona? Tenía que serlo.

Pero el mensaje no era una cháchara casual. De hecho, continuaba el motivo religioso de la línea que indicaba el tema. No tenía nada que ver con el mensaje anterior.

Me acogisteis, pero no estaba desnudo. Os acogí, porque fuisteis tontos. Nunca me conocisteis, pero yo os conocía.

¿Cuándo será el día del juicio? Como un ladrón en la noche. A una hora en que no estéis mirando. El loco dice: No va a venir. Comamos y alegrémonos porque no va a venir. Ved cómo llego a la puerta y llamo.

Parirás a tus hijos con dolor. Yo tendré el poder para aplastarte la cabeza, pero tú tendrás el poder para morderme el talón.

Un tiempo para sembrar, y un tiempo para recoger lo sembrado. Un tiempo para recoger piedras, un tiempo para salir corriendo.

Aquella que tenga oídos que oiga. Qué hermosos sobre la montaña son los pies.

No he venido a traeros la paz, sino la espada.

Theresa se levantó de la cama. John Paul tenía que ver estas cartas. Significaban algo, lo sabía, sobre todo porque habían llegado.

El número de personas que conocían esta dirección era muy, muy pequeño. Y ninguna de ellas escribiría este tipo de cartas.

Por tanto o bien esta dirección había quedado comprometida ¿pero quién se molestaría? Ella no era más que la madre del Hegemón), o estas cartas pretendían ocultar un mensaje. Y eran de alguien que pensaba que incluso en esta dirección su correo podía ser interceptado por otra persona.

¿Quién era tan paranoico, sino Bean?

Grande y tontorrón, eso era lo que él había dicho que era. Bean decididamente.

—John Paul —dijo mientras se acercaba a él.

—Esto es tan extraño —dijo él.

Ella supuso que iba a hablarle de un par de mensajes similares y por eso esperó.

—Los chinos han impuesto una ley completamente absurda en la India. ¡A las piedras! ¡La gente no puede llevar piedras sin permiso! Todo el que sea capturado con una piedra puede ser arrestado... y de hecho lo están haciendo. ¿Es que se han vuelto locos?

A ella le resultó imposible interesarse en las idioteces de la política china en la India.

—John Paul, tengo que enseñarte una cosa.

—Claro —dijo él, volviéndose a mirar el portátil que ella colocaba sobre la mesa, junto a su ordenador.

—Lee estas cartas.

El miró una, y antes de que ella pudiera imaginar que había terminado de leerla, pasó a la siguiente.

—Sí, yo también las he recibido —dijo—. Una tonta del bote y un pirado religioso. No deberías permitir que te lleguen estas cosas.

—No —dijo ella—. Míralas con atención. Llegaron a mi dirección privada. Creo que son de Bean.

El la miró, y luego volvió a su propio ordenador y recuperó sus copias de las tardes.

—Yo también —dijo—. No me había dado cuenta. Parecía correo basura, pero nadie utiliza esta dirección.

—Las líneas del tema...

—Sí. Ambas escrituras, aunque la primera...

—Sí, y la primera trata de manos izquierdas y manos derechas y la segunda es la parábola o lo que fuera donde Jesús habla a la gente de su mano derecha y su mano

izquierda.

—Así que ambas tienen manos izquierdas y manos derechas —dijo John Paul.

—Dos partes del mismo mensaje.

—Podría ser.

—Las escrituras están todas cambiadas —dijo Theresa.

—Los mormones os aprendéis la Biblia —dijo John Paul—. Los católicos consideramos que eso es cosa de protestantes.

—La escritura auténtica dice, estaba desnudo y me vestisteis, no tenía casa o algo así y me tomasteis.

—Era un extraño y me cobijasteis —dijo John Paul.

—Así que sí que leíste las escrituras.

—Me desperté una vez durante la homilía.

—Es un juego de palabras —dijo Theresa—. Creo que la expresión que usa en el mensaje no significa acoger, sino engañar.

John Paul estaba ya estudiando la otra carta.

—Ésta es geopolítica. China. India. Y acaba con «estallar» en letras mayúsculas.

—«Atar el lazo» —dijo Theresa, mirando la primera carta—. Con la errata de «tai» podría referirse a Tailandia.

—Un poco pillado por los pelos —dijo John Paul, riéndose.

—Es todo un juego de palabras. «Poder para morder mi talón»... eso tiene que referirse a la Bestia, ¿no crees? Aquiles, que sólo podía ser mordido en el talón.

—Y Aquiles fue rescatado por un tai... Suriyawong.

—¿Así que ahora crees que «ta» puede ser «tai»?

—Sí, tú lo has dicho.

—El tai cree que ha rescatado a esa persona de una «fiesta». Suri rescató a Aquiles, pero Aquiles guarda un secreto. Estallaría si lo supiera.

Ahora John Paul estaba mirando la segunda carta.

—Hora de echar a correr. ¿Es una advertencia?

—Es lo que tiene que ser la última línea. Aquella que tenga oídos, que oiga. Usa los pies. Porque él viene no a traer la paz, sino la espada.

—El mío dice: «Aquel que tenga oídos que oiga».

—Tienes razón, no eran idénticos.

—¿Quién es el «yo» en las escrituras?

—Jesús.

—No, no, quiero decir, ¿a quién se refiere el «yo» del mensaje?

Creo que es Aquiles. Creo que está escrito como si fuera Aquiles hablando. Os engañé porque fuisteis tontos. Ladrón en la noche, cuando no lo estamos buscando. Somos estúpidos porque creemos que no va a venir, pero ya está en la puerta.

—Hora de echar a correr —dijo Theresa.

John Paul se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Una advertencia de Bean, tal vez. Suri creyó que estaba rescatando a Aquiles pero era exactamente lo que Aquiles quería que hiciera. Y la otra carta... esa referencia a las piedras, tiene que ser a Petra. Nos enviaron un par de mensajes que encajan.

Y ahora encajaron.

—Esto es lo que me ha estado molestando —dijo Theresa—. Por eso no podía dormir.

—No has recibido las cartas hasta ahora mismo —dijo John Paul.

—No, lo que me mantenía despierta era cómo Aquiles no ha hecho nada desde que llegó aquí, excepto sus deberes oficiales. Estaba pensando que aunque los chinos lo arrestaron e interrumpieron sus tejemanajes, no tenía sentido que no hiciera contacto con su red. ¿Pero y si los chinos no lo arrestaron? ¿Y si fue una trampa? «Me acogisteis pero no estaba desnudo».

John Paul asintió.

—Y yo os engañé, porque fuisteis tontos.

—Entonces todo esto tuvo como objetivo conseguir que Aquiles entrara en el complejo.

—¿Pero para qué? —dijo John Paul—. Hemos sospechado de él de todas formas.

—Pero esto es más que sospechas. O no lo habrían enviado.

—Aquí no hay ninguna prueba. Nada que vaya a convencer a Peter.

—Sí que la hay —dijo Theresa—. Hot Soup.

El la miró, sin entender.

—Del grupo de Ender. Han Tzu. Dentro de China. Tiene que saberlo. Es la autoridad. Lo «derramó todo». Evidentemente es una trampa.

—Vale —dijo John Paul—, así que tenemos la prueba. Sabemos que Aquiles no era realmente un prisionero, quería que lo cogieran.

—¿No lo ves? Eso significa que realmente comprende a Peter. Sabía que Peter no podría resistirse a rescatarlo. Tal vez incluso sabía que Bean y Petra se marcharían. Piénsalo: todos sabíamos lo peligroso que podía ser Aquiles, así que tal vez contaba con ello.

—Todos los que estaban más cerca de Peter se marcharon excepto nosotros... Y Peter intentó que nos marcháramos.

—Y Suriyawong.

—Y Aquiles se lo ha metido en el bolsillo.

—O Suri ha convencido a Aquiles de que lo ha hecho.

Ya habían hablado de eso antes.

—Lo que sea —dijo Theresa—. Simplemente con llegar aquí Aquiles ha conseguido aislar a Peter. Luego se ha pasado todo el tiempo siendo Don Amable,

haciéndolo todo bien... y entablando amistad con todo el mundo de paso. Todo va bien. Excepto...

—Excepto que está en posición de matar a Peter.

—Si puede hacerlo de una manera que no lo implique.

—Dispuesto a intervenir, como ayudante de Peter, y decir: «Todo está bajo control en la Hegemonía, seguiremos haciendo que las cosas funcionen hasta que se elija un nuevo Hegemón», y antes de que puedan elegir uno, habrá comprometido todos los códigos, neutralizado al ejército, y China se habrá librado de la Hegemonía de una vez y para siempre. Tendrán noticias por adelantado de una de las misiones de Suriyawong y eliminarán a su pequeño ejército de valientes y...

—¿Por qué eliminarlo, si tienes ya a uno que te obedece? —dijo Theresa.

—No sabemos si Suri...

—¿Qué crees que sucedería si Peter intentara marcharse? —preguntó ella.

John Paul reflexionó.

—Aquiles se haría cargo. Hay una larga tradición en ese tipo de maniobras.

—Igual que la tradición de declararlo enfermo e impedir que nadie tenga acceso a él.

—Bueno, no podrá restringir el acceso a Peter mientras nosotros estemos aquí —dijo John Paul.

Se miraron el uno a la otra durante un largo instante.

—Coge tu pasaporte —dijo Theresa.

—No podemos llevarnos nada.

—Borra los ordenadores.

—¿Qué crees que utilizará? ¿Veneno? ¿Algún bioagente?

—Lo más probable es que use un bioagente. Podría haberlo traído consigo.

—¿Importa?

—Peter no va a creernos.

—Es testarudo y engreído y piensa que somos idiotas —dijo John Paul—. Pero eso no significa que sea estúpido.

—Pero tal vez piense que podrá manejar la situación.

John Paul asintió.

—Tienes razón. Es así de estúpido.

—Borra todos tus archivos del sistema y...

—No importa. Hay copias de seguridad.

—No de estas cartas, al menos.

John Paul las imprimió y luego las destruyó de la memoria del ordenador, mientras Theresa lo hacía en el portátil.

Con las copias en papel de las cartas, se dirigieron hacia la habitación de Peter.

Peter estaba adormilado, hosco, e impaciente. No hizo caso a sus preocupaciones e insistió en que esperaran hasta que fuera de día, pero finalmente John Paul perdió la paciencia y lo sacó de la cama como si fuera un adolescente.

Se sorprendió tanto al ser tratado de esa forma que guardó silencio y todo.

—Deja de pensar que esto es entre tus padres y tú —dijo John Paul—. Estas cartas son de Bean y Petra, y transmiten un mensaje de Han Tzu en China. Son tres de las mentes militares vivas más inteligentes que existen, y los tres han demostrado ser más listos que tú.

La cara de Peter se ruborizó de ira.

—¿Cuento ya con tu atención? —dijo John Paul—. ¿Nos escucharás?

—¿Y qué importa si escucho o no? —replicó Peter—. Que uno de ellos sea el Hegemón, ya que son mucho más listos que yo.

Theresa se inclinó y lo miró directamente a la cara.

—Estás actuando como un adolescente rebelde mientras nosotros intentamos decirte que la casa está ardiendo.

—Procesa esta información —dijo John Paul—, como si fuéramos un par de informadores tuyos. Finge que crees que sabemos algo. Y ya puestos, haz un repaso rápido y comprueba lo rápidamente que Aquiles ha apartado de ti a todos los que eran completamente dignos de confianza... excepto a nosotros.

—Sé que tenéis buenas intenciones —dijo Peter, pero su voz traicionaba su furia.

—Cállate —dijo Theresa—. Cierra el pico y acaba con ese tono condescendiente. Has visto las cartas. No nos las hemos inventado. Hot Soup encontró un modo de decirles a Bean y Petra que todo el rescate fue una trampa.

»Te tomaron el pelo, chico listo. Aquiles tiene todo este sitio en el bolsillo. Conoce cada movimiento que haces, porque alguien le informa.

—Por lo que sabemos —dijo John Paul—, los chinos tienen una operación preparada.

—O te arrestarán los soldados de Suri.

—En otras palabras, no tenéis ni idea de a qué se supone que debo tenerle miedo.

—Eso es —dijo Theresa—. Exactamente eso. Porque te has entregado a sus brazos como si te hubiera dado un guión y estuvieras leyendo tus líneas como un robot.

—Ahora mismo eres la marioneta, Peter —dijo John Paul—. Creías sujetar los hilos, pero eres la marioneta.

—Y tienes que marcharte —dijo Theresa.

—¿Cuál es la emergencia? —exclamó Peter, impaciente—. No sabéis qué va a hacer, ni cuándo.

—Tarde o temprano tendrás que irte —dijo Theresa—. ¿O piensas esperar a que te mate? ¿O a que nos mate a nosotros? Y cuando te vayas, tendrá que ser algo súbito,

inesperado, sin planear. No habrá mejor oportunidad que ahora. Mientras los tres seguimos con vida. ¿Puedes garantizar que esto se cumplirá mañana? ¿Esta tarde? No lo creo.

—Antes del amanecer —dijo John Paul—. Sal del complejo, ve a la ciudad, coge un avión, lejos de Brasil.

Peter se quedó allí sentado, mirándolos de hito en hito.

Pero la expresión irritada había desaparecido de su rostro. ¿Era posible? ¿Podía haber oído algo de lo que habían dicho?

—Si me marchó, dirán que he abdicado.

—Podrás decir que no lo hiciste.

—Pareceré un idiota. Perderé todo el crédito.

—Fuiste un idiota —dijo Theresa—. Si lo dices primero, nadie se aprovechará de decirlo. No escondas nada. Haz un comunicado de prensa mientras estás en el aire. Eres Locke. Eres Demóstenes. Puedes urdir cualquier cosa.

Peter se levantó, y empezó a sacar ropas de los cajones de su vestidor.

—Creo que tenéis razón. Creo que vuestro análisis es absolutamente correcto.

Theresa miró a John Paul.

John Paul miró a Theresa.

¿Era Peter quien hablaba?

—Gracias por no abandonarme —dijo Peter—. Pero todo esto de la Hegemonía se ha acabado. He perdido cualquier oportunidad de hacerla funcionar. Tuve mi oportunidad, y la eché a perder. Todo el mundo me dijo que no trajera a Aquiles aquí. Tenía todos aquellos planes para conducirlo a una trampa. Pero ya estaba pillado en la suya.

—Ya te he dicho que te calles una vez esta mañana —dijo Theresa—. No me hagas repetirlo.

Peter no se molestó en abotonarse la camisa.

—Vamos —dijo.

Theresa se alegró al ver que no intentaba llevarse nada consigo. Sólo se detuvo ante el ordenador y tecleó una sola orden.

Luego se encaminó hacia la puerta.

—¿No vas a borrar tus archivos? —preguntó John Paul—. ¿Alertar a tu jefe de seguridad?

—Acabo de hacerlo.

Así que estaba preparado para un día como éste. Ya tenía en su sitio el programa que destruiría automáticamente todo lo que había que destruir. Y alertaría a aquellos a quienes había que alertar.

—Tenemos diez minutos antes de que la gente en la que confiaba reciba la advertencia para evacuar —dijo Peter—. Como no sabemos en cuáles podemos

confiar todavía, tendremos que estar fuera de aquí para entonces.

Su plan incluía cuidar de aquellos que todavía le eran leales aquellos cuyas vidas podrían correr peligro cuando Aquiles se hiciera cargo.

Theresa no había imaginado que Peter pudiera pensar en algo semejante. Era bueno saberlo.

No se apresuraron ni corrieron, sino que atravesaron los jardines hacia la puerta más cercana mientras conversaban animadamente. Podía ser muy temprano, ¿pero quién iba a imaginar que el Hegemón y sus padres estaban huyendo? No llevaban equipaje, ni tenían prisa, ni andaban con sigilo. Discutían. Una escena perfectamente normal.

Y la discusión era bastante real. Hablaban en voz baja, porque en la tranquilidad del amanecer se les podría oír desde lejos. Pero había mucha intensidad en sus voces silenciosas.

—Ahórrate el melodrama —dijo John Paul—. Tu vida no se ha acabado. Cometiste un gran error, y hay gente que va a decir que huir de esta manera es un error aún mayor. Pero tu madre y yo sabemos que no lo es. Mientras estés vivo, hay esperanza.

—La esperanza es Bean —dijo Peter—. Él no se ha pegado un tiro en el pie. Lo apoyaré plenamente. O tal vez no debería. Tal vez mi apoyo sea el beso de la muerte.

—Peter, tú eres el Hegemón —dijo John Paul—. Te eligieron a ti. A ti, no a este complejo. De hecho, eres el que trasladó aquí las oficinas de la Hegemonía. Ahora vas a trasladarlas a otro lugar. Dondequiera que estés, allí estará la Hegemonía. Nunca digas nada que implique lo contrario.

»Aunque todo el poder que tienes en el mundo seamos tú, tu madre y yo, no puedes decir que eso sea nada. Porque tú eres Peter Wiggin, y maldición, nosotros somos John Paul Wiggin y Theresa Wiggin y bajo nuestros encantadores y civilizados exteriores, somos gente dura.

Peter no dijo nada.

—Bueno, la verdad es que nosotros somos los duros —le dijo Theresa a John Paul—. Peter es el gran sabio.

Peter sacudió la cabeza.

—Lo eres —insistió Theresa—. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque fuiste lo bastante inteligente para escucharnos y escapar a tiempo.

—Estaba pensando —dijo Peter suavemente.

—¿Qué? —instó Theresa, antes de que John Paul pudiera replicar a modo de broma: Ya era hora. Sería una broma equivocada en un momento como éste, pero John Paul nunca era muy bueno a la hora de hacer sus chistes. Le salían por reflejo, sin que su cerebro los procesara primero.

—Os he subestimado a los dos.

—Bueno, sí —dijo Theresa.

—De hecho, he sido una pequeña mierda con vosotros dos durante mucho tiempo.

—No tan pequeña —dijo John Paul.

Theresa lo miró alzando una ceja como gesto de advertencia.

—Pero nunca hice nada tan tonto como intentar colarme en su dormitorio para matarlo —dijo Peter.

Theresa lo miró bruscamente. Él le sonreía.

John Paul se echó a reír. Ella no podía reprochárselo. Él no podía dejar de contraatacar. Después de todo, le había advertido alzando aquella ceja.

—Vale, bueno, tienes razón —dijo Theresa—. Eso fue una estupidez. Pero no sabía qué más hacer para salvarte.

—Tal vez salvarme no sea tan buena idea.

—Eres la única copia de nuestro ADN que queda en la Tierra —dijo John Paul—. No queremos tener que empezar de nuevo a hacer bebés. Eso es para gente más joven.

—Además —intervino Theresa—, salvarte a ti significa salvar al mundo.

—Cierto —dijo Peter, burlón.

—Eres la única esperanza —dijo Theresa.

—Entonces buena suerte, mundo.

—Creo que eso casi ha sido una oración —dijo John Paul—. ¿No te parece, Theresa? Creo que Peter ha dicho una oración.

Peter se echó a reír.

—Sí, por qué no. Buena suerte, mundo. Amén.

Llegaron a la verja mucho antes de que se agotaran los diez minutos. Había un taxista dormido en la parada delante del hotel más grande en las afueras del complejo. John Paul lo despertó y le tendió una gran suma de dinero.

—Llévenos al aeropuerto —dijo Theresa.

—Pero no a éste —dijo John Paul—. Creo que será mejor salir de Araraquara.

—Eso está a una hora de camino —dijo Theresa.

—Y tenemos una hora hasta el primer vuelo a cualquier parte —respondió John Paul—. ¿Quieres pasarte una hora sentada en un aeropuerto que está a quince minutos del complejo?

Peter se echó a reír.

—Todo esto es tan paranoico —dijo—. Igual que Bean.

—Bean está vivo —recordó John Paul.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Peter—. Estar vivo es muy bueno.

Peter envió su comunicado de prensa desde uno de los ordenadores del aeropuerto

de Araraquara. Pero Aquiles tampoco perdió el tiempo.

La historia de Peter era toda cierta, aunque dejó unas cuantas cosas fuera. Admitió que lo habían engañado para que pensara que estaba rescatando a Aquiles cuando el hecho era que estaba introduciendo al caballo de Troya dentro de las murallas del complejo. Fue un error terrible porque Aquiles seguía sirviendo al Imperio chino, y el cuartel general de la Hegemonía quedaba completamente vendido. Peter declaró que lo trasladaba a otro emplazamiento y urgía a todos los empleados de la Hegemonía que todavía le eran leales a esperar noticias suyas para volver a reunirse.

El comunicado de Aquiles declaraba que él, el general Suriyawong y Ferreira, el jefe de la seguridad informática de la Hegemonía, habían descubierto que Peter estaba desviando fondos de la Hegemonía y los estaba escondiendo en cuentas secretas: dinero que debería haber sido destinado a pagar las deudas de la Hegemonía y alimentar a los pobres y a tratar de conseguir la paz mundial. Declaró que la oficina del Hegemón continuaría funcionando bajo el control de Suriyawong como principal líder militar de las fuerzas de la Hegemonía, y que él ayudaría a Suriyawong sólo si se le pedía. Mientras tanto, se lanzó una orden de busca y captura de Peter Wiggin bajo los cargos de desfalco, malversación de fondos y alta traición contra la Liga para la Defensa Internacional.

Un comunicado posterior ese día anunció que Hyrum Graff había sido destituido como ministro de Colonización e iba a ser arrestado por complicidad con Peter Wiggin en la conspiración para defraudar a la Hegemonía.

—El hijo de puta —dijo John Paul.

—Graff no le obedecerá —dijo Theresa—. Simplemente declarará que sigues siendo el Hegemón y que sólo responderá ante ti y el almirante Chamrajnagar.

—Pero eso le chupará un montón de presupuesto —dijo Peter—. Tendrá mucha menos libertad de movimiento. Porque ahora hay un precio por su cabeza, y a algunos países les encantaría arrestarlo y entregárselo a los chinos.

—¿Crees de verdad que Aquiles está sirviendo a los intereses chinos? —preguntó Theresa.

—Tan lealmente como sirvió a los míos.

Antes de que el avión aterrizara en Miami, Peter encontró acogida segura. Nada menos que en Estados Unidos.

—Creí que Norteamérica estaba decidida a no involucrarse —dijo John Paul.

—Es sólo temporal —respondió Peter.

—Pero eso los pone claramente en nuestro equipo —dijo Theresa.

—¿Y? —dijo Peter—. Vosotros sois norteamericanos. Y yo también. Estados Unidos no son «ellos», son «nosotros».

—Te equivocas —dijo Theresa—. Tú eres el Hegemón. Estás por encima de las

nacionalidades. Y he de añadir que nosotros también.

11 Bebés

De: Chamrajnagar%sacrediver@ficom.gov

Para: Flandes%A-Heg@ldi.gov

Sobre: ColMin

Señor Flandes:

El puesto de Hegemón no está y nunca ha estado vacante. Peter Wiggin continúa ostentando ese cargo. Por tanto su deposición del honorable Hyrum Graff como ministro de Colonización no tiene valor. Graff sigue ejerciendo toda la autoridad previa en lo referido a los asuntos del ColMin fuera de la superficie de la Tierra.

Es más, FICom considerará cualquier interferencia con sus operaciones en la Tierra, o con su persona mientras lleva a cabo sus deberes, como obstrucción a una operación vital de la Flota Internacional, y tomaremos todas las medidas adecuadas.

De: Flandes%A-Heg@ldi.gov

Para: Chamrajnagar%sacrediver@ficom.gov

Sobre: ColMin

Almirante Chamrajnagar, señor:

No puedo imaginar por qué me escribe sobre este asunto. No soy Hegemón suplente, soy ayudante de Hegemón. Le he remitido su carta al general Suriyawong, y espero que toda correspondencia futura sobre estos asuntos sea dirigida a él.

Su humilde servidor,

Aquiles Flandes

De: Chamrajnagar%sacrediver@ficom.gov

Para: Flandes%A-Heg@ldi.gov

Sobre: ColMin

Reenvíe mis cartas a donde quiera. Sé a qué está jugando. Mi juego es diferente. En mi juego, yo tengo todas las cartas. Su juego, por otro lado, sólo durará hasta que la gente se dé cuenta de que no tiene carta ninguna.

Los acontecimientos de Brasil ya estaban en todas las redes y vids cuando el procedimiento de implantación terminó y Petra fue conducida a la sala de espera de la

clínica de fertilidad del Hospital Femenino. Bean la estaba esperando. Con globos.

La condujeron a la zona de recepción. Al principio ella no reparó en él, porque estaba entretenida hablando con el doctor. Cosa que a él no le importó. Quería mirarla, a esta mujer que ahora mismo podía llevar dentro a su hijo.

Parecía tan pequeña.

Recordó que tuvo que mirar hacia arriba la primera vez que la vio en la Escuela de Batalla. Una niña... algo raro en un lugar que buscaba agresividad y cierto grado de implacabilidad. Para él, un recién llegado, el niño más joven admitido jamás en la escuela, ella le pareció tan dura, tan fría, la quinta esencia del matón, bocazas y beligerante. Todo era pretensión, pero necesaria.

Bean había visto de inmediato que ella se daba cuenta de las cosas. Reparó en él, para empezar, no con diversión o sorpresa como los otros niños, que sólo podían ver lo pequeño que era. No, ella claramente le dedicó sus pensamientos, lo encontró intrigante. Advirtió, tal vez, que su presencia en la Escuela de Batalla cuando era tan claramente menor implicaba algo interesante en él.

Fue en parte esa tendencia en Petra lo que hizo que Bean se volviera hacia ella: el hecho de que fuera una niña la convertía casi tanto en una marginada como él estaba condenado a serlo.

Petra había crecido desde aquellos días, naturalmente, pero Bean había crecido muchísimo más, y ahora era más alto que ella. No se trataba sólo de altura. Él había sentido bajo sus manos la caja torácica de ella, tan pequeña y frágil, o eso parecía. Sintió como si siempre tuviera que ser amable con ella, o podría inadvertidamente romperla entre sus manos.

¿Se sentían igual todos los hombres? Probablemente no. Para empezar, la mayoría de las mujeres no eran tan livianas como Petra, y además, la mayoría de los hombres dejaban de crecer cuando llegaban a cierto punto. Pero las manos y pies de Bean seguían siendo desproporcionadas para su cuerpo, como las de un adolescente, de manera que aunque ahora era un hombre alto, estaba claro que su cuerpo pretendía crecer más todavía. Sus manos eran como zarpas. Las de ella parecían perdidas dentro de las suyas, como las de un bebé.

¿Cómo me parecerá entonces cuando nazca el bebé que lleva en sus entrañas? ¿Podré acunarlo en una mano? ¿Habrá peligro de que le haga daño? No soy tan bueno con mis manos hoy en día.

Y para cuando el bebé sea lo bastante grande y robusto para que yo pueda manejarlo con seguridad, ya estaré muerto.

¿Por qué consentí en hacer esto?

Oh, sí. Porque amo a Petra. Porque ella quiere tanto a mi bebé. Porque Anton nos contó una historia cursi y retorcida sobre cómo los hombres ansían el matrimonio y una familia aunque no les preocupe el sexo.

Ella lo vio entonces, y advirtió los globos, y se echó a reír.

Él se rió también y se acercó y le entregó los globos.

—Los maridos no suelen regalar globos a sus mujeres —dijo ella.

—Pensé que tener implantado un bebé era una ocasión especial.

—Supongo que sí, cuando se hace profesionalmente. La mayoría de los bebés son implantados en casa por aficionados, y las esposas no reciben globos.

—Lo recordaré y trataré de tener siempre unos cuantos a mano.

Él caminó junto a ella mientras un enfermero empujaba su sillita de ruedas hacia la entrada.

—¿Adónde me conseguiste el billete? —preguntó ella.

—Te conseguí dos —dijo Bean—. Líneas aéreas distintas, destinos distintos. Más este billete de tren. Si alguno de los dos vuelos te da mala impresión, aunque no puedas decidir por qué sientes recelos, no lo cojas. Ve a la otra línea aérea. O sal del aeropuerto y coge el tren. El billete de tren es un kilométrico, así que puedes ir a cualquier parte.

—Me malcrías.

—¿Qué crees? —preguntó Bean—. ¿Se enganchó el bebé a la pared uterina?

—No estoy equipada con cámaras internas —dijo Petra—, y carezco de los nervios pertinentes para poder sentir si unos fetos implantados, microscópicamente pequeños, empiezan a desarrollar placenta.

—Es un diseño muy pobre —dijo Bean—. Cuando esté muerto, tendré unas palabritas con Dios al respecto.

Petra dio un respingo.

—Por favor, no bromees con la muerte.

—Por favor, no me pidas que me ponga serio.

—Estoy embarazada. O podría estarlo. Se supone que tengo que salirme siempre con la mía.

El enfermero que empujaba la silla de ruedas de Petra empezó a dirigirla hacia el primer taxi de la fila. Bean lo detuvo.

—El conductor está fumando —dijo Bean.

—Lo apagaré —respondió el enfermero.

—Mi esposa no va a subir a un taxi con un conductor cuyas ropas desprendan residuos de humo de cigarrillos.

Petra lo miró con extrañeza. Él alzó una ceja, esperando que ella advirtiera que no se trataba del tabaco.

—Es el primer taxi en la fila —dijo el enfermero, como si fuera una inevitable ley de la física que el primer taxi de la fila tenía que ser el que recibiera a los siguientes pasajeros.

Bean miró a los otros dos taxis. El segundo conductor lo miró, impasible. El

tercero sonrió. Parecía indonesio o malayo, y Bean sabía que en su cultura una sonrisa era un puro reflejo cuando te encontrabas con alguien más grande o más rico que tú.

Sin embargo, por algún motivo, no sentía la desconfianza hacia el conductor indonesio que sentía hacia los dos conductores holandeses que tenía delante.

Así que empujó la silla de ruedas hacia el tercer taxi. Bean preguntó y el conductor dijo que sí, que era de Jakarta. El enfermero, verdaderamente irritado por esta ruptura del protocolo, insistió en ayudar a Petra a subir al taxi. Bean cogió su bolsa y la colocó en el asiento trasero junto a ella: nunca ponía nada en el maletero de los taxis, por si tenían que salir corriendo.

Luego tuvo que quedarse allí viendo cómo ella se marchaba. No hubo tiempo para despedidas elaboradas. Él acababa de poner todo lo que le importaba en la vida en un taxi conducido por un desconocido sonriente, y tuvo que dejarlo marchar.

Luego se dirigió al primer taxi en la fila. El conductor mostraba su furia por la manera en que Bean había violado las normas. Holanda volvía a ser un lugar civilizado, ahora que volvía a autogobernarse, y las colas se respetaban. Al parecer los holandeses se enorgullecían ahora de comportarse mejor en las filas que los ingleses, cosa que era absurdo, porque permanecer alegremente en cola era el deporte nacional inglés.

Bean le tendió al conductor una moneda de veinticinco dólares, que el hombre miró con desdén.

—Es más fuerte que el euro ahora mismo —dijo Bean—. Y le voy a pagar la carrera, así que no ha perdido nada porque he metido a mi esposa en otro taxi.

—¿Cuál es su destino? —dijo el conductor, cortante, su inglés cargado con un primoroso acento BBC. Los holandeses necesitaban mejores programas en su propio idioma para que sus ciudadanos no tuvieran que ver vids ingleses y escuchar la radio inglesa a todas horas.

Bean no le respondió hasta que estuvo dentro del taxi, la puerta cerrada.

—Lléveme a Amsterdam —dijo.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—Eso son ochocientos dólares.

Bean sacó un billete de mil dólares y se lo dio.

—¿Funciona la unidad vídeo de este coche? —preguntó.

El conductor hizo el teatro de estudiar el billete por si era falsificado. Bean deseó haber usado un billete de la Hegemonía. ¿No le gustan los dólares? ¡Pues a ver si le gusta esto! Pero era improbable que nadie aceptara el dinero de la Hegemonía hoy en día, con las caras de Aquiles y de Peter en todos los vids de la ciudad y toda la charla sobre cómo Peter se había apropiado de los fondos de la organización.

Sus caras aparecieron también en el vid del taxi cuando el conductor por fin lo puso en marcha. Pobre Peter, pensó Bean. Ahora sabe cómo se sentían los papas y antipapas cuando los dos reclamaban el trono de San Pedro. Qué sabroso bocado de historia para él. Qué lío para el mundo.

Y para sorpresa de Bean, descubrió que no le importaba tanto que el mundo estuviera hecho un lío... no cuando el jaleo no iba a afectar a su propia familia.

Ahora soy un ciudadano, advirtió. Lo único que me importa es cómo afectarán a mi familia estos acontecimientos mundiales.

Entonces recordó: solía preocuparme por los asuntos del mundo sólo mientras me afectaban a mí. Solía reírme de sor Carlotta porque ella se preocupaba tanto.

Pero sí le importaba. Se mantenía alerta durante sus viajes. Prestaba atención. Se dijo que era para saber si estaría a salvo. Ahora, sin embargo, con muchos más motivos para preocuparse por su seguridad, descubrió que todo el asunto de Peter y Aquiles era fundamentalmente aburrido. Peter fue un tonto al pensar que podía controlar a Aquiles, un tonto por confiar en una fuente china en semejante asunto. Qué bien debía de comprender Aquiles a Peter, para saber que lo rescataría en vez de matarlo. Pero ¿por qué no debería Aquiles comprender a Peter? Lo único que tenía que hacer era pensar en lo que haría él, si estuviera en la posición de Peter, pero fuera más tonto.

Con todo, aunque le aburría, el reportaje del vid empezó a tener sentido cuando se combinaba con las cosas que Bean ya sabía. La historia que contaban era ridícula, por supuesto, obviamente una maniobra de desinformación por parte de Aquiles, aunque todas las naciones eran un clamor que exigía investigaciones: China, Rusia, Francia. Lo que parecía ser cierto era que Peter y sus padres escaparon del compuesto del Hegemón en Ribeirao Preto justo antes del amanecer de esta mañana, fueron en coche hasta Araraquara, luego volaron a Montevideo, donde recibieron permiso oficial para volar hasta Estados Unidos como invitados del gobierno norteamericano.

Era posible, desde luego, que su súbita huida se hubiera visto precipitada por algo que hizo Aquiles o por alguna información que descubrieran sobre los planes inmediatos de Aquiles. Pero Bean estaba razonablemente seguro de que estos acontecimientos habían sido provocados por los e-mails que Petra y él habían enviado esta mañana temprano, cuando recibieron el mensaje de Han Tzu.

Al parecer los Wiggin habían estado levantados hasta muy tarde o se despertaron muy temprano, porque debieron de recibir las cartas casi al mismo tiempo que fueron enviadas. Las recibieron, descifraron el mensaje, advirtieron las implicaciones del soplido de Han Tzu, y luego, increíblemente, convencieron a Peter para que prestara atención y escapara sin un momento de vacilación.

Bean había asumido que pasarían días antes de que Peter advirtiera el significado de lo que le habían revelado. Parte del problema sería su relación con sus padres.

Bean y Petra sabían lo listos que eran los Wiggin, pero la mayoría de la gente de la Hegemonía no tenían ni idea, menos que nadie Peter. Bean trató de imaginar la escena cuando le explicaron que se había dejado engañar por Aquiles. ¿Peter, creyendo a sus padres cuando le dijeron que había cometido un error? Impensable.

Y sin embargo debió de creerlos inmediatamente.

O lo drogaron.

Bean se echó a reír ante la idea, y luego apartó la mirada del vid Porque el taxi giraba bruscamente.

Se desviaban de la calle principal a una secundaria. Eso no debería ser así.

Por reflejo, Bean abrió la puerta e intentaba salir cuando el conductor sacó la pistola del asiento y le apuntó con ella. La bala zumbó sobre su cabeza mientras Bean golpeaba el suelo y echaba a rodar. El taxi se detuvo y el conductor bajó para terminar el trabajo.

Abandonando su bolsa, Bean consiguió llegar a la esquina. Pero nunca llegaría lo bastante lejos calle abajo (y además no había peatones, pues estaban en la zona de almacenes) para escapar del alcance de una bala cuando el conductor le siguiera.

Otro disparo estuvo a punto de alcanzarlo cuando rodeaba el edificio. Pensó en apretujarse contra la pared, con la esperanza de que el pistolero fuera lo bastante estúpido y doblara la esquina sin mirar.

Pero eso no funcionaría, porque el taxi que estaba segundo en la fila apareció en la curva ante él y el conductor alzaba su propia pistola para apuntar a Bean.

Bean se lanzó al suelo y dos balas alcanzaron la pared donde estaba antes. Por pura casualidad, su salto lo llevó directamente delante del primer conductor, que fue en efecto lo bastante estúpido para doblar la esquina corriendo a toda velocidad. Tropezó con Bean y cuando chocó contra el suelo la pistola se le escapó de la mano.

Bean podría haberse abalanzado hacia la pistola, pero el segundo conductor ya casi había bajado del taxi y podría dispararle antes de que la cogiera. Así que Bean corrió hacia el primer taxi, que esperaba en la calle lateral. ¿Podría interponer el taxi entre él y los pistoleros antes de que pudieran volver a dispararle?

Sabía que no. Pero no podía hacer otra cosa sino intentarlo, y esperar que, como los tipos malos en los vids, no supieran disparar y fallaran siempre. Y cuando subiera al taxi para escapar, estaría muy bien si el tapizado del asiento del conductor estuviera hecho de ese tejido milagroso que detiene las balas que atraviesan el parabrisas trasero.

Pop. Pop-pop. Y luego... el ratatat de un arma automática.

Los dos taxistas no tenían armas automáticas.

Bean ya había rodeado el taxi y se mantenía agachado. Para su sorpresa, no había ningún taxista en la esquina apuntándolo. Quizá lo estaban hacía un momento, pero ahora estaban tirados en el suelo, cosidos a balazos y manchando el pavimento con

copiosas cantidades de sangre.

Y en la esquina aparecieron dos hombres de aspecto indonesio, uno con una pistola y otro con una pequeña arma automática de plástico. Bean reconoció el diseño israelí, porque ésa era el arma que su pequeño ejército utilizaba en misiones donde tenían que ocultar sus armas el mayor tiempo posible.

—¡Venga con nosotros! —gritó uno de los indonesios.

Bean pensó que probablemente era buena idea. Ya que el intento de asesinato incluía un asesino de apoyo, podría incluir más, y cuanto más pronto saliera de aquí, mejor.

Naturalmente, no sabía nada de estos indonesios, ni de por qué habían aparecido en este momento para salvarle la vida, pero el hecho de que tuvieran armas y no le estuvieran disparando implicaba que de momento, al menos, eran sus mejores amigos.

Cogió su bolsa y echó a correr. La puerta trasera de un vulgar coche alemán estaba abierta, esperándolo. En el momento en que entró, dijo:

—Mi esposa... va en otro taxi.

—Está a salvo —dijo el hombre del asiento trasero, el que llevaba el arma automática—. Su conductor es uno de los nuestros. Muy buena elección de taxi para ella. Mala elección para usted.

—¿Quiénes son ustedes?

—Inmigrante indonesio —dijo el conductor con una mueca.

—Musulmán —dijo Bean—. ¿Los envía Alai?

—No, no es mentira ^[1]. Verdad —dijo el hombre.

Bean no se molestó en corregirlo. Si el nombre *Alai* no significaba nada para él, ¿qué sentido tenía presionar sobre el tema?

—¿Dónde está Petra? ¿Mi esposa?

—Camino del aeropuerto. No va a usar el billete que usted le dio. —El hombre del asiento trasero le tendió un billete de avión—. Ella va aquí.

Bean miró su billete. Damasco.

Al parecer la misión de *Ambul* había salido bien. Damasco era, para todo, la capital del mundo musulmán. Aunque *Alai* hubiera desaparecido de escena, era improbable que estuviera en otro sitio.

—¿Vamos allí como invitados? —preguntó Bean.

—Turistas.

—Bien —dijo Bean—. Porque dejamos algo en el hospital que tal vez tengamos que recuperar.

Aunque era obvio que la gente de *Aquiles* (o quien fuera) sabían todo lo que habían estado haciendo en el Hospital Femenino. De hecho... casi no había ninguna posibilidad de que nada suyo quedará ya en el hospital.

Miró al hombre del asiento trasero. Estaba sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, me dijeron cuando paramos aquí y matamos a los tipos por usted, guardia de seguridad robó lo que dejaron allí.

Por supuesto. No te abres paso a tiros con un guardia de seguridad. Tan sólo lo contratas.

Y ahora todo estuvo claro para él. Si Petra hubiera subido al primer taxi, no habría sido un asesinato, sino un secuestro. No pretendían matar a Bean... eso no era más que un añadido. Lo que pretendían era conseguir sus bebés.

Bean sabía que no los habían seguido hasta aquí. Los habían traicionado desde el principio. Volescu. Y si Volescu estaba en el ajo, entonces los embriones robados probablemente tenían la Clave de Anton después de todo. No había ningún motivo concreto para que nadie quisiera sus bebés si no había al menos una posibilidad de que fueran portentos como lo era Bean.

Las pruebas de Volescu eran probablemente un fraude. Volescu probablemente no tenía ni idea de cuál embrión tenía la Clave de Anton y cuál no. Los implantarían en madres de alquiler y luego ya verían qué pasaba cuando nacieran.

Bean se había dejado engañar por Volescu igual que Peter se había dejado engañar por Aquiles. Pero no podía decirse que hubiera confiado en Volescu. Simplemente habían confiado en que no estuviera conchabado con Aquiles.

Aunque no tenía por qué ser con él.

El hecho de que Aquiles hubiera sido el secuestrador del grupo de Ender no significaba que fuera el único secuestrador posible en el mundo. Los hijos de Bean, si tenían sus dones, serían anhelados por cualquier nación ambiciosa o por cualquier líder militar. Si los criaban sin saber nada de sus padres reales y los entrenaban aquí en la Tierra tan intensamente como Bean y los otros niños habían sido entrenados en la Escuela de Batalla, para cuando tuvieran nueve o diez años se les podría poner al mando de secciones de tácticas y estrategia.

Podría incluso ser un plan empresarial. Tal vez Volescu hizo esto solo, contrató pistoleros, sobornó al guardia de seguridad, para poder vender los bebés más tarde al mayor postor.

—Malas noticias, lo siento —dijo el hombre del asiento trasero—. Pero todavía tiene un bebé, ¿no? Dentro de su esposa, ¿verdad?

—Todavía hay uno —dijo Bean. Si tenían buena suerte.

Cosa que no parecía ser la tendencia en este momento.

Con todo, ir a Damasco... Si Alai los estaba realmente tomando bajo su protección, Petra estaría a salvo allí. Petra y tal vez un niño... que podría tener la Clave de Anton después de todo, podría estar condenado a morir sin llegar jamás a cumplir los veinte años. Al menos ellos dos estarían a salvo.

Pero los otros estarían ahí fuera, hijos de Petra y de Bean que serían criados por

desconocidos, como herramientas, como esclavos.

Había nueve embriones. Uno había sido implantado, y tres fueron eliminados. Eso dejaba a cinco en posesión de Volescu o de Aquiles o de quienquiera que se los hubiera llevado. A menos que Volescu hubiera encontrado un modo de quedarse con los tres que supuestamente había eliminado, intercambiando los contenedores. Podría haber ocho embriones desaparecidos.

Pero probablemente no, probablemente sólo eran los cinco que conocían. Bean y Petra estaban observando a Volescu con demasiada atención para que pudiera haberse escapado con los primeros tres, ¿verdad?

Por pura fuerza de voluntad, Bean apartó sus pensamientos de preocupaciones sobre las que no podía hacer nada en este momento, y controló su situación.

—Gracias —les dijo a los hombres del coche—. Fui descuidado. Sin ustedes, estaría muerto.

—Descuidado no —dijo el hombre del asiento trasero—. Joven y enamorado. Su esposa lleva un niño en su interior. Es tiempo de esperanza.

Seguido inmediatamente, advirtió Bean, por un tiempo de desesperación. Nunca debería haber accedido a engendrar hijos, no importaba cuánto lo quisiera Petra, no importaba cuánto amara a Petra, no importaba cuánto ansiara él también tener retoños, una familia. Tendría que haberse mantenido firme, porque entonces esto no habría sido posible. No habría habido nada para que sus enemigos se lo robaran. Petra y él todavía seguirían escondiéndose, sin ser detectados, porque nunca hubieran tenido que acudir a una serpiente como Volescu.

—Los bebés son buenos —dijo el hombre del asiento trasero—. Te asustan, te vuelven loco. Alguien se lleva a los bebés, alguien les hace daño, y te vuelves loco. Pero son buenos de todas formas. Los bebés son buenos.

Sí. Bien. Tal vez Bean viviría lo suficiente para experimentar eso y tal vez no.

Porque ahora conocía la obra de su vida, durante el tiempo que le quedara antes de morir de gigantismo.

Tenía que recuperar a sus bebés. Debieran haber existido o no ahora sí que existían, cada uno con su propia identidad genética separada, cada uno vivo. Hasta que se los llevaron, no habían sido para él más que células en una solución: lo único que importaba era que uno sería implantado en Petra, el que crecería y se convertiría en parte de su familia. Pero ahora importaban todos. Ahora todos estaban vivos para él, porque otra persona los tenía y pretendía utilizarlos.

Incluso sentía pesar por los que habían sido eliminados. Aunque las pruebas hubieran sido reales, aunque hubieran tenido la Clave de Anton, ¿qué derecho tenía a quebrar su identidad genética, sólo porque de manera oh-tan-altruista quería aliviarles la pena de una vida tan corta como la suya?

De repente advirtió lo que estaba pensando. Lo que significaba.

Sor Carlotta, siempre quisiste que me convirtiera en cristiano... y no sólo cristiano, sino católico. Bueno, aquí estoy, pensando que desde que esperma y óvulo se combinan son una vida humana, y está mal hacerles daño.

Bueno, no soy católico, y no es malo querer niños que crezcan para tener una vida plena en vez de esta quinta parte de vida a la que yo estoy condenado.

¿Pero en qué me diferencié, al eliminar esos tres embriones, de Volescu? Él eliminó veintidós, yo a tres. Él esperó a que casi tuvieran dos años en su desarrollo (la gestación más un año), pero al final, ¿es realmente tan distinto?

¿Lo condenaría sor Carlotta por eso? ¿Había cometido un pecado mortal? ¿Estaba recibiendo tan sólo lo que se merecía, perdiendo cinco porque había eliminado conscientemente a tres?

No, no podía imaginársela diciéndole eso. Ni siquiera pensándolo ella misma. Se alegraría de que hubiera decidido tener un hijo. Se alegraría si Petra estaba realmente embarazada.

Pero también estaría de acuerdo con él en que los cinco que ahora estaban en otras manos, los cinco que podrían ser implantados en otra persona y convertidos en bebés... no podía dejarlos perder. Tenía que encontrarlos y salvarlos y llevarlos a casa.

12

Apagando fuegos

De: Han Tzu

A: Tigre Nevado

Sobre: Piedras

Me siento complacido y honrado por tener una vez más la oportunidad de ofrecer mi pobre consejo a su brillante magnificencia. Mi anterior consejo de ignorar las pilas de piedras en los caminos fue obviamente una tontería, y usted vio que sería un curso mucho más sabio declarar ilegal el llevar piedras.

Ahora una vez más tengo el glorioso privilegio de darle un mal consejo a quien no necesita consejo.

Aquí está el problema tal como yo lo veo:

1. Al haber declarado una ley contra llevar piedras, no se puede dar marcha atrás y revocar la ley sin mostrar debilidad.

2. La ley contra llevar piedras le pone a usted en posición de arrestar y castigar a mujeres y niños pequeños, actos que se filman y salen de contrabando de la India para gran vergüenza del Estado Universal del Pueblo.

3. Siendo tan extensas las costas de la India y tan pequeña nuestra Marina, no podemos impedir contrabando de esos vids.

4. Las piedras bloquean las carreteras, haciendo que el transporte de tropas y suministros sea impredecible y peligroso, y perturbando nuestros planes.

5. Las piedras apiladas reciben el nombre de «La Gran Muralla de la India» y otros nombres que las hacen parecer un símbolo de desafío revolucionario al Estado Universal del Pueblo.

Me puso usted a prueba al sugerir que sólo había dos posibilidades, que en su sabiduría sabía que nos conducirían a desastrosas consecuencias. Revocar la ley o dejar de aplicarla animaría a nuevos quebrantamientos de la ley. La aplicación estricta tan sólo creará mártires, inflamará la oposición, nos avergonzará delante de las ignorantes naciones bárbaras, y animará nuevos quebrantamientos de la ley.

Por pura suerte, no he suspendido su inteligente prueba. He encontrado la tercera alternativa que ya vio usted:

Ahora veo que su plan es llenar camiones con fina grava y grandes piedras. Sus soldados irán a las aldeas que han construido estas nuevas y más altas barricadas. Colocarán los camiones marcha atrás hasta las barricadas y verterán la grava y las piedras delante de su montón, pero no encima.

1. El rebelde y desagradecido pueblo indio reflexionará respecto a la diferencia de tamaño entre la Gran Muralla de la India y la Grava y las Piedras de China.

2. Como habrá usted bloqueado todas las carreteras de entrada y salida a cada

aldea, no conseguirán que ningún camión o autobús entre o salga de sus aldeas hasta que hayan retirado no sólo la Gran Muralla de la India, sino también la Grava y las piedras de China.

3. Descubrirán que la grava es demasiado pequeña y las piedras demasiado grandes para poder moverlas fácilmente. El gran trabajo que deberán emplear para despejar las carreteras será maestro suficiente sin tener que castigar a ninguna persona más.

4. Cualquier vid que salga de la India sólo mostrará que nosotros hemos hecho solamente con sus carreteras lo que ellos mismos hicieron voluntariamente, sólo que más. Y el único castigo que verán los extranjeros será a los indios recogiendo rocas y trasladándolas, que es precisamente lo que ellos mismos eligieron hacer en primer lugar.

5. Como no hay suficientes camiones en la India para apilar grava y piedras en más que en una pequeña fracción de las aldeas que han construido la Gran Muralla de la India, las aldeas que reciban este tratamiento deberán ser elegidas con cuidado para asegurarnos de que el máximo número de carreteras queden bloqueadas, interrumpiendo el tránsito de alimentos y artículos de comercio por toda la India.

6. También se asegurará de que suficientes carreteras queden abiertas para nuestros suministros, pero los puestos de control se establecerán lejos de las aldeas y en lugares que no puedan ser filmados desde lejos. No se permitirá el paso a ningún camión civil.

7. Ciertas aldeas que están pasando hambre recibirán pequeñas cantidades de comida que se lanzarán desde el aire por los militares chinos, que serán vistos como salvadores por traer comida a aquellos que sufren inocentemente a causa de las acciones de los rebeldes y desobedientes bloqueadores de carreteras. Proporcionaremos imágenes filmadas de estas operaciones humanitarias de nuestros militares a todos los medios de comunicación extranjeros.

Aplaudo su sabiduría al pensar en este plan le doy las gracias por permitir que alguien tan estúpido como yo tenga esta oportunidad de examinar su forma de pensar y ver cómo convertirá nuestra vergüenza en una gran lección para el desagradecido pueblo indio. A menos que, como la última vez tenga usted un plan que sea aún más sutil y sabio y que yo no he podido anticipar.

De este hijo que se postra a sus pies para aprender sabiduría,

Han Tzu

Peter no quería levantarse de la cama.

Esto no le había sucedido jamás en la vida.

No, no era estrictamente cierto. A menudo no había querido levantarse de la

cama, pero siempre lo había hecho. Lo que resultaba diferente hoy era que todavía estaba en la cama a las nueve y media de la mañana, aunque tenía prevista una rueda de prensa dentro de menos de media hora en la sala de reuniones del Hotel O. Henry en su ciudad natal de Greensboro, Carolina del Norte.

No podía achacarlo al *jet lag*. Sólo había una hora de diferencia horaria entre Ribeirao Preto y Greensboro. Sería una gran vergüenza si no se levantaba, así que se levantaría. Muy pronto.

No es que fuera a servir de nada. Podría, por el momento, seguir teniendo el título de Hegemón, pero había gente en muchos países con títulos como «rey» y «duque» y «marqués» que sin embargo cocinaban o sacaban fotos o reparaban automóviles para ganarse la vida. Tal vez debería volver a la universidad con otro nombre y estudiar una carrera como la de su padre, y trabajar tranquilamente para una compañía en cualquier parte.

O podía ir al cuarto de baño, llenar la bañera y tumbarse y respirar el agua. Unos pocos momentos de pánico y mareo, y luego todo el problema desaparecería. De hecho, si se golpeaba muy fuerte en varias partes del cuerpo, podría parecer que había luchado con un atacante y había sido asesinado. Incluso podrían considerarlo un mártir. Al menos la gente podría pensar que era lo bastante bueno para tener un enemigo que pensaba que merecía la pena matarlo.

Dentro de un minuto, pensó Peter, me levantaré y me daré una ducha para no parecer dormido ante los periodistas.

Debería preparar una declaración, pensó. Algo del estilo de «no soy tan patético y estúpido como demuestran mis recientes acciones». O tal vez las palabras directas: «Soy aún más patético y estúpido de lo que pueden indicar mis recientes acciones».

Con su suerte, probablemente lo salvarían de la bañera, le harían la respiración artificial, y entonces alguien advertiría los cardenales de su cuerpo y la falta del asaltante y la historia de su patético esfuerzo por hacer que su intento de suicidio pareciera un brutal asesinato se haría pública y su vida sería aún más indigna de lo que ya era.

Otra vez llamaron a la puerta. ¿No sabía leer la doncella el cartelito de «no molesten»? Estaba escrito en cuatro idiomas. ¿Era posible que fuera analfabeta en los cuatro? Sin duda también era analfabeta en un quinto.

Veinticinco minutos hasta la conferencia de prensa. ¿Me he quedado dormido otra vez? Eso estaría bien. Me quedé... dormido. Lo siento, he estado tan ocupado. Es un trabajo agotador entregarle a un asesino megalómano todo lo que he construido durante mi vida.

Knock knock knock. Menos mal que no me he matado, tantos golpes habrían acabado con mi concentración y estropeado por completo la escena de mi muerte. Debería morir como Séneca, con un bonito discurso final. O como Sócrates, aunque

eso sería más difícil, ya que no tengo cicuta pero sí tengo una bañera. Tampoco tengo cuchillas de afeitar. No tengo barba y no me hacen falta. Una señal más de que sólo soy un chaval estúpido a quien nunca tendrían que haberle permitido participar en el mundo de los adultos.

La puerta de su habitación se abrió y golpeó contra la barra de seguridad.

¡Qué escándalo! ¿Quién se atrevía a usar una llave maestra en su habitación?

¡Y no sólo una llave maestra! Alguien tenía la herramienta que abría la barra de seguridad y ahora su puerta estaba abierta de par en par.

¡Asesinos! Bueno, que me maten aquí en la cama, frente a ellos y no acobardado en un rincón suplicándoles que no disparen.

—Pobrecillo —dijo su madre.

—Está deprimido —dijo su padre—. No te burles de él.

—No puedo dejar de pensar en lo que tuvo que pasar Ender, combatiendo contra los fórmicos casi a diario durante semanas completamente agotado, y sin embargo siempre se levantaba y volvía a combatir.

Peter quiso gritarle. ¿Cómo se atrevía a comparar lo que él acababa de pasar con el legendario «sufrimiento» de Ender? Ender nunca había perdido una batalla, ¿no se le había ocurrido eso? ¡Y él acababa de perder la guerra! ¡Tenía derecho a dormir!

—¿Listo? Uno, dos, tres.

Peter sintió que todo el colchón se deslizaba de la cama hasta que cayó torpemente al suelo y se dio un golpe en la cabeza con el armazón del somier.

—¡Ay! —gimió.

¿No sería un noble epitafio que ser registrado para la posteridad?

¿Cómo encontró su final el gran Peter Wiggin, Hegemón de la Tierra (y, por supuesto, hermano de Ender Wiggin, santo salvador)?

Recibió una terrible herida en la cabeza cuando sus padres lo sacaron a rastras de la cama de su hotel la mañana siguiente a su ignominiosa huida de su propio complejo donde nadie lo había amenazado de ninguna manera y donde no había ninguna prueba de que existiera ninguna amenaza inminente hacia su persona.

¿Y cuáles fueron sus últimas palabras?

Una interjección, adecuada para que fuera grabada en su monumento. Ay.

—Creo que no vamos a poder llevarlo a la ducha sin tocar su sagrada persona —dijo su madre.

—Me parece que tienes razón —dijo su padre.

—Y si lo tocamos, existe la posibilidad de que caigamos muertos en el acto.

Otras personas tenían madres que eran compasivas, tiernas, recortantes, comprensivas. Su madre era una bruja sarcástica que claramente lo odiaba y lo había odiado siempre.

—La cubeta para el hielo —dijo su padre.

—No hay hielo.

—Pero tiene agua.

Esto era una estupidez. El viejo truco de tírale-agua-al-adolescente-dormido.

—Marchaos, me levantaré en un par de minutos.

—No —dijo la madre—. Vas a levantarte ahora. Tu padre está llenando la cubeta. Se oye el agua correr.

—Vale, vale, salid de la habitación para que pueda quitarme la ropa y meterme en la ducha. ¿O esto es sólo un subterfugio para volver a verme desnudo? Nunca me dejaste olvidar cómo solías cambiarme los pañales, así que al parecer ésa fue una etapa muy importante en tu vida.

Como respuesta, recibió el agua en la cara. No una cubeta llena, pero sí lo suficiente para empaparle la cabeza y los hombros.

—Lamento no haber tenido tiempo para llenarla —dijo su padre—. Pero cuando empezaste a hacerle rudas insinuaciones sexuales a mi esposa, tuve que usar el agua que tenía a mano para hacerte callar antes de que dijeras algo que me obligara a pegarte en esa cara de mocoso que tienes.

Peter se levantó del colchón y se quitó los calzoncillos que llevaba puestos.

—¿Es esto lo que habéis venido a ver?

—Por supuesto —dijo su padre—. Estabas equivocada, Theresa: sí que tiene pelotas.

—Pero no las suficientes, al parecer.

Peter se abrió paso entre ellos y cerró de golpe la puerta del cuarto de baño tras él.

Media hora más tarde, después de mantener a la prensa esperando únicamente diez minutos de más, Peter subió solo al estrado situado en un extremo de la abarrotada sala de conferencias. Todos los periodistas empuñaban sus pequeñas cámaras, las lentes asomando entre los dedos de sus puños cerrados. Era la mayor atención que había tenido jamás en una rueda de prensa... aunque para ser justo nunca había celebrado una en los Estados Unidos. Tal vez allí todas eran así.

—Estoy tan sorprendido como ustedes por encontrarme hoy aquí —dijo Peter con una sonrisa—. Pero he de decir que me siento agradecido a la fuente que me proporcionó la información que me permitió escapar, junto con mi familia, del lugar que antes fue un refugio seguro, pero que acabó por convertirse para mí en el lugar más peligroso del mundo.

»También le estoy agradecido al gobierno de los Estados Unidos, que no sólo me invitó a establecer aquí las oficinas del Hegemón, de manera temporal, por supuesto, sino que también puso a mi disposición un generoso contingente del Servicio Secreto para asegurar la zona. No creo que sean necesarios, al menos no en tan gran número, pero claro, hasta hace muy poco no creía necesitar protección ninguna dentro del

complejo de la Hegemonía en Ribeirao Preto.

Su sonrisa invitó a la risa, y la consiguió. Más bien una liberación de tensión que diversión real, pero eso valdría. Su padre lo había recalcado: haz que se rían de vez en cuando, para que todo el mundo se sienta relajado. Eso les hará pensar que tú estás relajado y confiado también.

—Mi información sugiere que los muchos empleados leales de la Oficina del Hegemón no corren ningún peligro, y cuando se establezca una nueva sede, invito a todos aquellos que quieran a continuar con su trabajo. Los empleados desleales, naturalmente, ya tienen otro empleo.

Otra risa: pero también un par de gruñidos audibles. La prensa olía a sangre, y no era ninguna ayuda que Peter pareciera (y fuese) tan joven. Humor, sí, pero no parezcas un chico chistoso. Sobre todo no parezcas un chico chistoso cuyos padres tuvieron que sacarlo a rastras de la cama esta mañana.

—No les daré ninguna información que comprometa a mi reciente benefactor. Lo que sí puedo decirles es esto: mi súbito e inconveniente viaje, esta disrupción en la Oficina del Hegemón, es completamente culpa mía.

Ya está. Eso no era lo que diría un chaval. Eso ni siquiera era lo que solían decir los políticos adultos.

—Contra el consejo de mi comandante militar y de otros, traje a mi complejo al notorio Aquiles Flandes, por su propia petición y tras asegurarme su lealtad. Me advirtieron que no era de fiar, y creí esas amenazas.

»Sin embargo, creí ser lo bastante listo y cuidadoso para detectar cualquier traición por su parte con tiempo de sobra. Fue un fallo de cálculo por mi parte. Gracias a la ayuda de otros, no fue un fallo fatal.

»La desinformación que ahora llega de Aquiles Flandes en el antiguo complejo de la Hegemonía sobre mi supuesta malversación es, por supuesto, falsa. Siempre he hecho públicos los registros financieros de la Hegemonía. Las amplias listas de ingresos y desembolsos han sido publicadas cada año en las redes, y esta mañana he abierto todos los registros financieros de la Hegemonía, y mis propios registros personales, en un sitio seguro con la dirección “Revelación Financiera del Hegemón”. A excepción de unos cuantos artículos secretos en el presupuesto, que cualquier analista militar podrá decirles que apenas es suficiente para explicar las pocas acciones militares de mi oficina en los últimos años, cada dólar tiene su explicación. Y sí, llevamos la contabilidad en dólares, ya que la moneda de la Hegemonía ha fluctuado ampliamente de valor, pero con una clara tendencia a la baja en los últimos años.

Otra risa. Pero todo el mundo escribía también como loco, y Peter pudo ver que esta política de revelación plena estaba funcionando.

—Además de ver que no se ha malversado nada de la Hegemonía —continuó

Peter—, también se darán cuenta de que la Hegemonía ha estado trabajando con fondos extremadamente limitados. Ha sido un desafío, con tan poco dinero, conducir a las naciones del mundo para que se opongan a los designios imperialistas del llamado «Estado Universal del Pueblo»... también conocido como Imperio chino. Estamos enormemente agradecidos a esas naciones que han continuado apoyando a la Hegemonía de un modo u otro. En deferencia hacia algunas de ellas que desean que su contribución permanezca en secreto, hemos retenido unos veinte nombres. Pueden ustedes especular libremente sobre su identidad pero no diré ni sí ni no, excepto para asegurarles sinceramente que China no es una de ellas.

El mayor estallido de risa hasta el momento, y un par de personas incluso aplaudieron.

—Me escandaliza que el usurpador Aquiles Flandes haya puesto en cuestión las credenciales del ministro de Colonización. Pero si hubiera alguna duda sobre los planes de Flandes, el hecho de que ésta haya sido su primera acción debería decirles mucho sobre los planes futuros que alberga para todos nosotros. Aquiles Flandes no descansará hasta que todo ser humano quede bajo su total control o esté, naturalmente, muerto.

Peter hizo una pausa, miró el escaño como si tuviera notas allí aunque no las tenía.

—Una cosa que no lamento, sin embargo, de haber traído a Aquiles Flandes a Ribeirao Preto es que he tenido la oportunidad de medirlo como ser humano... aunque sólo en el sentido más amplio del término puedo incluirlo en esa categoría. Aquiles Flandes ha conseguido su poder en el mundo no con su inteligencia o su valor, sino explotando la inteligencia y el valor de otras personas. Organizó el secuestro de los niños que ayudaron a mi hermano, Ender Wiggin, a salvar la humanidad de los invasores alienígenas. ¿Por qué? Porque sabía que él mismo no tenía ninguna esperanza de gobernar el mundo si alguno de ellos trabajara en contra suya.

»El poder de Aquiles Flandes procede de la predisposición de los demás para creer sus mentiras. Pero sus mentiras ya no le traerán nuevos aliados como hicieron en el pasado. Ha empujado su carrito hasta China y empuja a China como un buey. Pero le he oído reírse de los pobres idiotas del gobierno chino que creen en él, burlándose de sus insulsas ambiciones, cuando me dijo lo indignos que eran para que guiara sus asuntos.

»Sin duda mucho de todo esto era simplemente parte de su intento para convencerme de que ya no trabajaba con ellos. Pero su ridículo era de nombre y muy específico. Su desprecio hacia ellos era genuino. Casi sentí lástima por ellos... porque si su poder se consolida alguna vez y ellos no tienen ninguna utilidad para él, pronto verán lo que yo vi.

»Por supuesto, también me desprecia a mí, y si se está riendo de mí ahora mismo, sólo puedo estar de acuerdo con él. He sido burlado, señoras y señores. En eso, me uno a una distinguida compañía, algunos de los cuales perdieron el poder en Rusia después de los secuestros, algunos de los cuales sufren ahora como prisioneros políticos después de la conquista china de la India, y algunos de los cuales incluso ahora están arrestando a gente en la India por... cargar piedras.

»Sólo espero que yo sea la última persona en pensar de forma tan tonta y estúpida que Aquiles Flandes puede ser controlado o explotado para servir a un propósito superior. Aquiles Flandes sólo sirve a un propósito: su propio placer. Y lo que le place... sería gobernar sobre cada hombre, mujer y niño de la especie humana.

»No fui un loco cuando consagré la Hegemonía a oponerse a los actos imperialistas del gobierno chino. Ahora, por culpa de mis propios errores, el prestigio de la Hegemonía se ha visto reducido temporalmente. Pero mi oposición a la opresión a la que el Imperio chino somete a más de la mitad de la población mundial no ha disminuido. Soy el enemigo implacable de los emperadores.

Fue un momento tan bueno como cualquier otro para hacer una pausa.

Peter inclinó brevemente la cabeza para agradecer los amables aplausos. Alguien en la multitud aplaudía de manera más que amable... pero también fue consciente de que había gente que no aplaudía.

Las preguntas empezaron entonces, pero como él se había acusado a sí mismo desde el principio, las contestó sin problemas. Los periodistas trataron de conseguir más información sobre la fuente que le había dado el soplo y sobre el contenido del mismo, pero Peter simplemente respondió:

—Si dijera algo más sobre este asunto, alguien que ha sido amable conmigo sin duda moriría. Me sorprende que lo pregunten siquiera.

Después de la segunda vez que repitió esto mismo, palabra por palabra, nadie volvió a hacer esa pregunta.

En cuanto a las preguntas que eran meramente acusaciones veladas, Peter se mostró de acuerdo con todos aquellos que implicaron que había sido un idiota. Cuando le preguntaron si había demostrado ser demasiado estúpido para detentar el puesto de Hegemón, su primera respuesta fue una broma.

—Cuando acepté el cargo por primera vez me dijeron que al aceptarlo demostraba que tenía demasiado poco seso para servir.

Risas, por supuesto. Y entonces dijo:

—Pero he intentado utilizar ese cargo para servir a la causa de la paz y el autogobierno para toda la humanidad, y desafío a cualquiera a que demuestre que he hecho otra cosa que no sea avanzar en esa causa cuanto ha sido posible con los recursos que tenía.

Quince minutos más tarde, pidió disculpas por no tener más tiempo.

—Pero por favor mándenme correos electrónicos con cualquier otra pregunta que tengan, y mi personal y yo intentaremos responderlas a tiempo para su publicación. Una última cosa antes de marcharme.

Todos guardaron silencio, esperando.

—La futura felicidad de la especie humana depende de las buenas personas que quieren vivir en paz con sus vecinos, y que están dispuestas a proteger a sus vecinos de aquellos que no quieren la paz. Yo sólo soy una de esas personas.

»Probablemente no soy la mejor de ellas, y espero ante Dios no ser la más lista. Pero da la casualidad de que soy la única a quien se ha confiado el cargo de Hegemón. Hasta que mi mandato expire o sea legítimamente sustituido por las naciones que han apoyado la Hegemonía, continuaré sirviendo en ese puesto.

Más aplausos... y esta vez Peter se permitió creer que podría haber verdadero entusiasmo en ellos.

Volvió agotado a su cuarto.

Sus padres estaban allí, esperando. Se habían negado a acompañarlo.

—Si tus padres están contigo —le había dicho su padre—, entonces será mejor que ésta sea la rueda de prensa donde presentes tu dimisión. Pero si pretendes permanecer en el cargo, entonces baja solo. Sólo tú. Nada de personal. Ni padres. Ni amigos. Ni notas. Sólo tú.

Su padre había tenido razón. Y su madre también. Ender, bendito fuera su pequeño corazón, era el ejemplo que tenía que seguir. Si pierdes, pierdes, pero no te rindes.

—¿Cómo fue? —preguntó su madre.

—Bastante bien, creo. Acepté sus preguntas durante quince minutos, pero empezaban a repetirse o a salirse por la tangente, así que les dije que me mandaran por correo electrónico cualquier nueva pregunta. ¿Apareció en el vid?

—Le echamos un vistazo a treinta emisoras de noticias —dijo padre—, y las veinte redes principales o así, y en la mayoría salió en directo.

—¿Entonces lo visteis?

—No, estuvimos zapeando —contestó su madre—. Pero lo que vimos parecía bien. No pestañeaste. Creo que has salido fortalecido.

—Ya veremos.

—A la larga —dijo su padre—. Vas a pasar un par de meses terribles. Sobre todo porque puedes contar con que Aquiles no ha agotado su carcaj todavía.

—¿Analogía con arcos y flechas? Mira que eres viejo.

Todos se rieron ante su chiste.

—Mamá. Papá. Gracias.

—Lo único que hicimos —dijo su padre—, fue lo que sabíamos que mañana

habríamos deseado que hubiéramos hecho hoy.

Peter asintió. Entonces se sentó al borde de la cama.

—Tío, no puedo creer que fuera tan tonto. No puedo creer que no escuchara a Bean y a Petra y a Suri y...

—Y a nosotros —apuntó su madre.

—Y a vosotros y a Graff.

—Confiaste en tu propio juicio —dijo su padre—, y eso es exactamente lo que tienes que hacer. Te equivocaste esta vez, pero no te has equivocado con frecuencia, y dudo que vuelvas a equivocarte así jamás.

—Por el amor de Dios, no empieces a pedir votaciones sobre tus decisiones —dijo su madre—. O a estudiar encuestas de opinión o tratar de adivinar cómo se verán en la prensa tus acciones.

—No lo haré —dijo Peter.

—Porque, verás, eres Locke —dijo su madre—. Ya terminaste una guerra. Después de unos cuantos días o semanas, la prensa empezará a recordarlo. Y eres Demóstenes: tienes seguidores bien fervorosos.

—Tenía.

—Vieron lo que esperaban de Demóstenes. No te acobardaste, no pusiste excusas, aceptaste la responsabilidad que te merecías y negaste las acusaciones que eran falsas. Expusiste tus pruebas...

—Ése fue un buen consejo, papá, gracias.

—Y mostraste valor —dijo su madre.

—¿Al huir de Ribeirao Preto antes de que nadie me pusiera siquiera la vista encima?

—Al levantarte de la cama.

Peter sacudió la cabeza.

—Entonces mi valor no es más que valor prestado.

—Prestado no. Almacenado. En nosotros. Como un banco hemos visto tu valor y te hemos guardado una parte cuando temporalmente te quedaste sin él y necesitaste recuperarlo.

—Llámalo problema de liquidez, eso es lo que fue —dijo su padre.

—¿Cuántas veces más vais a tener que salvarme de mí mismo antes de que todo este drama siga su curso? —preguntó Peter.

—Creo que... seis veces —dijo su padre.

—No, ocho.

—Creéis que sois divertidos.

—Mm-hm. Sí.

Llamaron a la puerta.

—¡Servicio de habitaciones! —dijo una voz desde fuera.

Su padre llegó a la puerta con dos rápidas zancadas.

—¿Tres zumos de tomate? —preguntó.

—No, no, nada de eso. El almuerzo. Bocadillos. Un cuenco de helado.

Incluso con esa seguridad, su padre se hizo a un lado de la puerta y la abrió todo lo que permitía la barra de seguridad. Nadie disparó ninguna arma, y el tipo con la comida se echó a reír.

—Oh, a todo el mundo se le olvida quitarla, pasa todo el tiempo.

Su padre abrió la puerta y se apartó lo suficiente para asegurarse de que no había nadie más en el pasillo esperando para seguir al servicio de habitaciones al interior.

Cuando el camarero salía por la puerta, Peter se dio la vuelta para dejarle paso, justo a tiempo de ver a su madre guardar una pistola en el bolso.

—¿Desde cuándo empezaste a hacer las maletas? —le pregunto.

—Desde que tu jefe de seguridad informática resultó ser un buen amigo de Aquiles.

—¿Ferreira? —preguntó Peter.

—Ha estado diciéndole a la prensa que instaló un programa espía para averiguar quién estaba malversando fondos, y se sorprendió al descubrir que eras tú.

—Oh. Naturalmente, dieron una rueda de prensa contraria a la mía.

—Pero casi todo el mundo transmitió la tuya en directo y la suya sólo en extractos. Y todos siguieron al clip de Ferreira con una repetición de tu anuncio de que ibas a colgar los registros financieros de la Hegemonía en las redes.

—Apuesto a que nos cargamos el servidor.

—No, todas las organizaciones de noticias lo clonaron primero.

Su padre había terminado de firmar su conformidad con la comida y el camarero se marchó. Volvió a cerrar la puerta.

—Vamos a comer —dijo—. Que yo recuerde, aquí siempre daban unos almuerzos magníficos.

—Es bueno estar en casa —dijo su madre—. Bueno, no en casa, pero sí en la ciudad, al menos.

Peter dio un bocado y estaba bueno.

Ellos habían ordenado exactamente el bocadillo que él habría ordenado, así de bien lo conocían. Sus vidas estaban realmente concentradas en sus hijos. Él no podría haber ordenado sus bocadillos.

Tres platos en el carrito que había traído el camarero.

Tendrían que haber sido cinco.

—Lo siento —dijo.

—¿El qué? —preguntó su padre, con la boca llena.

—Ser el único hijo que os queda en la Tierra.

—Podría ser peor —dijo su padre—. Podría no haber ninguno.

Y su madre extendió la mano y le acarició la suya.

13

Califa

De: *Graff%peregrinación@colmin.gov*

Para: *Locke%erasmus@polnet.gov*

Sobre: *Lo mejor del valor*

Sé que no quieres saber nada de mí. Pero como ya no estás en un lugar seguro, y nuestro enemigo mutuo está jugando de nuevo con el escenario mundial, te ofrezco santuario a ti y a tus padres. No estoy sugiriendo que entréis en el programa colonial. Al contrario: considero que eres la única esperanza para orquestar una oposición mundial contra nuestro enemigo. Por eso tu protección física es de la mayor importancia para nosotros.

Por ese motivo, he sido autorizado a invitarte a una instalación fuera del planeta unos cuantos días, unas cuantas semanas, unos cuantos meses. Tiene plenas conexiones con las redes y regresarás a la Tierra a las cuarenta y ocho horas de solicitarlo. Nadie sabrá jamás que te has ido. Pero te pondrá fuera del alcance de cualquier intento de matarte o capturarte a ti o a tus padres.

Por favor, tómatelo en serio. Ahora que sabemos que nuestro enemigo no ha cortado sus conexiones con su anterior anfitrión, ciertos datos de inteligencia obtenidos tienen un tipo diferente de sentido.

Nuestra mejor interpretación de estos datos es que un atentado contra tu vida es inminente.

Una desaparición temporal de la superficie de la Tierra te sería muy útil ahora mismo. Considéralo el equivalente del viaje secreto de Lincoln a través de Baltimore para asumir la presidencia. O, si prefieres un precedente menos elevado, el viaje de Lenin a Rusia en un vagón de tren sellado.

Petra supuso que la habían llevado a Damasco porque Ambul había conseguido entablar contacto con Alai, pero ninguno de ellos la recibió en el aeropuerto. Ni tampoco había nadie esperándola en las puertas de seguridad. No es que quisiera que hubiera nadie con un cartel que dijese «Petra Arkanian», porque para eso bien podría enviarle a Aquiles un e-mail diciéndole dónde estaba.

Había sentido náuseas durante todo el viaje, pero sabía que no podía deberse al embarazo, no tan rápidamente. Las hormonas tardaban unas cuantas horas en empezar a fluir. Tenía que ser el puro temor que dio comienzo cuando se advirtió que si la gente de Alai podía descubrir exactamente dónde se hallaba, y tener un taxi esperándola, también podía hacerlo la de Aquiles.

¿Cómo supo Bean escoger el taxi que escogió para ella? ¿Era algún tipo de

predilección por los indonesios? ¿Razonó a partir de pruebas que ella ni siquiera advirtió? ¿O eligió el tercer taxi simplemente porque no se fiaba del concepto «el siguiente en la fila»?

¿A qué taxi había subido él, y quién lo conducía?

Alguien chocó con ella por detrás, y por un momento sintió un arrebató de adrelanina mientras pensaba: ¡Ya está! ¡Un asesino me va a matar por la espalda simplemente porque fui demasiado estúpida para mirar alrededor!

Después de un momento de pánico (y de echarse las culpas), advirtió que, naturalmente, no era ningún asesino, sino un pasajero de su vuelo que corría para salir del aeropuerto, mientras que ella, insegura y perdida en sus propios pensamientos, había estado caminando demasiado despacio, obstruyendo el tránsito.

Iré a un hotel, pensó. Pero no a un hotel al que vayan siempre los europeos. Pero espera, si voy a un hotel donde todo el mundo menos yo tenga aspecto árabe, destacaré. Demasiado obvio. Bean se burlaría de mí por no haber desarrollado ninguna táctica de supervivencia útil. Aunque al menos me lo pensé dos veces antes de alojarme en un hotel árabe.

El único equipaje que llevaba era la bolsa que cargaba al hombro, y en la aduana tuvo que pasar por las preguntas de rigor.

—¿Esto es todo su equipaje?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse?

—Un par de semanas, espero.

—¿Dos semanas y sólo esta ropa?

—Pretendo ir de compras.

Entrar en un país con demasiado poco equipaje siempre despertaba sospechas, pero como Bean decía, era mejor soportar unas cuantas preguntas más en las aduanas o en el control de pasaportes que tener que ir a esperar las maletas y encontrarse en un lugar donde podía haber gente mala con tiempo de sobra para localizarte.

Para Bean, lo único peor era tener que usar el primer cuarto de baño en la terminal de aeropuerto.

—Todo el mundo sabe que las mujeres tienen que orinar incesantemente —decía.

—Lo cierto es que no es incesantemente, y la mayoría de los hombres ni siquiera se dan cuenta —respondía Petra. Pero considerando que Bean nunca parecía tener necesidad de orinar, ella supuso que sus necesidades humanas normales le parecían excesivas.

Sin embargo, ahora estaba bien entrenada. Ni siquiera miró al primer cuarto de baño que dejó atrás, ni al segundo. Probablemente no utilizaría un cuarto de baño hasta que llegara a su habitación del hotel.

Bean, ¿cuándo vas a venir? ¿Cogiste el siguiente vuelo? ¿Cómo nos

encontraremos en esta ciudad?

Sabía que él se pondría furioso si se quedaba en el aeropuerto a esperar su llegada. Para empezar, no tendría ni idea de la procedencia de su vuelo: él tenía tendencia a escoger itinerarios muy extraños, así que podía estar fácilmente en un vuelo de El Cairo, Moscú, Argel, Roma, o Jerusalén. No, era mejor ir a un hotel, instalarse con un nombre falso que él conociera y...

—¿Señora Delphiki?

Se giró inmediatamente ante la mención del nombre de la madre de Bean, y entonces advirtió que el caballero alto de cabello blancos se dirigía a ella.

—Sí —rió—. Todavía no estoy acostumbrada a que me llame por ese nombre.

—Perdóneme —dijo el hombre—. ¿Prefiere su nombre de soltera?

—Hace muchos meses que no uso mi propio nombre —dijo Petra—. ¿Quién lo ha enviado a recibirme?

—Su anfitrión.

—He tenido muchos anfitriones en mi vida —dijo Petra—. No deseo visitar a algunos de ellos.

—Pero esas personas no vivirían en Damasco. —Había un brillito en sus ojos. Se inclinó para acercarse—. Hay nombres que no es bueno decir en voz alta.

—Al parecer, el mío no es uno de ellos —dijo ella con una sonrisa.

—En este tiempo y lugar, está usted a salvo mientras que otros podrían no estarlo.

—¿Estoy a salvo porque está usted conmigo?

—Está a salvo porque yo y mi... grupo estamos aquí vigilándola.

—No veo a nadie vigilándome.

—Ni siquiera me vio a mí —dijo el hombre—. Es porque somos muy buenos en lo que hacemos.

—Sí le vi. Pero no me di cuenta de que había reparado en mí.

—Como le estaba diciendo...

Ella sonrió.

—Muy bien, no nombraré a nuestro anfitrión. Y como usted no lo hará tampoco, me temo que no podré ir con usted a ninguna parte.

—Oh, qué recelosa —dijo él con una sonrisa triste—. Muy bien, pues. Tal vez pueda facilitar las cosas si la arresto.

Le mostró una placa de aspecto muy oficial dentro de una cartera. Aunque ella no tenía ni idea de qué organización había expedido la placa, puesto que nunca había aprendido el alfabeto árabe, mucho menos el idioma.

Pero Bean le había enseñado: Escucha a tu miedo, y escucha a tu confianza. Confiaba en este hombre, y por eso creyó en su placa aun sin poder leerla.

—Así que es usted de la policía siria —dijo ella.

—A veces sí, a veces no —replicó él, sonriendo de nuevo mientras retiraba la

cartera.

—Salgamos.

—Mejor no —dijo él—. Entremos en esa pequeña habitación que hay en el aeropuerto.

—¿Un excusado? —preguntó ella—. ¿O una sala de interrogatorios?

—Mi oficina —dijo él.

Si era una oficina, desde luego estaba bien disfrazada. Llegaron tras sortear el mostrador de billetes de El Al y entrar en la habitación trasera de los empleados.

—¿El Al? —preguntó ella—. ¿Es usted israelí?

—Israel y Siria son muy buenos amigos desde hace más de un siglo. Tendría que estudiar historia.

Recorrieron un pasillo flanqueado por taquillas de los empleados, una fuente, y un par de cuartos de baño.

—No creía que la amistad fuera tan íntima como para permitir que un policía sirio usara la línea nacional de Israel —le dijo Petra.

—Le mentí con lo de la policía siria —dijo él.

—¿Y también mienten los de El Al?

Él colocó la palma de la mano sobre una puerta sin identificaciones externas, pero cuando ella hizo ademán de seguirlo, negó con la cabeza.

—No, no, primero debe colocar la palma de la mano...

Ella obedeció, pero se preguntó cómo podían tener la huella de su palma y su firma de sudor aquí en Siria.

No. No la tenían, por supuesto. La estaban consiguiendo ahora mismo, de modo que fuera donde fuese sería reconocida por sus sistemas de seguridad informáticos.

La puerta conducía a una escalera que bajaba.

Y más allá, y aún más, hasta que se encontraron muy por debajo del nivel del suelo.

—No creo que esto siga las normas internacionales de acceso para discapacitados —dijo ella.

—Lo que los legisladores no ven no nos hará daño —dijo el hombre.

—Una teoría que ha metido a mucha gente en graves problema —contestó Petra.

Llegaron a un túnel subterráneo, donde un pequeño coche eléctrico los estaba esperando. Sin conductor. Al parecer, su compañero iba a conducir. No. Se colocó en el asiento trasero junto a ella el coche arrancó solo.

—Déjeme adivinar —dijo Petra—. No llevan a la mayoría de sus VIPS por el mostrador de El Al.

—Hay otras formas de llegar a esta calle —dijo el hombre—. Pero la gente que la anda buscando no habría vigilado a El Al.

—Se sorprendería de cuántas veces mi enemigo va dos pasos por delante.

—¿Pero y si sus amigos van tres pasos por delante?

Entonces se echó a reír, como si hubiera sido un chiste y no jactancia.

—Estamos solos en el coche. Hagamos ahora las presentaciones —dijo Petra.

—Me llamo Ivan Lankowski.

Ella se rió a su pesar. Pero como él no sonrió, se detuvo.

—Lo siento —dijo—. No parece usted ruso. Y eso es Damasco.

—Mi abuelo paterno era ruso, mi abuela era kazakí, ambos eran musulmanes. Los padres de mi madre siguen vivos, gracias a Alá, y ambos son jordanos.

—¿Y nunca se cambió de nombre?

—Es el corazón lo que hace al musulmán. El corazón y la vida. Mi nombre contiene parte de mi genealogía. Como Alá deseó que naciera en esta familia, ¿quién soy yo para negar ese don?

—Ivan Lankowski —dijo Petra—. El nombre que me gustaría oír es el nombre de la persona que lo envió.

—Nunca se nombra a tu oficial superior. Es una regla básica de seguridad.

Petra suspiró.

—Supongo que esto demuestra que ya no estoy en Kansas.

—No creo que haya estado nunca en Kansas, señora Delphiki —dijo Lankowski.

—Era una referencia a...

—He visto *El mago de Oz* —dijo Lankowski—. Soy, al fin y al cabo, un hombre educado. Y... yo sí he estado en Kansas.

—Entonces ha encontrado la sabiduría con la que yo sólo puedo soñar.

Él se echó a reír.

—Es un lugar inolvidable. Igual que Jordania justo después de la glaciación, cubierta de altas hierbas, extendiéndose eternamente en cada dirección, con el cielo por todas partes, en vez de quedar confinada a un pequeño recuadro entre los árboles.

—Es usted un poeta. Y también un hombre muy viejo, ya que recuerda la glaciación.

—La glaciación fue en tiempos de mi padre. Yo sólo recuerdo las lluvias de después.

—No tenía ni idea de que hubiera túneles bajo Damasco.

—En nuestras guerras con Occidente aprendimos a enterrar todo lo que no queríamos que saliera volando por los aires. Las bombas de blanco individual fueron probadas por primera vez con los árabes, ¿lo sabía? Los archivos están llenos de árabes explotando.

—He visto algunas fotos —dijo Petra—. También recuerdo que durante esas guerras, algunos de los individuos se convirtieron en blanco ellos mismos al atarse a sus propias bombas y volar por los aires en lugares públicos.

—Sí, no teníamos misiles teledirigidos, pero teníamos pies.

—¿La amargura continúa?

—No, nada de amargura —dijo Lankowski—. Una vez gobernamos el mundo conocido, desde España a la India. Los musulmanes gobernaron en Moscú, y nuestros soldados atravesaron Francia y llegaron a las puertas de Viena. Nuestros perros estaban mejor educados que los sabios de Occidente. Entonces un día nos despertamos y éramos pobres e ignorantes, y otros tenían los cañones. Sabíamos que eso no podía ser la voluntad de Alá, así que combatimos.

—¿Y descubrieron que la voluntad de Alá era...?

—La voluntad de Alá fue que nuestro pueblo muriera, y que Occidente ocupara nuestros países una y otra vez hasta que dejamos de combatir. Aprendimos nuestra lección. Ahora nos comportamos muy bien. Cumplimos todos los términos de los tratados. Tenemos libertad de prensa, libertad de religión, mujeres liberadas, y elecciones democráticas.

—Y túneles bajo Damasco.

—Y recuerdos. —Él le sonrió—. Y coches sin conductor.

—Tecnología israelí, creo.

—Durante mucho tiempo consideramos a Israel como el pie del enemigo dentro de nuestra tierra santa. Entonces un día recordamos que Israel era un miembro de nuestra familia que se perdió en el exilio, aprendió todo lo que nuestros enemigos sabían, y luego volvió a casa. Dejamos de combatir a nuestro hermano, y nuestro hermano nos dio todos los regalos de Occidente, pero sin destruir nuestras almas. Qué triste habría sido si hubiéramos matado a todos los judíos y los hubiéramos expulsado. ¿Quién nos habría enseñado entonces? ¿Los armenios?

Ella se rió ante su chiste, pero también escuchó con atención sus palabras. Así que así era como vivían con su historia: asignaban significados a cuanto les permitía ver la mano de Dios en todo. Propósito. Incluso poder y esperanza.

Pero también recordaban todavía que los musulmanes habían gobernado una vez el mundo. Y todavía consideraban la democracia como algo que adoptaron para aplacar a Occidente.

Tendría que leer el Corán, pensó ella. Para ver qué hay bajo la fachada de sofisticación al estilo occidental.

Enviaron a este hombre a recibirme, pensó, porque éste es el rostro que quieren que vean los visitantes de Siria. Me contó estas historias porque ésta es la actitud que quieren que crea que tienen. Pero ésta es la versión bonita. La que ha sido modelada para encajar con los parámetros occidentales. Los huesos de las historias, la sangre y las médulas, fueron derrota, humillación, incompreensión de la voluntad de Alá, pérdida de grandeza como pueblo, y la sensación de derrota continua. Son un pueblo que tiene algo que demostrar y un estatus perdido que recuperar. Un pueblo que quiere no venganza, sino vindicación. Muy peligrosos.

También muy útiles, hasta cierto punto. Llevó sus observaciones al siguiente paso, pero acunó sus palabras con el mismo tipo de eufemismos que él había contado.

—Por lo que me dice, el mundo musulmán ve que estos tiempos peligrosos en la historia mundial son el momento para el que los ha preparado Alá. Fueron humillados antes, así que están dispuestos a someterse a Alá y dejar que los guíe hasta la victoria.

Él no dijo nada durante largo rato.

—No he dicho eso.

—Claro que sí. Era la premisa subyacente a todo lo demás que ha dicho. Pero parece que no se da cuenta de que se lo ha dicho no a una enemiga, sino a una amiga.

—Si es usted amiga de Dios —dijo Lankowski—, ¿por qué no obedece su ley?

—Pero yo no he dicho que fuera amiga de Dios —dijo Petra—. Sólo que era amiga suya. Algunos de nosotros no podemos vivir según su ley, pero todavía podemos admirar a quienes lo hacen, y desearles lo mejor, y ayudarlos cuando podemos.

—Y acudir a nosotros en busca de refugio porque en nuestro mundo hay seguridad, mientras que en su mundo no hay ninguna.

—Muy justo —dijo Petra.

—Es usted una muchacha interesante —dijo Lankowski.

—He comandado a soldados en la guerra —dijo Petra—, y estoy casada, y bien podría estar embarazada. ¿Cuándo dejo de ser sólo una muchacha? Bajo la ley islámica, quiero decir.

—Es una muchacha porque es al menos cuarenta años más joven que yo. No tiene nada que ver con la ley islámica. Cuanto tenga sesenta años y yo cien, *inshallah*, todavía será una muchacha para mí.

—Bean está muerto, ¿verdad? —preguntó Petra.

Lankowski pareció sobresaltarse.

—No —dijo de inmediato. Lo dijo de sopetón, algo para lo que no estaba preparado, y Petra lo creyó.

—Entonces ha sucedido algo terrible que no puede decirme. Mis padres... ¿han sido heridos?

—¿Por qué piensa una cosa así?

—Porque es usted un hombre cortés. Porque su gente cambió mi billete y me trajo aquí y me prometió que me reuniría con mi marido. Y en todo este tiempo que hemos estado hablando y viajando juntos, no ha dado a entender siquiera cuándo veré a Bean, ni si llegaré a hacerlo.

—Pido disculpas por ser remiso —dijo Lankowski—. Su marido tomó un vuelo posterior que sigue una ruta diferente, pero viene de camino. Y su familia está bien, o al menos no tenemos motivos para pensar que no es así.

—Y sin embargo, sigue vacilando —dijo Petra.

—Hubo un incidente —contestó Lankowski—. Su marido está a salvo. Ileso. Pero intentaron matarlo. Creemos que si usted hubiera abordado el primer taxi, no habría habido ningún intento de asesinato. Habría sido un secuestro.

—¿Y por qué creen eso? El que quiere muerto a mi marido me quiere muerta a mí también.

—Ah, pero quiere aún más lo que hay dentro de usted —dijo Lankowski.

Ella tardó sólo un instante en hacer la deducción lógica.

—Se han apoderado de los embriones —dijo.

—El guardia de seguridad recibió un aumento de sueldo de un tercer grupo, y a cambio permitió que alguien se llevara sus embriones congelados.

Petra sabía que Volescu mentía al decir que podía identificar qué bebés tenían la Clave de Anton. Pero ahora Bean lo sabría también. Ambos sabían el valor de los bebés de Bean en el mercado libre, y que el precio más alto lo tendrían los bebés que tuvieran la Clave de Anton en su ADN, o que los compradores lo creyeran así.

Empezó a respirar demasiado rápidamente. No serviría de nada hiperventilar. Se obligó a calmarse.

Lankowski le palmeó levemente la mano. Sí, ve que estoy trastornada. No tengo todavía las habilidades de Bean para esconder lo que siento. Aunque por supuesto su habilidad bien podría ser el simple resultado de no sentir nada.

Bean sabría que Volescu los había engañado. Por lo que sabían, el bebé que llevaba en su vientre podría estar afectado con el estado de Bean. Y Bean había jurado que nunca tendría hijos con la Clave de Anton.

—¿Ha habido demandas de rescate? —le preguntó a Lankowski.

—Ay, no —replicó él—. Creemos que no desean molestar con la hazaña casi imposible de conseguir dinero de ustedes. El riesgo de ser engañados y detenidos en el proceso de intentar intercambiar artículos de valor es demasiado alto, tal vez, cuando se compara con el riesgo de vender sus bebés a otros grupos.

—Creo que los riesgos implicados en eso son casi cero —dijo Petra.

—Entonces estamos de acuerdo en la valoración. Sus bebés estarán a salvo, si eso sirve de consuelo.

—A salvo para ser educados como monstruos.

—Quizás ellos no lo vean así.

—¿Está confesando que su gente está en el mercado para adquirir un bebé genio?

—No traficamos con carne robada —dijo Lankowski—. Hace mucho tiempo tuvimos problemas con el tráfico de esclavos que se negaba a morir. Ahora, si alguien es capturado poseyendo o vendiendo o comprando o transportando un esclavo, o estando en un puesto oficial y tolerando la esclavitud, la pena es la muerte. Y los juicios son rápidos, sin apelación. No, señora Delphiki, no estamos en un buen sitio para que alguien traiga embriones robados e intente venderlos.

A pesar de su preocupación por sus hijos (sus hijos potenciales), ella advirtió lo que él acababa de confesar: que no se refería sólo a Siria, sino más bien a algún tipo de gobierno panislámico en la sombra que no existía, al menos oficialmente. Una autoridad que trascendía las naciones.

A eso se refería Lankowski cuando dijo que trabajaba para el gobierno sirio «a veces sí, a veces no». Porque a veces trabajaba para un gobierno superior al de Siria.

Ya tenían su propio rival al Hegemón.

—Quizás algún día mis hijos serán entrenados y utilizados para ayudar a defender alguna nación de la conquista musulmana.

—Como los musulmanes ya no invaden otras naciones, me pregunto cómo podría suceder algo así.

—Tienen secuestrado a Alai en alguna parte. ¿Qué está haciendo, tejiendo cestas o alfarería para venderla en la feria?

—¿Son las únicas opciones que se le ocurren? ¿Crear vasijas o la guerra agresiva?

Pero sus negativas no le interesaban. Ella sabía que su análisis era tan correcto como podía serlo sin más datos: su negativa no era una refutación, sino más bien una confirmación inadvertida.

Lo que ahora le interesaba a ella era Bean. ¿Dónde estaba? ¿Cuándo llegaría a Damasco? ¿Qué haría respecto a los embriones Perdidos?

O al menos eso era lo que intentaba hacerse creer que le interesaba. Porque lo único que podía pensar, en un monólogo sumergido que no dejaba de gritarle desde las profundidades de su mente, era:

Él tiene a mis bebés.

No era el Flautista de Hamelín, que se los llevaba bailando del pueblo. Ni Baba Yaga, que se los llevaba a su casa con patas de pollo. Ni la bruja de la casita de chocolate, que los encerraba en jaulas y los engordaba. Ninguna de aquellas grises fantasías. Nada de bruma y niebla.

Sólo el negro absoluto de un lugar donde no brilla ninguna luz donde la luz ni siquiera se recuerda. Allí estaban sus bebés. En el vientre de la Bestia.

El coche se detuvo ante un sencillo andén. La carretera subterránea continuaba, hacia destinos que Petra no se molestó en imaginar. Por lo que sabía, el túnel se extendía hasta Bagdad, hasta Ammán, bajo las montañas hasta Ankara, tal vez incluso bajo el desierto radiactivo para salir por el lugar donde la antigua piedra espera a que pase la vida media de la vida media de la vida media de la muerte, para que los peregrinos puedan volver a adorarla.

Lankowski extendió una mano y la ayudó a bajar del coche, aunque ella era joven y él viejo. Su actitud hacia ella era extraña, como si tuviera que tratarla con mucho cuidado. Como si ella no fuera robusta, como si pudiera romperse fácilmente.

Y era cierto. Ella era la que podía romperse. La que se rompió.

Sólo que no puedo romperme ahora. Porque tal vez aún tenga un hijo. Tal vez ponerme esto dentro no lo mató, sino que le dio vida. Tal vez ha echado raíces en mi jardín y florecerá y dará fruto, un bebé en un tallo corto y retorcido. Y cuando la fruta sea arrancada, saldrá también el tallo y la raíz, dejando el jardín vacío. ¿Y dónde estarán los otros entonces? Se los han llevado para que crezcan en la planta de otra. Sin embargo no me romperé ahora, porque tengo a éste, tal vez a éste.

—Gracias —le dijo a Lankowski—. Pero no soy tan frágil como para necesitar ayuda para bajar de un coche.

Él le sonrió, pero no dijo nada. Lo siguió hasta el ascensor y salieron a...

Un jardín. Tan exuberante como el claro de la jungla filipina donde Peter dio la orden que llevaría a la Bestia a su casa, expulsándolos a ellos.

Vio que el patio estaba cubierto por cristales. Por eso había tanta humedad. Por eso permanecía tan húmedo. No se entregaba nada al seco aire del desierto.

Sentado tranquilamente en una silla de piedra en mitad del jardín había un hombre alto y esbelto, la piel del profundo marrón cacao del alto Níger donde había nacido.

Ella no se dirigió hacia él de inmediato, sino que se quedó admirando lo que veía. Las largas piernas, ataviadas no con el traje de negocios que había sido el uniforme de los occidentales desde hacía siglos, sino con la túnica de un jeque. Sin embargo, no llevaba la cabeza cubierta. Y no había barba alguna en sus mejillas. Todavía joven, y sin embargo también era ahora un hombre.

—Alai —murmuró ella. Con voz tan baja que dudó que pudiera oírla.

Y tal vez no la oyó, pero eligió ese momento sólo por coincidencia para volverse y mirarla. Su expresión cejijunta se suavizó hasta convertirse en una sonrisa. Pero no era la sonrisa infantil que ella había conocido cuando correteaba por los pasillos de baja gravedad de la Escuela de Batalla. Esta sonrisa contenía cansancio, y antiguos miedos largamente dominados pero todavía presentes. Era la sonrisa de la sabiduría.

Ella se dio cuenta de por qué Alai había desaparecido de la vista.

Es el califa. Han vuelto a elegir a un califa, todo el mundo musulmán bajo la autoridad de un solo hombre, y es Alai.

No podía saberlo, no sólo con estar en este sitio, en este jardín. Sin embargo supo por la forma en que él se sentaba que era un trono. Lo supo por la forma como la habían traído aquí, sin ninguna trampa de poder, sin guardias, sin palabras secretas, sólo un hombre sencillo de elegante cortesía guiándola hacia el niño-hombre sentado en el antiguo trono. El poder de Alai era espiritual. En todo Damasco no había un lugar más seguro que éste. Nadie lo molestaría. Millones morirían antes de permitir que un extranjero sin invitación pusiera el pie aquí.

El la llamó, y fue la gentil invitación de un hombre santo. Ella no tenía que

obedecerle, y a él no le importaría que no fuera. Pero fue.

—*Salaam* —dijo Alai.

—*Salaam* —respondió Petra.

—Chica de piedra.

—Ja —dijo ella. El viejo chiste entre ellos, él burlándose de ella por el significado de su nombre en el griego original, ella burlándose del *jai de jai alai*.

—Me alegra que estés a salvo.

—Tu vida ha cambiado desde que recuperaste la libertad.

—Y la tuya también —dijo Alai—. Ahora estás casada.

—Una buena boda católica.

—Tendrías que haberme invitado.

—No podrías haber venido.

—No —reconoció él—. Pero te habría deseado lo mejor.

—En cambio nos has hecho bien cuando más lo necesitábamos.

—Lamento no haber hecho nada para proteger a los otros... niños. Pero no supe de ellos a tiempo. Y supuse que Bean y tú habríais tenido suficiente seguridad... no, no, por favor, lo siento, estoy recordándote tu dolor en lugar de aliviarlo.

Petra se derrumbó y se sentó en el suelo ante el trono, y él se inclinó para cogerla en sus brazos. Ella apoyó la *cabeza* y los brazos en su regazo, y él le acarició el pelo.

—Cuando éramos niños y jugábamos al mayor juego informático de la historia, no teníamos ni idea.

—Estábamos salvando el mundo.

—Y ahora estamos creando el mundo que salvamos.

—Yo no —dijo Petra—. Ya no soy una de las jugadoras.

—¿Somos jugadores alguno de nosotros? —dijo Alai—. ¿O sólo somos piezas que se mueven en el juego de otro?

—*Inshallah* —dijo Petra.

Ella casi esperaba que Alai fuera a echarse a reír, pero él solamente asintió.

—Sí, ésa es nuestra creencia, que todo lo que sucede viene de la voluntad de Dios. Pero creo que no es tu creencia.

—No, los cristianos tenemos que adivinar la voluntad de Dios y tratar de hacer que se cumpla.

—Parece igual, cuando las cosas están sucediendo —dijo Alai—. A veces piensas que tienes el control, porque haces que las cosas cambien según tus propias elecciones. Y entonces pasa algo que barre todos tus planes como si no fueran nada, sólo piezas de un tablero de ajedrez.

—Sombras que los niños proyectan en la pared —dijo Petra—, alguien apaga la luz.

—O enciende una luz más brillante, y las sombras desaparecen.

—Alai —dijo Petra—, ¿nos dejaras partir? Conozco tu secreto.

—Sí, os dejaré partir. El secreto no podrá ser mantenido demasiado tiempo. Demasiada gente lo sabe ya.

—Nosotros no lo diríamos nunca.

—Lo sé. Porque estuvimos juntos en el grupo de Ender. Pero ahora estoy en otro grupo. Estoy a la cabeza, porque me pidieron que lo hiciera, porque dijeron que Dios me había elegido. No sé nada de eso.

»No oigo la voz de Dios, no siento su poder en mi interior. Pero ellos acuden a mí con sus planes, sus preguntas, los conflictos entre naciones, y yo ofrezco sugerencias. Y ellos las aceptan. Y las cosas van saliendo. Hasta ahora al menos, siempre han funcionado. Así que tal vez soy un elegido de Dios.

—O eres muy listo.

—O muy afortunado. —Alai se miró las manos—. Con todo, es mejor creer que algún alto propósito guía nuestros pasos antes que pensar que nada importa, excepto nuestras pequeñas miserias y felicidades.

—A menos que nuestra felicidad sea el alto propósito.

—Si nuestra felicidad es el propósito de Dios —dijo Alai—, ¿por qué tan poca gente es feliz?

—Porque él quiere que tengamos la felicidad que sólo podemos encontrar por nuestra cuenta.

Alai asintió y se echó a reír.

—Los mocosos de la Escuela de Batalla tenemos todos un poco del imán en nuestro interior, ¿no te parece?

—Del jesuíta. Del rabí. Del lama.

—¿Sabes cómo encuentro mis respuestas? ¿A veces, cuando es muy difícil? Me pregunto a mí mismo: «¿Qué haría Ender?»

Petra sacudió la cabeza.

—Es el viejo chiste. «Me pregunto a mí mismo, qué haría una Persona más lista que yo en esta circunstancia y entonces lo hago».

—Pero Ender no es imaginario. Estuvo con nosotros, y lo conocimos. Vimos cómo nos convirtió en un ejército, cómo nos conocía a todos, encontró lo mejor en nosotros, nos presionó todo lo que pudimos soportar, y a veces aún más, pero exigiéndose a sí mismo más que a nadie.

Petra sintió de nuevo la antigua picazón de haber sido la única a la que él había presionado más de lo que pudo soportar.

Se sintió triste y enfurecida, y aunque sabía que Alai no pensaba en ella cuando lo dijo, quiso replicarle.

Pero había sido amable con ella y con Bean. Los había salvado y los había traído aquí, aunque no necesitaba ni quería la ayuda de infieles, ya que su nuevo rol como el

líder del mundo musulmán requería cierta pureza, si no en su alma, en su compañía. Con todo, ella tenía que ofrecerla.

—Te ayudaremos si nos dejas —dijo Petra.

—¿Ayudarme a qué? —preguntó Alai.

—A hacer la guerra contra China.

—Pero no tenemos planes de hacer la guerra contra China —dijo Alai—. Hemos renunciado a la *jihad* militar. La única purificación y redención que intentamos es la del alma.

—¿Tienen que ser santas todas las guerras?

—No, pero las guerras no santas maldicen a todos aquellos que toman parte en ellas.

—¿Quién sino vosotros puede alzarse contra China?

—Los europeos. Los norteamericanos.

—Es difícil alzarse cuando no tienes columna vertebral.

—Son una civilización vieja y cansada. Nosotros también lo fuimos, una vez. Hicieron falta siglos de declive y una serie de amargas derrotas y humillaciones antes de hacer los cambios que nos permitieron servir a Alá en unidad y esperanza.

—Y sin embargo mantenéis ejércitos. Tenéis una red de operarios que usan sus armas cuando es necesario.

Alai asintió gravemente.

—Estamos preparados para usar la fuerza para defendernos si nos atacan.

Petra sacudió la cabeza. Durante un instante se había sentido frustrada porque el mundo necesitaba ser rescatado, y parecía como si Alai y su gente estuvieran renunciando a la guerra. Ahora se sintió igual de decepcionada al advertir que nada había cambiado en realidad. Alai hacía planes de guerra... pero pretendía esperar hasta que algún tipo de ataque la convirtiera en una guerra «defensiva». No es que estuviera en desacuerdo con la justicia de una guerra defensiva. Era la falsedad de pretender que había renunciado a la guerra cuando en realidad la estaba planeando.

O tal vez él quería decir exactamente lo que había dicho.

Parecía muy improbable.

—Estás cansada —dijo Alai—. Aunque *el jet lag* desde Holanda no es tan grave, deberías descansar. Tengo entendido que te pusiste enferma durante el vuelo.

Ella se echó a reír.

—¿Tenías a alguien en el avión, vigilándome?

—Por supuesto. Eres una persona muy importante.

¿Por qué debería ser ella importante para los musulmanes? No querían emplear sus talentos militares, y Petra no tenía ninguna influencia política en el mundo. Tenía que ser su bebé lo que la hacía valiosa... ¿pero cómo tendría su hijo, si alguna vez tenía uno, ningún valor para el mundo islámico?

—Mi hijo no será educado para que sea soldado —dijo.

Alai alzó una mano.

—Te apresuras en tus conclusiones, Petra. Somos guiados, espero, por Alá. No tenemos ningún deseo de apoderarnos de tu hijo, y aunque esperamos que algún día haya un mundo donde todos los niños sean educados para conocer a Alá y servirlo, no tenemos ningún deseo de arrebatarte a tu hijo o mantenerlo aquí con nosotros.

—O a mi hija —dijo Petra, intranquila aún—. Si no queréis a nuestro bebé, ¿por qué soy una persona importante?

—Piensa como un soldado —dijo Alai—. Llevas en tu vientre lo que más desea nuestro peor enemigo. Y, aunque no tengas el bebé, tu muerte es algo que él tiene que conseguir, por profundas razones de su malvado corazón. Su necesidad de atraparte hace que seas importante para aquellos que le temen y quieren bloquearle el camino.

Petra sacudió la cabeza.

—Alai, mi hijo y yo podríamos morir y para tu pueblo y para ti apenas sería un parpadeo en una mira telescópica.

—Nos resulta útil mantenerte con vida —dijo Alai.

—Qué pragmático por tu parte. Pero hay algo más.

—Sí. Lo hay.

—¿Vas a decírmelo?

—Te parecerá muy místico.

—Pero eso no será una sorpresa, viniendo del Califa.

—Alá ha traído algo nuevo al mundo... Hablo de Bean, de la diferencia genética entre él y el resto de la humanidad. Hay imanes que lo han declarado una abominación, concebida en el mal. Hay otros que dicen que es una víctima inocente, un niño que fue concebido como un embrión normal pero que fue alterado por el mal y que no se puede evitar lo que se le ha hecho. Pero hay otros... y el número es bastante más grande, que dicen que esto no se podría haber cumplido excepto por la voluntad de Alá. Que las habilidades de Bean fueron una parte clave en nuestra victoria sobre los fórmicos, así que debe de ser voluntad de Dios que él existiera en el momento en que lo necesitábamos. Y como Dios ha elegido traer al mundo esta cosa nueva, ahora debemos vigilar y ver si Dios permite que este cambio genético se reproduzca.

—Se está muriendo, Alai —dijo Petra.

—Lo sé —contestó Alai—. ¿Pero no nos pasa a todos?

—No quería tener hijos.

—Y sin embargo cambió de opinión. La voluntad de Dios florece en todos los corazones.

—Entonces si la Bestia nos mata, será también por la voluntad de Dios. ¿Por qué molestarse en impedirlo?

—Porque mis amigos me lo pidieron —contestó Alai—. ¿Por qué complicas tanto todo esto? Las cosas que yo quiero son sencillas. Hacer el bien siempre que esté dentro de mi poder, y si no puedo hacer el bien, al menos no hacer el mal.

—Que... hipócrático por tu parte.

—Petra, vete a la cama, duerme, te estás volviendo quisquillosa.

Era cierto. Estaba descentrada, preocupándose por cosas que no podía hacer nada para cambiar, queriendo que Bean estuviera con ella, queriendo que Alai no se hubiera convertido en esta figura regia, este hombre santo.

—No te alegra en qué me he convertido —dijo Alai.

—¿Puedes leer mentes? —preguntó Petra.

—Rostros —dijo Alai—. Al contrario que Aquiles y Peter Wiggin, yo no busqué esto. Volví del espacio sin otra ambición que llevar una vida normal y quizá servir a mi país o a mi Dios de un modo u otro. Tampoco me eligió ningún partido o facción para ponerme en mi sitio.

—¿Cómo pudiste acabar en este jardín, en ese sillón, si ni tú ni nadie te puso ahí? —preguntó Petra. Le molestaba que la gente mintiera (incluso a sí misma) sobre cosas que simplemente no necesitaban ninguna mentira.

—Regresé de mi cautiverio en Rusia y me pusieron a trabajar planeando maniobras militares conjuntas de una fuerza panárabe que estaba siendo entrenada para unirse a la defensa de Pakistán.

Petra sabía que esta fuerza panárabe probablemente comenzó siendo un ejército diseñado para defenderse contra Pakistán, ya que, hasta el momento de la invasión china de la India, el gobierno pakistaní planeaba lanzar una guerra contra otras naciones musulmanas para unir al mundo musulmán bajo su férula.

—O lo que fuera —dijo Alai, riendo ante su consternación cuando, una vez más, pareció leerle la mente—. Se convirtió en una fuerza para la defensa de Pakistán. Me puso en contacto con planificadores militares de una docena de naciones, y fueron acudiendo a mí cada vez más frecuentemente con preguntas que sobrepasaban la estrategia militar. No fue planeado por nadie, mucho menos por mí. No creo que mis respuestas fueran particularmente sabias, simplemente decía lo que me parecía obvio, o cuando no había nada claro, hacía preguntas hasta que la claridad emergía.

—Y acabaron dependiendo de ti para todo.

—No lo creo —dijo Alai—. Simplemente... me respetaron. Empezaron a querer que estuviera presente en reuniones con los políticos y los diplomáticos, no sólo con los soldados. Y los políticos y diplomáticos empezaron a hacerme preguntas, buscando mi apoyo para sus puntos de vista o sus planes, y finalmente me escogieron como mediador entre los partidos en varias disputas.

—Un juez —dijo Petra.

—Un graduado de la Escuela de Batalla —replicó Alai—, en un momento en que

mi pueblo quería algo más que un juez. Quería volver a ser grande, y para hacerlo necesitaban un líder que creyeran que tenía el favor de Alá. Intento vivir y actuar de manera que les dé el líder que necesitan. Petra, sigo siendo el mismo chico que era en la Escuela de Batalla. Y, como Ender, puede que sea un líder pero también soy la herramienta que mi pueblo creó para cumplir su propósito colectivo.

—Tal vez esté sólo celosa —dijo Petra—. Porque Armenia no tiene ningún gran propósito, excepto continuar viva y libre. Y ningún poder para conseguirlo sin la ayuda de las grandes naciones.

—Armenia no corre peligro por nuestra parte.

—A menos, por supuesto, que nosotros provoquemos a los azerbaijanos —dijo Petra—. Cosa que hacemos sólo con respirar, debo añadir.

—No nos abriremos paso a la grandeza a través de conquistas Petra.

—¿Entonces qué, esperaréis a que el mundo entero se convierta al Islam y suplique ser admitido a vuestro nuevo orden mundial?

—Sí —dijo Alai—. Es justamente lo que haremos.

—Es el plan más iluso que he oído en mi vida.

Él se echó a reír.

—Decididamente necesitas una siesta, mi amada hermana. No querrás que ésa sea la boca que Bean tenga que escuchar cuando llegue.

—¿Cuándo llegará?

—Después de anochecer —dijo Alai—. Ahora ve a ver al señor Lankowski, que te está esperando en la puerta. Te llevará a tu habitación.

—¿Duermo esta noche en el palacio del Califa? —le preguntó Petra.

—No es mucho, para ser un palacio —dijo Alai—. La mayoría de las habitaciones son espacios públicos, oficinas, cosas así. Yo tengo un dormitorio muy sencillo y... este jardín. Tu habitación también será muy sencilla... pero quizá te parecerá lujosa si piensas que es idéntica a la habitación donde duerme el Califa.

—Parece que he caído de cabeza en una de las historias de Scheherezade.

—Tenemos un techo muy duro. No tienes nada que temer.

—Piensas en todo.

—Tenemos un médico excelente, por si necesitas algún tipo de atención.

—Es demasiado pronto para que una prueba de embarazo signifique nada —dijo Petra—. Si te refieres a eso.

—Me refería a que tenemos un médico excelente por si necesita atención médica de cualquier tipo.

—En ese caso —dijo Petra—, respondo: «Piensas en todo».

Creía que no podría dormir, pero no tenía nada mejor que hacer que estar tumbada en una cama en una habitación absolutamente espartana, sin televisión ni

ningún otro libro más que una traducción del Corán al armenio. Sabía lo que implicaba la presencia de este libro en la habitación. Durante muchos siglos, las traducciones del Corán se consideraron falsas por definición, ya que sólo el árabe original reproducía con fidelidad las palabras del Profeta. Pero con la gran apertura del Islam tras su abyecta derrota en una serie de desesperadas guerras con Occidente, esto fue una de las primeras cosas que cambiaron.

Todas las traducciones del Corán contenían, en la página del título, una cita del gran imán Zuqaq, el mismo que había traído la reconciliación de Israel y el mundo musulmán: «Alá está por encima del idioma. Incluso en árabe, el Corán se traduce de la mente de Dios a las palabras de los hombres. Todo el mundo debería poder oír las palabras de Dios en el idioma que habla en su propio corazón».

Así que la presencia del Corán en armenio le decía, primero, que en el palacio del Califa no había reincidencia, ningún regreso a los días del Islam fanático, cuando se obligaba a los extranjeros a vivir según la ley islámica, las mujeres llevaban velo y eran expulsadas de los colegios y los caminos, y los jóvenes soldados musulmanes se ataban bombas al cuerpo para hacer volar a los niños de sus enemigos.

Y también le decía que su venida aquí era esperada y alguien se había tomado grandes molestias para prepararla para ella, por sencilla que pareciese. Tener el Corán en Habla Común, el inglés deletreado más o menos fonéticamente que había sido adoptado como lenguaje por la Flota Internacional, habría sido suficiente. Pero querían dejar claro que ahí, en el corazón (no, la cabeza) del mundo musulmán, tenían consideración con todas las naciones, todos los idiomas. Sabían quién era ella, y tenían las palabras sagradas para ella en el idioma que hablaba en su corazón.

Petra agradecía el gesto y se sentía a la vez molesta por él. No abrió el libro. Rebuscó en su bolsa, y luego lo desempaquetó todo. Se duchó para despejar el polvo del viaje de su pelo y su piel, y luego se tumbó en la cama porque en esa habitación no había ningún sitio donde sentarse.

No es extraño que Alai se pase la vida en el jardín, pensó. Tiene que salir de aquí sólo para darse la vuelta.

Se despertó porque había alguien en la puerta.

No llamaron. Sólo estaba allí, con la palma apoyada en la lectora. ¿Qué podría haber oído para despertarse? ¿Pisadas en el pasillo?

—No estoy vestida —dijo, mientras la puerta se abría.

—Es lo que esperaba —respondió Bean.

Entró con su propia bolsa al hombro y la colocó sobre la única vestidora.

—¿Has visto a Alai? —preguntó Petra.

—Sí, pero ya hablaremos de eso más tarde.

—Sabes que es califa —insistió ella.

—Más tarde —dijo él. Se quitó los zapatos.

—Creo que planean una guerra, pero fingen que no.

—Pueden planear lo que quieran —dijo Bean—. Estás a salvo aquí, eso es lo que me importa.

Todavía con su ropa de viaje, Bean se tumbó en la cama junto a ella y la abrazó. Le acarició la espalda, le besó la frente.

—Me contaron lo de los otros embriones —dijo ella—. Cómo Aquiles los robó. Él la volvió a besar.

—Shhhh —dijo.

—Todavía no sé si estoy embarazada —dijo Petra.

—Lo estarás.

—Sabía que él no había comprobado la Clave de Anton. Sabía que estaba mintiendo.

—No importa —dijo Bean.

—Lo sabía pero no te lo dije.

—Ahora me lo has dicho.

—Quiero tu hijo a toda costa.

—Bueno, en ese caso podemos encargarnos del siguiente de la forma corriente.

Ella lo besó.

—Te quiero —dijo.

—Me alegro de oírlo.

—Tenemos que recuperar a los demás —dijo Petra—. Son nuestros hijos y no quiero que nadie más los eduque.

—Los recuperaremos. De eso estoy seguro.

—Él los destruirá antes de permitirlo.

—No lo creas —dijo Bean—. Los quiere con vida más de lo que nos quiere a nosotros muertos.

—¿Cómo puedes saber lo que está pensando la Bestia?

Bean se tumbó de espaldas y ambos contemplaron el techo.

—En el avión me puse a pensar en algo que dijo Ender. En cómo pensaba. Tienes que conocer a tu enemigo, dijo. Por eso estudiaba a los fórmicos constantemente. Todas las imágenes de la Primera Guerra, las anatomías de los cadáveres de los soldados insectores muertos, y lo que no podía encontrar en libros y vids, lo imaginaba. Extrapolaba. Trataba de pensar en quiénes eran.

—Tú no eres como Aquiles —dijo Petra—. Eres su opuesto. Si quieres conocerlo, piensa en lo que no eres, y lo tendrás.

—No es cierto —dijo Bean—. A su modo triste y retorcido, te ama. Y a mi modo triste y retorcido, yo también.

—No de la misma manera, y ésa es toda la diferencia.

—Ender dijo que no se puede derrotar a un enemigo poderoso a menos que lo

entiendas por completo, y que no puedes comprenderlo a menos que conozcas los deseos de su corazón, y no puedes conocer los deseos de su corazón hasta que lo ames de verdad.

—Por favor, no me digas que has decidido amar a la Bestia —dijo Petra.

—Creo que siempre lo he hecho.

—No, no, no —dijo Petra, llena de repulsión, mientras se apartaba de él y le daba la espalda.

—Desde que lo vi acercarse a nosotros cojeando, el matón que los niños pequeños creímos poder vencer. Su pie torcido, el peligroso odio que sentía hacia todo aquel que viera su debilidad. La auténtica amabilidad y el amor que mostraba a todo el mundo menos a Poke y a mí... Petra, eso es lo que nadie comprende sobre Aquiles, lo ven como un asesino, un monstruo...

—Porque lo es.

—Un monstruo que sigue ganando el amor y la confianza de gente que debería estar en alerta. Conozco a ese hombre, el hombre cuyos ojos miran en tu alma y te juzgan y te encuentran digno. Vi cómo lo amaban los otros niños, cómo desviaban su lealtad de Poke a Aquiles, lo convertían en su padre, verdaderamente, en sus corazones. Y aunque siempre me mantuvo a distancia, el hecho es que... yo también lo amaba.

—Yo no —dijo Petra. El recuerdo de los brazos de Aquiles rodeándola mientras la besaba... le resultó insoportable, y se echó a llorar.

Sintió la mano de Bean sobre su hombro, acariciándola suavemente, consolándola.

—Voy a destruirlo, Petra —dijo Bean—. Pero nunca lo conseguiré como lo he estado haciendo hasta ahora. He estado evitándolo, reaccionando a él. Peter tuvo una buena idea después de todo. Fue un tonto, pero la idea era buena, acercarse a él. No se le puede tratar como a algo lejano e incomprensible. Una fuerza de la naturaleza, como una tormenta o un terremoto, donde no tienes ninguna esperanza sino correr en busca de refugio. Hay que comprenderlo. Entrar dentro de su cabeza.

—He estado allí —dijo Petra—. Es un sitio hediondo.

—Sí, lo sé. Un lugar de miedo y fuego. Pero recuerda: él vive allí todo el tiempo.

—¡No me digas que tengo que compadecerlo porque él tiene que vivir consigo mismo!

—Petra, me pasé todo el vuelo tratando de ser Aquiles, tratando de pensar en qué anhela, en qué es lo que espera, en pensar como él piensa.

—¿Y vomitaste? Porque yo lo hice, dos veces durante mi vuelo, y no tuve que meterme dentro de la Bestia para hacerlo.

—Tal vez porque tienes una pequeña bestia en tu interior.

Ella se estremeció.

—No lo llares de esa forma. Ni siquiera estoy embarazada todavía, probablemente. Fue sólo esta mañana. Mi bebé, niño o niña, no es una bestia.

—Un mal chiste, lo siento —dijo Bean—. Pero escucha, Petra, en el vuelo me di cuenta de algo. Aquiles no es una fuerza misteriosa. Sé exactamente lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere? ¿Además de vernos muertos?

—Quiere que sepamos que los bebés están vivos. Ni siquiera los implantará todavía. Nos dejará pequeñas pistas para que las sigamos... nada demasiado obvio, porque quiere que pensemos que descubrimos algo que está intentando mantener oculto. Pero descubriremos dónde están porque quiere que lo hagamos. Todos estarán en un lugar. Porque quiere que vayamos a por ellos.

—Un cebo.

—No, no sólo un cebo —dijo Bean—. Podría enviarnos una nota ahora mismo si quisiera. No, es más que eso. Quiere que pensemos que somos muy listos al haber descubierto dónde están. Quiere que nos sintamos llenos de esperanza por poder rescatarlos. Que nos pongamos nerviosos, para que nos lancemos a una situación para la que no estaremos preparados, mientras que él nos estará esperando. De esa manera nos verá pasar de la esperanza absoluta a la desesperación total. Antes de matarnos.

Bean tenía razón, ella lo sabía.

—¿Pero cómo puedes pretender siquiera amar a alguien tan malvado?

—No, sigues sin comprender —dijo Bean—. No es nuestra desesperación lo que quiere. Es nuestra esperanza. Él no tiene ninguna. No la comprende.

—Oh, por favor —dijo Petra—. Una persona ambiciosa vive de la esperanza.

—Él no tiene esperanza ninguna. Ningún sueño. Lo intenta todo por encontrar uno. Ejecuta los movimientos del amor y la amabilidad, de todo lo demás que podría funcionar, y sin embargo nada significa nada. Cada nueva conquista sólo lo deja ansioso de más. Tiene ansia por encontrar algo que realmente importe en la vida. Sabe que nosotros lo tenemos. Nosotros dos, incluso antes de conocernos, lo teníamos.

—Creí que eras famoso por no tener fe.

—Pero verás, Aquiles me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo. Lo vio en mí. Lo mismo que vio sor Carlotta.

—¿Inteligencia?

—Esperanza —dijo Bean—. Esperanza implacable. Por mi mente nunca pasa la idea de que no hay solución, de que no hay posibilidad de sobrevivir. Oh, puedo concebirlo intelectualmente, pero mis acciones nunca se basan en la desesperación, porque nunca lo creo realmente. Aquiles sabe que tengo un motivo para vivir. Por eso me busca tan ansiosamente. Y a ti, Petra. A ti más que a mí. Y nuestros bebés... ellos son nuestra esperanza. Una clase de esperanza completamente loca, pero nosotros los hicimos, ¿no?

—Entonces —dijo Petra, comprendiendo ahora—, no sólo quiere que muramos, como hizo con sor Carlotta en el avión, cuando estaba lejos. Quiere que le veamos con nuestros bebés.

—Y piensa que cuando nos demos cuenta de que no podemos recuperarlos, de que vamos a morir después de todo, absorberá la esperanza que toma de nosotros. Piensa que, al tener nuestros bebés, tiene nuestra esperanza.

—Y la tiene —dijo Petra.

—Pero la esperanza nunca puede ser suya. Es incapaz de eso.

—Todo esto es muy interesante —dijo Petra—, pero completamente inútil.

—¿Pero no lo ves? —dijo Bean—. Así es como podemos destruirlo.

—¿Qué quieres decir?

—Va a caer en el pozo que cava para nosotros.

—Nosotros no tenemos a sus bebés.

—Él espera que vayamos y le demos lo que quiere. Pero en cambio, iremos preparados para destruirlo.

—Nos va a tender una emboscada. Si vamos por la fuerza, escapará o... en cuanto quede claro que está condenado, matará a nuestros bebés.

—No, no, le dejaremos que prepare la trampa. Nos meteremos de cabeza en ella. Así, cuando nos enfrentemos a él, lo veremos en su momento de triunfo. Que es siempre el momento en que la gente es más estúpida.

—No tienes que ser listo cuando tienes todos los cañones.

—Relájate, Petra —dijo Bean—. Voy a recuperar a nuestros bebés. Y mataré a Aquiles de paso. Y lo haré pronto, mi amor. Antes de morir.

—Eso está bien —dijo Petra—. Te sería mucho más difícil hacerlo después.

Y entonces se echó a llorar, porque contrariamente a lo que Bean acababa de decir, ella no tenía ninguna esperanza.

Iba a perder a su marido, sus hijos iban a perder a su padre. Ninguna victoria sobre Aquiles podría cambiar el hecho de que al final ella iba a perderlo.

Él la abrazó de nuevo, con fuerza, beso su frente, su mejilla.

—Ten a nuestro bebé —dijo—. Yo traeré a casa a sus hermanos y hermanas antes de que nazca.

Estación espacial

Para: *Locke&erasmus@polnet.gov*

De: *SitePostAlert*

Sobre: *Chica en el puente*

Ahora que no estás en la letrina, puedes volver a comunicarte. Aquí no hay e-mail. Las piedras son mías. De vuelta al puente pronto. Guerra inminente. Postéame a mí solamente, a este sitio, nombre de recogida BridgeGirl, la clave no es peldaño.

A Peter el vuelo espacial le pareció aburrido, como ya esperaba. Igual que viajar en avión, pero más largo y con menos paisajes.

Gracias al cielo que sus padres habían tenido el buen sentido de no ponerse sentimentales con el vuelo en lanzadera hasta el Ministerio de Colonización.

Después de todo, era la misma estación espacial que había sido la Escuela de Batalla.

Iban a poner el pie por fin en el lugar donde su precioso Ender había tenido sus primeros triunfos... y, oh, sí, mató a un niño.

Pero aquí no había huellas. Nada que les dijera cómo fue para Ender viajar en lanzadera hasta este sitio. Ellos no eran niños pequeños arrancados de sus hogares. Eran adultos, y el destino del mundo bien podría descansar en sus manos.

Ahora que lo pensaba, ése fue el caso de Ender, ¿no?

Toda la especie humana estaba unida cuando Ender vino aquí.

El enemigo estaba claro, el peligro era real, y Ender ni siquiera tuvo que saber qué estaba haciendo para ganar la guerra.

En comparación, la tarea de Peter era mucho más difícil. Podría parecer más simple: encontrar un asesino realmente bueno y matar a Aquiles.

Pero no era tan sencillo. Primero, Aquiles, al ser un asesino y un manipulador de asesinos, estaría preparado para un plan semejante. Segundo, no bastaba con matar a Aquiles. Él no era el ejército que conquistó la India e Indochina. No era el gobierno que regía sobre más de la mitad de los habitantes del mundo. Destruye a Aquiles, y todavía tendrás que deshacer todas las cosas que hizo.

Era como Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Sin Hitler, Alemania nunca habría tenido valor para conquistar Francia y llegar a las puertas de Moscú. Pero si hubieran asesinado a Hitler justo antes de la invasión de Rusia, entonces, con toda probabilidad, el lenguaje común de la Flota Internacional habría sido el alemán. Porque fueron los errores de Hitler, sus debilidades, sus temores, sus odios, los que perdieron la segunda mitad de la guerra, igual que fue su impulso y sus decisiones los

que ganaron la primera mitad.

Matar a Aquiles tal vez no hiciera más que garantizar un mundo gobernado por China.

De todas formas, sin él por medio, Peter se enfrentaría a un enemigo racional. Y sus propias cualidades no serían tan supersticiosamente terroríficas. La manera en que Bean y Petra y Virlomi huyeron ante la sola idea de que Aquiles venía a Ribeirao Preto... Aunque, naturalmente, a la larga no se equivocaron, eso complicó enormemente las cosas y él tuvo que seguir trabajando solo, a menos que tuviera en cuenta a sus padres.

Y como ellos eran los únicos elementos en los que podía confiar, decididamente contaba con ellos.

Contaba con ellos, pero estaba enfadado con ellos al mismo tiempo. Sabía que era irracional, pero durante todo el trayecto hasta ColMin, él no paraba de recordar la manera en que sus padres lo habían juzgado siempre de niño y lo declaraban incapaz, mientras que Ender y Valentine no podían hacer nada malo. Siendo una persona fundamentalmente razonable, tomó debida nota del hecho de que, desde que Val y Ender se marcharon en una nave colonial, sus padres lo habían apoyado por completo. Lo habían salvado más de una vez. No podía haberles pedido más aunque lo hubieran amado de verdad. Cumplieron con su deber como padres, y más que su deber.

Pero eso no aliviaba el dolor de aquellos primeros años cuando todo lo que él hacía parecía estar mal, cada instinto natural una ofensa contra una u otra de sus versiones de Dios. Bueno, a pesar de vuestros juicios, recordad esto: ¡Fue Ender quien resultó ser Caín! Y siempre pensasteis que iba a ser yo.

Estúpido estúpido, se dijo Peter. Ender no mató a su hermano, Ender se defendió contra sus enemigos. Como he hecho yo.

Tengo que superar esto, se dijo una y otra vez durante el viaje. Ojalá hubiera algo que mirar además de los estúpidos vids. O a papá roncando. O a mamá mirándome de vez en cuando, calibrándome, y luego guiñándome el ojo. ¿Tiene idea de lo horrible que es eso? ¿De lo deprimente que es? ¡Guiñarme el ojo! ¿Y sonreír? ¿Y mirarme con aquella expresión soñadora que solía tener para Val y Ender? Claro que ellos le gustaban.

Basta. Piensa en lo que tienes que hacer, bobo. Piensa en lo que tienes que escribir y publicar, como Locke y Demóstenes, para alertar al pueblo de los países libres, para estimular a gobiernos de las naciones controladas desde arriba. No podía haber ninguna actividad comercial habitual, no podía permitirlo. Pero era difícil mantener la atención del pueblo en una guerra donde no se estaba disparando. Una guerra que tenía lugar en una tierra lejana. ¿Qué les importaba, en Argentina, que la gente de la India tuviera un gobierno que no habían elegido? ¿Por qué debería

importarle a un granjero de luz que atendía sus pantallas fotovoltaicas en el desierto de Kalahari si al pueblo de Tailandia les tiraban tierra a la cara?

China no tenía nada planeado para Namibia o Argentina. La guerra había terminado. ¿Por qué la gente no podía cerrar el pico y seguir ganando dinero?

Ese era el enemigo de Peter. No Aquiles, en última instancia. Ni siquiera China. Era la apatía del resto del mundo que jugaba en sus manos.

Y yo estoy aquí en el espacio, sin libertad de movimientos, más indefenso de lo que he estado nunca antes. Porque si Graff decide no enviarme de vuelta a la Tierra, no podré ir. No hay ningún transporte alternativo. Parece que él está completamente de mi parte. Pero son sus antiguos mocosos de la Escuela de Batalla los que cuentan con su lealtad total. Piensa que puede utilizarme como yo creí poder utilizar a Aquiles. Yo me equivoqué. Pero probablemente él tiene razón.

Después de todo el viaje, era frustrante estar aquí y todavía tener que esperar mientras la lanzadera ejecutaba su bailecito y se alineaba con el muelle de la estación. No había nada que ver. Nublaron las ventanas porque causaba mareos en gravedad cero ver la Tierra girar como loca mientras la lanzadera encajaba con la rotación de la gran rueda.

Mi carrera podría haber terminado ya. Puede que ya me haya ganado mi pequeña mención en la historia. Puede que ya no sea más que una nota al pie en las biografías de otros, un párrafo en los libros de historia.

Realmente, a estas alturas mi mejor estrategia para mejorar mi reputación es probablemente que me asesinen de alguna forma pintoresca.

Pero tal como van las cosas, probablemente moriré en algún trágico accidente con las compuertas mientras atraco de manera rutinaria en la estación espacial ColMin.

—Deja de revolverte —dijo su madre.

Él la miró bruscamente.

—No lo estoy haciendo.

—Bien —dijo ella—. Enfádate conmigo. Eso será mejor que sentir pena de ti mismo.

Él quiso replicarle, pero advirtió la futilidad de negar lo que todos sabían que era verdad. Estaba deprimido, claramente, y sin embargo todavía tenía un trabajo que hacer. Como el día de su rueda de prensa, cuando lo sacaron a rastras de la cama. No quería repetir aquella humillación. Haría su trabajo sin tener que soportar que sus padres lo empujaran como a cualquier otro adolescente. Y no se pondría gallito con ellos cuando simplemente le dijeran la verdad.

Por eso le sonrió a su madre.

—Vamos, mamá, sabes que si estuviera ardiendo, nadie vendría a mearme encima para apagar el fuego.

—Sé sincero, hijo —dijo su padre—. Hay cientos de miles de personas en la

Tierra a los que sólo hay que pedírselo. Y algunas docenas que lo harían sin esperar una invitación, si vieran una oportunidad.

—La fama tiene algunas cosas buenas —observó Peter—. Y los que no tengan la vejiga llena probablemente colaborarán escupiendo.

—Esto se está volviendo bastante repugnante —dijo la madre.

—Lo dices porque tu trabajo es decirlo.

—Entonces me pagan poco —dijo la madre—. Porque es un puesto casi en exclusiva.

—Tu papel en la vida. Tan femenino. Los hombres necesitan que los civilicen, y tú eres la adecuada para hacerlo.

—Obviamente, no soy muy buena en mi labor.

En ese momento el sargento de la FI que era su asistente de vuelo entró en la cabina principal y les dijo que era tiempo de partir.

Como atracaron en el centro de la estación, no había gravedad. Fueron flotando, agarrándose a los posamanos mientras el asistente empujaba las maletas para que volaran por la compuerta que se hallaba por debajo de ellos. Las recogieron un par de ordenanzas que obviamente habían hecho esto un centenar de veces, y no se impresionaron lo más mínimo por el hecho de que el Hegemón en persona viniera a ColMin.

Aunque, con toda probabilidad, nadie sabía quiénes eran. Viajaban con documentos falsos, naturalmente, pero Graff sin duda había permitido que alguien en la estación supiera quiénes eran en realidad.

Aunque seguramente no los ordenanzas.

Hasta que no bajaron por un radio de la rueda a un nivel donde había un suelo por el que caminar no se encontraron con nadie que tuviera peso real en la estación. Un hombre con el traje gris que servía en ColMin como uniforme esperaba al pie del ascensor, la mano extendida.

—Señores Raymond —dijo—. Soy el viceministro Dimak. Y ese debe de ser su hijo, Dick.

Peter sonrió débilmente ante el leve humor subyacente al seudónimo que Graff le había designado arbitrariamente [2].

—Por favor, dígame que sabe quiénes somos de verdad para no tener que continuar con esta charada —dijo Peter.

—Lo sé —respondió Dimak en voz baja—, pero no lo sabe nadie más en esta estación, y me gustaría que siguiera siendo así.

—¿Graff no está aquí?

—El ministro de Colonización viene de regreso tras su inspección de la nueva nave colonial. Nos faltan dos semanas para terminar la primera fase, y a partir de la próxima semana no crearán el tráfico que pasará por aquí, dieciséis lanzaderas al día,

y eso es sólo para los colonos. Los cargueros van directamente al dique seco.

—¿Hay aquí un dique mojado? —preguntó su padre inocentemente.

Dimak sonrió.

—La terminología náutica se resiste a morir.

Dimak los condujo por un pasillo hasta un tubo de bajada. Resbalaron por la pértiga tras él. La gravedad no era todavía tan intensa como para convertirlo en un problema, ni siquiera para los padres de Peter, que después de todo tenían cuarenta y tantos años. Los ayudó a salir del pozo para dirigirse a un pasillo más bajo y por tanto más «pesado».

Había anticuadas franjas indicadoras de dirección en las paredes.

—Ya se han introducido las huellas de sus palmas —dijo Dimak—. Toquen aquí y les guiará a su habitación.

—Es un residuo de los viejos tiempos, ¿no? —preguntó el padre—. Aunque supongo que no estaría usted aquí cuando todavía era...

—Estaba aquí —dijo Dimak—. Fui la nodriza de los grupos de los chicos nuevos. Pero no de su hijo, me temo. Aunque sí de un conocido suyo, creo.

Peter no quiso ponerse en la patética situación de nombrar a los graduados de la Escuela de Batalla que conocía. Su madre no tuvo ese problema.

—¿Petra? —dijo—. ¿Suriyawong?

Dimak se inclinó hacia delante, de manera que su voz no pudiera ser oída más allá.

—Bean —dijo.

—Debe de haber sido un chico notable.

—Parecía un crío de tres años cuando llegó aquí —dijo Dimak—. Nadie podía creer que fuera lo bastante mayor para este sitio.

—No parece igual ahora —dijo Peter secamente.

—No, yo... sé lo de su estado. No es de dominio público, pero el coronel Graff... el ministro, quiero decir, sabe que todavía me preocupo por lo que le pase a... Bueno, a todos mis chicos, por supuesto, pero éste era... Imagino que el primer entrenador de su hijo sintió lo mismo hacia él.

—Eso espero —dijo la madre.

El sentimentalismo se estaba volviendo tan dulzón que Peter quiso cepillarse los dientes. Palmeó el cojín de entrada y tres franjas se encendieron.

—Verde verde marrón —dijo Dimak—. Pero pronto no lo necesitará. No es que haya kilómetros y kilómetros de territorio abierto donde perderse por aquí. El sistema de franjas siempre asume que uno quiere volver a su habitación, excepto cuando se toca el cojín ante la puerta de su habitación, y entonces piensa que uno quiere ir al baño... No hay ninguno dentro de las habitaciones, me temo, no lo construyeron así. Pero si quieren ir al comedor palmeen dos veces y lo sabrá.

Les mostró sus habitaciones, que consistían en un cuarto largo con camastros en fila a ambos lados de un estrecho pasillo.

—Me temo que tendrán compañía durante la semana en que estaremos cargando la nave, pero nadie está aquí mucho tiempo, y luego tendrán el lugar para ustedes solos durante más de tres semanas.

—¿Están haciendo un lanzamiento al mes? —preguntó Peter—. ¿Cómo sufragan ese ritmo?

Dimak lo miró sin expresión.

—La verdad es que no lo sé.

Peter se acercó e imitó la voz que Dimak usaba para los secretos.

—Soy el Hegemón —dijo—. Oficialmente, su jefe trabaja para mí.

—Usted salva el mundo —susurró Dimak—, nosotros financiamos el programa colonial.

—Me vendría bien un poco de dinero para mis operaciones.

—Todos los Hegemonos piensan así —dijo Dimak—. Por eso nuestros fondos no vienen de usted.

Peter se echó a reír.

—Inteligente movimiento. Si se piensa que el programa colonizador es muy importante.

—Es el futuro de la especie humana —dijo Dimak simplemente—. Los insectores... perdóneme, los fórmicos, tenían la idea apropiada. Extenderse hasta donde se pueda, para no poder ser eliminados en una sola guerra desastrosa. No es que eso los salvara, pero... nosotros no somos criaturas colmenares.

—¿Ah, no? —preguntó el padre.

—Bueno, si lo somos, ¿quién es la reina?

—En este lugar, sospecho que es Graff.

—¿Y todos nosotros somos sus bracitos y piernas?

—Y bocas y... bueno, sí, por supuesto. Un poco más independientes y un poco menos obedientes que los fórmicos individuales desde luego, pero así es como una especie llega a dominar un mundo como lo hicimos nosotros, y ellos. Sabiendo cómo conseguir que un gran número de individuos renuncien a su voluntad personal y se sometan a una mente grupal.

—Así que lo que hacemos aquí es filosofía —dijo Dimak.

—O ciencia muy avanzada —respondió el padre—. La conducta de los humanos en grupo. Grados de lealtad. Pienso mucho en ello.

—Qué interesante.

—Ya veo que no le interesa. Y que ahora me considera un excéntrico que elabora teorías. Pero no lo hago, en realidad. No sé por qué acabo de hacerlo ahora mismo. Es... es la primera vez que estoy en la casa de Graff, como si dijéramos. Y conocerlo

a usted ha sido muy parecido a visitarlo.

—Me siento... halagado —dijo Dimak.

—John Paul —dijo la madre—. Creo que estás incomodando al señor Dimak.

—Cuando la gente siente una gran lealtad hacia su comunidad, empiezan a adoptar los manierismos y la moralidad de su líder —dijo el padre, negándose a claudicar.

—Si su líder tiene personalidad —intervino Peter.

—¿Cómo se puede ser líder sin tenerla?

—Pregúntale a Aquiles —dijo Peter—. Es todo lo contrario. Adopta los manierismos de la gente que quiere que lo siga.

—Me acuerdo de ése —dijo Dimak—. Estuvo aquí sólo unos cuantos días antes de... de que descubriéramos que tenía una historia de asesinatos en la Tierra.

—Algún día tendrá que contarme cómo consiguió Bean que confesara. No quiere decírmelo.

—Si él no lo dice, yo tampoco —dijo Dimak.

—Qué leal —dijo el padre.

—En realidad no —respondió Dimak—. Es que no lo sé yo tampoco. Sé que tuvo que ver con un conducto de ventilación.

—Esa confesión —dijo Peter—. Los archivos no estarán todavía por aquí, ¿verdad?

—No, y aunque lo estuvieran, son parte de un archivo juvenil cerrado.

—De un asesino de masas.

—Sólo advertimos que existen las leyes cuando actúan contra nuestros intereses —dijo Dimak.

—¿Ve? —dijo el padre—. Hemos intercambiado filosofías.

—Como hombres primitivos haciendo cambalaches en una reunión —dijo Dimak—. Si no le importa, me gustaría que hablaran con el jefe de seguridad Uphanad antes de cenar.

—¿Sobre qué?

—Los colonos no son ningún problema... viajan en una sola dirección y no pueden comunicarse fácilmente con el planeta. Pero es probable que los reconozcan aquí. Y aunque no sea así, es difícil mantener una historia falsa durante mucho tiempo.

—Entonces que no sea una historia falsa —dijo Peter.

—No, que sea buena —dijo la madre.

—Pero no hablemos con cualquiera —dijo el padre.

—Ésos son precisamente los temas que quiero que discutan con el mayor Uphanad.

Una vez Dimak se hubo marchado, escogieron los camastros situados al fondo de

la larga habitación.

Peter se quedó con el de arriba, naturalmente, pero mientras deshacía las maletas e iba metiendo las cosas en la taquilla situada en la pared de detrás, su padre descubrió que cada seis camastros (tres por cada lado) podían separarse de los demás por medio de una cortina de intimidad.

—Tiene que ser algo posterior —dijo el padre—. No me imagino que dejaran que los niños se distanciaran unos de otros.

—¿Será material a prueba de sonidos? —preguntó la madre.

El padre la corrió con un movimiento circular, quedándose fuera. No oyeron nada. Entonces la abrió.

—¿Bien? —preguntó.

—Una barrera de sonido bastante efectiva —informó la madre.

—Intentaste hablarnos, ¿no? —preguntó Peter.

—No, estaba intentando escucharos a vosotros.

—Nosotros estábamos intentando escucharte a ti, John Paul —dijo la madre.

—No, yo hablé. No grité, pero no pudisteis oírme, ¿no?

—Peter —dijo la madre—, trasládase al otro compartimento.

—Eso no funcionará cuando lleguen los colonos.

—Podrás volver y dormir en la habitación de papá y mamá cuando llegue visita —dijo la madre.

—Tendréis que atravesar mi habitación para ir al cuarto de baño —dijo Peter.

—Eso es —contestó el padre—. Sé que eres el Hegemón y que deberías tener la mejor habitación, pero verás, no es probable que te sorprendamos haciendo el amor.

—No contéis con ello —dijo Peter agriamente.

—Abriremos la puerta un poquito y diremos «toc-toc» antes de pasar —dijo la madre—. Eso te dará tiempo a que escondas el pajarito.

A Peter le asqueaba un poco tener esta discusión con sus padres.

—Siempre sois tan listos. Me alegro de cambiar de habitación, creedme.

Fue bueno estar a solas, una vez se cerró la puerta, aunque el precio fuera tener que sacar todas sus cosas de la taquilla que acababa de llenar y pasarlas a la taquilla de la siguiente sección. Ahora, para empezar, tenía una cama de las de abajo. Y no tenía que soportar a sus padres intentando alegrarle.

Necesitaba tiempo para pensar.

Así que por supuesto se quedó dormido al momento.

Dimak lo despertó al hablarle por el intercomunicador.

—Señor Raymond, ¿está usted ahí?

Peter tardó una décima de segundo en recordar que se suponía que él era Dick Raymond.

—Sí. A menos que se refiera a mi padre.

—Ya he hablado con él —dijo Dimak—. He programado las franjas guía para que los lleven al departamento de seguridad.

Estaba en el nivel superior, donde había menos gravedad, cosa que tenía sentido, porque si se requería acción de seguridad, los oficiales que salían de la oficina principal sólo tendrían que ir cuesta abajo.

Cuando entraron en su despacho, el mayor Uphanad salió a recibirlos. Les dio la mano a todos.

—¿Es usted de la India o de Pakistán? —preguntó la madre.

—De la India —contestó Uphanad, sin alterar su sonrisa.

—Lamento lo de su país.

—No he estado allí desde... hace mucho tiempo.

—Espero que su familia esté bien bajo la ocupación china.

—Gracias por su preocupación —dijo Uphanad, en un tono de voz que dejaba claro que el tema quedaba zanjado.

Les ofreció sillas y se sentó tras su mesa, aprovechándose de su posición oficial. Peter lo lamentó un poco, ya que estaba acostumbrado a ser el hombre que siempre ocupaba el sitio dominante. Puede que nunca hubiera tenido mucho poder real como Hegemón, pero el protocolo siempre le otorgaba el lugar más elevado.

Pero se suponía que aquí no lo conocía nadie. Así que difícilmente podrían tratarlo de manera distinta a cualquier otro visitante.

—Sé que son ustedes invitados particulares del ministro —dijo Uphanad—, y que desean no ser molestados. Lo que necesitamos discutir son los límites de su intimidad. ¿Es probable que reconozcan sus rostros?

—Posiblemente —dijo Peter—. Sobre todo el suyo.

—Señaló a su padre. Era una mentira, por supuesto, y posiblemente fútil, pero...

—Ah —dijo Uphanad—. Y supongo que sus nombres reales serían reconocidos.

—Probablemente —contestó el padre.

—Sin duda —dijo la madre, como si estuviera orgullosa del hecho y le sorprendiera que él tuviera la menor duda al respecto.

—Entonces... ¿habría que llevarles las comidas? ¿Necesitamos despejar todos los pasillos cuando vayan al baño?

A Peter eso le pareció una pesadilla.

—Mayor Uphanad, no queremos alertar de nuestra presencia aquí, pero estoy seguro de que se puede confiar en que su personal será discreto.

—Al contrario —respondió Uphanad—. Las personas discretas hacen gala de no dar por hecha la lealtad de su personal.

—¿Incluida la suya? —preguntó la madre dulcemente.

—Ya que me han mentido varias veces —dijo Uphanad—, supongo que puedo decir sin problemas que no dan ustedes por hecha la lealtad de nadie.

—Sin embargo, no voy a quedarme atrapado en ese tubo —dijo Peter—. Me gustaría poder utilizar su biblioteca... Estoy suponiendo que tiene una, y podemos comer en el comedor y usar el cuarto de baño sin molestar a los demás.

—¿Ve? —dijo Uphanad—. No tiene en cuenta la seguridad.

—No podemos vivir como prisioneros —respondió Peter.

—No se refería a eso —dijo el padre—. Estaba hablando de la manera en que simplemente anunciaste la decisión por nosotros tres. El hecho de que yo fuera el más fácil de reconocer.

Uphanad sonrió.

—El problema de ser reconocido es real —dijo—. Lo conocí de inmediato, por los vids, señor Hegemón. Peter suspiró y se inclinó hacia atrás.

—Su cara no es tan reconocible como si fuera un político de verdad —dijo Uphanad—. Ellos se regodean mostrando su rostro en público. Su carrera comenzó, si no recuerdo mal, en el anonimato.

—Pero he aparecido en los vids.

—Escuche, pocos miembros de nuestro personal ven los vids. Da la casualidad de que yo soy un adicto a las noticias, pero la mayoría de la gente de aquí prefiere cortar los lazos con los chismorreos de la Tierra. Creo que la mejor manera que tienen de continuar a salvo es comportarse como si no tuvieran nada que ocultar. Sean un poco despegados... no se enzarcan con la gente en conversaciones que lleven a explicaciones mutuas de lo que hacen y quiénes son, por ejemplo. Pero si son alegres y no actúan haciéndose los misteriosos, estarán bien. La gente no esperará ver al Hegemón viviendo con sus padres en uno de los camastros de aquí. —Uphanad sonrió—. Será nuestro pequeño secreto, de los seis.

Peter hizo la cuenta. Él, sus padres, Uphanad, Dimak, y... oh, Graff, claro.

—Creo que aquí no habrá ningún intento de asesinato —dijo Uphanad—, porque hay muy pocas armas a bordo, todas se guardan bajo llave, y todo el que llega es escaneado en busca de armas. Así que les sugiero que no intenten llevar armas. ¿Tiene formación en combate cuerpo a cuerpo?

—No —dijo Peter.

—En el último nivel hay un gimnasio muy bien equipado. Y no sólo con aparatos para niños. Los adultos también necesitan estar en forma. Debería utilizar las instalaciones para mantener su masa ósea, pero también podemos darle clase de artes marciales, si le interesa.

—No me interesa —dijo Peter—. Pero parece una buena idea.

—Todo aquel que envíen contra nosotros —dijo la madre—, estará mucho mejor entrenado para ello que nosotros.

—Tal vez sí, tal vez no —contestó Uphanad—. Si sus enemigos intentan eliminarlos aquí, tendrán que confiar en alguien que pueda pasar nuestras pantallas.

Las personas que parecen especialmente atléticas son sometidas a un escrutinio especial. Somos muy paranoicos respecto a la idea de que uno de los grupos anticolonización plante aquí a alguien para que lleve a cabo un acto de sabotaje o de terrorismo.

—O de asesinato.

—¿Ve? —dijo Uphanad—. Pero les aseguro que mi personal y yo somos muy concienzudos. Nunca dejamos nada sin comprobar.

—En otras palabras, sabía quiénes éramos antes de que atravesáramos esa puerta.

—En realidad, antes de que su lanzadera despegara —dijo Uphanad—. O al menos tenía una idea bastante acertada.

Se despidieron, y entraron en la rutina de la vida en una estación espacial.

Día y noche seguían el horario de Greenwich, por ningún motivo concreto más que porque era una longitud cero y tenían que escoger algún horario. Peter descubrió que sus padres no eran tan horriblemente molestos como se temía, y se sintió aliviado de no poder oírlos haciendo el amor ni sus conversaciones sobre él.

Lo que hacía, principalmente, era acudir a la biblioteca y escribir.

Ensayos, por supuesto, de todo, para todos los foros concebibles. Había multitud de publicaciones que se alegraban de tener escritos de Locke o Demóstenes, sobre todo ahora que todo el mundo sabía que esas identidades pertenecían al Hegemón. Con la mayoría del trabajo serio apareciendo primero en las redes, no había forma de concentrarse en un público concreto. Pero seguía hablando de temas que tenían interés concreto en varias regiones.

El objetivo de todo lo que escribía era prender las llamas de la sospecha sobre China y sus ambiciones. Como Demóstenes, escribía directamente sobre el peligro de permitir la conquista de la India e Indochina, con un montón de retórica sobre quién caería a continuación. Naturalmente, no podía proponer ningún alzamiento serio, porque cada palabra que dijera sería usada contra el Hegemón. La vida era mucho más fácil cuando era anónimo en las redes como Locke, sin embargo, escribía como un hombre de Estado, ensayos imparciales sobre problemas a los que se enfrentaban diferentes naciones y regiones. «Locke» casi nunca escribía directamente contra China, pero daba por hecho que habría otra invasión, y que las inversiones a largo plazo en los países que pudieran ser ese objetivo no serían aconsejables.

Era un trabajo difícil, porque cada ensayo tenía que ser interesante, original, importante, o nadie le prestaría atención. Tenía que asegurarse de que no pareciera nunca estar diciendo banalidades... como había hecho su padre cuando empezó a farfullar teorías sobre la lealtad de grupo y carácter ante Dimak. Aunque, para ser justos, nunca había oído a su padre hacer eso antes, le permitió hacer una pausa y advertir lo fácilmente que Locke y Demóstenes (y por tanto el propio Peter Wiggin) podrían convertirse primero en una irritación, y luego en un puro hazmerreír.

Su padre llamaba a este proceso stasesinación^[3], e hizo algunas sugerencias para temas, algunas de las cuales Peter siguió. En cuanto a lo que hacían sus padres con su tiempo, cuando no estaban leyendo sus ensayos y comentándolos, pillando errores, ese tipo de cosas... bueno, Peter no tenía ni idea.

Tal vez su madre había encontrado alguna habitación para limpiar.

Graff se pasó a hacerles una breve visita su primera mañana allí, pero luego se marchó: volvió a la Tierra, de hecho, en la misma lanzadera que los había traído. No regresó hasta tres semanas más tarde, cuando Peter ya había escrito cuarenta ensayos, todos los cuajes habían sido publicados en diversos lugares. La mayoría eran ensayos de Locke. Y, como de costumbre, Demóstenes acaparaba la mayor parte de la atención.

Cuando Graff regresó, los invitó a cenar con él en las habitaciones del ministro, y tuvieron una cena tranquila durante la cual no discutieron de nada importante. Cada vez que el tema parecía dirigirse a un asunto real, Graff los interrumpía sirviendo agua o haciendo algún chiste... sólo que rara vez tenía gracia.

Esto sorprendía a Peter, porque sin duda Graff podía contar con que sus habitaciones fueran seguras. Pero al parecer no lo eran, porque después de cenar los invitó a dar un paseo, y los apartó rápidamente de los pasillos corrientes y entraron en los pasillos de servicio. Se perdieron casi de inmediato, y cuando Graff por fin abrió una puerta y los llevó a un amplio saliente que daba a un pozo de ventilación, ya habían perdido todo sentido de dirección excepto, por supuesto, dónde estaba «abajo».

El pozo de ventilación conducía hacia «abajo»... un abajo muy muy largo.

—Este lugar tiene cierta importancia histórica —dijo Graff—. Aunque pocos lo conocemos.

—Ah —dijo el padre, comprendiendo.

Y como él lo había deducido, Peter advirtió que podía ser deducible, y por eso se aventuró.

—Aquiles estuvo aquí —dijo.

—Éste es el lugar donde Bean y sus amigos engañaron a Aquiles —dijo Graff—. Aquiles creyó que iba a matar a Bean aquí, pero Bean lo encadenó y lo dejó colgando del pozo. Podría haberlo matado. Sus amigos le recomendaron que lo hiciera.

—¿Quiénes eran sus amigos? —preguntó la madre.

—No quiso decírmelo, cosa que no es sorprendente... Y yo nunca lo pregunté. Pensé que sería más aconsejable que no hubiera ningún tipo de archivo, ni siquiera en mi cabeza, que indicara qué otros niños fueron testigos de la humillación y la indefensión de Aquiles.

—No habría importado si hubiera matado a Aquiles sin más. No habría habido ningún asesinato más.

—Pero, verás, si Aquiles hubiera muerto, entonces yo habría tenido que preguntar por esos nombres —dijo Graff—, y no se habría permitido a Bean continuar en la Escuela de Batalla. Podríamos haber perdido la guerra por eso, porque Ender confiaba enormemente en la capacidad de Bean.

—Dejaron quedarse a Ender después de que matara a un niño —dijo Peter.

—El niño murió accidentalmente, mientras Ender se defendía.

—Se defendía porque usted lo dejó solo —dijo la madre.

—Ya he sido juzgado por esos cargos, y me consideraron inocente.

—Pero se le pidió que renunciara a su puesto.

—Pero fue entonces cuando me dieron un cargo mucho más alto como ministro de Colonización. No agitemos el pasado. Bean trajo aquí a Aquiles no para matarlo, sino para inducirlo a confesar. Y confesó, de manera muy convincente, y como yo lo oí, estoy en su lista también.

—¿Entonces por qué sigue todavía vivo? —preguntó Peter.

—Porque, contrariamente a lo que todo el mundo piensa, Aquiles no es un genio y comete errores. Su alcance no es infinito y su poder puede ser bloqueado. No lo sabe todo. No lo tiene todo planeado. Creo que la mitad de las veces tiene suerte, y aprovecha las oportunidades cuando las ve.

—Si no es un genio, ¿entonces por qué sigue derrotando a genios? —preguntó Peter.

—Porque hace lo inesperado —respondió Graff—. No hace las cosas notablemente bien, simplemente hace cosas que nadie espera que haga. Va por delante. Y nuestras mejores mentes ni siquiera estaban pensando en él cuando consiguió sus éxitos más espectaculares. Pensaron que eran otra vez civiles cuando los hizo secuestrar. Bean no intentaba oponerse a los planes de Aquiles durante la guerra, intentaba encontrar a Petra y rescatarla. ¿Saben? Tengo los resultados de los tests de Aquiles. Es un campeón de la suerte, y es muy listo o no habría llegado aquí. Sabía cómo destacar en un test psíquico, por ejemplo, para que sus tendencias violentas quedaran ocultas de nosotros cuando lo elegimos para que viniera en el último grupo que trajimos a la Escuela de Batalla. Es peligroso, en otras palabras. Pero nunca ha tenido que enfrentarse a un oponente, en realidad. Nunca ha tenido que enfrentarse a lo que se enfrentaron los fórmicos.

—Entonces se siente usted confiado —dijo Peter.

—En absoluto. Pero tengo esperanza.

—¿Nos ha traído aquí sólo para enseñarnos el lugar? —preguntó el padre.

—En realidad, no. Los he traído aquí porque vine antes y lo registré personalmente en busca de aparatos espía. Además, he instalado un absorbedor de sonido, de modo que nuestras voces no se transmitan por el pozo de ventilación.

—Cree usted que ColMin ha sido penetrada —dijo Peter.

—Lo sé —contestó Graff—. Uphanad estaba haciendo su comprobación rutinaria de los mensajes enviados, y encontró uno extraño que fue enviado horas después de su llegada. Todo el mensaje consistía en la única palabra «on». La comprobación rutinaria de Uphanad, naturalmente, es más concienzuda que la búsqueda desesperada de la mayoría de la gente. Encontró ese mensaje simplemente buscando anomalías en la longitud de los mensajes, pautas de lenguaje, etc. Para encontrar códigos, ya saben.

—¿Y eso estaba en código? —preguntó el padre.

—No en clave, no. Y era imposible de descifrar por ese motivo. Podría simplemente significar «afirmativo», al estilo de «la misión está en marcha». Podría ser una palabra extranjera: hay varias docenas de lenguas comunes donde «on» tiene significado. Podría ser «no» al revés. ¿Ven el problema? Lo que alertó a Uphanad, además de su brevedad, fue el hecho de que fuera enviado horas después de su llegada... y que tanto el emisor como el receptor del mensaje fueran anónimos.

—¿Cómo puede ser el emisor anónimo desde una instalación de seguridad militar? —preguntó Peter.

—Oh, eso es bastante sencillo —respondió Graff—. El emisor usó la contraseña de otro.

—¿De quién?

—Uphanad se sintió bastante cohibido cuando me mostró los datos del mensaje. Porque en lo que respecta al ordenador, fue enviado por el propio Uphanad.

—¿Alguien tiene la clave de acceso del jefe de seguridad? —dijo el padre.

—Humillante, ¿verdad?

—¿Lo ha despedido? —preguntó la madre.

—Perder al hombre que es nuestra mejor defensa contra la nación que lanzó este mensaje no haría que estuviéramos más seguros.

—Entonces piensa que es la palabra inglesa «on» y que significa que alguien se está preparando para actuar contra nosotros.

—Creo que no es improbable. Creo que el mensaje fue enviado a las claras. Sólo es indescifrable porque no sabemos a qué se refiere.

—Y habrá tenido en cuenta —dijo la madre—, la posibilidad de que Uphanad enviara el mensaje él mismo, y esté usando el hecho de habérselo dicho para encubrir el detalle de que él es el perpetrador.

Graff la miró largo rato, parpadeó, y luego sonrió.

—Me decía: «Sospecha de todo el mundo», pero ahora sé qué es una persona verdaderamente recelosa.

Peter no lo había pensado tampoco. Pero ahora tenía sentido.

—Pero tampoco nos adelantemos en nuestras conclusiones —dijo Graff—. El verdadero emisor del mensaje podría haber usado la clave del mayor Uphanad precisamente para que el jefe de seguridad fuera nuestro principal sospechoso.

—¿Cuánto hace que descubrió este mensaje? —preguntó el padre.

—Un par de días —contestó Graff—. Yo ya venía de camino, así que me ceñí a lo establecido.

—¿No hubo advertencias?

—No —dijo Graff—. Cualquier desviación de la rutina indicaría al emisor que hemos descubierto su señal y quizá que la hemos interpretado. Eso le llevaría a cambiar de planes.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Peter.

—Primero, pido disculpas por creer que aquí estarían completamente a salvo. Al parecer el brazo de Aquiles, o de China, es más largo de lo que creíamos.

—Entonces ¿nos vamos a casa? —preguntó el padre.

—Segundo, no podemos hacer nada que les favorezca. Volver a casa ahora mismo, antes de que la amenaza pueda ser identificada y neutralizada, los expondría a un peligro aún mayor. Nuestro traidor podría enviar otra señal que les dijera cuándo y dónde van a llegar ustedes a la Tierra. Cuál va a ser su trayectoria de descenso. Ese tipo de cosas.

—¿Quién se arriesgaría a matar al Hegemón abatiendo una lanzadera? —dijo Peter—. El mundo se escandalizaría, incluso la gente que se alegraría de verme muerto.

—Todo lo que hagamos para cambiar de pauta haría saber al traidor que su señal ha sido interceptada. Podría acelerar el proyecto, sea cual sea, antes de que estemos preparados. No, lamento decirlo, pero... nuestro mejor curso de acción es esperar.

—¿Y si no estamos de acuerdo? —dijo Peter.

—Entonces los enviaré a casa en la lanzadera que elijan, y rezaré por ustedes mientras descienden.

—¿Nos dejaría partir?

—Eres mi invitado —dijo Graff—. No mi prisionero.

—Entonces vamos a ponerlo a prueba —dijo Peter—. Nos marcharemos en la próxima lanzadera. La que lo trajo a usted... cuando vuelva, iremos a bordo.

—Demasiado pronto —dijo Graff—. No tenemos tiempo para prepararnos.

—Ni él tampoco. Sugiero que le diga usted a Uphanad que tiene que guardar secreto absoluto sobre nuestra inminente partida. Ni siquiera puede decírselo a Dimak.

—Pero si él es el traidor —dijo la madre—, entonces...

—Entonces no podrá enviar una señal. A menos que podamos encontrar un modo de dejar que la información se filtre y sea de dominio público en la estación. Por eso es vital, ministro Graff, que permanezca usted con él en todo momento después de decírselo. Así, si es él, no podrá enviar la señal.

—Pero probablemente no será él —dijo Graff—, y ahora todo el mundo lo sabrá.

—Pero ahora estaremos esperando el mensaje.

—A menos que simplemente los maten al subir a la lanzadera.

—Entonces nuestras preocupaciones se habrán acabado —dijo Peter—. Pero creo que no nos matarán aquí, porque ese agente les resulta demasiado útil, a ellos o a Aquiles, depende de a quién obedezca, para consumirlo por completo en esta operación.

Graff reflexionó al respecto.

—Así que vigilamos para ver quién puede enviar el mensaje.

—Y estacione a sus agentes en el punto de aterrizaje en la Tierra para ver si pueden divisar a un posible asesino.

—Eso puedo hacerlo. Pero hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—No puedes ir.

—¿Por qué no? —dijo Peter.

—Porque tu campaña de propaganda de un solo hombre está funcionando. La gente que lee tus artículos se opone con más fuerza a la campaña de China. Todavía es un movimiento bastante débil, pero es real.

—Puedo escribir mis ensayos en otra parte.

—Corriendo el peligro de que te asesinen en cualquier momento —dijo Graff.

—Eso también podría suceder aquí.

—Bueno... pero tú mismo has dicho que sería improbable.

—Cacemos al topo que está trabajando en su estación —dijo Peter—, y enviémoslo a casa. Mientras tanto, nos dirigiremos a la Tierra. Ha sido magnífico estar aquí, ministro Graff. Pero tenemos que irnos.

Miró a sus padres.

—Por supuesto —dijo el padre.

—¿Cree usted que cuando regresemos a la Tierra podremos encontrar un lugar con camas pequeñas como las de aquí? —preguntó la madre, agarrando con fuerza el brazo de su padre—. Nos han hecho sentirnos una familia mucho más unida.

15 Planes de guerra

De: Demostenes%Tecumseh@freemercia.org

Para: DropBox%Feijoada@IComeAnon.net

Sobre: *****

Codificado con clave *****

Decodificado con clave *****

He gastado la mitad de la capacidad de mi memoria esperando para ver qué identidad online estás usando de una semana a otra. ¿Por qué no confías en la criptografía? Nadie ha roto todavía una codificación hiperprime.

Aquí lo tienes, Bean: ¿Esas piedras de la India? Las empezó Virlomi, naturalmente. Recibí un mensaje suyo: «>Ahora que no estás en la letrina, puedes volver a comunicarte. Aquí no hay e-mail. Las piedras son >mías. De vuelta al puente pronto. Guerra inminente. Postéame solamente a mí, a este sitio, nombre de recogida >BridgeGirl, la clave no es peldaño».

Al menos creo que eso es lo que significa «las piedras son mías». ¿Y qué significa «la clave no es peldaño»? ¿Que la clave es «no peldaño»?

¿O que la clave no es «peldaño», en cuyo caso tampoco será «1-2-3», pero en qué ayuda eso?

De cualquier manera, creo que está ofreciendo la guerra total en la India. No puede tener una red nivel nacional, pero tal vez no la necesite. Desde luego, estaba en sintonía con el pueblo indio para ponerlos a apilar piedras en los caminos. Y ahora todo el asunto de los muros de piedra se ha disparado. Hay montones de escaramuzas entre los ciudadanos hambrientos y los soldados chinos. Secuestros de camiones. Sabotaje de oficinas chinas. ¿Qué puede hacer ella que no esté sucediendo ya?

Dado el sitio en el que estás, puede que necesites más su información y/o su ayuda que yo. Pero agradecería que me ayudaras a comprender las partes del mensaje que me resultan opacas.

De: LostlbBoy%Navy@IComeAnon.net

A: Demostenes&Tecumseh@freemercia.org

Sobre: >nada<

Codificado con clave *****

Decodificado con clave *****

Por eso sigo cambiando de identidades. Primero, no tienen que codificar el mensaje para obtener información si ven pautas en nuestra correspondencia que les serían útiles para saber la frecuencia y oportunidad de nuestra correspondencia y el tamaño de nuestros mensajes. Segundo, no tienen que decodificar todo el mensaje, sólo tienen que deducir nuestra clave y decodificar los códigos. Cosa que apuesto que has anotado en alguna parte porque no te importa que me maten sólo porque eres demasiado perezoso para memorizarla.

Naturalmente, lo digo de la manera más agradable, oh justo y honorable Hegemón.

Esto es lo que quería decir Virlomi. Obviamente intentaba que no pudieras comprender el mensaje y entablar correspondencia con ella hasta que hubieras hablado conmigo o con Suri. Eso significa que no confía plenamente en ti. Mi deducción es que si le escribes y le dejas un mensaje usando la clave «no peldaño», ella sabrá que no has hablado conmigo. (No sabes lo tentador que es dejarte con esa deducción).

Cuando la recogimos en aquel puente cerca de la frontera birmana, subió al helicóptero pisando la espalda de Suriyawong cuando él se postró ante ella. La clave no es peldaño, es el nombre real de su peldaño. Y va a volver a ese puente, lo que significa que ha cruzado la India hasta la frontera birmana, donde estará en posición de interrumpir el suministro de los chinos a sus tropas en la India... o, al revés, los intentos chinos de sacar a sus tropas de la India y hacerlas regresar a China o Indochina.

Naturalmente, ella sólo va a estar en un puente. Pero mi suposición es que ya ha establecido grupos guerrilleros que estarán preparados para interrumpir el tráfico en las otras carreteras entre Birmania y la India, con una alta posibilidad de que haya preparado también algo a lo largo de la frontera himalaya. Dudo que pueda cerrar las fronteras, pero puede retener y acosar su tránsito, entreteniéndolo a las tropas para proteger las líneas de suministro y haciendo que los chinos sean menos capaces de montar ofensivas o mantener sus tropas pertrechadas con municiones... siempre un problema para ellos.

Personalmente, creo que deberías decirle que no actúe demasiado pronto. Tal vez yo pueda decirte cuándo enviarle un mensaje pidiéndole que empiece a actuar en una fecha determinada. Y no, no lo enviaré yo mismo porque casi estoy seguro de que aquí me vigilan, y no quiero que sepan directamente de su existencia. Ya he advertido dos programas espía en mi ordenador, cosa que, en cada ocasión, me llevó veinte minutos en preparar un programa que envíe información falsa a los espías. Puedo enviar un e-mail codificado como éste, pero los mensajes enviados a buzones fijos pueden ser recogidos por programas espía en la red local.

Y, sí, éstos son mis amigos. Pero serían tontos si no siguieran la pista de lo que

estoy transmitiendo, si pueden hacerlo.

Bean se midió en el espejo. Todavía parecía él mismo, más o menos. Pero no le gustaba la forma en que crecía su cabeza. Más grande en proporción a su cuerpo. Crecía más rápido.

Tendría que hacerme más listo, ¿no? ¿Más espacio cerebral y todo eso?

En cambio me estoy preocupando por lo que pasará cuando mi cabeza se haga demasiado grande, cuando mi cráneo y mi cerebro sean demasiado pesados para que mi cuello los soporte en posición vertical.

Se midió también con el armario. No hacía demasiado tiempo, tenía que ponerse de puntillas para llegar a los percheros. Luego se volvió fácil. Ahora tenía que agacharse un poco, porque le llegaban al hombro.

Los marcos de las puertas no eran todavía un problema. Pero empezaba a considerar que debería agacharse.

¿Por qué se aceleraba ahora el crecimiento? Ya había pasado la pubertad.

Petra pasó junto a él, entró en el cuarto de baño, y vomitó nada durante cinco agónicos minutos.

—Deberían tener medicinas para eso —le dijo él después.

—Las tienen —contestó Petra—. Pero nadie sabe cómo pueden afectar al bebé.

—¿No ha habido estudios? Imposible.

—Ningún estudio sobre cómo podrían afectar a tus hijos.

—La Clave de Anton es sólo un par de puntos en código en el genoma.

—A menudo los genes hacen un trabajo doble o triple, o más.

—Y el bebé probablemente ni siquiera tiene la Clave de Anton. Y no es sano para él que no puedas retener la comida.

—Esto no durará eternamente —dijo Pera—. Y me alimentaré por vía intravenosa si es necesario. No voy a hacer nada que ponga en peligro al bebé, Bean. Lo siento si mis vómitos te quitan las ganas de desayunar.

—Nada me quita las ganas de desayunar —dijo Bean—. Soy un chico mayor.

Ella volvió a sentir otra arcada.

—Lo siento —dijo Bean.

—No hago esto porque tus chistes sean tan malos —susurró ella miserablemente.

—No. Es porque lo son mis genes.

Ella volvió a vomitar y él salió de la habitación, sintiéndose culpable por hacerlo, pero sabiendo que sería inútil que se quedara. No era de las personas que necesitaban que las mimasen cuando estaban enfermas. Prefería que la dejaran a solas con su miseria. Era una de las cosas en las que ambos eran iguales. Como animales heridos que se esconden en el bosque para mejorar, o morir, a solas.

Alai le estaba esperando en la gran sala de conferencias. Había sillas distribuidas

alrededor de un gran holo en el suelo, donde se estaba proyectando un mapa del terreno y las carreteras militares significativas de la India y el oeste de China.

A estas alturas los demás estaban acostumbrados a verlo allí, aunque había algunos a los que todavía no les gustaba. Pero el Califa quería que estuviese allí, el Califa confiaba en él.

Vieron cómo las localizaciones conocidas de las guarniciones chinas aparecían en azul, y las localizaciones probables de fuerzas móviles y reservas en verde. La primera vez que vio este mapa, Bean hizo el paripé de preguntar de dónde sacaban su información. Le comunicaron, con bastante frialdad, que tanto Persia como el consorcio Israelí-Egipcio tenían programas de colocación de satélites activos, y que sus satélites espías eran los mejores en órbita.

—Podemos obtener el tipo sanguíneo de los soldados enemigos uno a uno —dijo Alai con una sonrisa. Una exageración, por supuesto. Pero Bean se preguntó... ¿algún tipo de análisis espectral de su sudor?

No era posible. Alai estaba bromeando, no alardeando. Ahora, Bean confiaba en su información tanto como ellos: porque naturalmente había hecho discretas averiguaciones a través de Peter y de algunas conexiones propias. Sumando lo que Vlad podía decirle de la inteligencia rusa y lo que Crazy Tom le proporcionaba desde Inglaterra, más las fuentes norteamericanas de Peter, estaba claro que los musulmanes (La Liga de la Media Luna) tenían todo lo que tenían los demás. Y más.

El plan era sencillo. Grandes movimientos de tropas a lo largo de la frontera entre la India y Pakistán, acercando a los soldados iraníes al frente. Esto provocaría una fuerte reacción china, con sus soldados también concentrados en esa frontera.

Mientras tanto, las fuerzas turcas ya estaban desplegadas en la frontera occidental de China, y a veces en su interior, tras haber viajado los últimos meses disfrazadas de nómadas. Sobre el papel, la región occidental de China parecía un territorio ideal para tanques y camiones, pero en la realidad, las líneas de suministro de combustible serían una pesadilla recurrente. Así que la primera oleada de turcos entraría como caballería, cambiando a transporte mecanizado sólo cuando estuviera en posición de robar y utilizar equipamiento chino.

Bean sabía que éste era el aspecto más peligroso del plan. Los ejércitos turcos, fuerzas combinadas desde el Helesponto hasta el Mar de Aral y el pie de las montañas del Himalaya, iban equipados como incursores, pero tenían que hacer el trabajo de un ejército invasor. Tenían un par de ventajas que podrían compensar su falta de blindaje y apoyo aéreo. No tener líneas de suministros significaría que los chinos no tendrían nada que bombardear al principio. Los pueblos nativos de la provincia occidental china de Xinjiang eran también turcos y, como los tibetanos, nunca habían dejado de padecer el dominio de la China de Han.

Por encima de todo, los turcos tendrían la sorpresa y el número de su parte

durante los primeros y cruciales días. Las guarniciones chinas estaban todas concentradas en la frontera con Rusia.

Hasta que pudieran trasladarse esas tropas, los turcos lo tendrían fácil, golpeando allá donde quisieran, atacando estaciones de suministros y centrales policiales... y, con suerte, todos los aeródromos de Xinjiang.

Para cuando las tropas rusas abandonaran la frontera rusa y se dirigieran al interior para tratar con los turcos, las tropas turcas plenamente mecanizadas entrarían en China desde el oeste. Entonces habría líneas de suministros que atacar, pero privada de sus bases aéreas de avanzada, y obligada a enfrentarse a combatientes rusos que ahora las estarían utilizando, China no tendría una clara superioridad aérea.

Tomar bases aéreas mal defendidas por medio de la caballería era el tipo de detalle que Bean esperaba de Alai. Sólo podían esperar que Han Tzu no previera que Alai tenía autoridad total sobre el inevitable movimiento musulmán, pues los chinos habrían estado locos si no tuvieran planeada la defensa contra una invasión musulmana.

En algún momento, se esperaba que los turcos lo hicieran lo bastante bien para que los chinos se vieran obligados a empezar a desviar tropas de la India hacia Xinjiang. Aquí el terreno favorecía el plan de Alai, pues aunque algunas tropas chinas podrían ser aerotransportadas para franquear el Himalaya tibetano, las carreteras tibetanas serían destruidas por equipos turcos de demolición, y las tropas chinas tendrían que ser trasladadas al este desde la India, rodeando el Himalaya, y entrar en la China occidental por el este en vez de por el sur.

Eso requeriría días, y cuando los musulmanes creyeran que el mayor número de soldados chinos estaba en movimiento, no combatirían a nadie, sino que lanzarían la invasión masiva por la frontera entre Pakistán y la India.

Todo dependía de lo que creyeran los chinos. Al principio, tenían que creer que el ataque real vendría desde Pakistán, para que el grueso de las fuerzas chinas permaneciera concentrado en esa frontera. Luego, en un punto crucial, varios días después de las operaciones turcas, los chinos tenían que convencerse de que el frente turco era, de hecho, la verdadera invasión. Tenían que estar convencidos de esto para así retirar las tropas de la India, debilitando a sus fuerzas allí.

¿De qué otra manera derrota un inexperto ejército de tres millones de hombres a un ejército de diez millones de veteranos?

Revisaron los planes de contingencia durante varios días tras la internada de las tropas musulmanas en Pakistán, pero Bean sabía como Alai, que no podía predecirse nada que sucediera después de que las tropas empezaran a cruzar la frontera india. Tenían planes por si la invasión fracasaba por completo, y Pakistán tenía que ser protegida en todas las posiciones secundarias dentro de sus fronteras. Tenían planes para tratar con una completa derrota de las fuerzas chinas, cosa que no era probable,

como bien sabían. Pero en el escenario más probable (una difícil batalla de avances y repliegues a lo largo de un frente de mil quinientos kilómetros) habría que ir improvisando los planes para sacar ventaja de cada giro de los acontecimientos.

—Bien —dijo Alai—. Ése es el plan. ¿Algún comentario?

Alrededor del círculo, un oficial tras otro fueron expresando su mesurada confianza. No porque fueran seguidores ciegos, sino porque Alai ya había escuchado atentamente las objeciones que presentaron antes y había alterado los planes para que se ocuparan de lo que consideraba problemas más serios.

Sólo uno de los musulmanes puso objeciones hoy, y fue el único que no era militar, Lankowski, cuyo papel, por lo que Bean podía decir, estaba a caballo entre ministro sin cartera y capellán.

—Creo que es una lástima que nuestros planes dependan tanto de lo que Rusia decida hacer.

Bean sabía a qué se refería. Rusia era completamente impredecible en esta situación. Por un lado, el Pacto de Varsovia tenía un tratado con China que había asegurado la larga frontera norte de Rusia con China, dejando a ésta libre para conquistar la India en primer lugar. Por otro, los rusos y los chinos habían sido rivales en esta región durante siglos, y cada nación creía que la otra era dueña de territorio que les pertenecía legítimamente.

Y había además impredecibles temas personales. ¿Cuántos sirvientes leales de Aquiles detentaban todavía puestos de confianza y autoridad en Rusia? Al mismo tiempo, muchos rusos estaban furiosos por cómo los había utilizado antes de pasarse a la India y luego a China.

Sin embargo, Aquiles orquestó el tratado secreto entre Rusia y China, así que no podía ser tan detestado, ¿no?

¿Pero de qué valía realmente ese tratado? Todos los niños de escuela en Rusia sabían que el zar más estúpido de todos había sido Stalin, porque hizo un trato con la Alemania de Hitler y luego esperó a que se cumpliera. Sin duda los rusos no creerían que China continuaría en paz con ellos eternamente.

Así que siempre existía la posibilidad de que Rusia, viendo a China en desventaja, se uniera a la pelea. Los rusos lo verían como una oportunidad para recuperar territorio y prevenir la inevitable traición que esperaban por parte de los chinos.

Sería buena cosa si los rusos atacaban con fuerza pero no tenían demasiado éxito. Las tropas chinas desviarían su atención de la batalla contra los musulmanes. Pero sería muy malo que Rusia lo hiciera demasiado bien o demasiado mal. Si lo hacía demasiado bien, podrían atravesar Mongolia y apoderarse de Beijing. Entonces la victoria musulmana sería una victoria rusa. Alai no quería que Rusia tuviera un papel dominante en las negociaciones de paz.

Y si Rusia entraba en la guerra pero perdía rápidamente, las tropas chinas no

tendrían que vigilar la frontera rusa. Libres para moverse, esas guarniciones se lanzarían contra los turcos, o podrían ser enviadas a través de territorio ruso para atacar Kazajistán, amenazando con cortar las líneas de suministro turcas.

Por eso Alai había expresado su esperanza de que los rusos se sintieran demasiado sorprendidos para hacer nada.

—No se puede evitar —dijo Alai—. Hemos hecho cuanto hemos podido. Lo que Rusia haga está en manos de Dios.

—¿Puedo hablar? —preguntó Bean.

Alai asintió. Todos los ojos se volvieron hacia él. En reuniones previas, Bean no había dicho nada, prefiriendo hablar con Alai en privado, donde no se arriesgaba a cometer un error por la forma en que se dirigía al Califa.

—Cuando os hayáis enzarzado en la batalla —dijo Bean—, creo que puedo usar mis propios contactos, y persuadir al Hegemón para que use los suyos e inste a Rusia a seguir el rumbo de acción que os parezca más aconsejable.

Varios de los hombres se agitaron incómodamente en sus asientos.

—Por favor, tranquiliza a mis preocupados amigos —dijo Alai—, y diles que no has discutido ya con el Hegemón o con nadie más nuestros planes.

—Lo cierto es lo contrario —dijo Bean—. Son ustedes quien se preparan para emprender la acción. Yo les he estado proporcionando toda la información que aprendí de ellos. Pero conozco a esa gente, y sé qué pueden hacer. El Hegemón no tiene ningún ejército, pero cuenta con gran influencia en la opinión mundial. Naturalmente, hablará a favor de vuestra acción. Pero también tiene influencia dentro de Rusia, una influencia que podría usar para urgir a la intervención, o en contra de ella. Y mis amigos también.

Bean sabía que Alai sabía que el único amigo al que merecía la pena mencionar era Vlad, y Vlad fue el único de los miembros secuestrados del grupo de Ender que se unió a Aquiles y tomó partido por él. Bean todavía no había decidido si fue debido a que se había convertido en un verdadero seguidor de Aquiles o porque creía que Aquiles actuaba en interés de la Madre Rusia. Vlad le proporcionaba información a veces, pero Bean siempre buscaba una segunda fuente antes de confiar en ella.

—Entonces te diré lo siguiente —dijo Alai—. Hoy no sé qué sería más útil, que Rusia se uniera al ataque o que Rusia no hiciera nada y se mantuviera al margen. Mientras no nos ataquen a nosotros, estaré satisfecho. Pero a medida que se desarrollen los acontecimientos, la perspectiva se hará más clara.

Bean no necesitó señalarle a Alai que Rusia no entraría en la guerra para rescatar a una invasión musulmana fracasada. Sólo si los rusos olían la victoria pondrían sus fuerzas en juego. Por eso, si Alai esperaba demasiado tiempo para pedir ayuda, ésta no vendría.

Hicieron un descanso para almorzar, pero fue muy breve, y cuando regresaron a

la sala de reuniones, el mapa había cambiado. Había una tercera parte del plan, y Bean sabía que era de la que Alai se sentía más inseguro.

Durante meses, ejércitos árabes procedentes de Egipto, Irak y otras naciones árabes habían sido transportados en petroleros hasta Indonesia. La Marina indonesia era una de las más formidables del mundo, y los portaaviones que componían sus fuerzas aéreas eran los únicos en la región que rivalizaban con los chinos en equipamiento y armamento. Todo el mundo sabía que los chinos no habían tomado Singapur ni se habían aventurado en las Filipinas gracias al paraguas indonesio.

Ahora se proponía que la Marina indonesia fuera utilizada para transportar un ejército conjunto árabe-indonesio para desembarcarlo en Tailandia o Vietnam. Ambas naciones estaban llenas de gente que ansiaba desquitarse de los conquistadores chinos.

Cuando los planes para los dos posibles puntos de desembarco estuvieron completamente expuestos, Alai no solicitó críticas: él mismo las tenía.

—Creo que en ambos casos, nuestros planes para el desembarco son excelentes. Mi recelo es el mismo que he tenido todo el tiempo. No hay ningún objetivo militar serio que conseguir. Los chinos pueden permitirse perder allí batalla tras batalla, usando sólo sus fuerzas disponibles, retirándose más y más, mientras esperan el resultado de la auténtica guerra. Creo que los soldados que enviemos allí se arriesgarían a morir por nada. Es como la campaña italiana en la Segunda Guerra Mundial, lenta, costosa, e inefectiva, aunque ganemos cada batalla.

El comandante indonesio inclinó la cabeza.

—Me siento agradecido ante la preocupación del Califa por la vida de nuestros soldados. Pero los musulmanes de Indonesia no podrían soportar permanecer al margen mientras sus hermanos luchan. Si esos objetivos carecen de sentido, encuéntrenos algo con significado para que lo llevemos a cabo.

Uno de los oficiales árabes asintió.

—Hemos comprometido nuestras tropas en esta operación. ¿Es demasiado tarde, entonces, para retirarlas y dejar que se unan a los pakistaníes e iraníes en la liberación de la India? Su número podría suponer una diferencia crucial.

—Se acerca el momento en que el clima será el más propicio para nuestros propósitos —dijo Alai—. No hay tiempo para recuperar los ejércitos árabes. Pero no veo valor ninguno en enviar soldados a la batalla por otra razón mejor que la solidaridad, o retrasar la invasión para poder llevarlos a un teatro distinto. Si enviarlos a Indonesia fue un error, el error fue mío.

Ellos murmuraron su desacuerdo. No podían responsabilizar al Califa de ningún error. Al mismo tiempo, Bean sabía que agradecían saber que los dirigía un hombre que no echaba la culpa a los demás. Era uno de los motivos por los que lo amaban. Alai alzó la voz por encima de sus objeciones.

—Todavía no he decidido si lanzar o no el tercer frente. Pero si lo lanzamos, el objetivo sería Tailandia, no Vietnam. Me doy cuenta de los riesgos de dejar la flota al descubierto durante mucho tiempo en el mar... tendremos que contar con que los pilotos indochinos protejan sus barcos. Elijo Tailandia porque es un país más coherente, con territorio más adecuado para una conquista rápida. En Vietnam, tendríamos que luchar por cada palmo de terreno; nuestro progreso se vería lento en los mapas: los chinos se sentirían seguros. En Tailandia, nuestros avances parecerán muy rápidos y peligrosos. Mientras olviden que Tailandia no es importante para ellos en la guerra general, podrían enviar tropas para enfrentarse allí a nosotros.

Después de unos cuantos cumplidos más, la reunión terminó. Una cosa que nadie mencionó fue la fecha de la invasión. Bean estaba seguro de que la habían elegido y que todos en la sala, excepto él, la conocían. Lo aceptaba: era la única pieza de información que no necesitaba conocer, y la más crucial que tenían que mantenerle escondida si no se fiaban de él.

De vuelta a su habitación, Bean encontró a Petra dormida. Se sentó y usó sus ordenadores para acceder a su correo y comprobar unos cuantos sitios en las redes. Lo interrumpió un leve golpe en la puerta. Petra se despertó al instante: embarazada o no, todavía dormía como un soldado, y se plantó en la puerta antes de que Bean pudiera cerrar su conexión y apartarse de la mesa.

Allí estaba Lankowski, con aspecto apurado y regio, una combinación que sólo él podía dominar.

—Si me disculpan —dijo—, nuestro mutuo amigo desea hablar con ustedes en el jardín.

—¿Con los dos? —preguntó Petra.

—Por favor, a menos que esté usted demasiado enferma.

Pronto estuvieron sentados en el banco junto al trono del jardín de Alai... aunque naturalmente él nunca lo llamaría así, pues lo consideraba un asiento.

—Lamento, Petra, que no pudieras estar presente en la reunión. Nuestra Liga de la Media Luna no es reaccionaria, pero algunos se sentirían demasiado incómodos teniendo a una mujer presente.

—Alai, ¿crees que no lo sé? —dijo ella—. Tienes que tratar con la cultura que te rodea.

—¿He de suponer que Bean te ha informado de nuestros planes?

—Estaba dormida cuando regresó a la habitación, así que si algo ha cambiado desde la última vez, no lo sé.

—Lo siento, entonces, pero tal vez puedas captar lo que está pasando por el contexto. Porque sé que Bean tiene algo que decir y no lo ha dicho todavía.

—No vi ningún fallo en tus planes —dijo Bean—. Creo que has hecho todo lo que podía hacerse, incluyendo ser lo bastante listo para pensar que no puedes planear

lo que sucederá una vez que la batalla haya llegado a la India.

—Pero esa alabanza no es lo que vi en tu cara —dijo Alai.

—No sabía que se pudiera leer en mi cara.

—No se puede. Por eso te lo pregunto.

—Hemos recibido una oferta que creo que te alegrará —dijo Bean.

—¿De quién?

—No sé si llegaste a conocer a Virlomi.

—¿De la Escuela de Batalla?

—Sí.

—Antes de mi época, creo. Yo era un niño y no prestaba atención a las chicas —le sonrió a Petra.

—¿No lo éramos todos? —dijo Bean—. Virlomi fue la que hizo posible que Suriyawong y yo rescatáramos a Petra de Hyderabad y salváramos a los graduados indios de la Escuela de Batalla de ser asesinados por Aquiles.

—Tiene mi admiración, entonces.

—Ha vuelto a la India. Toda esa construcción de obstáculos de piedra, la llamada Gran Muralla de la India... al parecer es ella quien la inició.

El interés de Alai pareció ahora más que mera amabilidad.

—Peter recibió un mensaje suyo. Ella no sabe nada de ti ni de lo que estás haciendo, ni tampoco Peter, pero envió el mensaje en un código que él no podía entender sin consultarlo conmigo... algo muy inteligente y cuidadoso por su parte, creo.

Intercambiaron sonrisas.

—Está en un puente que abarca una de las carreteras entre la India y Birmania. Tal vez pueda interrumpir el paso en una, muchas o incluso en todas las carreteras principales entre la India y China.

Alai asintió.

—Sería un desastre, naturalmente —continuó Bean—, si actuara por su cuenta y cortara las carreteras antes de que los chinos pudieran sacar sus tropas de la India. En otras palabras, si ella piensa que la invasión verdadera es la turca, entonces podría pensar que su papel más valioso sería mantener a las tropas chinas dentro de la India. En cambio, lo ideal sería que esperara a que empezaran a tratar de hacer regresar a los soldados a la India, y sólo entonces cortar las carreteras, manteniéndolos fuera.

—Pero si se lo decimos —dijo Alai—, y el mensaje es... interceptado, entonces los chinos sabrán que la operación turca no es la principal.

—Bueno, por eso no quería mencionar el tema delante de los demás. Puedo decirte que creo que la comunicación entre ella y Peter, y entre Peter y yo, es segura. Creo que Peter está desesperado porque tu invasión tenga éxito, y Virlomi lo estará también, y no le dirán a nadie nada que la comprometa. Pero es tu decisión.

—¿Peter está desesperado porque nuestra invasión tenga éxito? —preguntó Alai.

—Alai, no es estúpido. No tuve que hablarle de tus planes, ni decirle siquiera que tenías planes. Sabe que estás aquí, aislado, y tiene informes satélite de los movimientos de tropas hacia la frontera india. No lo ha discutido conmigo, pero no me sorprendería nada que también supiera lo de la presencia árabe en Indonesia... son el tipo de cosas que siempre descubre porque tiene contactos en todas partes.

—Lamento sospechar de ti —dijo Alai—, pero sería tonto si no lo hiciera.

—Piensa en Virlomi —dijo Bean—. Sería trágico si, en su esfuerzo por ayudar, acabara por lastrar tu plan.

—Pero eso no es todo lo que querías decir.

—No —dijo Bean, y vaciló.

—Adelante.

—Tus motivos para no querer abrir el tercer frente son sensatos —dijo Bean—. No querer malgastar vidas tomando objetivos militares sin importancia.

—Entonces piensas que no debería utilizar esa fuerza.

—No. Creo que tienes que ser más atrevido. Creo que tienes que malgastar más vidas en un objetivo no militar aún más espectacular.

Alai se volvió.

—Temía que fueras a darte cuenta.

—Estaba seguro de que ya lo habías pensado.

—Esperaba que uno de los árabes o los indonesios lo propusiera —dijo Alai.

—¿Proponer qué? —preguntó Petra.

—El objetivo militar —dijo Bean—, es destruir sus ejércitos, cosa que se hace atacándolos con una fuerza superior, con sorpresa, y cortando sus líneas de suministro y sus rutas de escape. Nada que hagas con el tercer frente podrá conseguir ninguno de esos objetivos.

—Lo sé —dijo Alai.

—China no es una democracia. El gobierno no tiene que ganar unas elecciones. Pero necesitan el apoyo de su pueblo aún más, precisamente por eso.

Petra suspiró, comprendiendo al fin.

—Invadir la propia China.

—No hay ninguna esperanza de éxito con una invasión semejante —dijo Alai—. En los otros frentes, tendremos ciudadanos que nos darán la bienvenida y cooperarán con nosotros, mientras se oponen a ellos. En China, será al contrario. Sus fuerzas aéreas operarán desde aeródromos cercanos y podrán efectuar una salida tras otra entre cada oleada de nuestros aviones. El potencial para el desastre sería enorme.

—Planea para el desastre —dijo Bean—. Empieza con el desastre.

—Eres demasiado sutil para mí.

—¿Cuál es el desastre en este caso? Además de ser detenido en la playa (cosa que

no es probable, ya que China tiene una de las costas más invadibles del mundo) un desastre sería que tus tropas fueran dispersadas, que quedaran sin suministros, y operaran sin un control central coordinador.

—¿Desembarcar y hacer que empiecen de inmediato una guerra de guerrillas? —dijo Alai—. Pero no tendrán el apoyo del pueblo.

—He pensado mucho en eso —contestó Bean—. El pueblo chino está acostumbrado a la opresión. ¿Cuándo no han estado oprimidos? Pero nunca se han reconciliado con ella. Piensa en cuántas revueltas campesinas ha habido... y contra gobiernos mucho más benignos que éste. Ahora bien, si tus soldados se internan en China como la marcha de Sherman hacia el mar, recibirán oposición a cada paso.

—Pero tendrán que vivir de la tierra, si se les cortan los suministros.

—Tropas estrictamente disciplinadas podrán hacerlo funcionar —dijo Bean—. Pero será duro para los indonesios, dada la manera en que los chinos han sido considerados siempre dentro de la propia Indonesia.

—Confía en que controlaré a mis tropas.

—Entonces esto es lo que harán. En cada aldea a la que lleguen, tomarán la mitad de la comida... pero sólo la mitad. Dejarán claro que no tocan el resto, y les diréis que es porque Alá no os envió a hacer la guerra contra el pueblo chino. Si tenéis que matar a alguien para conseguir el control de la aldea, pedid disculpas a la familia o a toda la aldea, si se trata de un soldado. Sed los invasores más amables que se pueda imaginar.

—Oh —dijo Alai—. Eso es pedir mucho a partir de la mera disciplina.

Petra empezaba a captar la visión de conjunto de todo esto.

—Tal vez si le citas a tus soldados ese párrafo de Los Lugares Elevados, donde dice: «Tal vez tu Señor destruirá a vuestros enemigos y os hará gobernadores de la Tierra. Entonces verá cómo actuáis».

Alai la miró lleno de genuina consternación.

—¿Me citas el Corán a mí?

—Me pareció que el versículo era apropiado. ¿No lo pusiste por eso en mi habitación? ¿Para que lo leyera?

Alai sacudió la cabeza.

—Quien te dio el Corán fue Lankowski.

—Y se lo ha leído —añadió Bean—. Nos sorprendió a los dos.

—Es un buen pasaje —dijo Alai—. Tal vez Dios nos convierta en gobernantes de China. Mostremos desde el principio que podemos hacerlo de manera justa y digna.

—La mejor parte del plan —dijo Bean—, es que los soldados chinos vendrán inmediatamente después, y temiendo que sus propios ejércitos se queden sin suministros, o en el esfuerzo por privar a tu ejército de más provisiones, probablemente se quedarán con el resto de la comida.

Alai asintió, sonrió, y luego se echó a reír.

—Nuestro ejército invasor deja al pueblo chino suficiente para comer, pero el ejército chino los hace morir de hambre.

—La probabilidad de una victoria de las relaciones públicas es muy alta —dijo Bean.

—Y mientras tanto —apuntó Petra—, los soldados chinos en la India y Xinjiang se volverán locos porque no sabrán qué está pasando con sus familias en casa.

—La flota invasora no atacará en masa —dijo Bean—. Lo hará en barcos de pesca filipinos e indonesios, pequeñas fuerzas por toda la costa. La flota indonesia, con sus portaaviones, espera en alta mar, hasta que se la necesite para atacar objetivos militares identificados. Cada vez que intenten localizar a tu ejército, desapareced. Nada de batallas enconadas. Al principio la gente los ayudará; pronto, la gente os ayudará a vosotros. Os reabastecéis con municiones y equipo de demolición por la noche, con aviones. La comida la encuentran por su cuenta. Y todo el tiempo avanzan más y más tierra adentro, destruyendo comunicaciones, volando puentes. Pero no las presas. Dejad a las presas en paz.

—Por supuesto —dijo Alai, sombrío—. Nos acordamos de Asuán.

—Ésa es mi sugerencia. Militarmente, no hará nada por vosotros durante las primeras semanas. La tasa de bajas será alta al principio, hasta que los equipos rebasen la costa y se acostumbren a ese tipo de combate. Pero si una cuarta parte de tu contingente puede permanecer libre y efectivo, operando dentro de China, los chinos se verán obligados a traer más y más tropas del frente indio.

—Hasta que busquen la paz —dijo Alai—. No queremos gobernar China. Queremos liberar a la India e Indochina, liberar a todos los cautivos que se han llevado a China, y restaurar los gobiernos legítimos, pero con un tratado que conceda privilegios completos a los musulmanes dentro de sus fronteras.

—Un baño de sangre tan grande para un objetivo tan modesto —dijo Petra.

—Y, por supuesto, la liberación de la Turquía china —dijo Alai.

—Eso les gustará —dijo Bean.

—Y el Tíbet.

—Humíllalos lo suficiente —dijo Petra—, y simplemente prepararás el escenario para la siguiente guerra.

—Y completa libertad de religión dentro de China también

Petra se echó a reír.

—Va a ser una guerra larga, Alai. Probablemente renunciarán al nuevo imperio... no hace tanto tiempo que lo tienen, y no es que les haya producido grandes riquezas y honor. Pero hace siglos que tienen el Tíbet y la China turca. Hay chinos Han en ambos territorios.

—Ésos son problemas a resolver más tarde, y no por ti —dijo Alai—. Y

probablemente tampoco por mí. Pero sabemos lo que Occidente sigue olvidando. Si ganas, ganas.

—Creo que esa política demostró ser un desastre en Versalles.

—No. Sólo fue un desastre después de Versalles, cuando Francia e Inglaterra no tuvieron el valor, ni la voluntad, de obligar a cumplir el tratado. Después de la Segunda Guerra Mundial, los aliados fueron más sabios. Dejaron sus tropas en suelo alemán durante casi un siglo. En algunos casos benignamente, en otros casos brutalmente, pero siempre estuvieron allí.

—Como decías —respondió Bean—, tus sucesores y tú descubriréis cómo funciona todo esto, y cómo resolveréis los nuevos problemas que habrán de presentarse. Pero te advierto ahora que si los liberadores se convierten en opresores, los pueblos que liberaron se sentirán aún más traicionados y los odiarán aún peor.

—Soy consciente de eso —dijo Alai—. Y sé de qué me estás advirtiendo.

—Creo que no sabrás si el pueblo musulmán ha cambiado realmente desde los viejos tiempos de intolerancia religiosa hasta que hayas puesto el poder en sus manos.

—Lo que el Califa pueda hacer, yo lo haré —dijo Alai.

—Sé que lo harás —contestó Petra—. No envidio tu responsabilidad.

Alai sonrió.

—Tu amigo Peter lo hace. De hecho, quiere más.

—Y tu pueblo querrá más de ti —dijo Bean—. Puede que tu no quieras gobernar el mundo, pero si vences en China, querrán que lo hagas, en su nombre. Y en ese punto, Alai, ¿cómo podrás decirles que no?

—Con estos labios —dijo Alai—. Y con este corazón.

16

Trampas

Para: *Locke%erasmus@polnet.gov*

De: *Sand%Water@ArabNet.net*

Sobre: *Invitación a una fiesta*

No querrás perdértela. ¡Kemal del piso de arriba cree que es lo máximo, pero cuando Shaw y Pack empiezan por abajo, es cuando empiezan los fuegos artificiales! Digo que esperes a la fiesta del piso de abajo antes de descorchar ninguna botella.

—John Paul —dijo Theresa Wiggin en voz baja—, no comprendo qué está haciendo Peter aquí.

John Paul cerró la maleta.

—Es lo que él quiere.

—Se supone que estamos haciendo esto en secreto, pero él...

—Nos pidió que no habláramos de eso aquí. —John Paul se llevó un dedo a los labios, y luego recogió su maleta y echó a andar hacia la puerta de la habitación.

Theresa no pudo hacer otra cosa sino suspirar y seguirlo. Después de todo lo que habían pasado con Peter, una esperaba que se pudiera confiar en él. Pero Peter tenía que seguir jugando a esos juegos donde nadie más que él sabía todo lo que estaba pasando. Sólo habían pasado unas pocas horas desde que decidió que iban a marcharse en la próxima lanzadera, y supuestamente tenían que mantenerlo en absoluto secreto.

¿Y entonces que va y hace Peter? Le pide prácticamente a cada miembro de la dotación permanente de la estación que le haga un favor, le realice un encargo, «y tiene que estar terminado par las 18.00».

No eran idiotas. Todos sabían que las 18.00 era la hora en que todo el mundo que salía en el próximo vuelo tenía que estar a bordo para la partida de las 19.00.

Así que este gran secreto se había filtrado, por implicación, a toda la tripulación.

¡Y sin embargo él seguía insistiendo en que no hablaran del tema, y John Paul le seguía la corriente! ¿Qué clase de locura era ésta? Estaba claro que Peter no estaba siendo descuidado, y era demasiado sistemático para que se tratara de un accidente. ¿Esperaba pillar a alguien en el acto de transmitir una advertencia a Aquiles? Bueno, ¿y si, en vez de una advertencia, hacían volar la lanzadera? Tal vez la operación era ésa: sabotear la lanzadera en la que fuera a regresar a casa. ¿Había pensado Peter en eso?

Por supuesto que sí. Estaba en su naturaleza pensar en todo.

O al menos estaba en su naturaleza pensar que había pensado en todo.

En el pasillo, John Paul caminó demasiado rápidamente para que ella pudiera conversar con él, y cuando lo intentó de todas formas, se llevó un dedo a los labios.

—No pasa nada —murmuró.

En el ascensor, en el radio de la estación donde atracaban las lanzaderas, los estaba esperando Dimak. Tenía que estar allí, porque sus palmas no activarían el ascensor.

—Lamento perderles tan pronto —dijo Dimak.

—Nunca nos llegó a decir qué habitación era la de la Escuadra Dragón —dijo John Paul.

—Ender nunca durmió allí de todas formas —respondió Dimak—. Tenía una habitación privada. Los comandantes la tenían siempre. Antes de eso estuvo en varias escuadras, pero...

—Ya es demasiado tarde, de todas formas —dijo John Paul. La puerta del ascensor se abrió. Dimak entró, les mantuvo la puerta abierta, colocó la palma sobre los controles, e introdujo el código para la cubierta de vuelo adecuada. Luego salió del ascensor.

—Lamento no poder despedirme de ustedes, pero el coronel... el ministro sugirió que no supiera nada más.

John Paul se encogió de hombros.

Las puertas del ascensor se cerraron y empezaron a subir.

—Johnny P. —dijo Theresa—, si nos preocupa tanto que nos estén grabando, ¿a qué viene hablar tan abiertamente con él?

—Lleva un disruptor sónico —contestó John Paul—. Sus conversaciones no pueden ser escuchadas. Las nuestras sí, y este ascensor sin duda tiene micros.

—¿Te lo ha dicho Uphanad?

—Sería una locura emplazar sistemas de seguridad en un tubo como esta estación sin colocar micros en el embudo por el que tiene que pasar todo el mundo.

—Bueno, discúlpame si no pienso como una espía paranoica.

—Creo que ésa es una de tus mejores habilidades.

Ella advirtió que no podía decir nada de lo que estaba pensando.

Y no sólo porque pudieran oírla los sistemas de seguridad de Uphanad.

—Te odio cuando me tratas así.

—Vale, ¿y si te trato de otra manera más amigable? —sugirió John Paul, sonriendo.

—Si no me estuvieras llevando la bolsa, te...

—¿Me harías cosquillas?

—No sabes de esto más que yo —dijo Theresa—. Pero actúas como si lo supieras todo.

La gravedad se había reducido rápidamente, y ahora tuvo que agarrarse a la

barandilla mientras enganchaba los pies.

—He deducido algunas cosas —dijo John Paul—. En cuanto a lo demás, todo lo que puedo hacer es confiar. Él es un chico muy listo.

—No tanto como cree.

—Pero mucho más listo de lo que crees tú.

—Supongo que tu evaluación de su inteligencia es adecuada.

—Qué falta de confianza. Hace que me sienta... vilipendiado.

—¿Por qué no dices «infravalorado»?

—Porque conozco la palabra «vilipendiado», y tú también, y es divertido decirla.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Le llevo la bolsa, señora? —dijo John Paul.

—Si quieres —dijo ella—, pero no voy a darte propina.

—Oh, sí que estás molesta —murmuró él. Ella se adelantó mientras John Paul empezaba a pasarle las bolsas a los ordenanzas.

Peter estaba esperando en la entrada de la lanzadera.

—Justo a tiempo, ¿eh?

—¿Son las seis? —preguntó Theresa.

—Falta un minuto.

—Entonces llegamos temprano —dijo Theresa. Pasó ante él y se dirigió a la compuerta.

Tras ella, pudo oír a Peter decir:

—¿Qué le pasa?

—Más tarde —contestó John Paul.

Una vez dentro de la lanzadera, tardó un minuto en reorientarse. No podía desprenderse de la sensación de que el suelo estaba en el lugar equivocado... abajo era a la izquierda y dentro era fuera, o alguna otra cosa. Pero se agarró a los asideros de los asientos hasta que encontró dónde sentarse. Un asiento de pasillo, para invitar a otros pasajeros a sentarse en otro lugar.

Pero no había otros pasajeros. Ni siquiera John Paul y Peter.

Después de esperar sus buenos cinco minutos, se impacientó demasiado para seguir allí sentada. Los encontró flotando en el aire cerca de la compuerta, riéndose por algo.

—¿Os reís de mí? —preguntó, temiendo que fueran a decir que sí.

—No —dijo Peter de inmediato.

—Sólo un poquito —contestó John Paul—. Ahora podemos hablar. El piloto ha cortado todos los enlaces con la estación, y Peter... también lleva un disruptor.

—Qué bonito —dijo Theresa—. Lástima que no tuvieran uno para nosotros.

—No lo tenían —dijo Peter—. Llevo el de Graff. No es que los tengan por docenas.

—¿Por qué le dijiste a todo el mundo que nos marchábamos en esta lanzadera?
¿Es que quieres que nos maten?

—Ah, qué enmarañadas redes tejemos, cuando nos dedicarnos al engaño.

—Entonces estás haciendo de araña —dijo Theresa—. ¿Y nosotros qué somos?
¿Hilos? ¿O moscas?

—Pasajeros —dijo John Paul. Y Peter se echó a reír.

—Contadme el chiste, u os lanzaré al espacio, lo juro —dijo Theresa.

—En cuanto Graff supo que tenía un informador dentro de la estación, trajo a su propio equipo de seguridad. Sin que nadie más que él lo sepa, ningún mensaje está entrando ni saliendo de la estación. Pero a la gente de la estación le parece que sí.

—Así que esperáis pillar a alguien enviando un mensaje diciendo en qué lanzadera vamos —dijo Theresa.

—En realidad, esperamos que nadie envíe ningún mensaje.

—¿Entonces para qué es todo esto?

—Lo que importa es quién no envía el mensaje. —Y Peter le sonrió.

—No haré más preguntas —dijo Theresa—, ya que te complace tanto lo listo que eres. Supongo que sea cual sea tu inteligente plan, mi querido e inteligente hijo lo pergeñó.

—Y luego dicen que Demóstenes tiene una vena sarcástica —dijo Peter.

Un momento antes ella no entendía nada. Y ahora sí. Algo encajó, al parecer. La marcha mental adecuada cambió, la sinapsis adecuada se cargó de electricidad durante un instante.

—Querías que todo el mundo pensara que había descubierto por accidente que nos marchábamos. Y le disteis a todos la oportunidad de enviar un mensaje —dijo Theresa—. Excepto a una persona. Así que si es él...

John Paul acabó la frase.

—Entonces el mensaje no será enviado.

—A menos que sea realmente listo —dijo Theresa.

—¿Más listo que nosotros? —preguntó Peter.

John Paul y él se miraron mutuamente. Entonces los dos sacudieron la cabeza.

—Ni hablar —dijeron, y se echaron a reír.

—Me alegra que os llevéis tan bien —dijo Theresa.

—Oh, mamá, no te enfades —dijo Peter—. No podía decírtelo porque si él sabía que era una trampa no funcionaría, y es la única persona que podría estar escuchándolo todo. Y para tu información, sólo conseguí un disruptor.

—Comprendo todo eso. Es el hecho de que tu padre lo dedujera y yo no.

—Mamá, nadie piensa que seas lela, si eso es lo que te preocupa.

—¿Lela? ¿De dónde has sacado esa palabra que ya no usa nadie? Te aseguro que ni en mis peores pesadillas he supuesto alguna vez que yo fuera lela.

—Bien —dijo Peter—. Porque si lo hiciste, estabas equivocada.

—¿No deberíamos atarnos los cinturones para el despegue?

—Preguntó Theresa.

—No —respondió Peter—. No vamos a ir a ninguna parte.

—¿Por qué no?

—Los ordenadores de la estación están ocupados con un programa de simulación que dice que la lanzadera está ejecutando su rutina de lanzamiento. Para que parezca bien, desatracaremos y nos apartaremos de la estación. En cuanto la única gente que haya en el muelle sea el equipo exterior de Graff, volveremos y saldremos de esta lata de sardinas.

—Parece una trampa muy retorcida para pillar al informador.

—Me educaste con un agudo sentido del estilo, mamá —dijo Peter—. Soy fruto de mi educación a tu lado.

Lankowski llamó a la puerta casi a medianoche. Petra ya llevaba una hora dormida. Bean salió del programa, desconectó el ordenador, y abrió la puerta.

—¿Algo va mal? —le preguntó a Lankowski.

—Nuestro amigo mutuo desea verlos a los dos.

—Petra está ya dormida —dijo Bean. Pero notó en la frialdad de Lankowski que algo iba muy mal—. ¿Se encuentra bien Alai?

—Está muy bien, gracias —respondió Lankowski—. Por favor, despierte a su esposa y tráigala lo más rápido posible.

Quince minutos más tarde se presentaron ante Alai, no en el jardín, sino en un despacho, y Alai estaba sentado tras una mesa.

Tenía una hoja de papel sobre la mesa, y la empujó hacia Bean.

Bean la cogió y la leyó.

—Crees que he enviado esto —dijo Bean.

—O lo hizo Petra —contestó Alai—. He tratado de decirme que tal vez no le recalcaste la importancia de mantener al Hegemón apartado de esta información. Pero luego me di cuenta de que estaba pensando como un musulmán anticuado. Ella es responsable de sus propias acciones. Y comprendía tan bien como tú que mantener el secreto en este asunto era vital.

Bean suspiró.

—Yo no lo he enviado —dijo—. Petra tampoco. No sólo comprendíamos tu deseo de mantenerlo en secreto, sino que estábamos de acuerdo con ello. No hay ninguna posibilidad de que hubiéramos enviado información sobre lo que estás haciendo a nadie, punto.

—Y sin embargo aquí está este mensaje, enviado desde nuestra propia red de datos. ¡Desde este edificio!

—Alai —dijo Bean—, somos tres de las personas más inteligentes de la Tierra. Hemos librado una guerra juntos, y vosotros dos sobrevivisteis al secuestro de Aquiles. Y sin embargo cuando sucede algo como esto, sabes con seguridad que somos nosotros quienes traicionamos tu confianza.

—¿Quién más fuera de nuestro círculo sabía esto?

—Bueno, veamos. Todos los hombres de la reunión tienen personal. Su personal no está compuesto por idiotas. Aunque nadie se lo haya dicho explícitamente, verán memorándums, oirán comentarios. Algunos de esos hombres puede que incluso piensen que no es quebrantar la seguridad decírselo a un ayudante en quienes confían plenamente. Y unos cuantos de ellos sólo podrían ser figuras representativas, así que tienen que decírselo a gente que haga el trabajo real o no se hará nada.

—Conozco a todos esos hombres.

—No tan bien como nos conoces a nosotros —dijo Petra—. El hecho de que sean buenos musulmanes y leales a ti no significa que todos sean igualmente cuidadosos.

—Peter lleva construyendo una red de informadores desde... bueno, desde que era un crío. Mucho antes de que ninguno de ellos supiera que era sólo un crío. Sería sorprendente que no tuviera un informador en tu palacio.

Alai contempló el papel sobre la mesa.

—Es un tipo de disfraz muy torpe para el mensaje —dijo—. Supongo que habríais hecho un trabajo mejor.

—Yo lo habría codificado —contestó Bean—, y Petra posiblemente lo habría metido dentro de un gráfico.

—Creo que la misma torpeza del mensaje debería decirte algo —intervino Petra—. La persona que lo escribió es alguien que piensa que sólo necesita esconder esta información a alguien del círculo interno. Tendrá que saber que si tú lo vieras, reconocerías inmediatamente que «Shaw» se refiere a los antiguos legisladores de Irán los shás, y que «Pack» se refiere a Pakistán, mientras que «Kemal» es una referencia transparente al fundador de la Turquía postotomana. ¿Cómo podrías no darte cuenta?

Alai asintió.

—De modo que sólo lo codifica de esta forma para que la gente de fuera no lo entienda, por si es interceptado por un enemigo.

—No cree que aquí haya nadie que estudie sus mensajes salientes —dijo Petra—. Mientras que Bean y yo sabemos con seguridad que nos están espionando desde que llegamos aquí.

—No con mucho éxito —dijo Alai con una sonrisita tensa.

—Bueno, para empezar necesitas programas espía mejores —dijo Bean.

—Y si le hubiéramos enviado un mensaje a Peter —continuó Petra—, le habríamos dicho explícitamente que advierta a nuestra amiga india que no bloquee la

salida china de la India, sólo a su regreso.

—No habríamos tenido otro motivo para informar a Peter —dijo Bean—. No trabajamos para él. En realidad, no nos cae bien.

—No es uno de nosotros —dijo Petra firmemente.

Alai asintió, suspiró, se hundió en su asiento.

—Por favor, sentaos —dijo.

—Gracias —contestó Petra.

Bean se acercó a la ventana y contempló los campos rociados con agua purificada del Mediterráneo. Donde había el favor de Ala, el desierto florecía.

—No creo que esto cause ningún daño —dijo—. Aparte de que perdamos el sueño esta noche.

—Tienes que comprender que me resulta difícil sospechar de mis colaboradores más íntimos.

—Eres el Califa —dijo Petra—, pero también eres un jovencito, y ellos lo ven. Saben que tu plan es brillante, te aman, te siguen en todas las cosas grandes que planeas para tu pueblo. Pero cuando les dices que lo mantengan todo en absoluto secreto, ellos dicen que sí, incluso de veras, pero no se lo toman en serio porque, verás, eres...

—Todavía un niño —dijo Alai.

—Eso se solucionará con el tiempo —dijo Petra—. Tienes muchos años por delante. Con el tiempo, todos esos hombres mayores serán sustituidos.

—Por hombres más jóvenes en quienes confío aún menos —dijo Alai tristemente.

—Decírselo a Peter no es lo mismo que decírselo a un enemigo —intervino Bean—. No debería haber tenido esta información antes de la invasión. Pero fíjate que el informador no le dijo cuándo empezaría la invasión.

—Sí que lo hizo.

—Entonces yo no lo he visto.

Petra se levantó de nuevo y miró el mensaje impreso.

—El mensaje no dice nada sobre la fecha de la invasión.

—Fue enviado el día de la invasión —dijo Alai.

Bean y Petra se miraron mutuamente.

—¿Hoy? —dijo Bean.

—La campana turca ya ha comenzado —respondió Alai—. En cuanto oscureció en Xinjiang. Ya hemos recibido confirmación vía e-mail de que tres aeródromos y una parte importante de la red eléctrica está en nuestro poder. Y hasta ahora, al menos, no hay signos de que los chinos sepan que está pasando algo. Va a salir mejor de lo que esperábamos.

—Ha empezado —dijo Bean—. Entonces ya era demasiado tarde para cambiar los planes para el tercer frente.

—No, no lo era —repuso Alai—. Nuestras nuevas órdenes han sido enviadas. Los comandantes árabes e indonesios están muy orgullosos de que se les confíe la misión que llevará la guerra al territorio enemigo.

Bean se quedó sorprendido.

—Pero la logística... no hay tiempo para planear.

—Bean —dijo Alai, divertido—. Ya teníamos los planes para un complicado desembarco en las playas. Eso era una pesadilla logística. Poner trescientos grupos separados en distintos puntos de la costa china, protegidos por la oscuridad, dentro de tres días, y apoyarlos con fuego aéreo y desembarcos aéreos... mi gente podrá hacerlo dormida. Eso es lo mejor de tu idea, Bean, amigo mío. No era un plan, era una situación, y el plan consiste en que cada comandante individual improvise formas de cumplir los objetivos de la misión. Les dije, en mis órdenes, que mientras sigan moviéndose tierra adentro, protegiendo a sus hombres, y causando las máximas molestias al gobierno y los militares chinos, no podrán fracasar.

—Ha empezado —dijo Petra.

—Sí —respondió Bean—. Ha empezado, y Aquiles no está en China.

Petra miró a Bean y sonrió.

—Veamos qué podemos hacer para mantenerlo apartado.

—Más concretamente —dijo Bean—, ya que no le hemos transmitido a Peter el mensaje específico que necesita para contactar con Virlomi en la India, ¿podemos hacerlo ahora, con tu permiso?

Alai lo miró con los ojos entornados.

—Mañana. Después de que la noticia de la lucha en Xinjiang haya empezado a filtrarse. Os diré cuándo.

En el despacho de Uphanad, Graff estaba sentado con los pies sobre la mesa mientras Uphanad trabajaba en la consola de seguridad.

—Bien, señor, ya está —dijo Uphanad—. Se han marchado.

—¿Y cuándo llegarán?

—No lo sé. Todo depende de la trayectoria y de ecuaciones muy complicadas para equilibrar la velocidad, la masa, la aceleración, recuerde que yo no era el profesor de Astrofísica de la Escuela de Batalla.

—Si no recuerdo mal, se dedicaba a tácticas de fuerzas pequeñas —dijo Graff.

—Y cuando intentó usted ese experimento con la música militar... haciendo que los niños cantaran juntos...

Graff gruñó.

—Por favor. No me lo recuerde. Qué idea tan estúpida fue.

—Pero se dio cuenta usted de inmediato y piadosamente interrumpió todo el asunto.

—Espíritu de cuerpo y un cuerno —dijo Graff.

Uphanad pulsó unas cuantas teclas de la consola y la pantalla mostró que acababa de desconectar.

—Todo terminado aquí. Me alegra que descubriera lo del informador en ColMin. Hacer que los Wiggin se marcharan fue la única opción segura.

—¿Recuerda la ocasión en que le acusé de dejar que Bean viera su clave? —dijo Graff.

—Parece que fue ayer —respondió Uphanad—. Pensé que no iba a creerme hasta que Dimak me defendió y sugirió que Bean se estaba arrastrando por los conductos de ventilación y asomándose a los respiraderos.

—Sí, Dimak estaba seguro de que era usted tan metódico que no podría haber roto sus hábitos en un momento de descuido. Tenía razón, ¿no?

—Sí —dijo Uphanad.

—Aprendí la lección. He confiado en usted desde entonces.

—Espero haberme ganado esa confianza.

—Muchas veces. No conservé a todo el personal de la Escuela de Batalla. Por supuesto, había quienes pensaban que el Ministerio de Colonización era demasiado manso para sus talentos. Pero en realidad no es cuestión de lealtad personal, ¿verdad?

—¿Qué no lo es, señor?

—Nuestra lealtad debería ir dirigida a algo más grande que una persona concreta, ¿no le parece? A una causa, tal vez. Yo soy leal a la especie humana... eso es algo pretencioso, ¿no cree?, pero me debo a un proyecto concreto, a extender el genoma humano por tantos sistemas solares como sea posible. De forma que nuestra misma existencia no pueda ser amenazada nunca más. Y para eso, estoy dispuesto a sacrificar muchas lealtades personales. Hace que sea completamente predecible, pero también indigno de confianza, si entiende lo que quiero decir.

—Creo que sí, señor.

—Así que mi pregunta, mi buen amigo, es ésta: ¿A quién es usted leal?

—A esta causa, señor. Y a usted.

—El informador que usó su clave. ¿Cree que lo observó a través de los respiraderos otra vez?

—Muy improbable, señor. Creo que es mucho más probable que penetrara en el sistema y me eligiera al azar, señor.

—Sí, por supuesto. Pero debe usted comprender que como su nombre aparecía en el e-mail, primero teníamos que eliminarlo como posibilidad.

—Es lógico, señor.

—Así que mientras enviamos a los Wiggin a casa, nos aseguramos de que todos los miembros del personal permanente descubrieran que se marchaban y tuvieran oportunidad para enviar un mensaje. Excepto usted.

—¿Excepto yo, señor?

—He estado con usted todo el tiempo desde que decidieron marcharse. De esa forma, si se enviara un mensaje, aunque usara su clave, sabríamos que no lo habría enviado usted. Pero si no se enviaba un mensaje, bueno... sería usted quien no lo envió.

—No puede decirse que sea un plan infalible, señor —dijo Uphanad—. Alguien más podría no haber enviado el mensaje por motivos propios, señor. Podría ser que su marcha no fuera algo para lo que fuera necesario un mensaje.

—Cierto —dijo Graff—. Pero no lo acusaríamos de un delito basándonos en un mensaje no enviado. Simplemente le asignaríamos a una responsabilidad menos crítica. O le daríamos la oportunidad de dimitir con una pensión.

—Muy amable por su parte, señor.

—Por favor, no lo considere amabilidad, yo... La puerta se abrió. Uphanad se volvió, obviamente sorprendido.

—No puede entrar aquí —le dijo a la mujer vietnamita que apareció en el umbral.

—Oh, la he invitado yo —dijo Graff—. Creo que no conoce a la coronel Nguyen de la Fuerza de Seguridad Digital de la FI.

—No —dijo Uphanad, levantándose para ofrecerle la mano—. Ni siquiera sabía que esa sección existe. Per se.

Ella ignoró su mano y le dio un papel a Graff.

—Oh —dijo él, sin leerlo todavía—. Entonces estamos exonerados en esta habitación.

—El mensaje no utilizó su clave —dijo ella.

Graff leyó el mensaje. Sólo constaba de una palabra: «Off». La clave de acceso pertenecía a uno de los ordenanzas de los muelles.

La hora en el encabezado del mensaje indicaba que había sido enviado tan sólo un par de minutos antes.

—Entonces mi amigo es inocente —dijo Graff.

—No, señor —respondió Nguyen.

Uphanad, que hasta entonces parecía aliviado, pareció ahora aturdido.

—Pero yo no lo he enviado. ¿Cómo podría haberlo hecho?

Nguyen no le contestó. Le habló solamente a Graff.

—Fue enviado desde esta consola.

Se acercó a la consola y empezó a conectarla.

Ella se dio la vuelta. Había una pistola aturdidora en su mano.

—Colóquese contra la pared —dijo—. Las manos a la vista.

Graff se levantó y abrió la puerta.

—Pasen —dijo. Otros dos soldados de la FI entraron—. Por favor, registren al señor Uphanad en busca de armas u otros instrumentos letales. Y bajo ninguna

circunstancia dejen que toque un ordenador. No queremos que active un programa que borre materiales críticos.

—No sé cómo han hecho eso —dijo Uphanad—, pero se equivocan conmigo.

Graff señaló la consola.

—Nguyen no se equivoca nunca. Es aún más metódica que usted.

Uphanad se quedó mirando.

—Está conectando como si fuera yo —dijo—. Está usando mi clave. ¡Eso es ilegal!

Nguyen llamó a Graff para que se acercara a la pantalla.

—Normalmente, para desconectar, se pulsan estas dos teclas, ¿ve? Pero él también pulsó esta otra. Con el dedo meñique, de manera que no se notara que la había pulsado. Esa secuencia clave activó un programa residente que envió el e-mail, usando una selección aleatoria entre las identidades del personal. También lanzó la secuencia ordinaria de desconexión, de modo que para usted pareció que acababa de ver a alguien desconectar de manera absolutamente normal.

—De modo que tenía esto preparado para enviarlo en cualquier momento —dijo Graff.

—Pero cuando lo envié, habían pasado cinco minutos del lanzamiento real.

Graff y Nguyen se volvieron para mirar a Uphanad. Graff pudo ver en sus ojos que veía que lo habían capturado.

—Bien, ¿cómo lo reclutó Aquiles? —dijo Graff—. No creo que lo haya visto nunca. Desde luego no formó ninguna relación con usted cuando estuvo aquí unos cuantos días como estudiante.

—Tiene a mi familia —dijo Uphanad, y se echó a llorar.

—No, no —dijo Graff—. Contrólese, actúe como un soldado tenemos muy poco tiempo para corregir su fallo de juicio. La próxima vez, si alguien acude a usted con una amenaza como ésta, acuda a mí.

—Dijeron que lo sabrían si se lo decía.

—Entonces dígamelo también —dijo Graff—. Pero ahora me lo ha dicho. Así que hagamos que esto actúe en nuestra ventaja. ¿Qué pasa cuando envía este segundo mensaje?

—No lo sé. No importa de todas formas. Ella acaba de enviarlo otra vez. Cuando reciban el mismo mensaje dos veces, sabrán que algo va mal.

—Oh, no han recibido el mensaje ninguna de las dos veces —dijo Graff—. Desconectamos esta consola. Desconectamos toda la estación de cualquier contacto con la Tierra. Igual que la lanzadera no llegó a partir.

La puerta se abrió una vez más, y entraron Peter, John Paul y Theresa.

Uphanad se volvió hacia la pared. Los soldados estaban dispuestos a hacer que se girara de nuevo, pero Graff les hizo un gesto: «Déjenlo». Sabía lo orgulloso que era

Uphanad. Esta vergüenza delante de gente a la que había intentado traicionar era insoportable. Le dio tiempo para recuperarse.

Sólo cuando los Wiggin se estaban sentando Graff invitó a Uphanad a tomar también asiento. Él obedeció, oscilando la cabeza como la caricatura de un perro apaleado.

—Enderécese, Uphanad, y enfréntese a esto como un hombre. Son buenas personas, comprenden que hizo lo que creyó adecuado para su familia. Cometió un error al no confiar en mí, pero incluso eso es comprensible.

Por la cara de Theresa, Graff pudo ver que ella, al menos, no era ni la mitad de comprensiva de lo que él parecía asumir. Pero se ganó su silencio con un gesto.

—Les diré una cosa —dijo Graff—. Hagamos que esto funcione en nuestro provecho. Tengo un par de lanzaderas a mi disposición para esta operación, con saludos del almirante Chamrajnagar, por cierto, de modo que la cuestión real es decidir cuál enviaremos cuando permitamos que se envíe su e-mail.

—¿Dos lanzaderas? —preguntó Peter.

—Tenemos que intentar adivinar qué planeaba hacer Aquiles con esta información. Si pretende atacarlos al aterrizar, bueno, tenemos una lanzadera muy bien acorazada que podría tratar con cualquier cosa que le lancen desde el suelo. Creo que probablemente habrá pensando en un misil cuando sobrevuelen alguna región donde pueda emplazar una plataforma de lanzamiento portátil.

—¿Y su lanzadera acorazada podrá tratar con eso? —preguntó Peter.

—Fácilmente. El problema es que esa lanzadera se supone que no existe. Los documentos de la FI prohíben específicamente que las naves de alcance atmosférico tengan ningún tipo de arma. Está diseñada para acompañar a las naves coloniales, por si el exterminio de los fórmicos no fue completo y nos topamos con resistencia. Pero si una de esas lanzaderas entra en la atmósfera de la Tierra y demuestra sus capacidades abatiendo un misil, nunca podríamos contárselo a nadie sin comprometer a la FI. Así que podríamos usar esta lanzadera para llevarlos a salvo a la Tierra, pero nunca podríamos contarle a nadie el atentado contra su vida.

—Podría vivir con eso —dijo Peter.

—Excepto que no tiene por qué ir a la Tierra en este momento.

—No, la verdad es que no.

—Así que podemos enviar una lanzadera diferente. Una vez más, una lanzadera cuya existencia no es conocida, pero esta vez no es ilegal. Porque no tiene ningún tipo de armas. De hecho, aunque es bastante cara comparada con, digamos, una bazuca, es muy, muy barata comparada con una lanzadera real. Es un señuelo. Está cuidadosamente diseñada para igualar la velocidad y la firma en el radar de una lanzadera real, pero carece de unas cuantas cosas... como sitio para colocar un ser humano, o la capacidad de aterrizar.

—Entonces envíe esa lanzadera —dijo John Paul—, atraiga su fuego, y luego dejémoslo en manos de la propaganda.

—Haremos que observadores de la FI sean testigos del lanzamiento y estaremos en la plataforma de disparo antes de que pueda ser desmantelada, o al menos antes de que los perpetradores puedan escapar. Sea cual sea el final, acabará señalando a Aquiles o China, con lo cual podremos demostrar que alguien de la Tierra lo disparó a una lanzadera de la FI.

—Eso los pondrá en muy mala situación —dijo Peter—. ¿Anunciamos que yo era el objetivo?

—Podremos decidir eso según sea su respuesta, o sobre quién recaiga la culpa. Si es China, creo que ganaremos más haciendo que sea un ataque sobre la Flota Internacional. Si es Aquiles, ganamos más señalándolo como asesino.

—Parece que han podido discutir este asunto con bastante libertad delante de nosotros —dijo Theresa—. Supongo que ahora tendrán que matarnos.

—Sólo a mí —susurró Uphanad.

—Bueno, tendré que despedirlo —dijo Graff—. Y tendré que enviarlo de vuelta a la Tierra, porque no podrá quedarse aquí. Deprimiría a todo el mundo, con ese aspecto culpable e indigno.

El tono de Graff fue lo bastante ligero como para hacer que Uphanad se echara a llorar otra vez.

—He oído que los indios necesitan hombres leales que luchen por su libertad —continuó Graff—. Ésa es la lealtad que trasciende a su lealtad al Ministerio de Colonización, y la comprendo. Así que debe usted ir a donde su lealtad lo guía.

—Esto es... un favor increíble, señor —dijo Uphanad.

—No fue idea mía —contestó Graff—. Mi plan era que la FI lo juzgara en secreto y lo ejecutara. Pero Peter me dijo que, si era usted culpable y resultaba que estaba protegiendo a sus familiares custodiados por los chinos, sería un error castigarlo por el crimen de lealtad imperfecta.

Uphanad se volvió a mirar a Peter.

—Mi traición podría haberlos matado a usted y a su familia.

—Pero no lo hizo —dijo Peter.

—Me gusta pensar que Dios a veces nos muestra piedad dejando que algún accidente nos impida ejecutar nuestros peores planes —dijo Graff.

—No lo creo —repuso Theresa fríamente—. Creo que si apuntas a la cabeza de un hombre con una pistola y la bala no estalla, sigues siendo un asesino a los ojos de Dios.

—Bueno, pues entonces, cuando todos estemos muertos, si averiguamos que existimos de una forma u otra, tendremos que pedirle a Dios que nos diga cuál de los dos tiene razón.

17

Profetas

SecureSite.net

De: *Locke%erasmus@polnet.gov*

Clave: *Suriyawong*

Sobre: *chica en el puente*

Fuente digna de confianza suplica: No interfieras con la salida china de la India. Pero cuando necesiten regresar o suministros, bloquea todas las rutas posibles.

Los chinos pensaron al principio que los incidentes en la provincia de Xinjiang eran obra de los insurgentes que llevaban siglos formando y reformando grupos guerrilleros. Dado el protocolo al que era tan proclive el ejército chino, no fue hasta últimas horas de la tarde en Beijing cuando Han Tzu pudo por fin recopilar datos para demostrar que se trataba de una ofensiva importante originada fuera de China.

Por enésima vez desde que ocupara un puesto en el alto mando de Beijing, Han Tzu desesperó de conseguir hacer realmente las cosas. Siempre era más importante mostrar respeto por el alto estatus de tus superiores que decirles la verdad y hacer que las cosas sucedieran. Incluso ahora, cuando tenía en las manos las pruebas de un nivel de entrenamiento, disciplina, coordinación y pertrechos que hacía imposible que los incidentes de Xinjiang fueran obra de rebeldes locales, Han Tzu tenía que esperar horas para que su solicitud de una reunión fuera procesada a través de los oh-tan-importantísimos ayudantes, segundones, funcionarios y pelotas cuyo único deber era parecer lo más importantes y ocupados que fuera posible mientras se aseguraban de que se hiciera lo mínimo posible.

Había oscurecido ya en Beijing cuando Han Tzu cruzó la zona que separaba la plaza de Estrategia y Planificación de la sección administrativa: otro ejemplo de mala estructura, separar esas dos secciones por un largo paseo al aire libre. Tendría que haber habido una línea divisoria baja entre ambos, que constantemente se gritaban noticias de una a otra. En cambio, Estrategia y Planificación estaba haciendo siempre planes que Administración no podía llevar a cabo, y Administración estaba siempre minando el propósito de esos planes y luchando contra las mismas ideas que los harían efectivos.

¿Cómo llegamos a conquistar la India?, se preguntó Han Tzu.

Dio una patada a las palomas que correteaban a sus pies. Revolotearon a unos metros de distancia, y luego volvieron a por más, como si pensarán que sus pies hubieran desgajado algo comestible con cada paso.

El único motivo por el que el gobierno sigue en el poder es porque el pueblo de

China es como las palomas. Les puedes dar patadas y más patadas, y siempre vuelven a por más. Y los peores de todos son los burócratas. China inventó la burocracia, y con mil años de ventaja con respecto al resto del mundo, siguen avanzando en las artes de la ofuscación, construcción de reinos y tempestades en vasos de agua hasta un nivel desconocido en todas partes. La burocracia bizantina era, por comparación, un sistema directo.

¿Cómo lo consiguió Aquiles? Un extranjero, un criminal, un loco... y todo esto era bien sabido por el gobierno chino. Sin embargo, pudo abrirse paso entre las capas de obstrutores e ir directamente al nivel donde se toman las decisiones. La mayoría de la gente ni siquiera sabía dónde estaba ese nivel, ya que, desde luego, no lo formaban los famosos líderes, que eran demasiado viejos para pensar en algo nuevo y temían demasiado perder sus puestos o ser pillados tras décadas de actos criminales para ser capaces de hacer algo más que decir «Haz lo que consideres sabio» a sus lacayos.

Las decisiones se tomaban dos niveles más abajo, por los ayudantes de los generales. Han Tzu había tardado seis meses en darse cuenta de que una reunión con el hombre principal era inútil, porque tenía que consultar con sus ayudantes y seguía siempre sus recomendaciones. Ahora nunca se molestaba en reunirse con nadie más. Pero conseguir una reunión semejante, por supuesto, requería que se hiciera una elaborada petición a cada general, reconociendo que aunque el sujeto de la reunión era tan vital que ésta debía celebrarse inmediatamente, era al mismo tiempo tan trivial que cada general sólo necesitaba enviar a su ayudante en su lugar.

Han Tzu nunca estaba seguro de que toda esta elaborada charada fuera solamente para mostrar el debido respeto a la tradición y las formas, o si los generales se dejaban engañar y tomaban la decisión, cada vez, asistieran en persona o enviaran a su ayudante.

Naturalmente, también era posible que el general nunca viera los mensajes, y los ayudantes tomaran la decisión por él. Era lo más probable, no obstante, y por eso sus memorándums llevaban un comentario: «Noble y digno general sería desairado si no asistiera», por ejemplo, o «Tediosa pérdida de tiempo del heroico líder, indigno ayudante se alegrará de tomar notas e informar si se dice algo importante».

Han Tzu no sentía lealtad alguna hacia ninguno de aquellos bufones. Cada vez que tomaban decisiones por su cuenta, éstas eran equivocadas. Las que no estaban completamente lastradas por la tradición estaban igual de controladas por sus propios egos.

Sin embargo Han Tzu era completamente leal a China. Siempre había actuado haciendo lo mejor para China, y siempre lo haría.

El problema era que a menudo definía «lo mejor para China» de una manera que fácilmente podría hacerlo fusilar.

Como aquel mensaje que envió a Bean y Petra, esperando que se dieran cuenta del peligro que corría el Hegemón si realmente creía que Han Tzu había sido la fuente de su información. Enviar ese aviso fue claramente traición, ya que la aventura de Aquiles había sido aprobada en los más altos niveles y, por tanto, representaba la política oficial china. Y sin embargo sería un desastre para el prestigio de China en todo el mundo si se supiera que habían enviado a un asesino para matar al Hegemón.

Nadie parecía comprender ese tipo de cosas, principalmente porque se negaban a ver a China como algo que no fuera el centro del universo, alrededor del cual orbitaban todas las otras naciones. ¿Qué importaba si China era considerada una nación de tiranos y asesinos? Si a alguien no le gusta lo que hace China, entonces ese alguien puede irse a su casa y echarse a llorar.

Pero ninguna nación era invencible, ni siquiera China. Han Tzu lo comprendía, aunque los otros no lo hicieran.

No había sido una ayuda que la conquista de la India hubiera sido tan fácil. Han Tzu había insistido en diseñar todo tipo de planes de contingencia cuando las cosas salieron mal con el ataque sorpresa de los ejércitos indio, tailandés y vietnamita. Pero la campaña de engaños de Aquiles había tenido tanto éxito, y la estrategia tailandesa de defensa había sido tan efectiva, que los indios se comprometieron por completo, sus suministros se agotaron, y su moral se vino abajo cuando los ejércitos chinos empezaron a cruzar las fronteras, cortando en pedazos los ejércitos indios, y engullendo cada sección en cuestión de días... a veces en cuestión de horas.

Toda la gloria fue para Aquiles, naturalmente, aunque fue la cuidadosa planificación de Han Tzu con su personal de casi ochenta graduados de la Escuela de Batalla la que puso a los ejércitos chinos exactamente donde tenían que estar exactamente en el momento en que tenían que estar allí. No, aunque el equipo de Han Tzu había escrito las órdenes, éstas habían sido cursadas por Administración, y por tanto fue Administración quien ganó las medallas, mientras que Estrategia y Planificación obtenía una sola recomendación en grupo que tuvo el mismo efecto sobre la moral que si un teniente coronel hubiera entrado y dicho: «Buen intento, chicos, sabemos que actuabais de buena fe».

Bien, Aquiles podía quedarse con la gloria, porque en opinión de Han Tzu invadir la India había sido insensato y contraproducente... por no decir maligno. China no tenía recursos para enfrentarse a los problemas de la India. Cuando los indios gobernaban su país, la gente que sufría sólo podía echarle la culpa a sus camaradas indios. Pero ahora, cuando las cosas iban mal (como siempre pasaba en la India), toda la culpa iría para China.

Los administradores chinos que fueron enviados a gobernar la India permanecieron sorprendentemente a salvo de la corrupción y trabajaron duro... pero lo cierto es que ninguna nación es gobernable excepto por una fuerza abrumadora o

por medio de una cooperación completa. Y como no había manera de que los conquistadores chinos tuvieran una cooperación completa, y no había esperanza ninguna de que pudieran contar con una fuerza abrumadora, la única cuestión era cuándo la resistencia se convertiría en un problema. Y se convirtió en un problema poco después de que Aquiles se marchara a la Hegemonía, cuando los indios empezaron a apilar piedras. Han Tzu tuvo que reconocer que, cuando se trataba de desobediencia civil simbólicamente poderosa pero verdaderamente molesta, los indios eran auténticos hijos de Gandhi. Ni siquiera entonces los burócratas escucharon su consejo y acabaron enredándose en un ciclo cada vez peor de represalias.

Así que... no importa lo que piense el mundo exterior, ¿no? Podemos hacer lo que queramos porque nadie más tiene el poder ni la voluntad de desafiarnos, ¿ésa es la historia?

Lo que tengo en las manos es la respuesta a esa teoría.

—¿Cómo que no han hecho nada para reconocer nuestra ofensiva? —dijo Alai.

Bean y Petra estaban sentados junto a él, mirando el holomapa que mostraba todos los objetivos de Xinjiang que habían sido tomados según lo previsto, como si les hubieran entregado a los chinos un guión y ellos estuvieran haciendo exactamente su papel tal como la Liga de la Media Luna les había pedido que hicieran.

—Creo que las cosas están saliendo muy bien —contestó Petra.

—Ridículamente bien —dijo Alai.

—No seas impaciente —dijo Bean—. Las cosas se mueven despacio en China. Y no les gusta hacer pronunciamientos públicos sobre sus problemas. Tal vez sigan viendo esto como un grupo de insurgentes locales. Tal vez están esperando anunciar lo que pasa hasta que puedan hablar de su devastador contraataque.

—Es eso —dijo Alai—. Nuestros informes dicen que no están haciendo nada; las guarniciones más cercanas siguen en su sitio.

—Los comandantes de las guarniciones no tienen autoridad para enviar a sus hombres a la batalla —dijo Bean—. Además, probablemente ni siquiera saben que algo va mal. Tus fuerzas tienen controlada la red de comunicaciones terrestre, ¿no?

—Eso era un objetivo secundario. Es lo que están haciendo ahora, sólo por mantenerse ocupados.

Petra se echó a reír.

—Ahora lo pillo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Alai.

—El anuncio público —dijo Petra—. Vosotros no podéis anunciar que todas las naciones musulmanas han nombrado por unanimidad a un Califa.

—Podemos anunciarlo en cualquier momento —dijo Alai, irritado.

—Pero estáis esperando. Hasta que los chinos hagan su anuncio de que una nación desconocida los ha atacado. Sólo cuando hayan admitido su ignorancia o se hayan comprometido a una teoría que sea completamente falsa diréis lo que está pasando en realidad. Que el mundo musulmán está plenamente unido bajo un Califa, y que has tomado la responsabilidad de liberar a las naciones cautivas de la China atea e imperialista.

—Tienes que admitir que la historia se ve mejor así —dijo Alai.

—Por supuesto. No me estoy riendo porque te equivoques en eso, simplemente me río de la ironía de que tengáis tanto éxito y de que los chinos no estén preparados y acaben por retrasar tu anuncio. Pero... ten paciencia, querido amigo. Alguien en el alto mando chino sabe lo que está pasando, y todos los demás acabarán por escucharlo y movilizarán sus tropas y harán algún tipo de anuncio.

—Tienen que hacerlo —dijo Bean—. O los rusos malinterpretarán deliberadamente sus movimientos de tropas.

—De acuerdo —reconoció Alai—. Pero por desgracia todos los vids de mi anuncio fueron rodados durante el día. Nunca se nos pasó por la cabeza que tardaran tanto en responder.

—¿Sabes una cosa? A nadie le importará un comino si los vids están grabados con antelación. Pero aún mejor sería que aparecieras en directo, para mostrarte y anunciar lo que están haciendo tus ejércitos en Xinjiang.

—El peligro del directo es que podría escapárseme algo, y decirles que la invasión de Xinjiang no es la ofensiva principal.

—Alai, podrías anunciar ahora mismo que ésta no es la ofensiva principal, y la mitad de los chinos pensarían que se trata de desinformación diseñada para mantener inmovilizadas a sus tropas en la India y la frontera pakistaní. De hecho, te aconsejo que lo hagas. Porque entonces te labrarás una reputación de sincero. Eso hará que tus mentiras posteriores sean mucho más efectivas.

Alai se echó a reír.

—Has aliviado mi mente.

—Estás sufriendo el problema que acosa a todos los comandantes en esta era de comunicaciones rápidas —dijo Petra—. En los viejos tiempos, Alejandro y César estaban presentes en el campo de batalla. Podían observar, dar órdenes, tratar con los acontecimientos. Eran necesarios. Pero tú estás aquí en Damasco porque éste es el lugar donde se unen todas las comunicaciones. Si eres necesario, serás necesario aquí. Así que en vez de tener un millar de cosas para mantener tu mente ocupada, tienes toda esta adrenalina fluyendo sin ir a ningún sitio.

—Te recomiendo caminar —dijo Bean.

—¿Juegas al balonmano? —preguntó Petra.

—Comprendo —dijo Alai—. Gracias. Seré paciente.

—Y piensa en mi consejo —recordó Bean—. Comparece en directo y di la verdad. Tu pueblo te amará más si te considera tan osado que simplemente puedes decirle al enemigo lo que vas a hacer, y considerará que no pueden impedirte hacerlo.

—Marchaos ahora —dijo Alai—. Os estáis repitiendo.

Riendo, Bean se levantó. Lo mismo hizo Petra.

—Sabéis que no tendré tiempo para vosotros después de esto —dijo Alai.

Ellos se detuvieron, se dieron la vuelta.

—Una vez que se haya anunciado, cuando todo el mundo lo sepa, tendré que empezar a celebrar cortes. Reunirme con gente. Juzgar disputas. Mostrar que soy el verdadero Califa.

—Gracias por el tiempo que has pasado con nosotros hasta ahora —dijo Petra.

—Espero que nunca tengamos que enfrentarnos en el campo de batalla —dijo Bean—. Como hemos tenido que enfrentarnos a Han Tzu en esta guerra.

—Recordad —dijo Alai—. Las lealtades de Han Tzu están divididas. Las más no.

—Lo recordaré —dijo Bean.

—*Salaam* —dijo Alai—. Que la paz sea con vosotros.

—Y contigo —dijo Petra—, paz.

Cuando la reunión terminó, Han Tzu no sabía si habían creído o no su advertencia. Bueno, incluso si no le creían ahora, dentro de unas cuantas horas no tendrían más remedio. Las fuerzas importantes de la invasión a Xinjiang sin duda comenzarían su asalto antes de mañana al amanecer. La inteligencia por satélite confirmaría lo que él les había dicho hoy. Pero al precio de doce horas más de inacción.

Sin embargo, el movimiento más frustrante se había producido casi al final de la reunión, cuando el ayudante de un general preguntó:

—Si esto es el principio de una gran ofensiva, ¿qué recomienda usted?

—Enviar al norte todas las tropas disponibles... Yo recomendaría el cincuenta por ciento de todas las guarniciones de la frontera rusa. Prepárenlos no sólo para tratar con esas guerrillas a caballo, sino también con un gran ejército mecanizado que probablemente invadirá mañana.

—¿Qué hay de la concentración de tropas en la India? —preguntó el ayudante—. Son nuestros mejores soldados, los mejor entrenados, y los más móviles.

—Déjenlos donde están —dijo Han Tzu.

—Pero si reducimos las guarniciones a lo largo de la frontera rusa, los rusos atacarán.

Habló otro ayudante.

—Los rusos nunca combatirán fuera de sus propias fronteras. Invádelos y te

destruirán, pero si te invaden, sus soldados no lucharán.

Han Tzu trató de no mostrar su desdén ante tan ridículo juicio.

—Los rusos harán lo que vayan a hacer, y si atacan, nosotros haremos lo que sea necesario como respuesta. Sin embargo, no se impide que tus propios soldados luchen contra un enemigo existente porque podrían ser necesarios para un enemigo hipotético.

Todo bien. Hasta que el primer ayudante dijo:

—Muy bien. Recomendaré la retirada inmediata de tropas de la India lo más rápidamente posible para enfrentarnos a esta amenaza.

—Eso no es lo que he dicho —dijo Han Tzu.

—Pero es lo que he dicho yo —replicó el ayudante.

—Creo que es una ofensiva musulmana —dijo Han Tzu—. El enemigo que hay al otro lado de la frontera con Pakistán es el mismo enemigo que nos ataca en Xinjiang. Sin duda están esperando que hagamos exactamente lo que usted sugiere, para que su ofensiva principal tenga mejor posibilidad de éxito.

El ayudante se echó a reír, y los otros se rieron con él.

—Se ha pasado demasiados años fuera de China durante su infancia, Han Tzu. La India es un lugar lejano. ¿Qué importa lo que pase allí? Podremos tomarla otra vez cuando se nos antoje. Pero esos invasores de Xinjiang están dentro de China. Los rusos están apostados en la frontera. No importa lo que piense el enemigo, ésa es la amenaza real.

—¿Por qué? —dijo Han Tzu, renunciando a toda cautela al desafiar directamente al ayudante—. ¿Porque tropas extranjeras en suelo chino significarían que el actual gobierno ha perdido el mandato del cielo?

De toda la mesa llegó el silbido del aire contenido de pronto entre dientes apretados. Referirse a la antigua idea del mandato del cielo estaba peligrosamente fuera de pie con la política gubernamental.

Bien, mientras irritara a la gente, ¿por qué detenerse con eso?

—Todo el mundo sabe que Xinjiang y el Tíbet no son parte de la China de Han —dijo Han Tzu—. No son más importantes para nosotros que la India... conquistas que nunca se han convertido en plenamente chinas. Una vez poseímos también Vietnam, hace mucho tiempo, y lo perdimos, y la pérdida no significó nada para nosotros. Pero el ejército chino, eso es precioso. Y si retiran ustedes las tropas de la India, corren el grave riesgo de perder a millones de nuestros hombres ante esos fanáticos musulmanes. Entonces no tendremos que preocuparnos por el mandato del cielo. Tendremos tropas extranjeras en la China de Han antes de darnos cuenta... y ningún modo de defendernos contra ellas.

El silencio alrededor de la mesa era letal. Ellos lo odiaron ahora, porque les había hablado de derrota... y les había dicho, sin ningún respeto, que sus ideas eran

equivocadas.

—Espero que ninguno de ustedes olvide esta reunión —dijo Han Tzu.

—Puede estar seguro de que no lo haremos —dijo el ayudante.

—Si estoy equivocado, entonces soportaré las consecuencias de mi error, y me alegraré de que sus ideas no fueran estúpidas después de todo. Lo que es bueno para China es bueno para mí, aunque se me castigue por mis errores. Pero si tengo razón, entonces veré qué clase de hombres son ustedes. Porque si son auténticos chinos, que aman a su país más que a sus carreras, recordarán que yo tenía razón y me volverán a llamar y me escucharán como deberían haberme escuchado hoy. Pero si son los desleales y egoístas cerdos de jardín que creo que son, se asegurarán de que me maten, para que nadie fuera de esta habitación sepa jamás que oyeron una advertencia veraz y no la escucharon cuando todavía había tiempo de salvar a China del enemigo más peligroso al que nos hemos enfrentado desde Genghis Khan.

Qué glorioso discurso. Y qué refrescante haberlo dicho de su boca a la gente que más necesitaba oírlo, en vez de repasarlo una y otra vez en su mente, cada vez más frustrado por no haber pronunciado una palabra en voz alta.

Naturalmente, lo arrestarían esa noche, y posiblemente lo fusilarían antes del amanecer. Aunque la pauta más probable sería arrestarlo y acusarlo de pasarle información al enemigo, hacerle responsable de la derrota que había intentado impedir. Había algo en la ironía que tenía un atractivo especial para los chinos que ostentaban un poco de poder. Había un placer especial en castigar a un hombre virtuoso por los crímenes del hombre poderoso.

Pero Han Tzu no se escondería. Tal vez fuera posible, en este momento, salir de China y pasar al exilio. Pero no lo haría. ¿Por qué no?

No podía dejar a su país en su hora de necesidad. Aunque pudieran matarlo por quedarse, habría muchos otros soldados chinos de su edad que morirían en los próximos días y semanas. ¿Por qué no debería él ser uno de ellos? Y siempre existía la posibilidad, por pequeña y remota que fuera, de que hubiera suficientes hombres decentes entre aquellos que asistieron a la reunión que mantuvieran a Han Tzu vivo hasta que quedara claro que tenía razón. Tal vez entonces (contrariamente a todas las expectativas) lo volverían a llamar y le preguntarían cómo salvarse del desastre que habían traído a China.

Mientras tanto, Han Tzu tenía hambre, y había un pequeño restaurante que le gustaba, donde el encargado y su esposa lo trataban como a un miembro de la familia. No les preocupaba su alto rango ni su estatus como uno de los miembros del grupo de Ender. Lo apreciaban por su compañía. Les encantaba la manera en que devoraba su comida como si fuera la mejor cocina del mundo... cosa que, para él, era cierta. Si éstas eran sus últimas horas de libertad, o incluso de vida, ¿por qué no pasarlas con gente a la que apreciaba, disfrutando de una comida que le gustaba?

Mientras caía la noche en Damasco, Bean y Petra caminaban libremente por las calles, contemplando escaparates. Damasco todavía tenía los mercados tradicionales donde se vendía la mayoría de la comida fresca y la artesanía local. Pero supermercados, *boutiques* y grandes almacenes habían llegado a Damasco como a casi cualquier otro lugar de la Tierra. Sólo los artículos en rebaja reflejaban el gusto local. No había escasez de artículos de diseño europeo o norteamericano, pero lo que a Bean y Petra les gustaba era la rareza de unos artículos que nunca encontrarían en un mercado de Occidente, pero que al parecer aquí tenían mucha demanda.

Intercambiaron suposiciones sobre la utilidad de cada artículo.

Se detuvieron en un restaurante al aire libre con buena música suave que les permitía seguir conversando. Pidieron una extraña combinación de comida local y cocina internacional que hizo que incluso el camarero sacudiera la cabeza, pero estaban de humor para darse el gusto.

—Probablemente lo vomitaré todo mañana —dijo Petra.

—Probablemente. Pero será de mejor calidad que...

—¡Por favor! Estoy intentando comer.

—Pero tú has mencionado el tema —dijo Bean.

—Sé que es injusto, pero cuando lo digo yo, no me da asco. Es como las cosquillas. No puedes hacerte cosquillas a ti mismo.

—Yo sí.

—No tengo dudas. Probablemente es uno de los atributos de la Clave de Anton.

Siguieron hablando de nada en concreto, hasta que oyeron algunas explosiones, al principio lejanas, luego más cerca.

—No puede ser un ataque a Damasco —dijo Petra en voz baja.

—No, creo que son fuegos artificiales —contestó Bean—. Creo que es una celebración.

Uno de los cocineros entró en el restaurante y gritó unas palabras en árabe, que por supuesto era completamente ininteligible para Bean y Petra. De inmediato los comensales locales se levantaron de un salto. Algunos salieron corriendo del restaurante... sin parar, y nadie los detuvo. Otros entraron corriendo en la cocina.

Los pocos clientes del restaurante que no eran árabes se quedaron sin saber qué ocurría.

Hasta que un camarero compasivo salió y anunció en habla común:

—La comida se retrasará, y lamento decírselo. Pero soy feliz de decir por qué: el Califa hablará dentro de un minuto.

—¿El Califa? —preguntó un inglés—. ¿No está en Bagdad?

—Creí que estaba en Estambul —dijo una mujer francesa.

—Hace muchos siglos que no hay Califa alguno —dijo un japonés de aspecto

erudito.

—Al parecer ahora hay uno —dijo Petra razonablemente—. Me pregunto si nos dejarán entrar en la cocina a verlo.

—Oh, no sé si quiero —dijo el inglés—. Si ahora tienen un nuevo Califa, van a sentirse bastante chauvinistas durante un rato. ¿Y si deciden empezar a ahorcar extranjeros para celebrarlo?

El erudito japonés se escandalizó ante esta sugerencia. Mientras el inglés y él se dedicaban a atacarse amablemente, Bean, Petra, la francesa y varios otros occidentales entraron en la cocina, donde los pinches apenas repararon en su presencia. Alguien había traído un vid plano de una de las oficinas y lo había colocado sobre un estante, apoyado contra la pared.

Alai aparecía ya en la pantalla.

No es que les sirviera de nada verlo. No pudieron entender ni una palabra. Tendrían que esperar a la traducción, más tarde, en una de las redes de noticias.

Pero el mapa de la zona occidental de China fue bastante aclaratorio. Sin duda les estaba diciendo que el pueblo musulmán se había unido para liberar a sus hermanos largamente cautivos en Xinjiang. Los camareros y cocineros recalcaron casi cada frase con aplausos... Alai parecía saber que esto iba a suceder, porque hacía una pausa tras cada declaración.

Incapaces de comprender sus palabras, Bean y Petra se concentraron en otras cosas. Bean trató de decidir si el discurso era en directo. El reloj de la pared no era ninguna indicación: naturalmente lo insertarían digitalmente en un vid pregrabado durante la emisión, de manera que no importaba cuándo fuera emitido, porque el reloj mostraría la hora real. Finalmente obtuvo su respuesta cuando Alai se levantó y se acercó a la ventana. La cámara lo siguió y allí, extendidas bajo él, estaban las luces de Damasco, chispeando en la oscuridad. Lo estaba haciendo en directo. Y lo que decía mientras señalaba la ciudad era al parecer muy efectivo, porque de inmediato los alegres cocineros y camareros se echaron a llorar abiertamente, sin vergüenza, los ojos todavía pegados a la pantalla.

Petra, mientras tanto, estaba intentando averiguar qué le parecía Alai a los musulmanes que lo observaban. Conocía su cara tan bien, que tuvo que intentar separar al niño que había conocido del hombre que ahora era. La compasión que había advertido ahora era más visible que nunca. Sus ojos estaban llenos de amor. Pero también había fuego en él, y dignidad. No sonreía, cosa que era adecuada para el líder de naciones que ahora estaban en guerra, y cuyos hijos estaban muriendo en combate, y matando también. Tampoco vociferaba, lanzándolos a ningún tipo de peligroso entusiasmo.

¿Le seguirá esta gente a la batalla? Sí, por supuesto, al principio, mientras tuviera una historia de victorias fáciles que contarles. Pero más tarde, cuando los tiempos

sean difíciles y la fortuna no les favorezca, ¿le seguirán?

Tal vez sí. Porque lo que Petra veía en él no era tanto un gran general (aunque, sí, podía imaginar que Alejandro podría haber tenido este aspecto, o César), sino un rey-profeta. Saul o David, ambos jóvenes cuando fueron llamados por la profecía para liderar a su pueblo a la guerra en nombre de Dios. Juana de Arco.

Naturalmente, Juana de Arco acabó muriendo en la hoguera, y Saul cayó sobre su propia espada... o no, ése fue Bruto, o Casio, Saul ordenó a uno de sus propios soldados que lo matara, ¿no? Un mal final para ambos. Y David murió en desgracia, con la prohibición de Dios de construir el templo sagrado porque había asesinado a Uriah para que Betsabé enviudara y estuviera disponible.

No era una buena lista de precedentes.

Pero tuvieron su gloria, ¿no?, antes de caer.

La guerra en el terreno

Para: Chamrajnagar%1awaharlal@ficom.gov

De: FuegoAntiguo%Ascuas@han.gov

Sobre: Inminente declaración oficial

Mi estimado amigo y colega:

Me apena que suponga que en esta época problemática, cuando China está sufriendo los ataques sin provocación de fanáticos religiosos, tengamos el deseo o los recursos siquiera de provocar a la Flota Internacional. No sentimos más que la mayor estima hacia su institución, que tan recientemente salvó a toda la humanidad de la plaga de los dragones de las estrellas.

Nuestra declaración oficial, que será hecha pública inmediatamente, no incluye nuestras especulaciones sobre quién es de hecho el responsable del trágico derribo de la lanzadera de la FI mientras sobrevolaba territorio brasileño. Aunque no admitimos haber tenido participación alguna ni conocimiento previo del hecho, hemos llevado a cabo nuestra propia investigación preliminar y creemos que descubrirán ustedes que el equipo en cuestión puede de hecho tener su origen en el ejército chino.

Esto nos causa un embarazo terrible, y le suplicamos que no haga pública esta información, a cambio, le adjuntamos la documentación que demuestra que el único de nuestros lanzamisiles desaparecido, y que por tanto puede haber sido empleado para cometer este crimen, fue entregado a la custodia de cierto Aquiles de Flandes, ostensiblemente para operaciones militares conectadas con nuestra acción de defensa preventiva contra el agresor indio cuando atacaba Birmania. Creíamos que este material nos había sido devuelto, pero la investigación nos ha demostrado que no.

Aquiles de Flandes estuvo bajo nuestra protección, tras habernos prestado servicios relacionados con la advertencia del peligro que la India suponía para el sudeste asiático. Sin embargo, ciertos crímenes que cometió antes de este servicio llamaron nuestra atención, y lo arrestamos (véase documentación). Cuando estaba siendo trasladado a un centro de reeducación, fuerzas desconocidas asaltaron el convoy y liberaron a Aquiles de Flandes, matando a todos los soldados de su escolta.

Como Aquiles de Flandes acabó casi inmediatamente en el complejo de la Hegemonía en Ribeirao Preto, Brasil, y ha estado en situación de causar mucho daño desde la apresurada partida de Peter Wiggin, y como el misil fue disparado desde territorio brasileño y la lanzadera fue abatida sobre Brasil, sugerimos que el lugar para que busquen ustedes responsabilidades para este ataque a la FI es Brasil, específicamente el complejo de la Hegemonía.

La responsabilidad última de todas las acciones de Aquiles de Flandes después de haber sido arrebatado a nuestra custodia debe buscarse en aquellos que se lo llevaron, es decir, el Hegemón Peter Wiggin y sus fuerzas militares, dirigidas por Julian Delphiki y, más recientemente, el tailandés Suriyawong, que es considerado un terrorista por el gobierno chino.

Espero que esta información, proporcionada off the record, les resulte útil en su investigación. Si podemos realizar cualquier otro servicio que no contradiga nuestra desesperada lucha por la supervivencia contra el ataque de las bárbaras hordas de Asia, nos alegrará proporcionarla.

Su humilde e indigno colega,

Fuego Antiguo

De: Chamrajnagar%1awaharlal@ficom.gov

Para: Graff%peregrinación@colmin.gov

Sobre: ¿Quién se llevará la culpa?

Querido Hyrum:

Ya ves por el mensaje adjunto del estimado jefe del gobierno chino que han decidido ofrecer a Aquiles como chivo expiatorio. Creo que se alegrarían si nos deshiciéramos de él. Nuestros investigadores informarán oficialmente que el lanzamisiles es de fabricación china y ha sido relacionado con Aquiles de Flandes sin mencionar que le fue proporcionado originalmente por el gobierno chino. Cuando nos pregunten, nos negaremos a especular. Es lo mejor que pueden esperar de nosotros.

Mientras tanto, ahora tenemos la base legal firmemente establecida para una intervención terrestre, y por las pruebas proporcionadas por la nación que más podría quejarse por una intervención semejante. No haremos nada que afecte al resultado o el desarrollo de la guerra en Asia. Buscaremos primero la cooperación del gobierno brasileño pero dejaremos clara que esa cooperación no se solicita, ni legal ni militarmente. Les pediremos que aislen el complejo de la Hegemonía para que nadie pueda entrar ni salir hasta la llegada de nuestras fuerzas.

Te pido que informes al Hegemón y que elaboréis vuestros planes subsiguientemente. No entro a valorar si el señor Wiggin debe estar presente o no en la toma del complejo.

Virlomi nunca iba a la ciudad. Esos días se habían acabado. Cuando era libre para deambular, peregrina en una tierra donde la gente vivía, toda la vida en una aldea o se

desarraigaba y pasaba toda la vida en el camino, le encantaba llegar a las aldeas, cada una de ellas una aventura, llena con su propio tapiz de chismorreos, tragedia, humor, romance e ironía.

En la universidad a la que había asistido brevemente, entre su vuelta a casa procedente del espacio y su internamiento en los cuarteles militares indios de Hyderabad, había comprendido rápidamente que los intelectuales parecían creer que la vida (la vida de la mente, la interminable autoevaluación, la continua autobiografía volcada sobre todos) era de algún modo más elevada que las vidas repetitivas y carentes de significado de la gente corriente.

Virlomi sabía que lo cierto era lo contrario. Los intelectuales de la universidad eran todos iguales. Tenían exactamente los mismos profundos pensamientos sobre exactamente las mismas emociones huecas y los mismos dilemas triviales. Ellos mismos lo sabían, inconscientemente. Cuando sucedía un acontecimiento real, algo que los sacudía hasta los cimientos, se retiraban del juego de la vida universitaria, pues la realidad tenía que ser representada en un escenario diferente.

En las aldeas, la vida trataba de la vida, no de elevación y pretensión. La gente inteligente era valorada porque podía resolver problemas, no porque pudieran hablar agradablemente sobre ellos. En todas partes a las que iba en la India, se oía a sí misma decir: podría vivir aquí. Podría quedarme con esta gente y casarme con uno de esos amables campesinos y trabajar junto a él toda la vida.

Y entonces otra parte de ella contestaba: No, no podrías. Porque te guste o no, después de todo tú eres uno de esos universitarios. Puedes visitar el mundo real, pero no perteneces a él. Necesitas vivir en el alocado sueño de Platón, donde las ideas son reales y la realidad es una sombra. Ése es el lugar para el que naciste, y cuando vas de aldea en aldea es sólo para aprender de ellos, para enseñarles, para manipularlos, para utilizarlos para conseguir tus fines.

Pero mis propios fines, pensaba, son darles los regalos que necesitan: un gobierno sabio, o al menos autogobierno.

Y entonces se reía de sí misma, porque las dos cosas solían ser contrapuestas. Aunque un indio gobernara a los indios, no era autogobierno, pues el legislador gobernaba al pueblo, y el pueblo gobernaba al legislador. Era gobierno mutuo. Eso era lo mejor a lo que podía aspirar.

Pero ahora sus días de peregrinación habían terminado. Había vuelto al puente donde los soldados se estacionaban para protegerlo y los pobladores de la aldea cercana la habían convertido en una especie de diosa.

Volvió sin fanfarrias, caminando hasta la aldea que casi le había robado el corazón y entablando conversación con las mujeres en el pozo y en el mercado. Fue al arroyo y echó una mano con la colada; alguien se ofreció a compartir sus ropas con ella para que pudiera lavar sus sucios harapos de viaje, entonces ella se rió y dijo que

un lavado más los convertiría en polvo, pero le gustaría ganarse ropa nueva ayudando a una familia que tuviera un poco que ofrecerle.

—Señora —dijo una tímida mujer—, ¿no te alimentamos en el puente, por nada? Entonces supo que la habían reconocido.

—Pero deseo ganarme la amabilidad que me ofrecisteis allí.

—Nos has bendecido muchas veces, señora —dijo otra mujer.

—Y ahora nos bendices volviendo entre nosotros.

—Y lavando la ropa.

Así que era todavía una diosa.

—No soy lo que creéis que soy —dijo Virlomi—. Soy más terrible que vuestros peores temores.

—Para nuestros enemigos, rezamos, señora —dijo una mujer.

—Terrible para ellos, en efecto —dijo Virlomi—. Pero utilizaré a vuestros hijos y esposos para combatirlos, y algunos morirán.

—La mitad de nuestros hijos y esposos ya desaparecieron en la guerra contra los chinos.

—Muertos en la batalla.

—Se perdieron y no pudieron encontrar el camino a casa.

—Fueron llevados al cautiverio por los demonios chinos.

Virlomi alzó una mano para apaciguarlas.

—No perderán la vida, si me obedecen.

—No deberías ir a la guerra, señora —dijo una anciana—. No hay nada bueno en ella. Mírate, joven, hermosa. Acuéstate con uno de los hombres jóvenes, o uno de los viejos si quieres, y ten bebés.

—Algún día —dijo Virlomi—, elegiré a un marido y tendré hijos con él. Pero hoy mi marido es la India, y ha sido devorado por un tigre. Debo hacer que ese tigre enferme, para que vomite a mi marido.

Algunas de las mujeres se rieron ante aquella imagen. Pero otras se quedaron muy serias.

—¿Cómo lo harás?

—Prepararé a los hombres para que no mueran por causa de errores. Reuniré todas las armas que necesitamos, para que ningún hombre caiga porque está desarmado. Me tomaré mi tiempo, para que la ira del tigre no caiga sobre nosotros, hasta que estemos preparados para golpearlos tan fuerte que nunca se recuperen.

—No tendrás un arma nuclear, ¿verdad, señora? —preguntó la anciana, claramente escéptica.

—Es una ofensa contra Dios usar esas cosas —dijo Virlomi—. El Dios musulmán fue expulsado de su casa y volvió su rostro contra ellos porque usaron esas armas unos contra otros.

—Estaba bromeando —dijo la anciana, avergonzada.

—Yo no —dijo Virlomi—. Si no queréis que use a vuestros hombres como he descrito, decídmelo, y me marcharé y encontraré otro lugar que me quiera. Tal vez vuestro odio hacia los chinos no sea tan fiero como el mío. Quizás estéis contentas con la manera en que son las cosas en esta tierra.

Pero no estaban contentas, y parecía que su odio era suficientemente intenso.

No hubo mucho tiempo para entrenarlos, a pesar de su promesa, pero claro, no iba a utilizar a estos hombres como bomberos. Iban a ser sabotadores, ladrones, expertos en demolición. Conspiraron con obreros de la construcción para robar explosivos; aprendieron a usarlos; construyeron cuevas en las junglas, en las faldas de las colinas.

Y fueron a las ciudades cercanas y reclutaron a más hombres, y luego continuaron y continuaron, construyendo una red de sabotadores cerca de cada puente que pudiera ser volado para impedir que los chinos usaran las carreteras que serían imprescindibles para llevar soldados y pertrechos de un lado a otro, dentro y fuera de la India.

No podía haber ningún ensayo. Ninguna prueba. No se hizo nada que despertara ningún tipo de sospechas. Virlomi prohibió a sus hombres que hicieran ningún gesto desafiante, o que hicieran algo que pudiera interferir con la tranquila manera en que los chinos ejecutaban sus transportes a través de sus colinas y montañas.

Algunos de ellos se rebullían ante esta orden, pero Virlomi les dijo:

—Di mi palabra a vuestras madres y esposas de que no malgastaría vuestras vidas. Habrá muertes de sobra en el futuro, pero sólo cuando vuestras muertes consigan algo, para que los que vivan puedan ser testigos y digan: «Nosotros hicimos esto, no nos lo dieron hecho».

Ahora nunca iba a la ciudad, pero vivía donde había vivido antes, en una cueva cerca del puente que ella misma volaría, cuando llegara el momento.

Pero no podía permitirse estar aislada del mundo exterior. Así que, tres veces al día, uno de los suyos se conectaba a las redes y comprobaba sus buzones de recogida, imprimía los mensajes, y se los traía. Ella se aseguraba de que supieran borrar la información de la memoria del ordenador, para que nadie más pudiera ver lo que había mostrado el ordenador, y después de leer los mensajes que le traían, los quemaba.

Recibió el mensaje de Peter Wiggin en buen momento. Así que estaba preparada cuando los suyos empezaron a acudir a ella, corriendo, sin aliento, excitados.

—La guerra con los turcos les va mal a los chinos —dijeron—. Sale en las redes: los turcos han tomado tantos aeródromos que pueden poner en el cielo de Xinjiang más aviones que los chinos ¡Han lanzado bombas sobre la propia Beijing, señora!

—Entonces deberíais llorar por los niños que están muriendo allí —dijo Virlomi—. Pero todavía no es el momento de nuestra lucha Y al día siguiente, cuando los

camiones empezaron a cruzar los puentes y a alinearse parachoques contra parachoques a lo largo de las estrechas carreteras de montaña, ellos le suplicaron:

—¡Déjanos que volemos un solo puente, para demostrarles que la India no está dormida mientras los turcos combaten a nuestro enemigo por nosotros!

Ella solamente les contestó:

—¿Por qué deberíamos volar los puentes que nuestro enemigo utiliza para abandonar nuestra tierra?

—¡Pero podríamos matar a muchos si calculamos bien el momento de la explosión!

—Aunque pudiéramos matar a cinco mil volando todos los puentes en el mismo momento, ellos tienen cinco millones. Esperaremos. Ninguno de vosotros hará nada que les advierta de que tienen enemigos en estas montañas. El momento llegará pronto, pero tenéis que esperar a mi palabra.

Una y otra vez lo dijo, todo el día, a todo el que vino, y ellos obedecieron. Los envió a telefonar a sus camaradas en ciudades lejanas, junto a otros puentes, y ellos también obedecieron.

Durante tres días. Los noticiarios controlados por los chinos hablaban de cómo ejércitos devastadores iban a ser enviados contra las hordas turcas, dispuestos a castigarlos por su traición. El tráfico que cruzaba puentes y carreteras de montañas era interminable. Entonces llegó el mensaje que Virlomi estaba esperando.

Ahora.

No tenía firma, pero era un buzón aislado que le había dado a Peter Wiggin. Supo que significaba que la ofensiva principal había sido lanzada al oeste, y que los chinos pronto empezarían a enviar tropas y equipo desde China a la India.

No quemó el mensaje. Se lo tendió al niño que se lo había traído y dijo:

—Consérvalo siempre. Es el principio de nuestra guerra.

—¿Es de un dios? —preguntó el niño.

—Tal vez la sombra del sobrino de un dios —contestó ella con una sonrisa—. Tal vez sólo un hombre en el sueño de un dios dormido.

Cogiendo al niño de la mano, caminó hacia la aldea. La gente se congregó a su alrededor. Ella les sonrió, acarició las cabezas de los niños, abrazó a las mujeres y las besó.

Entonces dirigió este desfile de ciudadanos hasta la oficina del administrador chino local y entró en el edificio. Sólo unas pocas mujeres la acompañaron. Pasó de largo ante la mesa del oficial de guardia y entró en el despacho del jefe chino, que estaba al teléfono.

Él la miró y gritó, primero en chino, luego en común:

—¿Qué estás haciendo? ¡Sal de aquí!

Pero Virloomi no prestó atención a sus palabras. Se acercó a él, sonriendo, y extendió los brazos como para abrazarlo.

Él alzó las manos en protesta, para evitarla con un gesto.

Ella le cogió los brazos, tiró para que perdiera el equilibrio, y mientras él se tambaleaba para recuperar el pie, lo rodeó con los brazos, agarró su cabeza y la torció bruscamente.

Él cayó muerto al suelo.

Virloomi abrió un cajón de su mesa, sacó su pistola, y abatió a los dos soldados chinos que entraban corriendo en el despacho. También ellos cayeron muertos al suelo.

Virloomi miró tranquilamente a las mujeres.

—Es la hora. Por favor, coged los teléfonos y avisad a todos los demás en todas las ciudades. Falta una hora para que oscurezca. Al anoecer, tienen que cumplir su tarea. Con mecha corta. Y si alguien trata de detenerlos, aunque sea indio, deben matarlos lo más rápida y discretamente posible y continuar con su labor.

Ellas le repitieron el mensaje, y se pusieron a trabajar en los teléfonos.

Virloomi salió con la pistola oculta en los pliegues de su falda. Cuando los otros dos soldados chinos de la aldea llegaron corriendo, al haber oído los disparos, empezó a hablarles en su dialecto nativo. Ellos no advirtieron que no era el lenguaje local, sino una lengua completamente extraña del sur. Se detuvieron y exigieron que les dijera en común lo que había sucedido. Ella respondió con una bala en el vientre de cada hombre antes de que vieran siquiera que tenía una pistola. Luego se aseguró con una bala en la cabeza cuando estaban caídos en el suelo.

—¿Podéis ayudarme a limpiar la calle? —le preguntó a la gente que la miraba boquiabierta.

De inmediato salieron a la calle y llevaron los cadáveres al interior de la oficina.

Cuando terminaron con las llamadas de teléfono, ella los congregó en la puerta.

—Cuando las autoridades chinas vengan y exijan que les digáis qué ha pasado, debéis decirles la verdad. Un hombre vino caminando por la carretera, un indio que no era de esta aldea. Parecía una mujer, y pensáis que debía de ser un dios, porque entró directamente en esta oficina y le rompió el cuello al magistrado. Luego cogió la pistola del magistrado y le disparó a los dos guardias de la oficina, y luego a los dos que vinieron corriendo desde la aldea. Ninguno de vosotros tuvo tiempo para hacer otra cosa sino gritar. Entonces este extranjero os hizo llevar los cadáveres de los soldados muertos a la oficina y os ordenó marcharos mientras hacía unas llamadas telefónicas.

—Nos pedirán que describamos a ese hombre.

—Entonces describidme a mí. Oscuro. Del sur de la India.

—Dirán que si parecía una mujer, cómo sabemos que no lo era.

—Porque mató a un hombre con las manos desnudas. ¿Qué mujer podría hacer eso?

Ellos se echaron a reír.

—Pero no debéis reiros —dijo Virlomi—. Ellos estarán muy furiosos. Y aunque no les deis ninguna causa, puede que os castiguen duramente por lo que ha pasado aquí. Puede que piensen que estáis mintiendo y os torturen para intentar sonsacaros la verdad. Y dejadme que os diga ahora mismo que sois perfectamente libres de decirles que pensáis que puede haber sido la misma persona que vivía en esa pequeña cueva junto al puente. Podéis llevarlos a ese sitio.

Se volvió hacia el niño que había traído el mensaje de Peter Wiggin.

—Entierra el papel en el suelo hasta que termine la guerra. Todavía estará allí cuando lo quieras.

Les habló a todos ellos una vez más.

—Ninguno de vosotros hizo otra cosa sino llevar los cadáveres al sitio que os dije. Se lo habríais dicho a las autoridades, pero las únicas autoridades que conocéis están muertas.

Extendió los brazos.

—Oh, mi amado pueblo, os dije que traería sobre vosotros días terribles.

No tuvo que fingir tristeza, y sus lágrimas eran reales mientras caminaba entre ellos, tocando manos, mejillas, hombros una vez más. Entonces se encaminó carretera arriba y salió de la aldea. Los hombres que había asignado volarían el puente cercano dentro de una hora. Ella no estaría allí. Estaría recorriendo los senderos del bosque, encaminándose al puesto de mando desde donde dirigiría esta campaña de sabotaje.

Pues no sería suficiente volar los puentes. Tenían que estar dispuestos a matar a los ingenieros que vinieran a repararlos, y matar a los soldados que vendrían a protegerlos, y luego, cuando vinieran tantos soldados y tantos ingenieros que no pudieran impedirles reconstruir los puentes, tendrían que causar desprendimientos de rocas y corrimientos de tierras para bloquear los estrechos desfiladeros.

Si pudieran sellar esta frontera durante tres días, los ejércitos musulmanes tendrían tiempo, si tenían líderes competentes, para avanzar y derrotar al enorme ejército chino que todavía se enfrentaba a ellos, de modo que los refuerzos, cuando finalmente llegaran, lo harían tarde, demasiado tarde. Ellos también serían derrotados en su momento.

Ambul sólo le había pedido un favor a Alai después de concertar la reunión con Bean y Petra.

—Déjame combatir como si yo fuera musulmán contra el enemigo de mi pueblo.

Alai le había asignado, a causa de su raza, que luchara entre los indonesios, para que no pareciera tan diferente.

Y por eso Ambul desembarcó en una estrecha franja costera al sur de Shanghai. Se acercaron cuanto fue posible en barcos de pesca, y luego subieron a barcas planas que hicieron avanzar a golpe de remo entre los cañaverales, en busca de terreno firme.

Al final, no obstante, como ya sabían, tuvieron que dejar atrás las embarcaciones y avanzar a través de kilómetros de fango. Llevaban las botas en la mochila, porque el barro los habría retenido si hubieran intentado llevarlas puestas.

Para cuando salió el sol estaban exhaustos, sucios, comidos por los insectos, y muertos de hambre.

Así que se limpiaron el barro de pies y tobillos, se pusieron los calcetines, se calzaron las botas, y recorrieron al trote una trocha que pronto se convirtió en un sendero, y luego un camino a lo largo de una baja zanja entre arrozales. Pasaron corriendo ante campesinos chinos y no les dijeron nada.

Que piensen que somos reclutas o voluntarios del sur recién conquistado, en una misión de entrenamiento. No queremos matar a civiles. Alejaos de la costa cuanto podáis. Eso era lo que les habían dicho sus oficiales, una y otra vez.

La mayoría de los campesinos podrían haberles ignorado. Desde luego, no vieron a ninguno echar a correr y dar la voz de alarma. Pero todavía no era mediodía cuando divisaron la columna de polvo de un vehículo que se movía velozmente en una carretera no muy lejana.

—Abajo —dijo su comandante, en común. Sin vacilar se tiraron al agua y se arrastraron hasta el borde de la zanja, donde permanecieron ocultos. Sólo su oficial alzó la cabeza lo suficiente para ver qué estaba pasando, y su comentario entre susurros fue transmitido en silencio por la fila, para que los cincuenta hombres lo supieran.

—Camión militar —dijo. Y luego:

—Reservistas. Ninguna disciplina.

Esto es un dilema, pensó Ambul. Los reservistas son probablemente soldados locales. Hombres mayores, sin preparación, que trataban su servicio militar como un club social, hasta ahora, cuando alguien recurría a ellos porque eran los únicos soldados de la zona. Matarlos sería como matar campesinos.

Pero, naturalmente, iban armados, así que no matarlos podría ser un suicidio.

Pudieron oír al comandante chino gritarles a sus soldados de ocasión. Está furioso... y es muy estúpido, pensó Ambul. ¿Qué creía que estaba pasando aquí? Si se trataba de un ejercicio de entrenamiento por parte de una sección del ejército chino, ¿por qué traía un contingente de reservistas? Pero si pensaba que era una amenaza auténtica, ¿por qué estaba gritando? ¿Por qué no intentaba hacer un reconocimiento silencioso para poder calibrar el peligro y hacer un informe?

Bueno, no todos los oficiales habían estado en la Escuela de Batalla. No era una

segunda naturaleza en ellos pensar como un auténtico soldado. Este tipo se había pasado sin duda la mayor parte de su servicio militar en un despacho.

La orden susurrada llegó. No disparéis a nadie, pero apuntad con cuidado cuando se os ordene levantaros.

La voz del oficial chino se acercaba.

—Tal vez no nos vean —susurró el soldado que estaba junto a Ambul.

—Es hora de hacer que reparen en nosotros —dijo Ambul, también en un susurro.

El soldado había sido camarero en un buen restaurante de Jakarta antes de presentarse voluntario en el ejército tras la conquista china de Indochina. Como la mayoría de estos hombres, nunca había participado en un combate.

Y por cierto yo tampoco, pensó Ambul. A menos que cuentes el combate en la sala de batalla.

Sin duda que eso contaba. No había sangre, pero la tensión, el insoportable suspense del combate habían estado presentes. La adrenalina, el valor, la terrible decepción cuando sabías que te habían alcanzado y que tu traje se congelaba, apartándote de la batalla. La sensación de fracaso cuando dejabas tirado al amigo al que se suponía que tenías que proteger. La sensación de triunfo cuando sentías que no podías fallar.

He estado aquí antes. Sólo que, en vez de en una zanja, me ocultaba detrás de un cubo de tres metros, esperando la orden de pasar al ataque y disparar a los enemigos que pudiera haber.

El hombre que tenía al lado le dio un codazo. Como todos los demás, obedeció la señal y observó a su comandante esperando la orden de incorporarse.

El comandante dio la señal, y todos se levantaron del agua. Los reservistas chinos y su oficial formaban fila a lo largo de una zanja que corría en perpendicular a la que había servido de refugio al pelotón indochino. Ninguno de ellos tenía su arma preparada.

El comandante de Ambul se acercó al oficial y le disparó a la cabeza.

De inmediato los reservistas soltaron sus armas y se rindieron. Todo pelotón indonesio contaba al menos con un soldado que hablaba chino, y a veces varios. La etnia china en Indonesia se había mostrado ansiosa por demostrar su patriotismo, y su mejor intérprete era muy eficiente comunicando las órdenes de su comandante. Naturalmente, era imposible que tomaran prisioneros. Pero no querían matar a estos hombres.

Así que les dijeron que se quitaran toda la ropa y que la llevaran al camión en el que habían llegado. Mientras se estaban desnudando transmitieron la orden en indonesio a lo largo de la fila: «No os riáis de ellos ni los avergoncéis. Tratadlos con gran honor y respeto».

Ambul comprendió la sabiduría de esta orden. El propósito de desnudarlos era

hacer que parecieran ridículos, por supuesto. Pero los primeros en ridiculizarlos serían los chinos, no los indonesios. Cuando la gente les preguntara, tendrían que decir que los indonesios sólo los trataron con respeto. La campaña de relaciones públicas estaba ya en marcha.

Media hora más tarde, Ambul estaba con dieciséis hombres que entraron en la ciudad en el camión chino capturado, con un viejo reservista desnudo y aterrado mostrándoles el camino. Justo antes de llegar al pequeño cuartel, redujeron el ritmo y lo expulsaron del camión.

Fue rápido e incruento. Fueron directamente al pequeño complejo y desarmaron a todos a punta de pistola. Los soldados chinos fueron desnudados y encerrados en una habitación sin teléfono, y permanecieron allí en completo silencio mientras los dieciséis indonesios se apoderaban de dos camiones más, ropa interior y calcetines limpios, y un par de radios militares chinas.

Entonces apilaron toda la munición y explosivos, armas y radios en el centro del patio, los rodearon con los restantes vehículos militares, y colocaron una pequeña cantidad de plástico en mitad de la pila con un temporizador de cinco minutos.

El intérprete chino corrió a la puerta de la habitación donde estaban los prisioneros, les gritó que tenían cinco minutos para evacuar el lugar antes de que todo saltara por los aires, y que deberían advertir a los habitantes del pueblo que se marcharan de aquí.

Entonces abrió la puerta y corrió a uno de los camiones que esperaban.

Cuatro minutos más tarde oyeron empezar los fuegos artificiales. Era como una guerra: balas restallando, explosiones, y una columna de humo.

Ambul imaginó a los soldados desnudos corriendo de puerta en puerta, advirtiéndoles a la gente. Esperaba que nadie hubiera muerto por haberse parado a reírse de los hombres desnudos en vez de obedecerlos.

Asignaron a Ambul un asiento junto al conductor de uno de los camiones capturados. Sabía que no tendrían estos vehículos mucho tiempo (serían demasiado fáciles de localizar) pero los alejarían de este lugar y les daría a algunos soldados la oportunidad de echar una siesta rápida en la parte trasera.

Naturalmente, también era posible que regresaran y encontraran muerto al resto del pelotón, con un gran contingente de veteranos chinos esperando para hacerlos pedazos.

Bueno, si eso era lo que tenía que suceder, que sucediera. Nada que él pudiera hacer en este camión afectaría al resultado de ninguna manera. Todo lo que podía hacer era mantener los ojos abiertos y ayudar al conductor a permanecer despierto.

No hubo ninguna emboscada. Cuando regresaron con los otros hombres, los encontraron dormidos a la mayoría, pero todos los centinelas estaban despiertos y alerta.

Todo el mundo subió a los camiones. Los hombres que habían dormido un poco se encargaron de conducir; los que no habían dormido pasaron a la parte trasera para dormir en lo posible mientras el camión traqueteaba por las carreteras secundarias.

Ambul fue uno de los que descubrió que si estás lo bastante cansado, puedes dormir en el duro asiento de un camión sin muelles por una carretera llena de baches. Pero no puedes dormir durante mucho rato.

Despertó una vez y descubrió que avanzaban rápidamente por una carretera bien pavimentada. Permaneció despierto el tiempo suficiente para pensar, ¿es idiota nuestro comandante, para usar una carretera así? Pero no le importó lo suficiente para seguir despierto.

Los camiones se detuvieron sólo después de tres horas de conducción. Todos seguían agotados, pero tenían mucho que hacer antes de poder comer y dormir de verdad. El comandante había ordenado un alto junto a un puente. Hizo que los hombres descargaran los camiones. Entonces los arrojaron al río.

Ambul pensó: eso ha sido un estúpido error. Tendrían que haberlos dejado bien aparcados, y no juntos, para que la vigilancia aérea no los reconociera.

Pero no, la velocidad era más importante que el ocultamiento. Además, las fuerzas aéreas chinas estaban ocupadas. Ambul dudaba que hubiera muchos aviones disponibles para dedicarse a la vigilancia.

Mientras los suboficiales repartían pertrechos capturados entre los hombres, les dijeron lo que su comandante había descubierto escuchando la radio durante el viaje. El enemigo seguía diciendo que eran paracaidistas y asumía que se dirigían a algún importante objetivo militar o algún punto de encuentro.

—No saben quiénes somos ni lo que estamos haciendo, y nos buscan en los lugares equivocados —dijo el comandante—. Eso no durará mucho, pero es el motivo de que no nos bombardearon mientras íbamos en los camiones. Además, piensan que somos al menos un millar de hombres.

Habían hecho buen progreso tierra adentro, tres horas en la carretera. El terreno era casi montañoso aquí, y a pesar del hecho de que cada pulgada de tierra cultivable de China había sido aprovechada desde hacía milenios, había paisajes bastante agrestes. Antes de anochecer bien podrían haber avanzado lo bastante por esta carretera, para poder disfrutar de un sueño decente antes de ponerse en marcha de nuevo.

Naturalmente, harían la mayor parte de sus avances de noche, y dormirían durante el día.

Si sobrevivían a la noche. Si sobrevivían otro día. Llevando ahora más de lo que tenían cuando desembarcaron la noche anterior, salieron de la carretera y se internaron en los bosques junto al río. Se dirigieron al oeste. Corriente arriba. Tierra adentro.

19 Despedidas

A: Porto%Aberto@BatePapo.org

De: Locke%erasmus@polnet.gov

Sobre: Cosecha

Codificado con clave *****

Decodificado con clave *****

¿Es Bean o Petra? ¿O ambos?

Después de todas sus sutiles estrategias y grandes sorpresas, fue un tonto intento de asesinato lo que lo delató. No sé si la noticia del derribo de una lanzadera de la FI llegó a penetrar la cobertura de guerra de donde estáis, pero él creyó que yo estaba a bordo. No estaba, pero los chinos lo acusaron de ser el causante, y de repente la FI tiene una base legal para una operación terrestre. El gobierno brasileño está cooperando, y tiene el complejo rodeado.

El único problema es que el complejo parece estar defendido por tu pequeño ejército. Queremos hacerlo sin pérdida de vidas, pero entrenaste muy bien a tus soldados, y Suri no responde a mis débiles intentos por contactar con él. Antes de que me marchara, Aquiles parecía tenerlo en el bolsillo. Puede que fuera camuflaje protector, ¿pero quién sabe qué sucedió en ese viaje de regreso desde China?

Aquiles sabe llegar a la gente. Un oficial indio en ColMin que conocía a Graff desde hacía años fue quien delató que yo estaba en la lanzadera porque el hecho de que su familia estuviera en un campo de prisioneros en China fue utilizado para controlarlo. ¿Tiene Aquiles algún modo de controlar a Suri? Si Suri ordena a los soldados que protejan a Aquiles, ¿lo harán?

¿Serviría de algo que estuvierais allí? Yo estaré, pero me temo que nunca he confiado del todo en tu afirmación de que los soldados me obedecerían por completo. Tengo la sensación de que quedé en ridículo cuando huí del complejo. Pero tú los conoces, yo no.

Agradecería tu consejo. Tu presencia sería muy valiosa. Comprenderé que decidas no hacer ni una cosa ni otra. No me debes nada: tenías razón cuando dijiste que estaba equivocado, y puse en peligro a todo el mundo. Pero a estas alturas, me gustaría hacer esto sin tener que matar a ninguno de tus soldados, y sobre todo sin que me maten a mí, tampoco quiero pretender que mis motivos sean enteramente altruistas. No tengo más remedio que estar presente. Si no estoy allí cuando se tome el complejo, puedo despedirme de mi futuro como Hegemón.

Mientras tanto, no parece que a los chinos les vaya tan bien, ¿no? Mi enhorabuena al Califa. Espero que sea más generoso con sus enemigos conquistados

que los chinos.

A Petra le resultaba difícil concentrarse en su búsqueda en las redes. Era demasiado tentador pasar a los noticiarios sobre la guerra. Era la enfermedad genética que los médicos habían encontrado en ella de niña, la enfermedad que la envió al espacio a pasar sus años de formación en la Escuela de Batalla. No podía dejar la guerra en paz. Espantoso como era, el combate todavía tenía un atractivo irresistible. El choque de dos ejércitos, cada uno intentando el dominio, sin reglas excepto aquellas impuestas por las limitaciones de sus fuerzas y el miedo a las represalias.

Bean había insistido en que buscaran alguna señal de Aquiles. A ella le pareció absurdo, pero Bean estaba seguro de que Aquiles quería que acudieran a él.

—Está en las últimas —dijo Bean—. Todo se ha vuelto contra él. Quiso ocupar mi lugar. Luego intentó abarcar demasiado al derribar esa lanzadera, justo en el momento en que la Liga de la Media Luna le quitó el apoyo de China. No puede volver allí, ni siquiera puede salir de Ribeirao. Así que va a hacer lo que tiene que hacer. Somos hilos sueltos. No quiere dejarnos colgando. Así que... va a llamarnos.

—No vayamos —dijo Petra entonces.

Bean tan sólo se echó a reír.

—Si creyera que hablas en serio, podría considerarlo. Pero sé que no es así. Él tiene a nuestros bebés. Sabe que iremos.

Tal vez irían y tal vez no. ¿De qué les serviría a aquellos embriones que sus padres cayeran en una trampa y murieran?

Y sería una trampa. No un trato justo, no un acuerdo, mi libertad por vuestros bebés. No, Aquiles no era capaz de eso, ni siquiera para salvar su propia vida. Bean lo había atrapado una vez antes, le arrancó una confesión que acabó con sus huesos en una institución mental. Nunca volvería allí. Como Napoleón, había escapado de un cautiverio, pero no habría huida del siguiente. Así que no iría. En eso estaban de acuerdo Bean y Petra. Sólo los llamaría para matarlos.

Sin embargo ella seguía buscando, preguntándose cómo sabrían qué estaban buscando cuando lo encontraran.

Y mientras buscaba, la guerra seguía atrayéndola. La guerra en Xinjiang ya había avanzado hacia el este, hacia los márgenes de la China de Han. Los persas y pakistaníes estaban a punto de rodear a ambas mitades del ejército chino en el oeste de la India.

Las noticias de las operaciones árabes e indonesias dentro de China eran un poco más sesgadas. Los chinos se quejaban de que paracaidistas musulmanes estaban llevando a cabo acciones terroristas dentro de China, y amenazaban diciendo que serían tratados como espías y criminales de guerra cuando fueran capturados. El Califa respondió inmediatamente declarando que eran tropas regulares, de uniforme,

y que lo único que molestaba a los chinos era que la guerra, que tan dispuestos habían estado a infligir a los otros les había caído por fin encima.

—Haremos que todos los niveles del ejército y del gobierno chino sean personal e individualmente responsables de cada crimen contra nuestros soldados capturados.

Ése era el lenguaje que sólo los presuntos vencedores podían permitirse utilizar, pero los chinos lo captaron rápidamente, y de inmediato anunciaron que se habían confundido, y que cualquier soldado que fuera encontrado de uniforme sería tratado como prisionero.

Sin embargo, para Petra el aspecto más curioso de la postura china era que seguían refiriéndose a los soldados chinos y árabes como paracaidistas. Sencillamente, no podían creer que hubieran desembarcado en la costa y hubieran llegado tierra adentro tan rápidamente.

Y otro detalle importante. Una de las redes de noticias norteamericanas tenía un comentario de un general retirado que casi sin duda recibía información sobre lo que mostraban los satélites-espía norteamericanos. Lo que llamó la atención de Petra fue cuando dijo:

—Lo que no puedo comprender es por qué las tropas chinas que fueron sacadas de la India hace unos pocos días, para enfrentarse a la amenaza en Xinjiang, no están siendo utilizadas en Xinjiang ni son devueltas a la India. Casi una cuarta parte del ejército chino está cruzado de brazos sin hacer nada.

Petra se lo mostró a Bean, que sonrió.

—Virlomi es muy buena. Los ha retenido durante tres días. ¿Cuánto pasará antes de que el ejército chino que está en la India se quede sin munición?

—No irás a empezar una apuesta entre nosotros dos solos —dijo Petra.

—Deja de mirar la guerra y vuelve al trabajo.

—¿Por qué esperar a que Aquiles envíe esa señal que no creo que vaya a enviar? —preguntó Petra—. ¿Por qué no aceptar sin más la invitación de Peter y unirnos a él para el asalto del complejo?

—Porque si Aquiles piensa que nos está atrayendo a una trampa, nos dejará entrar sin disparar un tiro. No morirá nadie.

—Excepto nosotros.

—Primero, Petra, no hay nosotros. Eres una mujer embarazada, y no me importa lo brillante que seas en los asuntos militares, no podré encargarme de Aquiles si la mujer que lleva dentro a mi bebé está ahí de pie corriendo peligro.

—¿Así que se supone que tengo que quedarme fuera mirando, sin saber qué pasa, si estás vivo o muerto?

—¿Tenemos que discutir sobre cómo voy a morir de todas formas, dentro de unos años, y tú no; y cómo si estoy muerto pero rescatamos los embriones, podrás seguir teniendo los bebés, pero si estás muerta, no podremos tener siquiera el bebé que ya

tienes en tu interior?

—No, no tenemos que discutir eso —dijo Petra, enfadada.

—Y segundo, no estarás sentada fuera esperando, porque estarás aquí en Damasco, siguiendo las noticias de la guerra y leyendo el Corán.

—O arañándome los ojos por la agonía de no saber qué pasa. ¿De verdad que serías capaz de dejarme aquí?

—Puede que Aquiles esté atrapado dentro del complejo de la Hegemonía, pero tiene gente que realiza sus misiones por todas partes. Dudo que se perdieran muchos de ellos cuando la conexión con China se cortó. Si es que se cortó. No quiero que salgas de aquí porque Aquiles podría matarte mucho antes de que pudieras acercarte al complejo.

—¿Y por qué crees que no te matará a ti?

—Porque quiere que vea cómo mueren los bebés.

Petra no pudo evitarlo. Se echó a llorar y se inclinó sobre el ordenador.

—Lo siento —dijo Bean—. No quería que tú...

—Claro que no querías hacerme llorar. Ni yo tampoco. Ignóralo.

—No puedo ignorarlo. Apenas puedo comprender lo que estás diciendo, y estás a punto de llenar el ordenador de mocos.

—¡No son mocos! —le gritó Petra. Entonces se tocó la nariz y descubrió que sí lo eran. Sorbió y luego se rió y corrió al cuarto de baño y se sonó la nariz y terminó de llorar a solas.

Cuando salió, Bean estaba tumbado en la cama, los ojos cerrados.

—Lo siento —dijo Petra.

—Yo lo siento más.

—Sé que tienes que ir solo. Sé que tengo que quedarme aquí. Sé todo eso, pero lo odio, eso es todo.

Bean asintió.

—Entonces ¿por qué no estás escrutando las redes?

—Porque el mensaje acaba de llegar.

Ella se acercó a su ordenador y miró la pantalla. Bean había conectado con un sitio de subastas, y allí estaba:

Busco: Un buen útero.

Cinco embriones humanos listos para ser implantados. Padres graduados en la Escuela de Batalla, muertos en trágico accidente. El estado necesita disponer de ellos inmediatamente. Es probable que sean niños extraordinariamente inteligentes. Habrá una beca para cada niño implantado con éxito y cada embarazo llevado a término. Las solicitantes deben demostrar que no necesitan el dinero. Las cinco mejores solicitantes tendrán

sus cuentas en observación por una firma contable de prestigio, mientras dura la evaluación.

—¿Respondiste? —preguntó Petra—. ¿O pujaste?

—Envié una solicitud donde sugerí que me gustaría quedarme con los cinco, y recogerlos en persona. Le dije que respondiera a uno de mis buzones seguros.

—¿Y no estás comprobando tu correo para ver si tus buzones han recibido algo ya?

—Petra, tengo miedo.

—Es un alivio. Sugiere que no estás loco.

—Es el mejor superviviente que he conocido. Saldrá de ésta.

—No —dijo Petra—. Tú eres un superviviente. Él es un asesino.

—No está muerto —dijo Bean—. Eso lo convierte en un superviviente.

—Nadie ha intentado matarlo durante media vida —dijo Petra—. Su supervivencia no es gran cosa. Tú has tenido a un asesino patológico siguiéndote los pasos durante años, y sin embargo estás aquí.

—No es que tenga miedo de que me mate, aunque no me parece una forma atractiva de marcharme. Sigo planeando morirme al hacerme tan alto que choque con un avión que vuele bajo.

—No me gusta tu juegucito macabro de cómo-me-gustaría-morir.

—Pero si me mata, y consigue salir de allí vivo, ¿qué pasará contigo?

—No saldrá vivo.

—Tal vez no. ¿Pero y si yo muero, y todos los bebés mueren?

—Tendré a éste.

—Desearás no haberme amado. Todavía no he llegado a comprender por qué lo haces.

—Nunca desearé no haberte amado, y siempre me alegraré de que, después de darte tanto tiempo la lata, finalmente decidieras que también me amabas.

—No dejes que nadie llame al bebé con ningún mote estúpido si es pequeño.

—¿Nada de nombres de legumbres?

El icono que advertía de la llegada de un mensaje destelló en el ordenador.

—Tienes correo —dijo Petra.

Bean suspiró, se enderezó, se sentó en la silla y abrió la carta.

Mi viejo amigo. Tengo cinco regalitos con tu nombre escrito en ellos, y no queda mucho tiempo para entregártelos. Desearía que confiaras más en mí, porque nunca he pretendido causarte ningún daño, pero sé que no confías, y por eso puedes traer una escolta armada contigo. Nos reuniremos al aire libre, en el jardín oriental. La puerta oriental estará abierta. Tú y los

primeros cinco podréis entrar; si uno más intenta entrar, todos seréis abatidos.

No sé dónde estás, así que no sé cuánto tiempo tardarás en llegar hasta aquí. Cuando vengas tendré tu propiedad en un contenedor refrigerado apto para seis horas a la temperatura adecuada. Si uno de tus escoltas es especialista y trae un microscopio, puedes examinar los especímenes sobre la marcha, y luego hacer que el especialista se los lleve.

Pero espero que tú y yo podamos charlar un rato sobre los viejos tiempos. Recordar los buenos días perdidos, cuando llevamos la civilización a las calles de Rotterdam. Hemos recorrido un largo camino desde entonces. Hemos cambiado el mundo, nosotros dos. Yo más que tú, chaval. Fastíciate.

Naturalmente, te casaste con la única mujer que he amado, así que tal vez eso equilibre las cosas al final.

Por supuesto, nuestra conversación será más agradable si acaba contigo sacándome del complejo y llevándome a un sitio seguro de mi propia elección. Pero soy consciente de que tal vez eso no esté en tu poder. Los genios somos criaturas limitadas. Sabemos lo que es mejor para todo el mundo, pero no nos salimos con la nuestra hasta que conseguimos persuadir a criaturas inferiores para que cumplan nuestras órdenes. No comprenden lo felices que seríamos si dejaran de pensar por sí mismos. Están tan poco equipados para ello...

Relájate, Bean. Ha sido un chiste. O una verdad indecorosa. A menudo son la misma cosa.

Dale a Petra un beso de mi parte. Hazme saber cuándo tengo que abrir la verja.

—¿De verdad espera que creas que te dejará llevarte a los bebés?

—Bueno, da a entender un intercambio por su libertad —dijo Bean.

—El único intercambio que da a entender es tu vida por la de ellos —respondió Petra.

—Oh —dijo Bean—. ¿Es así como lo has interpretado?

—Eso es lo que dice y lo sabes. Espera que los dos muráis juntos, allí mismo.

—La verdadera cuestión, es si de verdad tendrá a los embriones allí.

—Por lo que sabemos —dijo Petra—, están en un laboratorio en Moscú o Johannesburgo, o en algún basurero de Ribeirao.

—¿Quién es ahora la pesimista?

—Está claro que no pudo implantarlos. Así que para él representan un fracaso. Ahora no tienen ningún valor. ¿Por qué iba a dártelos?

—No he dicho que fuera a aceptar sus términos.

—Pero lo harás.

—Lo más difícil de un secuestro es siempre el intercambio, rehén a cambio de rescate. Siempre alguien tiene que confiar en alguien, y entregar su pieza antes de recibir la que tiene el otro. Pero este caso es realmente extraño, porque él no me está pidiendo nada.

—Excepto tu muerte.

—Pero sabe que me estoy muriendo de todas formas. Todo parece sin sentido.

—Está loco, Julian. ¿No te has enterado?

—Sí, pero su forma de pensar tiene sentido dentro de su cabeza. Quiero decir que no es esquizofrénico, ve la misma realidad que el resto de nosotros. No tiene delirios. Es sólo patológicamente inconsciente. ¿Cómo ve este juego, entonces? ¿Me disparará cuando entre? ¿O me dejará ganar, tal vez incluso dejará que yo lo mate, sólo que me gastará la broma porque los embriones que me entregue no son los nuestros, sino el producto del trágico apareamiento de dos personas realmente estúpidas? Quizá de dos periodistas.

—Estás bromeando sobre esto, Bean, y yo...

—Tengo que coger el próximo vuelo. Si se te ocurre algo que deba saber, mándame un e-mail, lo comprobaré al menos una vez antes de entrar a verlo.

—No tiene los bebés —dijo Petra—. Ya los ha entregado a sus secuaces.

—Es posible.

—No vayas.

—No es posible.

—Bean, eres más inteligente que él, pero la ventaja es suya, y es más brutal que tú.

—No cuentes con ello —dijo Bean.

—¿No te das cuenta de que os conozco mejor a ambos que nadie más en el mundo?

—Y no importa lo bien que conozcamos a la gente, el hecho es que todos somos desconocidos en el fondo.

—Oh, Bean, dime que no crees eso.

—Es la verdad evidente.

—¡Yo te conozco! —insistió ella.

—No. No me conoces. Pero no importa, porque yo tampoco me conozco a mí mismo, ni a ti tampoco. Nunca comprendemos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Pero Petra, shh, escucha. Lo que hemos hecho, hemos creado algo más. Este matrimonio. Consiste en nosotros dos, y nos hemos convertido en otra cosa juntos. Eso es lo que conocemos. No a mí, no a ti, sino lo que somos, quiénes somos juntos. Sor Carlotta citó a alguien de la Biblia, cómo un hombre y una mujer deben casarse y convertirse en una sola carne. Muy místico y extraño al límite. Pero en cierto modo es

cierto. Y cuando yo me muera, no tendrás a Bean, pero seguirás teniendo a Petra-con-Bean, Bean-con-Petra, como sea que se llame esa nueva criatura que hemos hecho.

—¿Entonces todos esos meses que pasé con Aquiles, construimos algún monstruo repugnante Petra-con-Aquiles? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No —respondió Bean—. Aquiles no construye cosas. Sólo las encuentra, las admira, y las destroza. No hay ningún Aquiles-con-alguien. Él solamente está... vacío.

—¿Qué pasó entonces con esa teoría de Ender, que tienes que conocer a tu enemigo para poder derrotarlo?

—Sigue siendo cierta.

—Pero si no puedes conocer a nadie...

—Es imaginario —dijo Bean—. Ender no estaba loco, así que sabía que era sólo imaginario. Intentas ver el mundo a través de los ojos de tu enemigo, para poder ver lo que significa todo para él. Cuanto mejor lo hagas, cuanto más tiempo pases en el mundo tal como él lo ve, más comprendes cómo ve él las cosas, cómo se explica a sí mismo las cosas que hace.

—Y has hecho eso con Aquiles.

—Sí.

—Y crees que sabes lo que va a hacer.

—Tengo una lista de cosas que espero.

—¿Y si te equivocas? Porque la única certidumbre en todo esto es... que sea lo que sea que pienses que va a hacer Aquiles, te equivocas.

—Ésa es su especialidad.

—Entonces tu lista...

—Bueno, verás, tal como he hecho mi lista, pensé en todas las cosas que podría hacer, y luego no puse ninguna en mi lista, sólo puse las cosas que no creía que fuera a hacer.

—Eso funcionará —dijo Petra.

—Podría.

—Abrazame antes de irte.

Él así lo hizo.

—Petra, crees que no vas a volver a verme. Pero estoy bastante seguro de que sí.

—¿Te das cuenta de que me asusta que tú seas el único que está bastante seguro?

—Podría morirme de apendicitis en el avión camino de Ribeirao. Nunca estoy más que bastante seguro de nada.

—Excepto de que yo te amo.

—Excepto de que nos amamos.

El vuelo de Bean fue el suplicio normal de horas en un espacio confinado. Pero al

menos volaba hacia el oeste, de modo que el *jet lag* no lo debilitaba. Le pareció que podría acudir al encuentro en cuanto llegara, pero se lo pensó mejor. Necesitaba pensar con claridad. Poder improvisar y actuar rápidamente siguiendo sus impulsos. Necesitaba dormir.

Peter lo estaba esperando en la puerta del avión. Ser Hegemón le proporcionaba en los aeropuertos unos cuantos privilegios que se negaban a otra gente.

Peter lo acompañó escaleras abajo en vez de al transporte, y subieron a un coche que los llevó directamente al hotel que habían establecido como puesto de mando de la FI. Había soldados de la FI en cada entrada, y Peter le aseguró que había tiradores de precisión en cada edificio colindante, y en éste también.

—Bien —dijo Peter, cuando estuvieron a solas en la habitación de Bean—, ¿cuál es el plan?

—Hablas como si creyeras que tengo uno.

—¿Ni siquiera un objetivo?

—Oh, tengo dos objetivos —dijo Bean—. Cuando él robó nuestros embriones, le prometí a Petra que los recuperaría para ella, y que mataría a Aquiles en el proceso.

—Y no tienes ni idea de cómo hacerlo.

—Más o menos. Pero nada que yo planee funcionará de todas formas, así que no me preocupo demasiado por ningún plan.

—Aquiles no es importante ahora mismo —dijo Peter—. Quiero decir, es importante porque en esencia todos los que están dentro del complejo son rehenes suyos, pero en el panorama mundial... ha perdido toda su influencia. Desapareció como el humo cuando abatió esa lanzadera y los chinos lo desautorizaron.

Bean sacudió la cabeza.

—¿De verdad crees, si sale de ésta con vida, que no volverá a sus antiguos juegos? ¿Crees que nadie aceptará sus recetas infalibles?

—Supongo que nunca faltan gobiernos con sueños de poder a los que pueda seducir, o con temores que él pueda explotar.

—Peter, estoy aquí para que pueda atormentarme y luego matarme. Por eso estoy aquí. Su propósito. Su objetivo.

—Bueno, si el único plan es el suyo, entonces...

—Eso es, Peter. Él es el único que tiene un plan esta vez. Y yo soy el que puede sorprenderlo al no hacer lo que espera.

—Muy bien —dijo Peter—. Voy a entrar.

—¿Qué?

—Me has convencido. Voy a entrar.

—¿Vas a entrar dónde?

—Voy a entrar por esa verja contigo.

—Ni hablar.

—Soy el Hegemón. No voy a quedarme fuera mientras tú entras y salvas a mi gente.

—A él le encantará matarte junto a mí.

—A ti primero.

—No, a ti primero.

—Como sea —dijo Peter—. No vas a entrar por esa verja a menos que yo sea uno de los cinco.

—Mira, Peter, el motivo por el que nos hallamos en esta situación es que tú crees que eres más listo que nadie: no importa el consejo que te den, tú te las das de sabio y haces algo sorprendentemente estúpido.

—Pero me quedo para recoger los pedazos.

—Eso sí te lo reconozco.

—No haré nada que no me digas que haga —dijo Peter—. Es tu programa.

—Necesito que mis cinco escoltas sean hombres bien entrenados.

—No —dijo Peter—. Porque si se produce un tiroteo, cinco no serán suficientes de todas formas. Así que tienes que contar con que no habrá disparos. Por eso bien puedo ser uno de los cinco.

—Pero no quiero que mueras conmigo.

—Por mí bien, yo tampoco quiero morir contigo.

—Tienes otros setenta u ochenta años por delante. ¿Vas a jugar con eso? Yo sólo juego con dinero de juguete.

—Eres el mejor, Bean.

—Eso fue en la escuela. ¿Qué ejércitos he comandado desde entonces? Otros se encargan de la lucha ahora. No soy el mejor, estoy retirado.

—Uno no se retira de su propia mente.

—La gente se retira de su mente todo el tiempo. Lo que no se acaba es su reputación.

—Bueno, me encanta discutir de filosofía contigo —dijo Peter bruscamente—, pero necesitas dormir y yo también. Te veré en la puerta este por la mañana.

Y se marchó.

¿Por qué esta súbita partida?

Bean tuvo la sospecha de que tal vez Peter creía finalmente que no tenía ningún plan ni ninguna garantía de victoria. Ni siquiera, de hecho, un plan decente para ganar, si ganar significaba un resultado donde Bean quedaba con vida, Aquiles muerto, y Bean recuperaba a los bebés. Sin duda Peter tenía que correr y hacerse un seguro de vida. O llamar a alguna emergencia de última hora para que, pese a todo, le impidiera atravesar aquella verja con Bean.

—Lo siento muchísimo, de verdad quería ir contigo, pero lo harás bien, lo sé.

Bean pensó que tendría problemas para dormir, con las cabezadas que había dado

en el avión y la tensión de los acontecimientos de mañana hurgando en su mente.

Naturalmente, se quedó dormido tan rápido que ni siquiera se acordó de apagar la luz.

Por la mañana, Bean se levantó y envió un mensaje a Aquiles, estableciendo una hora más tarde para su encuentro. Entonces le escribió una breve nota a Petra, sólo para que supiera que estaba pensando en ella por si éste resultaba ser el último día de su vida. Luego otra nota para sus padres, y una para Nikolai. Al menos si conseguía llevarse a Aquiles por delante, ellos estarían a salvo. Era algo.

Bajó las escaleras y encontró a Peter esperando ya junto al vehículo de la FI que los llevaría al perímetro que habían establecido alrededor del complejo. Hicieron el trayecto en silencio, porque en realidad no había nada más que decir.

En el perímetro, cerca de la verja oriental, Bean descubrió rápidamente que Peter no había mentido: la FI respaldaba su decisión de ir con el grupo. Bueno, no importaba. En realidad Bean no necesitaba que sus acompañantes hicieran gran cosa.

Como había solicitado antes de partir de Damasco, la FI tenía un médico de uniforme, dos tiradores de precisión y un equipo de artificieros plenamente equipado, uno de los cuales iba a acompañar al grupo de Bean.

—Aquiles tendrá un contenedor que supuestamente es una nevera portátil para media docena de embriones —le dijo al artificiero—. Si tiene que llevarlo fuera, eso significará que estoy seguro de que es una bomba o contiene elementos tóxicos, y quiero que se trate así... aunque diga algo diferente ahí dentro. Si resulta que son embriones después de todo, será mi error, y se lo explicaré a mi esposa. Si hago que el doctor se lo lleve, es que estoy seguro de que son los embriones, y habrá que tratar al paquete de esa forma.

—¿Y si no estás seguro? —preguntó Peter.

—Estaré seguro —respondió Bean—, o no se lo daré a nadie.

—¿Por qué no lo lleva usted y nos dice qué hacer cuando esté fuera? —preguntó el artificiero.

Peter respondió por él.

—El señor Delphiki no espera salir con vida.

—Mi objetivo para todos ustedes —dijo Bean—, es que salgan de ahí ilesos. No habrá ninguna posibilidad de que sea así si empiezan a disparar, por ningún motivo. Por eso ninguno de ustedes llevará un arma cargada.

Ellos lo miraron como si estuviera loco.

—No voy a entrar ahí desarmado —dijo uno de los hombres.

—Bien. Entonces será uno menos. Aquiles no dijo que tuvieran que ser cinco.

—Técnicamente —le dijo Peter al otro tirador—, no estará desarmado. Sólo descargado. Así que ellos lo tratarán como si tuviera balas, porque no saben que no

las tiene.

—Soy un soldado, no un monigote —dijo el hombre, y se marchó.

—¿Alguien más? —preguntó Bean.

Por respuesta, el otro tirador desmontó el cargador de su arma, fue soltando las balas una a una, y luego sacó la primera bala de la recámara.

—Yo no llevo armas —dijo el doctor.

—No hace falta una pistola cargada para llevar una bomba —dijo el artificiero.

Con una fina pistola de plástico del calibre 22 metida en la parte trasera de los pantalones, Bean era ahora el único miembro del grupo con un arma cargada.

—Supongo que estamos listos —dijo Bean.

Cuando atravesaron la verja que daba al jardín oriental era una deslumbrante mañana tropical. Los pájaros en los altos árboles repetían su llamada como si intentaran memorizar algo y no pudieran terminar de hacerlo. No había ni un alma a la vista.

Bean no iba a ponerse a deambular buscando a Aquiles. Decididamente no iba a alejarse de la verja. Así pues, a unos diez metros se detuvo. Lo mismo hicieron los demás.

Y esperaron.

No tardó mucho. Un soldado con uniforme de la Hegemonía salió al descubierto. Luego otro, y otro, hasta que apareció el quinto soldado.

Suriyawong.

No dio muestras de reconocer a nadie. Más bien, miró más allá de Bean y Peter como si no fueran nada para él.

Aquiles salió tras ellos, pero permaneció cerca de los árboles, para no ser un blanco demasiado fácil para los tiradores de élite. Llevaba, como prometió, una pequeña nevera portátil.

—Bean —dijo con una sonrisa—. Vaya, cómo has crecido.

Bean no dijo nada.

—Oh, no estamos de humor para bromas. Yo tampoco, en realidad. Volver a verte es para mí un momento casi sentimental. Verte como hombre. Considerando que te conocí cuando eras así de alto.

Tendió la nevera portátil.

—Aquí están, Bean.

—¿Vas a dármelos sin más?

—En realidad no tengo ninguna utilidad para ellos. No hubo compradores en la subasta.

—Volescu se tomó muchas molestias para conseguírtelos.

—¿Qué molestias? Sobornó a un guardia. Usando mi dinero.

—Por cierto, ¿cómo conseguiste que Volescu te ayudara? —preguntó Bean.

—Me lo debía —dijo Aquiles—. Yo soy el que lo sacó de la cárcel. Conseguí que nuestro brillante Hegemón aquí presente me diera autoridad para autorizar la liberación de prisioneros cuyos crímenes hubieran dejado de ser crímenes. No hizo la conexión de que iba a liberar a tu creador. —Aquiles le sonrió a Peter.

Peter no dijo nada.

—Entrenaste bien a estos hombres, Bean —continuó Aquiles—. Estar con ellos es como... bueno, es como estar de nuevo con mi propia familia. Igual que en las calles, ¿sabes?

Bean no dijo nada.

—Bueno, muy bien, no quieres hablar, así que coge los embriones.

Bean recordó un hecho muy importante. A Aquiles no le importaba matar a sus víctimas con sus propias manos o no. Para él era suficiente con que murieran, estuviera presente o no.

Bean se volvió hacia el artificiero.

—¿Quiere hacerme un favor y llevarlos tras la verja? Quiero quedarme a charlar con Aquiles un par de minutos.

El artificiero se acercó a Aquiles y recogió la nevera portátil.

—¿Es frágil? —preguntó.

—Está muy bien empaquetada y acolchada —dijo Aquiles—, pero no juegue al fútbol con ella.

Con sólo unos cuantos pasos, salió por la verja.

—¿Y de qué querías hablar? —preguntó Aquiles.

—Un par de preguntitas sobre las que siento curiosidad.

—Escucharé. Tal vez hasta contestaré.

—Allá en Hydebarad. Había un oficial chino que te dejó inconsciente para romper nuestras tablas.

—Oh, ¿fue él quien lo hizo?

—¿Qué le sucedió?

—No estoy seguro. Creo que su helicóptero fue abatido en combate unos días más tarde.

—Oh —dijo Bean—. Lástima. Quería preguntarle qué se sentía al golpearte.

—¿No somos ya demasiado mayores para este tipo de cosas Bean?

Fuera de la verja se produjo una explosión apagada.

Aquiles miró en derredor, sorprendido.

—¿Qué ha sido eso?

—Estoy bastante seguro de que ha sido una explosión —dijo Bean.

—¿De qué?

—De la bomba que intentas darme. Dentro de una nevera.

Aquiles trató, por un momento, de parecer inocente.

—No sé qué...

Entonces al parecer advirtió que no tenía sentido fingir ignorancia cuando la nevera acababa de explotar. Sacó el detonador remoto del bolsillo y pulsó el botón un par de veces.

—Maldita sea toda esta tecnología moderna, nada funciona bien nunca —le sonrió a Bean—. Tienes que reconocer que lo he intentado.

—Entonces... ¿tienes los embriones o no? —preguntó Bean.

—Están dentro, a salvo —dijo Aquiles.

Bean sabía que era mentira. De hecho, ayer había decidido que lo más probable era que los embriones nunca hubieran sido traídos aquí.

Pero sacaría más provecho de todo esto fingiendo creer a Aquiles. Y siempre había la posibilidad de que no fuera mentira.

—Enséñamelos —dijo.

—Tendrás que venir dentro, entonces —dijo Aquiles.

—Muy bien.

—Eso nos apartará del radio de alcance de los tiradores que sin duda tienes alrededor de todo el complejo, esperando abatirme.

—Y dentro del radio de quien tengas esperándome ahí dentro.

—Bean. Sé realista. Estarás muerto cuando quiera que estés muerto.

—Bueno, eso no es estrictamente cierto. Me has querido muerto muchas más veces de las que he muerto.

Aquiles hizo una mueca.

—¿Sabes qué estaba diciendo Poke justo antes de tener aquel accidente y caerse al Rin?

Bean no dijo nada.

—Me estaba diciendo que no debería tenerte rencor por haberle dicho que me matara cuando nos conocimos. Es sólo un niño pequeño, decía. No sabía lo que estaba diciendo.

Bean siguió sin decir nada.

—Ojalá pudiera decirte cuáles fueron las últimas palabras de sor Carlotta, pero... ya sabes cómo son los daños colaterales en tiempo de guerra. No hay ninguna advertencia previa.

—Los embriones —dijo Bean—. Dijiste que ibas a enseñarme dónde están.

—Muy bien, pues. Sígueme.

En cuanto Aquiles dio la espalda, el doctor miró a Bean y sacudió frenéticamente la cabeza.

—No pasa nada —le dijo Bean al médico y al otro soldado—. Pueden ustedes salir ahora. Ya no son necesarios.

Aquiles se giró.

—¿Vas a dejar marchar a tu escolta?

—Excepto a Peter —dijo Bean—. Insiste en permanecer conmigo.

—No lo he oído decir eso. Quiero decir, parecía tan ansioso por marcharse cuando abandonó este lugar, que creí que no quería volver a verlo jamás.

—Todavía estoy intentando comprender cómo pudiste engañar a tanta gente —dijo Peter.

—Pero no estoy intentando engañarte a ti —dijo Aquiles—. Aunque puedo ver cómo a alguien como tú le gustaría encontrar al mejor de los mentirosos para estudiar con él.

Riendo, Aquiles volvió a darles la espalda, y los condujo hacia el principal edificio de oficinas.

Peter se acercó a Bean mientras lo seguían al interior.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —preguntó en voz baja.

—Ya te lo dije antes, no tengo ni idea.

Una vez dentro, se encontraron con una docena de soldados. Bean los conocía a todos por el nombre. Pero no les dijo nada, y ninguno de ellos le miró a los ojos ni mostró signo alguno de conocerlo.

¿Qué quiere Aquiles?, pensó Bean. Su primer plan era enviarme fuera del complejo con una bomba por control remoto, así que no pensaba mantenerme con vida. Ahora me tiene rodeado por soldados, y no les dice que disparen.

Aquiles se volvió y se encaró a él.

—Bean, no puedo creer que no hicieras ningún tipo de acuerdo para sacarme de aquí.

—¿Por eso intentaste hacerme volar por los aires? —preguntó Bean.

—Eso fue porque creía que ibas a intentar matarme en cuanto pensaras que tenías los embriones. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque sabía que no tenía los embriones.

—¿Petra y tú pensáis en ellos como en vuestros hijos? ¿Les habéis puesto ya nombre?

—No hay ningún acuerdo para que salgas de aquí, Aquiles, porque no hay ningún sitio al que puedas ir. Las únicas personas que todavía podrían encontrar una utilidad para ti están muy ocupadas recibiendo una paliza a manos de un puñado de musulmanes. Tú mismo te encargaste de no poder ir a ningún lugar del espacio cuando abatiste esa lanzadera.

—En justicia, Bean, tienes que recordar que nadie tendría que saber que fui yo quien lo hizo. Pero alguien tendría que decirme... ¿por qué no iba Peter en esa lanzadera? Supongo que alguien pilló a mi informador. —Miró a Peter y luego a Bean, buscando una respuesta.

Bean no confirmó ni negó nada. Peter también mantuvo su silencio. ¿Y si Aquiles

sobrevivía de algún modo a esto? ¿Por qué hacer caer la ira de Aquiles sobre un hombre que ya había tenido suficientes problemas en la vida?

—Pero si pillasteis a mi informador —continuó Aquiles—, ¿por qué demonios Chamrajnagar... o Graff, si fue él, hizo despegar la lanzadera de todas formas? ¿Atraparme haciendo algo malo era tan importante que arriesgaron una lanzadera y su tripulación para cogerme? Lo encuentro bastante... halagador. Como si ganara el premio Nobel al villano más temido.

—Creo que no tienes los embriones después de todo —dijo Bean—. Creo que los dispersaste en cuanto les pusiste la mano encima. Creo que ya los has implantado.

—Te equivocas —dijo Aquiles. Rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó un pequeño contenedor. Exactamente igual que los contenedores donde habían congelado a los embriones—. Traje éste, para mostrártelo. Por supuesto, probablemente se habrá descongelado un poco. Mi calor corporal y todo eso. ¿Qué crees? ¿Tenemos tiempo todavía de implantar este mamón en alguien? Petra ya está embarazada, he oído, así que no puedes utilizarla. ¡Ya sé! ¡La madre de Peter! Siempre le gusta servir de ayuda, y está acostumbrada a parir genios. ¡Toma, Peter, cógelo!

Lanzó el frasquito hacia Peter, pero con demasiada fuerza, así que pasó por encima de las manos extendidas de Peter y golpeó el suelo. No se rompió, pero en cambio rodó y rodó.

—¿No vas a cogerlo? —le preguntó Aquiles a Bean. Bean se encogió de hombros. Se acercó al sitio donde el contenedor se había detenido. El líquido en su interior se agitaba. Se había derretido por completo.

Lo pisó, lo rompió, aplastándolo bajo su bota. Aquiles silbó.

—Guau. Qué papá tan estricto. Tus hijos no pueden escapar a tu control.

Bean caminó hacia Aquiles.

—Vamos, Bean, comprendo que puedas estar irritado conmigo pero nunca he dicho que fuera un atleta. ¿Cuándo tuve una oportunidad de jugar a la pelota, quieres decírmelo? Creciste donde yo crecí. No puedo evitar no saber lanzar adecuadamente.

Hablaba afectando todavía el tono de voz, pero Bean pudo ver que ahora Aquiles tenía miedo. Esperaba que Bean suplicara, o sufriera... algo que lo mantuviera desequilibrado y le diera el control a Aquiles. Pero ahora Bean veía las cosas a través de los ojos de Aquiles, y comprendía: Haz lo que tu enemigo no pueda creer que vas a hacer. Hazlo sin más.

Bean rebuscó en la cartuchera que llevaba dentro de los pantalones, colgando del cinturón, y sacó la pistola calibre 22 que llevaba allí oculta. Apuntó al ojo derecho de Aquiles, luego al izquierdo.

Aquiles retrocedió un par de pasos.

—No puedes matarme —dijo—. No sabes dónde están los embriones.

—Sé que no los tienes, y que no voy a conseguirlos sin dejarte marchar. Y no voy a dejarte marchar. Así que supongo que eso significa que he perdido los embriones para siempre. ¿Por qué deberías seguir viviendo?

—Suri —dijo Aquiles—. ¿Estás dormido?

Suriyawong desenvainó su largo cuchillo de su funda.

—Eso no es lo que hace falta aquí —dijo Aquiles—. Él tiene una pistola.

—Quédate quieto, Aquiles —dijo Bean—. Acéptalo como un hombre. Además, si fallo, podrías sobrevivir y pasarte el resto de tus días como un cascarón con el cerebro dañado. Queremos que esto sea limpio, directo y final, ¿no?

Aquiles sacó otro frasquito de sus bolsillos.

—Éste es de verdad, Bean —extendió la mano, ofreciéndolo—. Mataste a uno, pero todavía quedan los otros cuatro.

Bean se lo arrancó de la mano de un golpe. El frasquito se rompió al golpear el suelo.

—¡Son tus hijos los que estás matando! —chilló Aquiles.

—Te conozco —dijo Bean—. Sé que nunca me prometerías algo que pudieras cumplir.

—¡Suriyawong! —gritó Aquiles—. ¡Dispárale!

—Señor —dijo Suriyawong.

Era el primer sonido que emitía desde que Bean atravesó la verja.

Suriyawong se arrodilló, dejó el cuchillo sobre el liso suelo, y lo deslizó hacia Aquiles, hasta que descansó a sus pies.

—¿Qué se supone que es esto? —exigió Aquiles.

—El préstamo de un cuchillo —dijo Suriyawong.

—¡Pero él tiene una pistola! —chilló Aquiles.

—Espero que resuelvas tus problemas sin que muera ninguno de mis hombres —dijo Suriyawong.

—¡Dispárale! —chilló Aquiles—. Creía que eras mi amigo.

—Te lo dije desde el principio. Yo sirvo al Hegemón.

Y con esto, Suriyawong le dio la espalda a Aquiles.

Lo mismo hicieron todos los otros soldados.

Ahora Bean comprendió por qué Suriyawong había trabajado tan duramente para conseguir ganar la confianza de Aquiles: para que en este momento de crisis, Suri estuviera en situación de traicionarlo.

Aquiles se rió, nervioso.

—Vamos, Bean. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Había retrocedido hasta la pared. Intentó apoyarse contra ella. Pero las piernas le temblaban y empezó a deslizarse hacia abajo.

—Te conozco, Bean. No puedes matar a un hombre a sangre fría, no importa

cuánto lo odies. No es propio de ti.

—Sí que lo es.

Apuntó al ojo derecho de Aquiles y apretó el gatillo. El ojo se cerró por el viento de la bala que pasaba entre los párpados y por la aniquilación del ojo en sí. La cabeza se sacudió un poco por la fuerza de la bala al entrar y no salir.

Entonces Aquiles se desplomó y quedó tendido en el suelo. Muerto.

No recuperó a Poke, ni a sor Carlotta, ni a ninguna de las otras personas que él mató. No devolvió a las naciones del mundo a la situación en que estaban antes de que Aquiles empezara a convertirlas en sus piezas de rompecabezas, derribándolas y levantándolas a capricho. No puso fin a las guerras que Aquiles había empezado. No hizo que Bean se sintiera mejor. No había alegría en la venganza, ni tampoco en la justicia.

Pero una cosa era segura: Aquiles no volvería a matar.

Era todo lo que Bean podía pedirle a un pequeño calibre 22.

20

Hogar

De: *TuFresca%Legumbre@Freebie.net*

Para: *MiDama%Piedra@Freebie.net*

Sobre: *Ven a casa*

Está muerto.

Yo no.

No los tenía.

Los encontraremos, de un modo u otro, antes de que yo muera.

Ven a casa. Ya no hay nadie que intente matarte.

Petra voló en un jet comercial, en un asiento reservado, con su propio nombre, usando su propio pasaporte.

Damasco estaba lleno de excitación, pues ahora era la capital de un mundo musulmán unido por primera vez en casi dos mil años. Los líderes sunitas y chiítas habían apoyado por igual al Califa. Y Damasco era el centro de todo.

Pero la excitación de Petra era distinta. En parte por el bebé que maduraba en su interior y los cambios que ya estaban produciéndose en su cuerpo. En parte por el alivio de estar libre de la sentencia de muerte que Aquiles le había impuesto hacía tanto tiempo.

Pero, principalmente, era la sensación mareante de haber estado a punto de perderlo todo, y de ganar después de todo. La inundaba mientras recorría el pasillo del avión, y sintió las rodillas como de goma y estuvo a punto de caer.

El hombre que tenía detrás la cogió por el codo y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—¿Se encuentra bien?

—Sólo estoy embarazada —dijo ella.

—Debe aprender a no caerse antes de que el bebé se haga demasiado grande.

Ella se rió y le dio las gracias, y luego colocó la bolsa en el portaequipajes superior sin ayuda, gracias... y tomó asiento.

Por un lado, era triste volar sin su marido al lado.

Por otro lado, era maravilloso volar para reunirse con él en casa.

Él la recibió en el aeropuerto y le dio un enorme abrazo. Sus brazos eran muy largos. ¿Habían crecido en los días que habían pasado desde que se marchó?

Ella se negó a pensar en eso.

—He oído que salvaste al mundo —le dijo cuando el abrazo terminó por fin.

—No te creas esos rumores.

—Mi héroe.

—Prefiero ser tu amante —susurró él.

—Mi gigante —susurró ella a su vez.

Por respuesta, ella lo volvió a abrazar, y entonces se echó hacia atrás, alzándola. Ella se rió mientras giraba a su alrededor como una niña.

Como hacía su padre cuando era pequeña.

Como él no haría nunca con sus hijos.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó él.

—Son sólo lágrimas —respondió ella—. No estoy llorando. Me has visto llorar, y no es así. Son lágrimas de felicidad por verte.

—Eres feliz por estar en un lugar donde los árboles crecen sin tener que esperar a que los planten y los rieguen.

Salieron del aeropuerto unos minutos más tarde y él tenía razón: Petra se alegró de haber dejado atrás el desierto. En los años que habían vivido en Ribeirao ella había descubierto su afinidad por los lugares exuberantes. Necesitaba que la Tierra estuviera viva a su alrededor, todo verde, toda aquella fotosíntesis en público, sin una mota de modestia. Cosas que comían luz del sol y bebían lluvia.

—Es bueno estar en casa.

—Ahora yo también estoy en casa —dijo Bean.

—Ya estabas aquí.

—Pero tú no, hasta ahora.

Ella suspiró y se aferró a él.

Cogieron el primer taxi.

Fueron al complejo de la Hegemonía, naturalmente, pero en vez de ir a su casa (si, en efecto, era su casa, ya que la habían dejado cuando dimitieron del servicio del Hegemón aquel día en Filipinas), Bean la llevó directamente al despacho del Hegemón.

Peter la estaba esperando allí, junto con Graff y los Wiggin. Hubo abrazos que se convirtieron en besos y apretones de manos que se convirtieron en abrazos.

Peter contó lo que había sucedido en el espacio. Entonces hicieron que Petra les hablara de Damasco, aunque ella protestó diciendo que no era nada, sólo una ciudad celebrando la victoria.

—La guerra no ha terminado todavía —dijo Peter.

—Están contentos por la unidad musulmana.

—Lo siguiente será que los cristianos y los judíos se unan —dijo Graff—. Lo único que se interpone entre ellos, después de todo, es ese asunto de Jesús.

—Es buena cosa —dijo Theresa—, tener un poco menos de división en el mundo.

—Creo que van a hacer falta un montón de divisiones para tener menos división —dijo John Paul.

—He dicho que son felices en Damasco, no que pensara que hagan bien en estarlo —dijo Petra—. Hay signos problemáticos. Hay un imán predicando que la India y Pakistán deberían reunirse bajo un solo gobierno de nuevo.

—Déjame adivinar —dijo Peter—. Un gobierno musulmán.

—Si les gustó lo que Virlomi les hizo a los chinos, les encantará lo que pueda hacer para que los hindúes se liberen de los pakistaníes —dijo Bean.

—Y a Peter le encantará esto —continuó Petra—. Un político iraquí dio un discurso en Bagdad donde señaló claramente: «En un mundo que ha elegido un Califa, ¿por qué necesitamos un Hegemón?»

Se echaron a reír, pero sus rostros se pusieron serios cuando terminaron de hacerlo.

—Tal vez tenga razón —dijo Peter—. Tal vez cuando esta guerra se acabe, el Califa sea el Hegemón, de hecho si no de nombre. ¿Es tan malo? El objetivo era unir al mundo en paz. Me ofrecí voluntario para hacerlo, pero si otra persona lo consigue, no voy a hacer que maten a nadie para quitarle el puesto.

Theresa lo agarró por la muñeca, y Graff se echó a reír.

—Sigue hablando así y comprenderás por qué te he estado apoyando todos estos años.

—El Califa no va a sustituir al Hegemón —dijo Bean—, ni a borrar la necesidad de que haya uno.

—¿No? —preguntó Peter.

—Porque un líder no puede llevar a su gente a un sitio donde no quieran ir.

—Pero quieren que gobierne el mundo —dijo Petra.

—Pero para gobernar el mundo, tiene que conseguir que el mundo entero esté contento bajo su mando —dijo Bean—. ¿Y cómo podemos contentar a los no musulmanes sin hacer que los musulmanes ortodoxos estén enormemente descontentos? Fue lo que descubrieron los chinos en la India. No se puede engullir a una nación. Siempre encuentra una manera de que la vomites. Y perdona por el ejemplo, Petra.

—¿Se dará cuenta de esto vuestro amigo Alai, y no intentará gobernar sobre los no musulmanes? —preguntó Theresa.

—Nuestro amigo Alai no tendrá ningún problema con esa idea —dijo Petra—. La cuestión es si lo tendrá el Califa.

—Espero que no recordemos este día como el momento en que empezamos a librar la siguiente guerra —dijo Graff.

Peter tomó la palabra.

—Como dije antes, la guerra no ha terminado todavía.

—Los dos frentes chinos en la India han sido rebasados y el nudo se está tensando —dijo Graff—. No creo que vaya a haber una defensa numantina, ¿no? Los ejércitos turcos han alcanzado el Hwang He y el Tíbet acaba de declarar su independencia y está masacrando a las tropas chinas. Los indonesios y árabes son imposibles de capturar y están causando serios problemas a las comunicaciones internas en China. Es cuestión de tiempo que se den cuenta de que no tiene sentido seguir matando gente cuando el resultado es inevitable.

—Hacen falta muchos soldados muertos antes de que los gobiernos lo comprendan —dijo Theresa.

—Mi madre siempre ve el lado alegre de las cosas —dijo Peter.

Pero finalmente, le tocó a Petra el turno de escuchar la historia de lo que había sucedido dentro del complejo. Peter acabó contándola casi toda, porque Bean seguía saltándose detalles y corriendo a la conclusión.

—¿Crees que Aquiles creyó que Suriyawong realmente mataría a Bean por él? —preguntó Petra.

—Creo que Suriyawong le dijo que lo haría —dijo Bean.

—¿Quieres decir que pretendía hacerlo y cambió de opinión?

—Creo que Suri planeó ese momento desde el principio. Se hizo indispensable para Aquiles. Se ganó su confianza. El precio fue perder la confianza de todos los demás.

—Menos tú —dijo Petra.

—Bueno, verás, conozco a Suri. Aunque en realidad no se puede conocer a nadie... No vuelvas mis palabras contra mí, Petra...

—¡No lo he hecho!

—Entré en el complejo sin un plan, y con sólo una ventaja real. Sabía dos cosas que Aquiles no sabía. Sabía que Suri nunca se entregaría al servicio de un hombre como Aquiles, así que si parecía hacerlo, era una mentira. Y sabía algo sobre mí. Sabía que podría, de hecho, matar a un hombre a sangre fría si era necesario para salvar a mi esposa y mis hijos.

—Sí —dijo Peter—. Creo que es lo único que no creyó, ni siquiera al final.

—No fue a sangre fría —dijo Theresa.

—Sí que lo fue —repuso Bean.

—Lo fue, madre —dijo Peter—. Fue lo adecuado, y él eligió hacerlo, y lo hizo. Sin tener que sufrir por ello.

—Es lo que hacen los héroes —dijo Petra—. Lo que es necesario por el bien de su pueblo.

—Cuando empezamos a decir palabras como «héroe» —dijo Peter—, es hora de irse a casa.

—¿Ya? —preguntó Theresa—. Petra acaba de llegar. Y tengo que contarle historias terribles sobre lo duros que fueron mis tres partos. Es mi deber aterrorizar a la futura madre. Es una tradición.

—No se preocupe, señora Wiggin —dijo Bean—. La traeré cada pocos días, al menos. No vivimos tan lejos.

—¿Me traerás? —preguntó Petra.

—Dejamos el empleo del Hegemón, ¿recuerdas? —dijo Bean—. Sólo trabajamos para él para tener el pretexto legal para combatir a Aquiles y a los chinos, así que no hay nada que tengamos que hacer. Tenemos suficiente dinero de nuestras pensiones de la Escuela de Batalla. Así que no vamos a vivir en Ribeirao Preto.

—Pero me gusta este sitio —dijo Petra.

—Uh-oh, pelea, pelea —dijo John Paul.

—Sólo porque no has vivido todavía en Araraquara. Es un sitio mejor para criar hijos.

—Conozco Araraquara. Viviste allí con sor Carlotta, ¿no?

—Viví en todas partes con sor Carlotta —respondió Bean—. Pero es un buen sitio para criar hijos.

—Tú eres griego y yo soy armenia. Naturalmente, tenemos que educar a nuestros hijos para que hablen portugués.

La casa que Bean había alquilado era pequeña, pero tenía un segundo dormitorio para el bebé, y un jardín pequeñito y encantador, y monos que vivían en los altos árboles que se alzaban tras la propiedad. Petra imaginó a su hijito o a su hijita saliendo a jugar y oyendo el parloteo de los monos y disfrutando del espectáculo que ofrecían a todo el mundo.

—Pero no hay muebles —dijo Petra.

—Sabía que me jugaba la vida escogiendo la casa sin ti. Los muebles son cosa tuya.

—Bien. Haré que duermas en una habitación rosa chillón.

—¿Dormirás allí conmigo?

—Por supuesto.

—Entonces el rosa chillón me parece bien, si es lo que quieres.

Peter, nada sentimental como era, no vio ningún motivo para celebrar un funeral por Aquiles. Pero Bean insistió en que hubiera al menos un servicio junto a la tumba, y pagó la lápida. Bajo el nombre «Aquiles de Flandes», el año de su nacimiento, y la fecha de su muerte, la inscripción decía:

Nació lisiado de cuerpo y espíritu.

*Cambió la faz del mundo.
Entre todos los corazones que rompió
y las vidas a las que puso fin demasiado jóvenes
estuvieron su propio corazón
y su propia vida.
Descanse en paz.*

El grupo que se congregó en el cementerio de Ribeirao Preto era pequeño. Bean y Petra, los Wiggin, Peter. Graff había vuelto al espacio. Suriyawong se había llevado a su pequeño ejército a Tailandia, para ayudar a expulsar de su patria a los conquistadores y recuperarse.

Nadie tuvo mucho que decir sobre la tumba de Aquiles. No pudieron fingir que no se alegraban de que estuviera muerto. Bean leyó la inscripción que había escrito, y todos estuvieron de acuerdo en que no sólo era justo con Aquiles, era generoso.

Al final fue Peter quien tuvo algo que decir que surgiera del corazón.

—¿Soy el único aquí que ve algo de sí mismo en el hombre que está dentro de ese ataúd?

Nadie tuvo respuesta, ni sí ni no.

Tres sangrientas semanas más tarde, la guerra terminó. Si los chinos hubieran aceptado los términos que el Califa les había ofrecido en primer lugar, habrían perdido solamente sus nuevas conquistas, más Xinjiang y el Tíbet. En cambio, esperaron a que Canton cayera, a que Shanghai fuera asediada, y a que las tropas turcas rodearan Beijing.

Así que, cuando el Califa dibujó el nuevo mapa, la provincia de la Mongolia Interior fue entregada a la nación de Mongolia, y Manchuria y Taiwan consiguieron su independencia. Y China tuvo que garantizar la seguridad de los maestros de religión. Se había abierto la puerta al proselitismo musulmán.

El gobierno chino cayó poco después. El nuevo gobierno repudió los términos del alto el fuego, y el Califa declaró la ley marcial hasta que se pudieran celebrar nuevas elecciones.

Y en algún lugar en las tierras montañosas del este de la India la diosa del puente vivía entre sus adoradores, pasando el tiempo, esperando a ver si la India iba a ser libre o simplemente había cambiado una tiranía por otra.

Después de la guerra, mientras indios, tailandeses, birmanos, vietnamitas, camboyanos y laosianos buscaban en la tierra de sus antiguos conquistadores a los

familiares que habían sido trasladados, Bean y Petra también buscaban a través del ordenador, esperando encontrar algún registro de lo que habían hecho Volescu y Aquiles con sus hijos perdidos.

Agradecimientos

Al escribir esta secuela de LA SOMBRA DE ENDER y LA SOMBRA DEL HEGEMÓN, me enfrenté a dos nuevos problemas. Primero, estaba expandiendo los roles de varios personajes secundarios de los libros anteriores, y corría el serio riesgo de inventar aspectos de su apariencia o su pasado que contradijeran algún detalle olvidado de algún volumen previo. Para evitarlo en lo posible, me apoyé en dos comunidades online.

La Web Filótica (<http://www.philoticweb.net>) tiene una línea temporal que combina las historias de EL JUEGO DE ENDER y LA SOMBRA DE ENDER, que me resultó de gran ayuda. Fue creada por Nathan M. Taylor con la ayuda de Adam Spieckerman.

En mi propia web, Hatrack River (<http://www.hatrack.com>), colgué los primeros cinco capítulos del manuscrito de esta novela, con la esperanza de que los lectores que hubieran leído los otros libros de la serie más recientemente que yo pudieran pillar inconsistencias inadvertidas y otros problemas. La comunidad de Hatrack River no me decepcionó. Entre los muchos que respondieron (y les doy las gracias a todos) encontré particularmente valiosas las sugerencias de Keiko A. Haun («accio»), Justin Pullen, Chris Bridges, Josh Galvez («Zevlag»), David Tayman («Taalcon»), Alison Purnell («Eaquae Legit»), Vicki Norris («CKDexter-Haven»), Michael Sloan («Papa Moose»), y Oliver Withsandley.

Además, tuve la ayuda, capítulo a capítulo durante todo el libro, de mi equipo regular de primeros lectores: Philip y Erin Absher, Kathryn H. Kidd, y mi hijo Geoffrey. Mi esposa, Kristine A. Card leyó como acostumbra cada capítulo cuando las páginas estaban aún calientes tras salir de la LaserJet. Sin ellos, no podría haber continuado con este libro.

El segundo problema de esta novela fue que la escribí durante la guerra en Afganistán entre Estados Unidos y sus aliados y las fuerzas de los talibán y Al Qaeda. Ya que en MARIONETAS DE LA SOMBRA tenía que mostrar el futuro estado de las relaciones entre los musulmanes y el mundo Occidental, y entre Israel y sus vecinos musulmanes, tuve que hacer una predicción sobre cómo podría resolverse algún día la actual situación de odio. Como me tomo bastante en serio mi responsabilidad hacia las naciones y pueblos de los que escribo, para comprender las causas de la actual situación me basé en el libro de Bernard Lewis *What Went Wrong: Western Impact and Middle Eastern Response* (Oxford University Press, 2001).

Este libro está dedicado a los padres de mi esposa. Además de que gran parte de la paz y alegría en mi vida y la de Kristine procede de nuestra íntima y armoniosa relación con nuestras amplias familias, estoy en deuda con James B. Alien, por su excelente labor como historiador, sí, pero más personalmente por haberme enseñado

a acercarme a la historia sin temor, dirigiéndome allá a donde apunten las pruebas, asumiendo ni lo mejor ni lo peor sobre los pueblos del pasado, y adaptando mi visión personal del mundo cada vez que tiene que ser reajustada, pero sin descartar descuidadamente ideas previas que sigan siendo válidas.

A mis ayudantes, Kathleen Bellamy y Scott Alien, les debo mucho más de lo que les pago. Y en cuanto a mis hijos, Geoffrey, Emily y Zina, y a mi esposa, Kristine, son el motivo por el que merece la pena levantarse de la cama cada día.



Orson Scott Card, originario de Richland (Washington) y residente hoy en Greenboro (California), Orson Scott Card es mormón practicante y sirvió a su iglesia en Brasil entre 1971 y 1973. Ben Bova, editor de *Analog*, le descubrió para la ciencia ficción en 1977. Card obtuvo el Campbell Award de 1978 al mejor autor novel y, a partir del éxito de la novela corta *ENDER'S GAME* y de su experiencia como autor dramático, decidió en 1977 pasar a vivir de su actividad como escritor. En 1997 acudió como invitado de honor a HISPACON, la convención anual de la ciencia ficción española, celebrada en Mataró (Barcelona).

Su obra se caracteriza por la importancia que concede a los sentimientos y las emociones, y sus historias tienen también gran fuerza emotiva. Sin llegar a predicar, Card es un autor que aborda los temas de tipo ético y moral con una intensa poesía lírica.

La antología de relatos *CAPITOL* (1983) trata temas cercanos a los que desarrolla en su primera novela *HOT SLEEP* (1979), que después fue reescrita como *THE WORTHING CHRONICLE* (1982). Más recientemente ha unificado todos esos argumentos en una magna obra en torno a una estirpe de telépatas en *LA SAGA DE WORTHING* (1990, *NOVA*, núm. 51). El ambiente general de esos libros se emparenta con el universo reflejado en *UN PLANETA LLAMADO TRAICIÓN* (1979), reeditada en 1985 con el título *TRAICIÓN* y cuya nueva versión ha aparecido recientemente en España (*Libros de bolsillo VIB*, Ediciones B).

Una de sus más famosas novelas antes del gran éxito de *EL JUEGO DE ENDER*

(1985), es *MAESTRO CANTOR* (1980, *NOVA*, núm. 13), que incluye temas de relatos anteriores que habían sido finalistas tanto del premio Nébula como del Hugo.

La fantasía, uno de sus temas favoritos, es el eje central de *KINGS-MEAT*, y sobre todo de su excelente novela *ESPERANZA DEL VENADO* (1983, *NOVA* fantasía, núm. 3) que fue recibida por la crítica como una importante renovación en el campo de la fantasía. También es autor de *A WOMAN OF DESTINY* (1984), reeditada como *SAINTS* en 1988. Se trata de una novela histórica sobre temas y personajes mormones. Card ha abordado también la narración de terror (o mejor «de espanto» según su propia denominación), al estilo de Stephen King. Como ya hiciera antes con *EL JUEGO DE ENDER*, Card convirtió en novela una anterior narración corta galardonada esta vez con el premio Hugo y el Locus, El resultado ha sido *NIÑOS PERDIDOS* (1992, *NOVA* Scott Card, núm. 4) con la que ha obtenido un éxito parecido al de *EL JUEGO DE ENDER*, aunque esta vez en un género distinto que mezcla acertadamente la fantasía con el terror.

Card obtuvo el Hugo 1986 y el Nébula 1985 con *EL JUEGO DE ENDER* (1985, *NOVA*, núm. 0) cuya continuación, *LA VOZ DE LOS MUERTOS* (1986, *NOVA*, núm. 1), obtuvo de nuevo dichos premios (y también el Locus), siendo la primera vez en toda la historia de la ciencia ficción que un autor los recibía dos años consecutivos. La serie continúa con *ENDER EL XENOCIDA* (1991, *NOVA*, núm. 50) y finaliza con el cuarto volumen, *HIJOS DE LA MENTE* (1996, *NOVA*, núm. 100). En 1999 apareció un nuevo título, *LA SOMBRA DE ENDER* (1999, *NOVA*, núm. 137) que retorna, en estilo e intención, a los hechos que se narraban en el título original de la serie: *EL JUEGO DE ENDER* (1985), esta vez en torno a la versión de un compañero del primer protagonista, Bean. La nueva serie continuará con *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, que ha de aparecer en inglés en enero de 2001.

La última noticia sobre la famosa Saga de Ender es que se va a realizar la versión cinematográfica de *EL JUEGO DE ENDER*. Orson Scott Card ha escrito el guión de la nueva película y, metido ya en el tema, parece que está trabajando en una nueva novela centrada en lo que sucede «antes» de la primera. El futuro lo dirá, 1987 fue el año de su redescubrimiento en Norteamérica con la reedición de *MAESTRO CANTOR*, la publicación de *WYRMS* y el inicio de una magna obra de fantasía: *THE TALES OF ALVIN MAKER. LA HISTORIA DE ÁLVIN, EL «HACEDOR»*, está prevista como una serie de libros en los que se recrea el pasado de unos Estados Unidos alternativos en los que predomina la magia y se reconstruye el folklore norteamericano. El primer libro de la serie, *EL SÉPTIMO HIJO* (1987, *NOVA* fantasía, núm. 6), obtuvo el premio Mundial de Fantasía de 1988, el premio Locus de fantasía de 1988 y el Ditmar australiano de 1989, y fue finalista en los premios Hugo y Nébula. El segundo, *EL PROFETA ROJO* (1988, *NOVA* fantasía, núm. 12), fue premio Locus de fantasía 1989 y finalista del Hugo y el Nébula. El tercero, *ALVIN*,

EL APRENDIZ (1989, *NOVA* fantasía, núm. 21) ha sido, de nuevo, premio Locus de fantasía 1990 y finalista del Hugo y el Nébulas. Tras seis años de espera ha aparecido ya el cuarto libro de la serie, *ALVIN, EL OFICIAL* (1995, *NOVA* Scott Card, núm. 9), de nuevo premio Locus de fantasía en 1996. Por la información hoy disponible, los demás títulos previstos para finalizar la serie son:

MASTER ALVIN y *THE CRYSTAL CITY*.

Algunas de sus más recientes narraciones se han unificado en un libro sobre la recuperación de la civilización tras un holocausto nuclear: *LA GENTE DEL MARGEN* (1989, *NOVA*, núm. 44). El conjunto de los mejores relatos de su primera época se encuentra recopilado en *UNACCOMPANIED SONATA* (1980). Cabe destacar una voluminosa antología de sus narraciones cortas: *MAPAS EN UN ESPEJO* (1990, *NOVA* Scott Card, núm. 1), que se complementa con las ricas y variadas informaciones que sobre sí mismo y sobre el arte de escribir y de narrar expone Card en sus presentaciones.

Su última serie ha sido *Homecoming* (La Saga del Retorno), que consta de cinco volúmenes. La serie narra un épico «retorno» de los humanos al planeta Tierra, tras una ausencia de más de 40 millones de años. Se inicia con *LA MEMORIA DE LA TIERRA* (1992, *NOVA* Scott Card, núm. 2), y sigue con *LA LLAMADA DE LA TIERRA* (1993, *NOVA* Scott Card, núm. 4), *LAS NAVES DE LA TIERRA* (1994, *NOVA* Scott Card, núm. 5) y *RETORNO A LA TIERRA* (1995, *NOVA* Scott Card, núm. 7). La serie finaliza con *NACIDOS EN LA TIERRA* (1995, *NOVA* Scott Card, núm. 8).

Por si ello fuera poco, Card ha empezado a publicar recientemente *THE MAYFLOWER TRILOGY*, una nueva trilogía escrita conjuntamente con su amiga y colega Kathryn H. Kidd. El primer volumen es *LOVELOCK* (1994, *NOVA* Scott Card, núm. 6), y la incorporación de Kidd parece haber aportado mayores dosis de humor e ironía a la escritura, siempre amena, emotiva e interesante, de Orson Scott Card.

En febrero de 1996 apareció la edición en inglés de *OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN* (1996, *NOVA*, núm. 109), sobre historiadores del futuro ocupados en la observación del pasado («*pastwatch*») centrada en el habitual dilema en torno a si su posible intervención sería lícita o no. Una curiosa novela que parece llevar implícita una revisión crítica de la historia, en la misma línea que el punto de vista ácido sobre el «*American Way of Life*» que encontramos en el interesantísimo relato *AMÉRICA*, incluido en *LA GENTE DEL MARGEN* (1989, *NOVA*, núm. 44).

Otra de sus novelas más recientes es *EL COFRE DEL TESORO* (1996, *NOVA*, núm. 121), una curiosa historia de fantasmas protagonizada por un genio de la informática convertido en millonario. La narración muestra un ajustado equilibrio

entre ironía y tragedia. También es autor de *ENCHANTMENT* (1998), novela de fantasía romántica que gira en torno a fantasías rusas y la Norteamérica contemporánea.

Card ha escrito asimismo un manual para futuros escritores en *HOW TO WRITE SCIENCE FICTION AND FANTASY* (1990), que obtuvo en 1991 el premio Hugo al mejor libro de ensayo del año.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. Alai suena igual que «es mentira», a lie. (N. del T.)

<<

[2] Dick significa «capullo». (N. del T.) <<

[3] Término creado por Stewart Alsop para una columna en Newsweek. Se refiere a los candidatos que se presentan a la Presidencia sin ninguna posibilidad de ganar. (N. del T.) <<